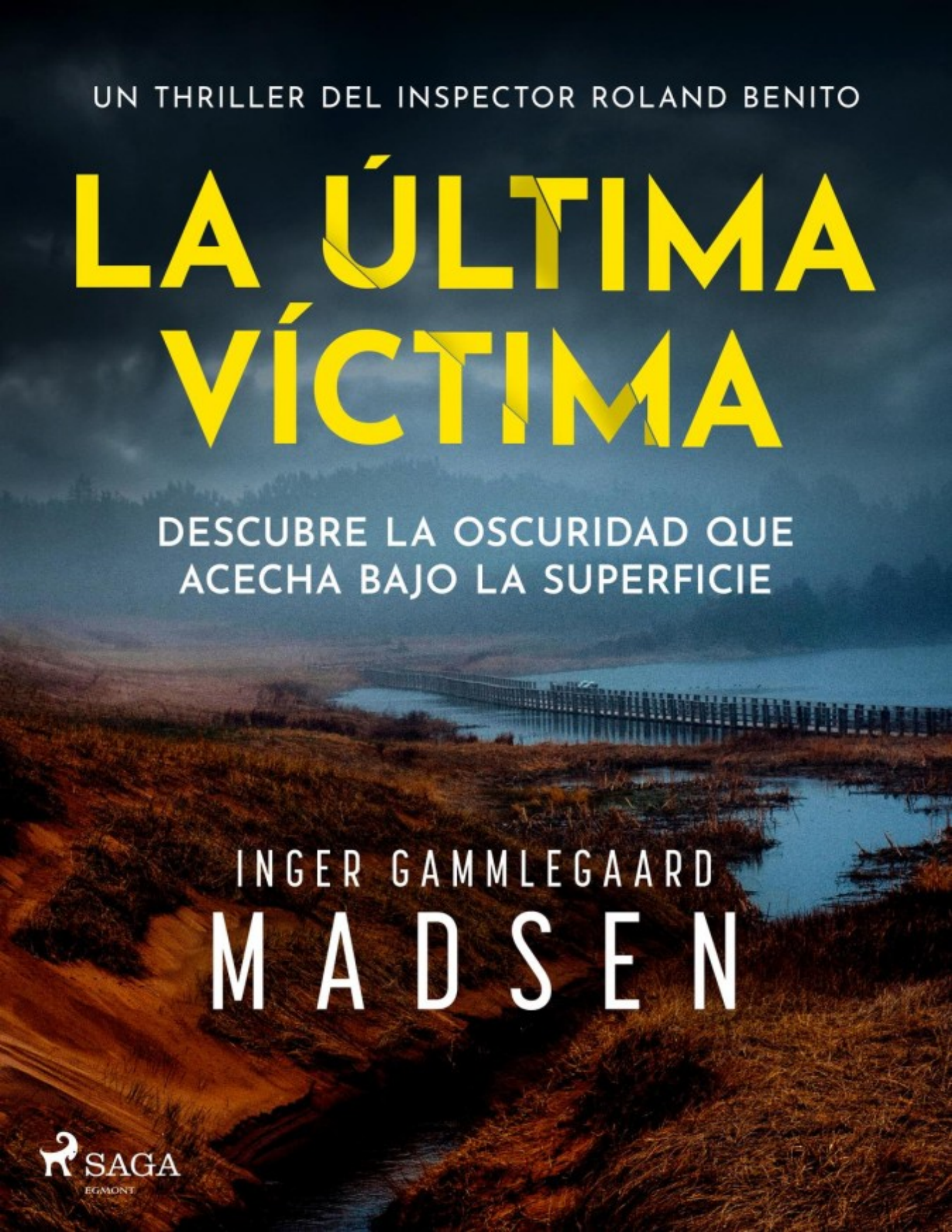
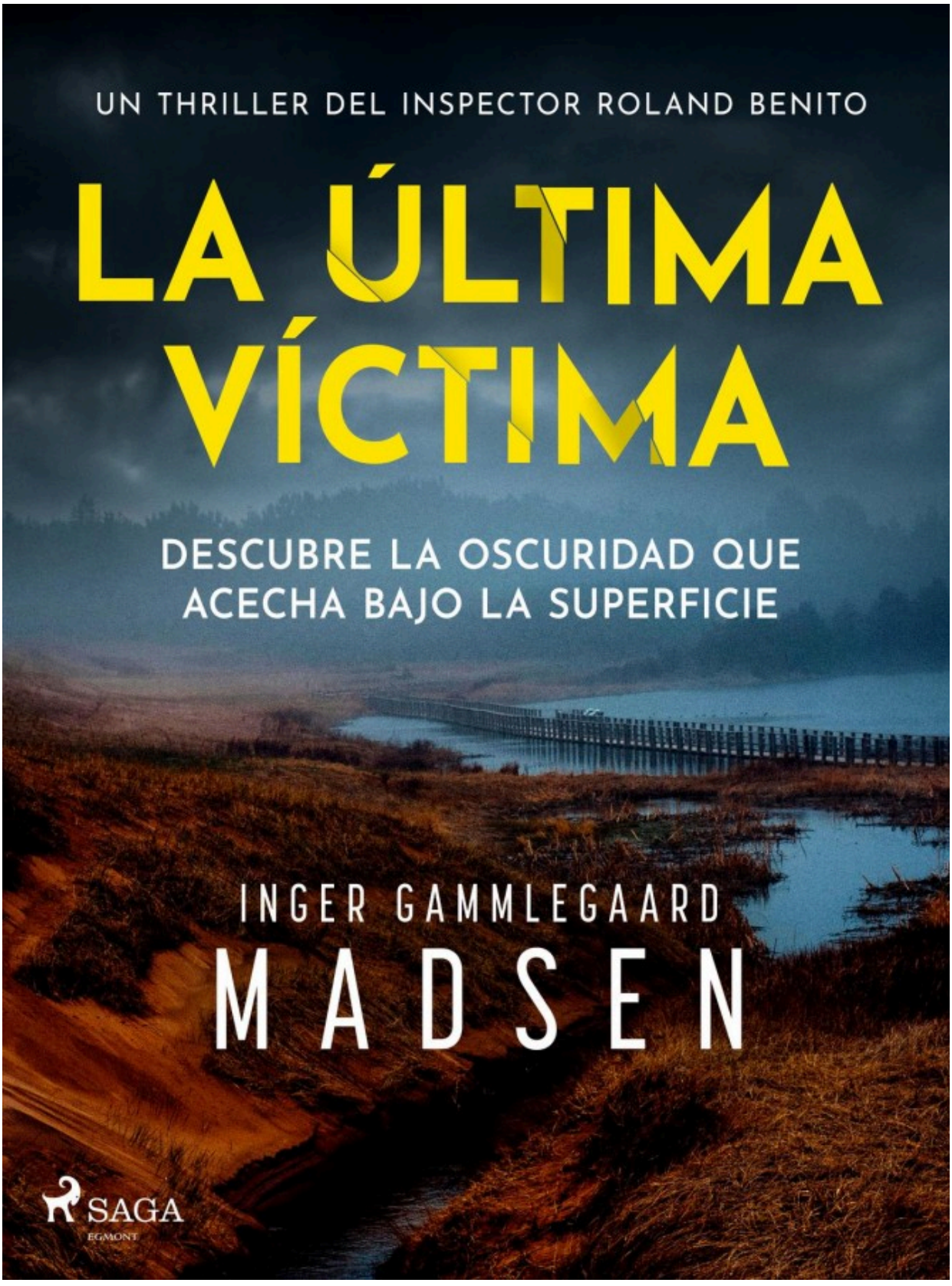

UN THRILLER DEL INSPECTOR ROLAND BENITO
LA ÚLTIMA VÍCTIMA
DESCUBRE LA OSCURIDAD QUE ACECHA BAJO LA SUPERFICIE
INGER GAMMLEGAARD
MADSEN
SAGA
EGMONT


UN THRILLER DEL INSPECTOR ROLAND BENITO
LA ÚLTIMA VÍCTIMA
DESCUBRE LA OSCURIDAD QUE ACECHA BAJO LA SUPERFICIE
INGER GAMMLEGAARD
MADSEN
SAGA
EGMONT

Inger Gammelgaard Madsen

La última víctima

Traducción de Alejandra del Monte

SAGA Egmont

La última víctima

Translated by Alejandra del Monte

Original title: *Drab efter begæring*

Original language: Danish
Cover image: Pexels

Cover design: Emma Björklund
Copyright © 2009, 2025 Inger Gammelgaard Madsen and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726884777

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

Kila lenye mwanzo halikosi
kuwa na mwisho.

Todo lo que tiene un principio
ha de tener un final.

Antiguo refrán suajili

1

Los campos recién arados olían a otoño y humus. No todos los agricultores estaban preparados. A lo lejos, en un campo, avanzaba un tractor muy sucio con una bandada de gaviotas hambrientas alrededor. El cálido verano, que no había comenzado hasta mediados de agosto, continuó todo el mes de septiembre y se alargó hasta principios de octubre y, a pesar de ser la época del año que era, hacía innecesario el uso de prendas de abrigo.

Después de una riña por un juego de la Nintendo Wii para el que Mikkel creía que Lukas era demasiado pequeño, su madre les mandó fuera a jugar, ya que hacía buen tiempo. Se fueron pedaleando, las ruedas giraban muy rápido y las bicicletas cogieron gran velocidad. Pero para ellos no eran bicicletas. En su fantasía, eran caballos que avanzaban al galope.

—¡Bang, estás muerto! —le gritó Lukas a su hermano, que se giró enfadado.

—Tú no disparas. ¡Pero si querías ser indio!

—¡Y qué! ¿Los indios no pueden disparar a los soldados? —refunfuñó Lukas.

—A uno como yo, no. Yo soy como los de la tele.

Mikkel, que tenía nueve años, podía seguir lo que pasaba en las noticias y pensaba que los soldados estaban chulos, con las armas y los cascos, pero para Lukas, que tenía seis años, los indios de las películas de vaqueros eran mucho más emocionantes. De repente, los dos frenaron con tanta fuerza que se levantó una nube de polvo a su alrededor. La bicicleta de Lukas derrapó y evitó caerse poniendo un pie en el suelo antes de que todo se torciera. Delante de ellos vieron los bosques que rodeaban al pantano. Las hojas habían cambiado a los bellos tonos dorados, marrones y violetas típicos del otoño.

—Mejor nos volvemos, Mikkel. No podemos bajar al pantano sin papá y mamá.

—¡Bah, no empieces! Eso era cuando éramos unos bebés. Tú ya no lo eres, ¿no?

Lukas gruñó aún más y dejó de parecer un indio salvaje y sanguinario a pesar de la cinta con pluma de corneja y el hacha de guerra que llevaba en el cinturón, el cual, por otra parte, solo tenía la finalidad de sujetar a su delgado cuerpo los enormes pantalones que antes fueron de Mikkel.

—Pero mamá dice que es peligroso. ¡La señora del pantano nos puede arrastrar hacia el agua y ahogarnos!

La *mosekone*, o «mujer del musgo», era la mujer del pantano: un espíritu que, según la creencia popular, fabricaba cerveza en el fondo de los pantanos y provocaba así la niebla que aparecía por las noches después de un día cálido. Lukas se secó con un dedo la pecosa nariz, roja por el sol y el viento. Sus ojos azules buscaron los de Mikkel con la esperanza de ver el mismo terror que él sentía. Mikkel se rio inseguro.

—Eso es una tontería, la señora del pantano no existe. ¡Ven! —dijo y tiró la bicicleta a la hierba.

Lukas, dudando, hizo lo mismo. Olió el agua del pantano. El viento arremolinó al lado de sus pies unas hojas marchitas, cuyo ruido aplacó un jadeo. Mikkel sonrió como un adulto.

—Venga, que no pasa nada. ¡No es más que un pantano! —exclamó ya entre los árboles.

—Sí que existe, Mikkel. Cuando hace cerveza, se forma una niebla blanca junto a los árboles —susurró Lukas, pero aun así fue tras él mientras vigilaba que la señora no estuviera detrás de ningún árbol. Se le salía el corazón del pecho y la respiración entrecortada no se debía únicamente a lo rápido que habían ido en bici. Se acercó a Mikkel, que estaba al borde del pantano mirando la turbia agua marrón llena de lentejas de agua verdes.

—Ven, no es peligroso. ¡Mira, un pez! ¡A lo mejor es un lucio!

Lukas acababa de comenzar el colegio en agosto y la profesora les había hablado de esos peces. Les había contado que podían hacerse muy grandes y muy viejos. La curiosidad relegó al miedo. Se puso al lado de Mikkel con los ojos brillantes de turbación. No había ningún pez.

—Se ha ido. Aunque también puede que fuera la señora —bromeó Mikkel y se echó a reír.

Lukas lo captó rápido y también se rio. El pantano no era tan lúgubre como se había imaginado. Solo había estado una vez allí con su padre, pero fue hace muchos años, cuando era bebé.

Los pájaros cantaban en las copas de los árboles y de vez en cuando oían en el agua los ruiditos de los peces o de las ranas que saltaban. Lukas empezó a relajarse y se atrevió a dar una vuelta por su cuenta. Había mucho que ver al borde del pantano y no tenía pinta de ser un sitio en el que pudiera vivir una mujer. Se ahogaría en el agua oscura. Su lógica le estaba convenciendo, pero se fijó en algo. Parecía un pie. ¿Y si era ella?

—¡Mikkel! ¡Mikkel! —lo llamó con cautela—. He encontrado a la señora.

—¡Ay, ya vale!

Mikkel se acercó con cuidado, dubitativo pese a todo. Él también se había fijado en lo que podía parecerse a un pie marrón que sobresalía de las ramas de un arbusto al que le quedaban unas pocas hojas. La mayoría de ellas estaban en el agua y algunas tenían el mismo color que el pie o lo que fuera eso. ¿Un animal? ¿Quizá un pez muerto? Hizo un esfuerzo por mantenerse tranquilo. A pesar de todo, era el mayor y el más listo.

—No es la señora. Es… otra cosa.

Cogió una piedra, la tiró al arbusto y le dio. Cogió otra y apuntó. De pronto pareció que el pie se movía. Ambos retrocedieron asustados.

La piedra había formado un agujero en la superficie marrón y había aparecido algo amarillento. El golpe había girado el objeto y sobresalía más, de manera que ahora podían ver de qué se trataba. Era un pie humano.

Mikkel tiró la piedra como si le quemase la mano, cogió del brazo a su hermano y lo sacó a rastras de la sombra de los árboles hacia el sol.

—¡Vamos! —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué pasa, Mikkel? ¿Es la señora? —preguntó Lukas y empezó a llorar.

—No les digas a papá o mamá nada de esto —amenazó Mikkel.

Se subieron a las bicicletas y se fueron a toda velocidad.

Lukas lloró aún con más fuerza.

2

La sala de autopsias del Instituto Médico Forense no era el lugar de su trabajo que más le gustaba. La visión de aquella niña que encontraron ahogada en un contenedor de basuras hacía dos años le había provocado insomnio durante mucho tiempo. Parecía una muñeca blanca sobre la estéril mesa metálica. Algunas imágenes nunca desaparecían de la retina. Volvían una y otra vez como una película de terror ante la que no se puede cerrar los ojos o apartar la cabeza.

El otoño pasado, el citado instituto se trasladó a una sala nueva, más grande y mejor situada en el Hospital Universitario Skejby. Era algo que se esperaba con alegría y también tristeza. El forense Henry Leander había pasado muchos de sus sesenta y un años en las salas del viejo Hospital Municipal, que hoy se llama Hospital Universitario de Aarhus, pero se solía quejar por tener que compartir el sitio con sus patólogos. Estaba inclinado sobre la mesa trabajando cuando entró Roland Benito. Se incorporó y saludó a su amigo con la habitual sonrisa amplia que hacía que su bigote blanco con forma de manillar le apuntase hacia las orejas.

—Bienvenido, señor inspector —dijo en tono alegre y se volvió a concentrar en el trabajo.

Roland llegaba tarde. Acababa de volver de unas merecidas vacaciones en su país natal y aún no se había quitado de encima el ritmo del sur de Italia. Saludó rápidamente al resto de los que estaban allí por obligación, a una distancia prudente de la mesa de acero. Solo un fotógrafo de la Policía Científica se atrevió a acercarse con una cámara y una mirada asqueada por encima de la mascarilla.

De inmediato, el cadáver le hizo a Roland pensar en un fósil de pantano, que es lo que era. Sacó un pañuelo del bolsillo y se tapó la nariz hasta que Leander le dio una mascarilla. El extractor, que era mucho mejor que el del

viejo instituto, no podía con el penetrante olor a muerte que asoció con la apestosa basura de las calles de Nápoles. Pero el de la sala de autopsias, a pesar de todo, no era tan malo como podía haber sido, porque el cadáver solo era piel y huesos. Los gases de la putrefacción se habían evaporado hacía mucho y esos eran los que producían un hedor insoportable.

—¿Estamos cerca de identificarlo, de saber la causa y el momento de la muerte? ¿Habéis encontrado un nuevo hombre de Grauballe? —preguntó.

Habían estado juntos por la mañana en el pantano con los peritos y el equipo de excavación sacando el moreno cadáver del agua y lo habían puesto en una camilla para que Leander pudiera inspeccionarlo y grabar sus observaciones en el dictáfono. Él negó con la cabeza sin mirarlo.

—Pues no nos vamos a remontar tanto tiempo atrás. Tampoco parece una ofrenda a los dioses. La causa de la muerte parece ser un fuerte golpe en la parte de atrás de la cabeza. Quizá varios. —Giró cuidadosamente el cráneo con restos de cabellos, cuyo color original era difícil de adivinar, para que Roland y los demás lo pudieran ver. Señaló un agujero en el cráneo con la mano, que llevaba cubierta con un guante blanco—. Parece que lo hicieron con un objeto contundente de unos tres kilos, diría.

Se apartó un poco para que Roland pudiera acercarse.

—¿Se trata de un asesinato?

—Yo diría que sí.

Roland se agachó y miró con detenimiento el agujero del cráneo. Se estiró y estudió el resto del consumido cuerpo. La piel morena alrededor de los huesos, que en algunas zonas estaban amarillentos, estaba hundida. Costaba reconocer el color de los andrajos que quedaban. Seguramente el resto se había disuelto en el agua del pantano. Del rostro solo quedaban unas cuencas oculares vacías, un agujero triangular en el que había habido una nariz y una serie de dientes amarillentos con largos cuellos que estaban al descubierto. Le dio la impresión de que el cráneo se reía y miró al forense.

—¿Es una mujer?

Leander asintió y giró lentamente la cabeza del cadáver tocándola apenas con la yema de los dedos, como si no quisiera despertar al muerto. Tenía una relación especial con los difuntos. Cuando estaban a solas, les

hablaba como si siguieran vivos, se lamentaba de su destino y, cuando el cadáver había dado la información que contenía, los consolaba diciendo que encontrarían al asesino.

—La pelvis sugiere que se trata de una mujer. Una mujer que ha dado a luz. Calculo que tendría alrededor de treinta años. He enviado algunos dientes al odontólogo forense para que lo confirme. Los dientes también pueden ayudar con la identificación. De las huellas dactilares nos podemos ir olvidando.

Todos miraron los dedos de la víctima, cuyos huesos estaban desgastados en las puntas.

—No hay nada en ella que nos pueda revelar quién es y lleva mucho tiempo en el pantano —prosiguió Leander impasible.

—¿Cuánto tiempo?

Leander miró a Roland por encima de las gafas.

—Al menos veinte años.

Se quedó observando el cadáver mientras hablaba.

—¿Estás diciendo que tenemos que encargarnos de un asesinato cometido en los años ochenta? —preguntó, y miró los ojos grises de Leander.

—Eso parece. Debe de haber un viejo caso no resuelto de una mujer desaparecida. Cuando me manden los análisis tendrás el año exacto.

—¿Por qué el cadáver no ha subido antes a la superficie? ¿Y por qué justo ahora? Nuestros pantanos están llenos de ornitólogos. ¿Cómo es que no la ha visto nadie?

Kurt Olsen recuperó por fin el habla. Lo habían nombrado subinspector y había visto un poco de todo.

—Los gases de la descomposición hacen que un cadáver que está en el agua salga a la superficie, pero puede volver al fondo en cuanto los gases desaparecen, aunque eso pasó hace mucho. Resulta difícil decir el motivo por el que ha ascendido ahora. Quizá por las temperaturas de este cálido otoño o por otras razones que no sabemos —respondió Leander.

—¿No se debería haber disuelto después de tantos años? —preguntó Kurt y se rascó el cuello, que tenía manchas rojas, como siempre que estaba bajo presión.

—Está muy bien conservado después de todos esos años en el pantano. Se debe a que no ha estado expuesto a bacterias debido a los ácidos que producen las plantas. Si se tira un cadáver al agua antes de que las bacterias se extiendan, aumentan las posibilidades de que se conserve. Por ejemplo, si se guarda primero en un frigorífico.

—¿Quieres decir que a lo mejor la tiraron al pantano medio congelada?

Roland se pasó la mano por el moreno cabello, que estaba un poco castigado por el sol del sur de Italia, y miró de nuevo a Leander, quien asintió.

—A lo mejor la han conservado en un lugar frío antes de tirarla al pantano. Las tripas están muy bien conservadas, lo cual apunta a que no han llegado a pudrirse antes de que el ácido del pantano pudiera hacer su trabajo. El agua ácida y pobre en oxígeno y, quizá, las bajas temperaturas han tenido su importancia. El agua podría haber estado muy fría. Quizá era un día de invierno. Hay muchas opciones.

El gusto amargo se mezcló con las tripas revueltas y Roland supo que era hora de salir. Sin embargo, los numerosos años de trabajo lo habían curtido y era más resistente que cuando vio su primer cadáver en una autopsia siendo todavía un joven aspirante a policía. Aquel día, aunque había intentado recuperarse, al final había terminado vomitando el desayuno en el suelo y en los zapatos del forense delante del resto de aspirantes, que también se habían puesto pálidos y se forzaban a tragar.

—Tengo entendido que la encontraron dos niños —dijo Kurt Olsen interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, hace tres días. Tenían prohibido bajar al pantano, así que no dijeron nada. Pero el pequeño estaba horrorizado y soñaba con que la señora venía a por él, así que finalmente se derrumbó y le contó a su madre el horrible hallazgo.

Kurt negó con la cabeza.

—Pobres chavales. Pero así son las cosas. Lo prohibido siempre es más emocionante.

—Puede que fuera también la emoción lo que atrajera a nuestra víctima hasta el pantano. O si no, ¿ qué hacía allí? —planteó Roland.

Leander sacó algo de la fractura del cráneo con unas pinzas largas. A pesar de las nuevas tecnologías, las pinzas, las tijeras y el cuchillo seguían siendo las herramientas de trabajo más importantes de un forense.

—Espero que la identifiquen rápido —murmuró ausente mientras extraía despacio el objeto y lo sostenía, sujeto con las pinzas, contra la fría y afilada luz. Todos se acercaron y entrecerraron los ojos para ver mejor.

—¿Qué es? —preguntó impaciente el policía del instituto, que también había renunciado a conjeturar.

Roland se acercó y se inclinó sobre el hombro de Leander.

—¿Es madera?

—Es una astilla afilada y pulida, de una madera durísima. Estaba muy incrustada en el cráneo. Quizá sea un pedazo del arma homicida —respondió Leander.

El *flash* de Steen Dahl los cegó un breve instante. Henry Leander metió la astilla de madera en una bolsita que le entregó a Gert Schmidt, el jefe de la unidad científica. Schmidt, que había estado extrañamente callado todo el tiempo, le dio las gracias con su voz grave y prometió encargarse del caso lo más rápido posible.

Roland buscó el paquete de cigarrillos en su bolsillo en cuanto salió del edificio. Desde hacía un año estaba prohibido fumar en la Jefatura debido a la ley del tabaco. Seguía sin acostumbrarse en momentos como aquel, en los que necesitaba urgentemente ese cigarrillo. Pero la mano solo encontró un paquete de chicles de nicotina.

3

Nicolaj, el nuevo chico de prácticas recién contratado, estaba haciendo clic con un bolígrafo retráctil; Britt hacía pompas con el chicle y las explotaba de forma provocadora mientras su transistor sonaba más alto de lo normal. La silla de Mads Dam estaba vacía. Estaba fuera, nadie sabía dónde. Lo más probable es que estuviera en alguna taberna del centro donde se pudiera fumar. En suma, en la redacción se notaba que el jefe, Ivan Thygesen, estaba enfermo y todos estaban jugando a «cuando el gato no está…, los ratones bailan».

Aunque Anne también notó en el cuerpo la liberadora sensación de no tener los ojos porcinos de Thygesen clavados desde el otro lado del cristal que separaba la redacción de su pequeño despacho, todos los ruidos entraban en su sistema nervioso y le impedían pensar. Había llamado muchas veces a su contacto de la Jefatura de Policía para que le diera novedades sobre el cadáver del pantano, pero nadie la quiso informar y Anne tuvo que esperar a la rueda de prensa. La irritación iba a más. En aquella ocasión no había tenido la primicia del hallazgo del cadáver. En otoño habían arrestado a su confidente, que tenía un equipo ilegal para escuchar la radio de la policía, por posesión de hachís. Por suerte, no dijo nada sobre ella ni su colaboración. Ella ya no tenía nada que ver con el hachís. Había roto todos los vínculos con la pandilla de Nørrebro. No había hablado con ninguno en los dos años que llevaba en Aarhus. Ya no le gustaba lo que hacían, le parecía vandalismo ruin. Pero no se había deshecho de todo. Cuando les regañó pidiendo un poco de tranquilidad y se levantó a por café, le salió claramente el dialecto de Nørrebro. Britt hizo otra pompa con el chicle y la miró enojada.

—Vaya, tenemos aquí a la versión femenina de Iván el Terrible —dijo seca.

El chico de prácticas se rio. Estaba retocando unas fotos con el Photoshop, en cuyo uso, según afirmaba, era experto. Ella vio de pasada que había empleado muchísimo tiempo con una imagen de un partido del AGF Aarhus para una crónica que estaba escribiendo Mads Dam, el responsable de la sección de Deportes, al menos cuando no estaba en la taberna. Si hubiera sido la fotógrafa de la redacción, Kamilla, la que se hubiera encargado de la foto, ya la habría retocado hace mucho. La habían hecho fija a principios de año después de muchos años colaborando como autónoma. Pero aquel día libraba. Al parecer, a su madre le pasaba algo y estaba en el hospital. Como si no tuviera bastante.

—¿Te has atascado con el caso del pantano? —preguntó Britt, más cooperadora, cuando se volvió a sentar ante el ordenador con un vaso de plástico lleno de café tibio. Bajó un poco la música y Anne se regocijó por haberse ganado algo de respeto en la redacción. Ya habían visto varias veces el pronto que tenía. O quizá se debía a su pasado, el cual todos conocían. A lo mejor era más miedo que respeto.

—Qué guay, un cadáver en un pantano —dijo Nicolaj—. A mi tío le vuelven loco los pájaros. Es miembro de la Sociedad Ornitológica de Dinamarca. Su oficio se llama censador. ¡Se dedica a contar pájaros! Seguro que más de una vez ha estado en la orilla de ese pantano sin saber que tenía debajo un cadáver podrido.

Se echó a reír antes de que Anne contestase. Ella lo miró enfadada. Era un chaval majo de ojos verdes, pelo rizado rojo, pecoso y una piel tan pálida como la suya. Pero había algo de él que la irritaba. Quizá que la hubieran asignado como supervisora, porque le interesaba la parte criminal y era a ella a quien iba a acompañar durante el medio año que iba a estar contratado. Tenía que guiarle y mostrarle sus puntos fuertes y sus debilidades. Si planeaba seguir con el periodismo criminal, tenía que quitarse de la cabeza que un cadáver podrido era algo «guay».

—Sí, cuesta un poco avanzar cuando nadie quiere informar de nada. —Dio un sorbo de café e ignoró a Nicolaj—. Lo único que sé es que se trata de un asesinato cometido hace muchos años. Si supiera cuántos, podría empezar a buscar en casos antiguos desde ese año.

Britt se estiró y casi se le salieron los grandes pechos por el escote de la blusa. Nicolaj se dio cuenta y apartó la mirada ruborizado. Ella sonrió tras la pantalla del ordenador. Era una novedad que Thygesen hubiese contratado por fin a colaboradores del sexo contrario. Cuando ella comenzó a trabajar en la redacción, solo había mujeres periodistas y buenorras como Britt. Sin embargo, cuando Bertha acabó la carrera, consiguió trabajo en el tabloide Ekstra Bladet y se mudó a Copenhague. Tove se fue de baja por maternidad y no volvió al inseguro sector del periodismo. No contrataron en su lugar a ningún alumno, sino a Mads Dam. Nunca entendió cómo, de entre toda la gente cualificada que buscaba trabajo, a Thygesen se le ocurrió contratarlo *a él*. Al parecer eran viejos amigos. O el único que aceptó ese sueldo. El sector estaba en horas bajas. La guerra periodística había arrasado sin un vencedor y, sin duda, vendrían muchas más. Los grandes grupos se fusionaron y echaron a un lado a los pequeños para quedarse con todo el mercado, incluido el local. Ivan Thygesen había preparado muchas veces a sus trabajadores para el cierre de la redacción, pero el Dagens Nyheder («Noticias de hoy») aguantaba bien, ayudado por los ingresos publicitarios procedentes de clientes fieles. Los anuncios casi tapaban el contenido periodístico y a veces, en épocas en las que no había grandes noticias, los usaban como portada.

—Quizá no echaron de menos el cadáver y nadie llegó a comunicar su desaparición — propuso Britt cuando acabó de estirarse.

Sacó un cigarrillo del paquete, aunque normalmente se atenían a la prohibición de fumar en la redacción. Con el cigarrillo en la boca, hizo un gesto con los brazos para dedicárselo a Anne.

—Joer, los de inspección laboral no van a venir aquí —dijo a la defensiva, y lo encendió con un mechero que tenía el logotipo de Opel.

Anne negó con la cabeza.

—Qué va, cómo va a haber una persona a la que no eche nadie en falta —dijo—. Estoy segura de que, en alguna parte, en algún viejo caso, hay una denuncia por su desaparición. Solo hay que encontrarla.

La interrumpió el teléfono del escritorio de Thygesen y todos se miraron.

—Deja que suene —dijo Britt, y reanudó su trabajo con el teclado.

En el despacho de Thygesen seguía oliendo a puro y taberna antigua. Ella sospechaba que tampoco él había dejado de fumar cuando se sentaba ahí solo por las tardes. El sol brillaba a través de la ventana, que necesitaba una pasada y no hacía sino evidenciar el polvo del quicio. También se habían ahorrado los gastos del personal de limpieza, así que tenían que encargarse ellos mismos de mantener limpia la redacción. Tiró un bote con lápices mordidos y bolígrafos de publicidad cuando se inclinó sobre el escritorio para coger el teléfono. Si el verano pasado, después del rayo que cayó, hubieran puesto una centralita, podría haber respondido desde su teléfono pulsando un simple botón.

—Teléfono del redactor jefe Thygesen —dijo mientras levantaba el bote, recogía los lápices y los volvía a meter. Se divisaba la torre del ayuntamiento a través de la niebla de la sucia ventana. Solo oyó al otro lado del auricular una suave respiración—. Hola, ¿con quién hablo? —dijo, tentada de colgar.

—¿Con quién hablo yo? ¡Solo quiero hablar con el responsable del Dagens Nyheder! —La voz sonaba como si quien hablaba se estuviera tapando la nariz o tuviera asma. Anne tuvo la sensación de que era algo importante.

—El responsable está enfermo. ¿Te puedo ayudar? Soy periodista. Me llamo Anne Larsen.

Largo silencio.

—Eres tú la que escribió sobre el asesinato de la niña. La que encontraron en el contenedor, ¿no?

Ahora fue ella quien dudó.

—Sí fui yo.

—Vale, entonces tú también me vienes bien. Creo que sé algo acerca del cadáver del pantano —continuó la voz—. Si mis sospechas son ciertas, habrá más asesinatos.

4

Roland acababa de colgar el teléfono tras conversar con Gert Schmidt, de la unidad tecnológica, cuando el agente Mikkel Jensen entró en su despacho.

—¿Era Gert? —preguntó como si hubiese estado escuchando detrás de la puerta. Roland asintió.

—Era un soplo sobre el arma homicida.

Cogió la Coca-Cola que Mikkel le había traído de la cafetería. En el departamento tenían el trato de comprar para los demás si «salían de la casa» o iban a la cafetería. Tiró el chicle a la papelera y le dio un sorbo al refresco, que le supo raro combinado con los chicles de nicotina con sabor a regaliz.

Mikkel arrastró una silla hacia el escritorio, se sentó y abrió con los dientes una bolsa de chucherías. Eran alrededor de las tres de la tarde y tenía el nivel de glucosa en sangre por los suelos. Roland lo miró mientras se metía en la boca una de aquellas cosas rosas. Cada uno tenía sus vicios. El de Roland era el vino tinto italiano y el tabaco; el de Mikkel, las chucherías, aunque no cuadraba en absoluto con su apariencia masculina, la coronilla casi rapada y el joven rostro de potente mandíbula. Le pegaban más las bombas de sal o el regaliz salado. Pensó en cuando prohibieron el azúcar en lugares públicos porque tampoco era sano.

—Esto es ébano negro.

—¿Cómo? —preguntó Mikkel.

—Según Gert Schmidt, el arma homicida es ébano de África —aclaró Roland con paciencia.

—¿Estamos buscando a un africano? —preguntó Mikkel con una expresión simplona de ingenuidad y se puso a masticar.

—Quién sabe. El ébano es de muy buena calidad y está bien tallado. A lo mejor es un *souvenir*. Pero puede ser de cualquier parte, claro.

—Aquí también se pueden comprar *souvenirs* africanos. En internet, por ejemplo — explicó Mikkel.

Roland había estado en un par de cursos de informática, pero no se le había pasado por la cabeza usar el ordenador para algo que no fuese una obligación laboral. Con los jóvenes era distinto, ellos usaban el ordenador e internet para todo. Incluso su nieta, Marianna, que acababa de cumplir siete años, usaba el teclado y el ratón mejor que él.

—No creo que un asesino se meta en internet a comprar deliberadamente un *souvenir* tallado en ébano con el fin de usarlo como arma homicida. Creo que es más probable que lo haya encontrado en el lugar del crimen, que fuera lo primero que vio y decidiera que era fácil llevárselo.

—Ya, pero bueno, yo he venido por lo de las denuncias por desaparición —dijo Mikkel como si no pudieran estar ahí charlando de cosas como los *souvenirs*—. No tenemos ninguna en ese periodo que haya quedado sin resolver. Hablamos de Aarhus, claro. En el resto de Dinamarca ha habido resultados. —Mikkel lo miró con las cejas rubias levantadas para manifestar la importancia del resultado.

—Ah, ¿sí? —preguntó Roland y sacó otro chicle de la caja.

—Se denunció la desaparición de una mujer de Silkeborg en 1983. Nunca la encontraron. Podría ser ella.

—¿La edad coincide?

—*Sip*. Treinta y dos años y enfermera.

Roland asintió ausente. Una mujer de Silkeborg. Pero ¿por qué acabaría en un pantano de Mundelstrup, que está a treinta y cinco kilómetros? Sacó el móvil y llamó al Instituto Médico Forense para saber si había resultados del odontólogo, pero aún no había nada y colgó enfadado. Mikkel se levantó y tiró a la papelera de Roland la bolsa vacía de chucherías.

—¿Cuándo es la rueda de prensa? Los periodistas no paran de llamar.

Roland frunció el ceño aún más. A los periodistas les llamaba «buitres carroñeros». Revoloteaban sobre él como sombras negras al acecho de noticias que pudieran aumentar las ventas de ejemplares. El hallazgo del cadáver en el pantano seguro que era un acontecimiento que esperaban con ansia y había comenzado la lucha por ser el primero en dar la macabra

noticia. Instintivamente se puso a pensar en la periodista del Dagens Nyheder, con la que tanto había chocado durante la investigación del asesinato de Gitte hace un par de años. Tuvo que reconocer a regañadientes que habían logrado una buena armonía y que fue de gran ayuda en la resolución del caso junto con la fotógrafa rubia, cuyo nombre ya no recordaba. Pero la periodista se llamaba Anne Larsen, de eso se acordaba y pensó en si seguiría trabajando en el Dagens Nyheder. Si aún estaba allí, no tardaría mucho en aparecer.

—Deberíamos identificar al cadáver antes de ir a la prensa.

—Si empiezan a inventarse cosas, puede ser peor, eso es así —le recordó Mikkel.

Roland asintió. La puerta se abrió y golpeó la silla en la que estaba sentado Mikkel. No es que en su despacho hubiera mucho espacio. Se giraron. El inspector jefe, Kurt Olsen, estaba en el marco con el pelo recién cortado, recién afeitado y con una camisa limpia. Se le veía más arreglado que nunca. Había rumores de que se había juntado con una mujer, pero no era fácil juzgar cuál había sido el mayor cambio: ella o el afeitado.

—Vamos a convocar una rueda de prensa para la tarde, no nos queda otra —dijo como si hubiera estado escuchando tras la puerta.

—¿No deberíamos confirmar primero si realmente se trata de la mujer desaparecida en Silkeborg? —propuso Roland—. La unidad técnica y los forenses nos dirán algo pronto.

Una joven se disculpó y pasó entre Kurt Olsen y el marco de la puerta. La oficina empezaba a dar claustrofobia. Isabella Munch era nueva en el cuerpo de policía, acababa de llegar a la Brigada Criminal. Roland no se había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que se echaban de menos los agentes del otro sexo. Se notaba mucho la falta de intuición femenina. Solía aprovechar la de Irene, pero también había límites con respecto a la carga que podía soportar su mujer cuando se trataba de crímenes. En algunos casos, tampoco estaba bien visto divulgar ciertos secretos; pero Irene era más apta que muchas agentes, ya que tenía experiencia como asistente social y había sido secretaria en la policía. Ahora tenía siempre a mano una mujer y podía aprovechar su intuición femenina en cualquier momento. Además, había otros pequeños placeres, como ver al masculino Mikkel

ruborizarse cuando la rubia agente con coleta lo miró y sonrió al pasar muy cerca de él para darle a Roland un papel.

—He investigado el caso antiguo con más detenimiento. La policía de Jutlandia Central y Meridional coopera mucho. Abandonaron la búsqueda en 1984, después de cuatro meses sin encontrar pistas significativas. Tiene un hijo, Sebastian Juhl. Vive en la calle Klostergade y trabaja de mecánico en un taller de Hasselager. He encontrado las direcciones, ahí están —dijo y desapareció tan rápido como había venido.

Roland le pidió a Kurt que esperase un poco para convocar la rueda de prensa, cogió la chaqueta, que estaba en el respaldo de la silla, y le hizo una seña a Mikkel.

—Vamos a Klostergade.

Mikkel, a regañadientes, lo acompañó.

—Pero el hijo no puede decirnos si el cadáver del pantano es su madre. Y es imposible que la identifique —murmuró mientras bajaban en el ascensor.

—Aparentemente van a tardar mucho con la identificación, así que tenemos que tomar cartas en el asunto. Quizá nos pueda contar algo.

5

La pararon en el pasillo.

—¿Eres Annemette Knudsen?

—Sí, soy yo.

—Está en el baño, pero no tardará. Puedes tomarte un café allí mientras esperas.

La mujer vio un termo de varios colores y vasos en una mesita entre unos sofás.

Annemette asintió y se sentó a esperar en un sofá gris claro con manchas marrones de café. Miró a la mujer, que desapareció rápidamente por el pasillo. Nunca la había visto, debía de ser nueva. Pero ella lo sabía todo sobre termos. Iba por allí siempre que podía. Aunque tendría que haber llamado antes, como solía hacer.

El sol entraba por un ventanal y emitía una luz cegadora sobre el suelo pulido y las blancas paredes. Ella observó los cuadros abstractos. No porque no los hubiera visto ya, sino porque no sabía qué hacer. Tampoco se podía fumar. El periódico de la mesa ya lo había leído por la mañana y había estado tomando café toda la tarde en la oficina. Nora se había vuelto a poner mala y se encargó ella sola de las cuentas. Pero estaba agradecida de que le hubieran dado el trabajo a pesar de su edad. Cuando se le acabó el dinero, le costó salir adelante. No estaba preparada para eso. Pero, evidentemente, tenía que suceder algún día. No tenía ahorros.

La mujer volvió a pasar por delante de ella con un montón de toallas y le dijo que ya estaba lista. Annemette se levantó. ¿Por qué no pasó directamente? ¿Por qué no fue al baño con ella? Podía haberlo hecho, aunque la nueva le hubiera pedido que esperase. Pensó en esa inhabitual pasividad mientras bajaba por el largo pasillo con puertas cerradas. La de su habitación estaba abierta. Cuanto más se acercaba, más fuerte le latía el

corazón y sintió cómo se oía cuando llegó a la puerta y se quedó mirándola sin entrar. Ella no se había fijado aún en su invitada. Tenía el largo pelo negro empapado. Los ojos también eran negros. Estaban mirando por la ventana fijos en el horizonte, sin ninguna expresión. La luz del sol hacía que la morena piel pareciera pálida. Su padre era español. Un desliz durante unas vacaciones de verano hacía veinte años.

—Hola, Kit. —Entró despacio y se sentó al otro lado de la mesa—. Felicidades.

—Hola. No sabía que vendrías.

—¡Cómo no voy a venir en tu cumpleaños! Tenemos que celebrarlo.

—Ya lo he celebrado con bollos y chocolate. Por eso he tenido que ir al baño.

Kit intentó sonreír, pero tenía lágrimas en los ojos. Annemette le acarició la mejilla.

—Qué más da. Solo era chocolate.

—¡Es que me he quemado!

Retiró la mano y le tendió una bolsa.

—Te he traído un regalo.

Lo puso en la mesa y esperó emocionada a que Kit lo abriese con una sonrisita tímida.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora? No tenías que haberte molestado.

Tardó mucho en abrirlo. Annemette esperó con calma, pero el pie se movía impaciente. Qué ganas tenía de fumar. Antes de que quitase el papel del todo, le puso a Kit el jersey delante. En sus ojos oscuros se apagó la sonrisa.

—¿No te gusta? ¿Ves lo que representan las lentejuelas?

—Sí, son mariposas. Es muy bonito. Pero ¿cuándo me lo voy a poner? ¿Cuándo voy a necesitar ponerme *así* de guapa?

—Menuda chorrada. Tienes muchas ocasiones. Tampoco es tan elegante como para no ponértelo a diario.

Kit tocó las mariposas con cuidado. Se le había puesto esa expresión que nunca le gustó a Annemette. Parecía que iba a ser uno de esos días difíciles.

—¿Por qué no me dejaste morir?

—¡No, no empieces!

—Sé que lo decidiste tú. ¿Por qué no dijiste que apagaran?

Annemette cogió el papel de regalo y lo metió en la bolsa de plástico.

—¿Quién dice esas tonterías? ¿De dónde sacas eso?

—La abuela me lo contó. Dice que tuviste que tomar la decisión. Me lo contó la vez que vino a verme.

—La abuela está enferma. Camina muy mal y por eso no viene, ya lo sabes.

—¿Por qué no vas a buscarla y la traes?

Annemette dejó la pregunta en el aire.

—Tomé la decisión correcta, ¿no? Si no, no habrías celebrado hoy tu cumpleaños.

—Y habría sido mejor. ¡Todo sería mejor que esto!

—No digas eso, cariño.

Le subió el pulso y sintió una convulsión en el diafragma. ¿Iba a echar la comida?

—¿No te van a traer café y tarta? —dijo intentando ocultar el enfado en la voz.

—Me van a hacer una fiesta esta noche. ¿Vas a venir? —preguntó Kit y la miró con ojos de cordero degollado.

—Ya sabes que no puedo. —Le cogió ambas manos—. Tengo que trabajar.

Kit retiró las manos y la miró enfadada.

—Me tenías que haber dejado morir, así no tendrías que trabajar tanto. Y no tendrías que ir a la oficina. Y podrías venir.

—Sí, pero no estarías aquí y no habría ninguna fiesta. —Sonrió e intentó decirlo de manera burlona. A veces era tenía que hacerlo así—. Pero esta noche necesitas este jersey tan bonito y te lo vas a pasar bien con tus amigos.

—¡Amigos! ¿Les llamas amigos? ¿Dónde están? ¡Dímelo!

—Cariño, tienes que comprender que… —Se detuvo cuando se dio cuenta de que entendería mal la frase y sería una catástrofe. Se levantó y se puso la chaqueta mientras Kit miraba todos sus movimientos. Le dolía por dentro y se avergonzó de sus ganas de estar fuera de nuevo, bajo el sol, respirando aire puro. De estar en otro mundo, que no era otro que el suyo.

—¿Llamas mañana y te cuento cómo ha ido la fiesta?

Los labios de Kit se movieron. Con la excusa del día que era, se había puesto un poco de brillo. Annemette lo consideró una sonrisa y respiró aliviada.

—Claro. Pásatelo bien y alégrate de haber cumplido veinte años. Es la mejor edad.

Quizá estuviera fuera de lugar o directamente fuera malvado, pero ya lo había dicho.

—Sí, es la edad en la que te diviertes y vives la vida. —Esta vez sí había sonrisa, pero era amarga e irónica—. ¿Puedo decirte adiós cuando estés abajo?

—Claro que sí, ya me voy.

Se puso detrás de Kit y empujó la silla de ruedas hasta la ventana.

Cuando miró hacia la ventana desde el aparcamiento y le dijo adiós con la mano, pensó que Kit no era el peor error que había cometido.

6

No abrió nadie en la casa de Klostergade, así que imaginaron que Sebastian Juhl seguía trabajando.

El taller estaba bien escondido en el patio trasero. Si el cartel de «TALLER OLE HANSSON» no hubiera sido tan grande, nunca lo habrían encontrado. Realmente era grande, y con esos colores rojo, azul y amarillo fuertes, no resultaba demasiado bonito. Mikkel Jensen hizo una mueca cuando lo vio.

—Debe de ser aquí —dijo serio; se subió a la acera y aparcó.

El taller era una construcción baja que más bien parecía un corral, de no ser por los ruinosos coches que había aparcados detrás; aunque, desde luego, podía había albergado gallinas. Pero el hombre que salió enseguida a la luz del sol era sin duda un mecánico, no un avicultor. Estaba muy sucio y se limpió el aceite de los dedos con un trozo de algodón de colores mientras los miraba con ojos entrecerrados. Tenía el rostro grasiento sin afeitar y el pelo peinado hacia atrás para tapar una calva incipiente.

—Brigada Criminal —le comunicó Roland y le enseñó la placa—. Nos gustaría hablar con Sebastian Juhl.

—Ole Hansson —se presentó el mecánico. Los policías estaban hablando con el mismísimo dueño—. Sebastian libra hoy —continuó sin mostrar especial curiosidad por saber por qué la policía quería hablar con un empleado suyo.

—¿Alguien sabe dónde se encuentra? No había nadie en su vivienda —preguntó Roland.

—¿Y cómo iba a saberlo? Lo que hagan mis chicos en su tiempo libre ni me va ni me viene.

Ole Hansson siguió limpiándose los dedos y mascando chicle. La primera idea de Roland fue que, probablemente, también respetaban la

prohibición de fumar, hasta que vio el ascua de un cigarrillo en la oscuridad del taller. En la Jefatura estaba prohibido fumar, pero aparentemente allí, con el tufo de la gasolina y del aceite, no.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Roland, más cortés que Mikkel, que ya estaba entrando en el taller.

—¿De qué se trata? —preguntó al fin Hansson.

—¿Cuánto lleva Sebastian trabajando aquí?

—Pues diría que seis años. Estuvo de aprendiz y luego le di un puesto en el taller. Es un buen mecánico.

Ole Hansson lo miraba escéptico mientras lo acompañaba al interior del taller, iluminado únicamente por algunas lámparas que seguían funcionando. No había ventanas y olía a gasolina. Todo parecía sucio. En una pared había un póster con manchas de aceite de una chica sexi. En el taller había dos mecánicos enfrascados en su trabajo. Uno estaba en el foso debajo de un Fiat relativamente nuevo y el otro arreglaba los bajos de una furgoneta oxidada de color blanco que descansaba sobre una plataforma elevadora. Era él quien tenía un cigarrillo encendido entre los labios, bajo un bigote moreno. Lo tiró al suelo en cuanto vio a dos extraños bien vestidos que podrían ser inspectores laborales. Se puso a trabajar de nuevo y no los volvió a mirar.

—¿Sabéis alguno si Sebastian tenía algo que hacer hoy? —gritó Hansson.

El del foso dijo que no en un susurro y el otro se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Podemos hablar un momento?

Roland señaló con la cabeza una sala cerrada con los cristales mugrientos que supuso que era la oficina. Vio una máquina de café y una pantalla plana nuevísima.

Ole Hansson asintió y abrió la puerta. Allí también olía a gasolina y Roland notó que le empezaba a doler la cabeza. Mikkel se quedó fuera y observó el trabajo en los bajos de la furgoneta. Él trasteaba con coches viejos en su tiempo libre, así que hablaron de ello.

—¿Sabes algo de la familia de Sebastian? —preguntó Roland y rechazó con educación el café que le ofreció. Por el olor, estaba pasado. Hansson

llenó una gran taza manchada de aceite y dio un trago.

—No mucho. No es algo de lo que hable. Pero ¿a qué vienen tantas preguntas? ¿Está metido en un lío?

—Que nosotros sepamos, no. Se trata de su madre.

Ole Hansson negó con la cabeza esbozando una sonrisa de sabelotodo.

—Pobre chico, hasta donde yo sé, su madre desapareció cuando era joven. ¿Es a ella a quien buscáis?

Roland asintió lentamente. Ahora se sentía más seguro que cuando llegaron.

—¿Qué ha contado de sus padres? ¿Sabes a qué se dedicaba su madre, por ejemplo?

—No, nadie le ha preguntado nunca por ella. Como he dicho, no es algo de lo que hable y tampoco serviría de mucho. Ella desapareció, ¿no?

Ahora, el obeso rostro del hombre mostraba una curiosidad evidente y, justo cuando Roland iba a decir algo, el móvil le vibró en el bolsillo. Gert Schmidt gritaba tanto como de costumbre y Roland se fue a una esquina por miedo a que Hansson oyera la conversación.

—Han identificado a la muerta. Es la enfermera de Silkeborg que desapareció en 1983. Lo ha confirmado el odontólogo.

Roland le dio las gracias y colgó.

—Creo que tenemos que irnos. Gracias por atendernos.

Salió de la oficina y llamó a Mikkel. El sol les cegó cuando salieron al patio.

—Han identificado a la mujer. Es ella, así que tenemos que encontrar al hijo. En parte porque tenemos que darle un mensaje horroroso, en parte porque tenemos que averiguar cuánto sabe de la desaparición de su madre.

Mikkel asintió y, de mala gana, fue con Roland al coche. Al parecer, el trabajo en el garaje le interesaba más.

Llamaron al timbre del piso de Klostergade, pero seguía sin abrir nadie.

—¡Joder! ¡Kurt insiste en que hagamos hoy la rueda de prensa! Tenemos que hablar antes con el hijo.

Llamó fuerte a la puerta; podía ser que el timbre de estos viejos apartamentos no funcionase. Una chica los miró desde el piso de arriba y

les preguntó si iban a ver a Sebastian. Les dijo que debía de estar al llegar, ya que acababa de verlo en la calle ayudando a salir del taxi a una vecina mayor del piso de arriba. Roland susurró un «gracias» ininteligible y miró el reloj impaciente. Esperaron en la escalera, que olía a vinilo viejo y jabón marrón, y oyeron unas voces que venían de la planta baja acompañadas de unos pasos fuertes. Poco después apareció una señora mayor junto a un joven que la agarraba del brazo y servía de apoyo. Ayudó a la señora hasta el siguiente piso y no le soltó el brazo hasta que los encorvados dedos se agarraron a la barandilla. Ella le dio las gracias a su vecino de abajo y siguió hasta el siguiente piso, donde la estaba esperando la chica.

Roland y Mikkel se miraron extrañados. Sabían del poco respeto que tenían los jóvenes, de ataques a ancianos en sus propias casas, casos de violación a jubiladas y robos con homicidio.

—¿Queréis hablar conmigo? —preguntó Sebastian con una sonrisa despreocupada y metió la llave en la cerradura de su piso. A Roland se le retorcieron las tripas al pensar que le iba a fastidiar el día a ese joven caballero. Entraron con él en el acogedor piso, que, según el cartel de la puerta, era un cuarto de soltero, pero era bonito. La cama de la habitación estaba hecha y la colcha estaba adornada con cojines de colores. La mesa de la cocina, que era pequeña y estrecha, estaba limpia, así como el salón. En medio de una mesa redonda había un cuenco con fruta. Le iba la comida sana.

—¿Es por el coche que he vendido? Creía que vendríais mañana —dijo Sebastian de buen humor, y colgó las llaves en un llavero de acero pulido.

—Por desgracia, no.

Roland le enseñó la placa y vio que le empezó a temblar el párpado de manera casi imperceptible. Sebastian se sentó y les hizo una seña para que ellos también tomasen asiento. Tenía unos treinta y cinco años y la piel bronceada, lo que hacía que su pelo pareciera aún más rubio y sus ojos más azules. Le recordaban a los de los perros de trineo que había visto en un reportaje sobre Finlandia en Discovery. Al parecer se llamaban huskys siberianos. Tenía barba en la barbilla y las mejillas, pero no parecía desaliñado. Cogió una manzana roja del cuenco y empezó a pasársela de una mano a otra con movimientos rápidos mientras miraba a los agentes.

—Hacía mucho que no me visitaba la Policía —dijo.

A Roland le pareció una buena noticia.

—Se trata de tu madre.

De repente, Sebastian dejó de pasarse la manzana y, por un instante, pareció sorprendido de veras.

—¿Mamá? —dijo vagamente y de manera casi incomprensible, como si fuera una palabra que llevaba mucho tiempo sin pronunciar.

Roland se sintió mal por el chaval y por la expresión de tristeza que apareció en sus ojos.

—Ya sé que no eras muy mayor cuando tu madre desapareció, pero ¿recuerdas algo de aquel día?

La pregunta hizo que Sebastian lo mirase directamente.

—Solo tenía ocho años. Estaba en el colegio.

El contacto visual fue tan intenso que Roland se sintió incómodo. Era como si Sebastian pudiera verle el alma, y no era algo que le gustase. Fue el primero en retirar la mirada, cosa rara en él.

—Bueno, entonces no sabes qué iba a hacer tu madre aquel día. Vivíais en Silkeborg. ¿Tenía que ir a Aarhus?

Sebastian miró a Mikkel, que seguía dando vueltas y echando un vistazo por el piso. No había dicho ni una palabra, lo que beneficiaba a Roland. No siempre escogía las más adecuadas, ya que sus maneras eran directas. Pero en aquel momento entró en el salón con una fotografía en la mano.

—¿Es tu madre? —preguntó con una compasión en la voz que hizo que Roland lo mirase extrañado.

Sebastian asintió y apartó rápidamente la mirada. La mujer de la fotografía tenía casi treinta años. Solo un par de años menos que cuando la mataron. No había duda de a quién se parecía el hijo. Esos ojos tan especiales los había heredado de ella.

—Por aquel entonces fui a que me interrogasen, pero, como he dicho, estaba en el colegio y ella nunca me contaba qué iba a hacer. Solía ir a visitar enfermos. Qué se yo.

La palabra «madre» había vuelto a desaparecer del vocabulario del hijo, que ahora hablaba de «ella» como si fuera su enemiga. Pero era natural que

la desaparición de una madre supusiera un duro golpe para un niño de ocho años, que a día de hoy seguía sin saber qué le había pasado.

Sebastian observó la manzana que tenía en la mano como si fuera una bola de cristal que le pudiera contar por qué había desaparecido su madre.

—Dijeron que puede que se hubiera largado con un hombre y que yo no le importara —dijo con la voz ronca.

—¿Quién dijo eso, Sebastian?

—Todo el mundo, incluso la policía. Cuando pasó un tiempo sin que la encontrasen.

La intensa mirada volvió a caer sobre él, esa vez con reproche.

—¿Tú también lo crees? —preguntó Mikkel, que se había sentado en el borde de la mesa. Sebastian negó con la cabeza y no vio cómo Mikkel asentía a su jefe. Era el momento de darle la noticia.

—Lamento tener que decirte que hemos encontrado a tu madre. Está muerta.

Sebastian sollozó. Ocultó el rostro entre las manos y se le cayó la manzana bajo la mesa. Se detuvo junto al zapato de Roland, que se quedó mirándola. Esta parte del trabajo era la que menos le gustaba.

7

El dormitorio era exactamente como lo recordaba. La ventana estaba abierta y la brisa hacía ondear ligeramente las cortinas blancas. Ella divisaba la aguja de la catedral como una sombra desvelada a través de la fina cortina. Se posó una mosca en el alféizar y movió las alas. Había visto otra en el respaldo del banco frente a ella en la iglesia, cuando el párroco había dicho aquellas bonitas palabras sobre su abuela, que estaba dentro del ataúd con flores y a la que no se atrevía a mirar. Le costaba contener las lágrimas.

La puerta que daba al salón contiguo estaba cerrada, pero de todos modos llegaban suaves voces y alguna que otra risa ruidosa, que le pareció inapropiada e indecente. Apretó con fuerza el pañuelo de bolsillo, que no estaba usado. Era como si no le quedasen más lágrimas. Desde que se enteró del fallecimiento, lloró todas las noches. En silencio, para que Peter no la oyera. Él prefería creer que ella seguía sin aclimatarse y que ese era el problema.

Dejó vagar su mirada por los objetos de aquella habitación que ya conocía. Todo le traía recuerdos. El tiempo se había detenido en el piso. No había cambiado nada desde la época en que, de niña, pasaba allí las vacaciones. Pasó la mano ausente por la colcha que había tejido la abuela con hilo de algodón blanco. Le había dedicado mucho trabajo. Y en la cama de al lado, la del abuelo, ella había dormido pegada a la abuela, después de largas y emocionantes aventuras que la llevaban a un mundo de ensueño con hadas y princesas. Sobre la mesilla de noche, en un marco de plata, estaba la fotografía del abuelo. La miraba con bondad, pero ella no lo recordaba. Murió cuando ella tenía solo dos años. Pero la abuela le había contado tantas cosas sobre él, que en sus pensamientos parecía de carne y hueso. También estaban las gafas de la abuela en la mesilla, como si fuera a volver a por ellas en cualquier momento. Pero el hecho era que no las iba a

necesitar nunca más, que no volvería. Su rostro sonreía tras las gafas en un marco de la pared al lado de la ventana. Los ancianos y sabios ojos la miraban casi perdonándola, como si también se quejase de que la hubiera abandonado. Volvió a notar un nudo en la garganta. Por supuesto, Peter tenía razón en que Elina se había convertido en una anciana que había vivido mucho en su larga vida, pero eso no hacía que la añorase menos. Aunque la había visto poco últimamente, tras mudarse con Peter a Italia, sabía que estaba en casa, en Dinamarca, y que podía llamarla a cualquier hora y hablar con ella de todo cuando quisiera, y eso le daba una seguridad que ahora había desaparecido. Era como un lazo que se había cortado. Que tenía un significado. Un lazo que también la unía con su madre.

La mirada se detuvo en otra fotografía de la mesilla de noche. La cogió y pasó un dedo por el rostro que había detrás del cristal. No la recordaba más que por esa foto y las otras pocas que había. Ahora que era adulta, veía ese parecido con ella del que todos hablaban. El pelo oscuro y ondulado enmarcaba un rostro estrecho y los ojos marrones sonreían. La foto se tomó cuando la madre enfermó. En el momento en que el cáncer se apoderó de su cuerpo, todo sucedió muy rápido. Murió en diciembre. Ese año no pasaron la Navidad juntas. Mientras estaba mirando el retrato, pensó en lo que recordaba. Cómo desapareció de su vida alguien importante y la soledad que estaba experimentando por primera vez. Que todo volvía a ser lo mismo. Puso la foto de nuevo en la mesilla de noche cuando oyó la puerta del dormitorio.

—¡Anda, estás aquí, Sabrina! Ya se han ido todos. No se han despedido de ti.

Su padre se sentó a su lado en la cama y ella se giró hacia él cuando el colchón cedió por el peso. Le puso un brazo alrededor del hombro y le frotó el brazo de manera torpe. Su mirada se detuvo un breve instante en la foto de su suegra en la pared, pero no había nada de cariño en ella. Sabrina vio su rostro angustiado, la mirada baja. Parecía estar contando cada nudo de la vieja y pintoresca colcha.

—¿Qué pasó entre la abuela y tú? —preguntó con cautela—. ¿Por qué os odiabais? ¿Tiene algo que ver con mamá?

Gustav Hjort miró los ojos preocupados de su hija. Le dolía ver ese apabullante parecido con la madre. Hacía muchos meses que no había visto a Sabrina. Casi estaba olvidando esos ojos y a su madre, pero ahora volvió a notar un nudo en el estómago y tuvo que carraspear un par de veces antes de responder.

—No nos odiábamos, Sabrina. No tienes que pensar eso.

Volvió a bajar la mirada hacia la colcha. Los ojos marrones de Sabrina le impresionaban mucho. Tenían el mismo brillo intenso que los de Josefine. Lo miraban con el mismo reproche. Estaba intranquilo en la cama. Se aflojó la maldita corbata, no sabía cómo explicarlo. ¿Por qué de repente le preguntaba por eso después de tantos años?

—Ya sabes que las suegras a veces pueden ser una molestia. Pues Elina era de ese tipo.

Intentó reírse para que sonara a broma, pero la risa sonó vacía. Los ojos de Sabrina se volvieron más oscuros y brillantes.

—La abuela no era así, eso lo sé. ¿Cómo puedes decir algo así de ella justo hoy?

Se puso de pie y se alisó la falda negra. Le enfadó haberse vuelto a disgustar con él. Había pasado todo el vuelo desde Milán diciéndose que no podía permitir que ocurriera, pero ¿por qué no podía simplemente darle una respuesta? Tenía más ganas que nunca de saber qué dividió a la familia. ¿Qué había pasado? ¿Fue solo porque Gustav se casó con Carola demasiado pronto después de la muerte de su madre? Se quedó de pie con los brazos cruzados junto a la ventana. El tibio aire olía distinto al que había intentado acostumbrarse durante el último medio año en Milán.

Gustav se puso detrás de ella y le colocó las manos en los hombros delicadamente, con un movimiento que daba a entender que él lo consideraba un gesto no deseado.

—Es estupendo tenerte de nuevo en casa. Aunque las circunstancias no…

Apartó las manos cuando se abrió la puerta del salón y entró una mujer delgada y maquillada vestida de negro de pies a cabeza. Miró a su alrededor hasta que los vio junto a la ventana. Los dientes artificialmente blancos

brillaban en el rostro moreno. Fue hacia ellos a paso seguro sobre sus altos tacones.

—No te he visto en la iglesia, Sabrina. Me alegro de verte. Siento mucho lo de tu abuela.

Lo dijo con una voz ligeramente ronca, que seguro que los hombres encontraban sexi, y cogió del brazo a su marido. Se pegó a él y la miró como si quisiera cambiar algo. Estaba acostumbrada. Siempre había algo de ella que a Carola no le gustaba: la ropa, el pelo, el tono de su rostro, sus formas redondas. Cuando era niña, su madrastra intentaba ponerle incómodos vestiditos de princesa y hacerle moños en el pelo para presentar a una niña guapa, en vez de a la fea que iba con ella, pero no pasaba mucho tiempo hasta que el moño se caía y el vestido de seda se ensuciaba. Carola se rindió por fin y a cambio adoptó esa expresión cada vez que la veía. Carola y Gustav no habían tenido hijos. No sabía por qué. No hablaba con ellos de esas cosas. Su vida privada era un misterio para el resto del mundo. Carola tenía un hijo de un matrimonio anterior con un oficial de marina inglés, pero era tres años mayor que Sabrina y vivía con su padre en Inglaterra, así que solo lo había visto un par de veces hacía ya bastante tiempo. Era alguien importante en la Marina y, por lo que sabía, estaba en una corbeta en el Golfo Pérsico.

—Ha sido un entierro bonito —dijo Carola cuando el silencio empezó a resultarle incómodo.

Gustav le rodeó el delgado talle con el brazo y Sabrina tuvo que reconocer que, aunque estaban entrados en años, hacían una bonita pareja. Asintió y percibió de nuevo el llanto que intentaba tomar el control, pero tragó saliva y lo contuvo. Carola nunca la había visto llorar.

—¿Te vienes a comer con nosotros? —preguntó Gustav—. Me apetece mucho saber qué tal te va por Italia.

—¿Te has adaptado? —interrumpió Carola—. Por lo que me ha contado Peter, te entraron rápido ganas de volver a casa.

Le enfadó que Peter hubiera hablado con Carola de una cosa tan privada, el mero hecho de que lo hubiera comentado con ella, pero se limitó a asentir y se echó el pelo detrás de la oreja.

—Sí, va mejor. Nunca voy a aprender el idioma, pero me las apaño.

—Creo que tienes que darle un tiempo, por Peter. Ese trabajo de ingeniero de diseño en Grundfos es su gran oportunidad.

Carola sonrió y miró rápidamente a Gustav. Sabrina vio que habían discutido algo antes. Sí, era la gran oportunidad de Peter. ¿Pero y ella? Echaba de menos su trabajo en el Hospital de Paliativos Skovdal, donde había pedido una excedencia para acompañar a su marido. Sin saber el idioma, su formación como nutricionista clínica no valía de mucho en Italia, aunque en Milán había muchos hospitales de paliativos. Pero, por suerte, solo quedaba medio año para que acabase su estancia en el extranjero, lo que formaba parte de su plan laboral a largo plazo. Podía haber decidido quedarse en Dinamarca, pero Peter quería que fuera con él y en aquel momento necesitaba un pequeño descanso de su vida diaria entre personas enfermas y moribundas. Pero en el fondo solo deseaba volver a casa y a su trabajo, y no había tenido dudas de que viajaría para asistir al entierro de Elina, aunque Peter no pudiera acompañarla.

—Estoy seguro de que Johanne nos ha preparado algo rico —volvió a intentarlo Gustav y la cogió del brazo como si pretendiera llevársela a rastras en contra de su voluntad, pero ella negó con la cabeza.

—Gracias, papá, me quedo un poco más. Le he prometido a Emma que la ayudaría a vaciar el piso. A lo mejor duermo aquí esta noche.

—Pero tendrás que comer algo.

Gustav la miró implorando. Aquel día, ella tenía muchas ganas de estar con su padre, pero de ningún modo quería oír las críticas y reproches de Carola. Le dio un beso en la mejilla y olió el exclusivo *aftershave*, que sin duda había escogido Carola.

—Idos, papá. Me pido una *pizza*.

Carola hizo una mueca, pero no dijo nada cuando tiró clara y ligeramente de su marido, que miró largo rato la puerta antes de cerrarla.

8

Echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de los rayos del sol vespertino en el rostro. Evidentemente, a primeros de octubre ya no tenía la intensidad del verano, pero era increíble que pudiera estar tomando el sol. Los demás clientes del café también llevaban, más o menos, ropa de verano. Si de verdad era el calentamiento global, a él le venía de maravilla. Algunas chicas llevaban las piernas al aire y él miraba los muslos bronceados. El río Aarhus pasaba ante él reflejando la luz. El murmullo de las voces lo adormecía. ¿O era la segunda cerveza? Cerró los ojos, pero supo que seguían allí. Oía sus voces. No lo que decían, pero daba igual; sabía que no se habían ido. El calor del sol en la cara hacía que sus pensamientos retrocedieran en el tiempo. Solo pensaba en una cosa. En su infancia.

Era el mismo sol el que le calentaba el rostro aquel día. Había llegado tarde a casa después del colegio. La puerta principal estaba abierta al calor del verano. Le encantaba su voz y ella era feliz cuando cantaba. Estaba junto a los fogones dándole la espalda y haciendo la comida, y él no se atrevió a molestarla. Cuando se dio la vuelta, él vio que tenía un cigarrillo en los labios mientras tarareaba. Solo fumaba cuando sabía que nadie la veía. Otra buena razón para no molestar. Solía enfadarse mucho cuando la descubrían. Él se sentó en la escalera con los ojos cerrados y escuchó mientras los rayos del sol le hacían sudar y se secaba la sangre de la nariz. Se pondría de mal humor si se enteraba de que había vuelto a pelearse en el colegio. Se hizo heridas en ambas rodillas cuando el chico mayor lo tiró al asfalto del patio. Le había arrancado una manga y tenía sangre en la nariz. Siempre se peleaba por ella, pero ella no lo sabía. Los chicos de noveno curso la llamaban «puta» y decían que se quitaba la ropa en el club nocturno donde trabajaba, pero él sabía que era mentira. Su madre nunca haría eso. El inspector del colegio lo había llevado a su despacho, que apestaba a tabaco

y tenía los muebles marrones, y lo había amenazado con hablarle a su madre de todas esas peleas; pero ella no debía saberlo, no debía volver a ponerse triste. Le suplicó que no dijera nada y prometió que nunca más se pelearía. Pero no era él quien empezaba. Eran ellos los que decían cosas malas sobre su madre.

Habían pasado solos dos años desde que el padre falleciera en un accidente en la obra. Acababa de cumplir cinco años y no recordaba el episodio con mucha claridad. Solo que, cuando vivía, todo era distinto. La madre siempre estaba en casa cuidándolos. A veces le dejaban subirse a una silla y ayudarla con la comida antes de que el padre volviera de trabajar. No cosas peligrosas como cortar con un cuchillo, sino remover la olla con una cuchara o aplastar carne con un martillo, eso era divertidísimo. Por aquel entonces siempre estaba contenta. Pero cuando su padre murió, su madre se encerró en el dormitorio y un asistente social del ayuntamiento lo llevó a él con otra familia. La echó de menos. Pero después de un año, su madre cambió y se lo llevó a la casita donde había pasado la mayor parte de su infancia. Consiguió trabajo de camarera y pudo encargarse de ambos. También se había echado novio. Él lo odiaba. Lo llamaban «el Africano» porque siempre estaba viajando a África. Cuando oía el ruido del motor del deportivo rojo oxidado se encerraba en su habitación, porque su madre no tenía ojos para nadie más y eso le avergonzaba.

Por las escaleras subía un olor poco habitual. Iban a comer algo especial. No lo típico de un miércoles, pescado con verduras, sino algo más rico. El hambre hacía que le rugiese el estómago. Pero entonces oyó que ella sacaba una botella de vino y, después, el ruido de las copas al sacarlas del armario. Se le puso el vello de punta. La esperanza murió. No le estaba haciendo la comida. *Él* llegaría para la cena.

Dio un respingo cuando oyó el motor de un coche. Abrió los ojos rápidamente. El sonido que le devolvió a la realidad era de un taxi que estaba recogiendo clientes ebrios del café. Entonces se dio cuenta de que sus voces habían desaparecido. Un camarero estaba llevándose las tazas vacías y limpiando la mesa. Se fijó en ellos antes de que doblasen la esquina de los grandes almacenes Magasin hacia Immervad, la calle

peatonal. Estiró la mano hacia el camarero y lo agarró de la manga. Casi se le cayó la bandeja con vasos y tazas. Pagó las cervezas y fue rápido tras ellos.

9

Emma era algo más joven que su fallecida hermana. A Sabrina siempre le había gustado su forma de ser, natural e impredecible. Mientras se sentaba en una mesa libre, Emma sonrió porque había recibido dos mensajes de texto, que contestó con aquel moderno teléfono móvil de color plata con las teclas tan pequeñas que incluso a ella le costaba pulsar. Los pequeños pulgares de Emma se movían rápido como los de una adolescente. «Es un mensaje de mi hijo», le explicó con una sonrisa cansada y siguió tecleando mientras se sentaba. Los ojos ribeteados de sangre mostraban que había llorado mucho en los últimos días.

Sabrina simplemente asintió. No conocía muy bien a la familia de Emma, no se juntaban mucho. Ella vivía en las afueras de Ribe y solo se quedaría en Aarhus hasta que acabasen de vaciar el piso. Durante esos días vivió en el Hotel Cabinn, al lado del teatro. Su marido, Kaj, se había quedado en casa. Tenían un terreno y unos cerditos a los que cuidar.

—Buah, está tardando mucho —se quejó Emma en cuanto guardó el teléfono en el bolso—. ¿Dónde se habrá metido el camarero?

Ambas miraron hacia el café, donde dos camareros corrían de un lado para otro entre las puertas abiertas del local y las mesas que estaban junto al río. Había mucha gente. Hacía sol como si fuera verano, la mayoría de la gente había terminado de trabajar y estaba tomando un café o una cerveza antes de irse a casa. Solo el personal de las tiendas parecía mirarlos con envidia; aún quedaban unas horas para que fuera su turno. La gente entraba y salía por la puerta principal del Magasin.

—Tienen mucho lío, Emma. ¿No tenemos tiempo para esperar?

Emma se levantó impaciente. Era una señora bajita y fuerte, pero había aprendido a vestirse de manera que eso no saltara a primera vista. El sol

hacía que el corto pelo blanco brillase como la plata y sus pequeños ojos eran rebeldes. Se puso el bolso bajo el brazo y se irguió.

—Sabrina, hay mucho que hacer. Si tenemos que esperar horas a que nos sirvan una simple taza de café, no podremos hacer nada más hoy.

Se metió en el barullo del café a pasos cortos y rápidos y con el bolso bajo el brazo, como si temiese que alguien se lo fuese a robar. Sabrina volvió a sonreír. Seguro que ahí dentro también tendría que esperar.

Se recostó en la silla del café, que había dejado de ser cómoda y cuyo respaldo se le clavaba en la columna, y observó a los transeúntes. Teniendo en cuenta la época del año, la gente iba muy ligera de ropa. Disfrutó del olor a café. Delante de ella pasaba una taza tras otra de expreso o de capuchino. El ambiente le hizo pensar en Peter y en Italia. Ahora que estaba lejos de él, lo echaba de menos. ¿Pero no solía ocurrir que había que alejarse de una persona para darse cuenta de que no se podía vivir sin ella? A lo mejor él sentía lo mismo. ¿Qué hacía si no solo en Milán? Esa tarde tenían que haber ido a una cena con sus compañeros de Grundfos. Fue lo primero de lo que se quejó cuando ella le comunicó que se iba a Dinamarca para asistir al entierro. Para él era más importante una fiesta que la muerte de un familiar. O, mejor dicho, era más importante su carrera. Sabrina vio pasar a una pareja agarrada de la cadera y los miró a ambos con envidia. Hacía mucho que Peter y ella no caminaban así. A su lado se sentía como un complemento que él llevaba cuando le convenía. Cuando no, podía caminar ella sola por las calles de Milán y mirar aquellos escaparates exclusivos con artículos de lujo que nunca se podría permitir. En los últimos meses, muchas veces se sintió francamente arrepentida de haber ido con él. Y ahora estaba aquí, echándolo de menos después de solo dos días. ¿Cómo podría haber estado sin él un año entero? Se puso la mano en el estómago, donde le daba el sol. Y luego estaba lo que no le había contado. Peter siempre había afirmado que no tendrían niños mientras no terminase de formarse como ingeniero de diseño y no tuviera el sueldo que merecía. Esperaba que ella tomase la píldora, pero esa noche se le olvidó. ¿Cómo podía haberle resultado tan fácil, cuando había tanta gente que no podía tener hijos? Era un regalo, pero ¿Peter lo vería también de esa manera? La única persona con la que podía hablar de esas cosas era la abuela.

Emma volvió a la mesa con una rapidez sorprendente y una bandeja con una tacita de café y una grande de capuchino. En los platos había chocolates envueltos. Sabrina se levantó enseguida para ayudarla con la bandeja.

—¡Qué rápido! ¿Qué has hecho con toda esa fila? —preguntó impresionada.

Emma sonrió enigmática e hizo un gesto como apartando a la gente a codazos.

Sabrina se rio y se sentó. Era casi como estar de nuevo con la abuela. Ella siempre le hacía reír.

—Qué bien, te has acordado de que tomo capuchino —dijo—. Tú *te conformas* con café normal, por lo que veo.

Emma miró de reojo la gran taza de Sabrina, con espuma blanca y una pizca de chocolate.

—Sí, no disfruto con una capa de nata grasienta en el café —dijo. Arrugó la nariz y se concentró en su taza.

—No es nata, Emma. Es espuma de leche. Y no me extrañaría que esto sea leche desnatada. En Italia la leche parece más grasienta, aunque no lo sea necesariamente.

—¿Te estás acostumbrando a tu nuevo país? —preguntó Emma curiosa y la miró con los ojos apretados para evitar el sol, que daba justo en su mesa.

—Ahora me siento en casa, así que no llamaría a Italia «mi nuevo país». Para ser sincera, Milán no me gusta. Pero un fin de semana fuimos en coche al sur y visitamos Positano, que es preciosa. No hay apenas coches y disfruté mucho del mar y de ese ambiente de los países del sur. Por las noches tocaban incluso la mandolina bajo los balcones.

Sonrió ausente. Peter no parecía tan estresado y mostró un lado romántico que rara vez veía. Estaba convencida de que fue allí donde concibieron a su hijo. Se quedaron calladas mientras ella desenvolvía el chocolate y Emma echaba azúcar en el café.

El gran proyecto de desescombrado del río había terminado hacía mucho y, al parecer, no había muchos habitantes de Aarhus que no pensasen que los desvíos de tráfico y las molestias de las obras habían valido la pena.

Emma miró el río. No era difícil suponer en quién estaba pensando.

—Yo también la voy a echar de menos —dijo Sabrina y probó el capuchino. No sabía tan bueno como el que solía tomar en el Bar del Corso, en Corso Vittorio Emanuele, pero no era por culpa del café. En Italia, todo lo que lleva un capuchino sabe distinto: el agua, la leche, el azúcar.

La tía Emma masticó el chocolate y siguió mirando el agua, que fluía y brillaba con el sol tras las escasas barreras.

—A Elina le encantaba venir aquí y mirar a la gente. ¿Lo sabías? Seguro que se ha sentado en esta silla muchas veces a tomarse un café. Y a imaginar historias sobre la gente. —Emma sonrió, pero tenía los ojos tristes —. De pequeña eras la mayor fan de sus historias, ¿no?

—Me divertía —reconoció.

—Su fantasía nunca ha estado mal. Por desgracia, cuando era niña no la veía mucho, yo era mucho más joven que ella. A Elina la mandaron a servir con catorce años, así era entonces en las familias pobres. Pero me lo pasaba bien en su casa en vacaciones, cuando podíamos estar juntas. Yo también he disfrutado de sus divertidos relatos; siempre hablaba de cosas buenas.

Sabrina asintió.

—La abuela era una buena persona.

Miró largo rato a Emma, que recordaba a su hermana de muchas maneras, antes de decidirse a preguntar. Se había pasado toda la noche pensando, recostada en la cama del abuelo. Le había molestado que Peter alquilara su piso de Dalgas Avenue a una joven pareja durante el año que iban a vivir a Italia, pero el dinero del alquiler les venía bien, al fin y al cabo, ella vivía de eso, puesto que no podía trabajar allí abajo. Pensó en reservar una habitación en un hotel mientras estuviera en Aarhus, pero para qué gastar dinero teniendo vacío el piso de la abuela en Store Torv. En ningún caso se quedaría en casa de su padre y de Carola.

—Emma, ¿sabes qué pasó entre mi padre y la abuela? ¿Tiene algo que ver con mi madre? —preguntó con cautela.

—Recuerdo claramente cuando Josefine murió. Tu madre estaba muy enferma, Sabrina. Nos afectó mucho a todos. No sé si Elina le guardaba rencor a tu padre por haberse casado tan rápido con la tal… ¿Carola, se llama? Tu abuela nunca la nombraba. En general no quiso hablar de tu

madre después del entierro. Ay, Sabrina, eras tan pequeña… —Emma le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—No recuerdo el entierro. De hecho, tampoco recuerdo a mamá. Solo pequeños destellos, que no creo que sean otras cosas que las que me han contado.

—Solo tenías cuatro años. ¿Cómo ibas a acordarte de ella, cariño? Josefine era una persona maravillosa. Es increíble lo mucho que te pareces a ella, tanto por fuera como por dentro. Tenía el mismo pelo moreno y los ojos iguales que los tuyos. Pero al final estaba muy delgada, irreconocible. Antes de enfermar era algo regordeta, pero tú también has adelgazado mucho. Demasiado, creo. Cuando te consumes es porque hay algo enfermo en ti.

Sabrina se sintió confusa y se volvió a poner la mano en la tripa. No tardaría mucho en dejar de estar delgada. Pero perdió más de diez kilos cuando empezó a estudiar dietética y supo más sobre comida sana. Fue antes de conocer a Peter, si no, nunca se habría fijado en ella. Era muy crítico con lo que se llevaba a la boca y con la apariencia. Nunca se habría enamorado de una chica gorda.

—Pero tampoco se puede estar hecha un tapón como yo trabajando en lo que trabajas —comentó Emma con conocimiento de causa y, para demostrarlo, se metió en la boca el último trozo de chocolate.

—No todos los dietistas están así de delgados —dijo Sabrina riéndose.

—¿Echas de menos tu trabajo? Es decir, ¿no te reconforta estar lejos de toda esa gente moribunda que…?

—¡Lo echo de menos! —la interrumpió y la miró con decisión—. Ver a tanta gente enferma que quiere seguir viviendo te llena de optimismo. Y la sensación de estar con ellos ayudándolos a que la parte final de su vida valga la pena es indescriptible.

Emma asintió y se quedó callada un rato.

—¿Nunca os ha pedido algún enfermo que acabéis con su sufrimiento? —preguntó dudosa y con la voz algo ronca.

—¿Te refieres a la eutanasia? No, los pacientes rara vez piensan eso. Muchos mejoran significativamente cuando llegan con nosotros. De hecho, a veces tenemos que mandar a enfermos a casa porque mejoran. Según una

valoración de Hospice Forum Danmark, la organización que aglutina a los hospitales de paliativos, algunos mandan a casa a uno de cada cinco para hacer sitio para más pacientes enfermos. Da que pensar, ¿no? Además, está prohibido quitarle la vida a alguien. No pueden ni las enfermeras ni los médicos.

Su discurso no sonó muy convincente. Recordaba un episodio de hacía unos años en el que una paciente le había pedido a una de las enfermeras morfina suficiente para no volver a despertarse. La enfermera habló largo y tendido con la paciente y vio que no deseaba morir, sino que se compadecía de su marido, que la visitaba fielmente todos los días. Esta enfermera se había derrumbado luego en la sala de café y les había contado este episodio y otros que le habían sucedido en la UCI donde trabajó antes de ir al Hospital de Paliativos Skovdal. Entonces no sabía bien cómo funcionaban las cosas y pensaba que era el procedimiento normal. En una guardia nocturna, fue testigo de cómo un médico le dio a un paciente tanta morfina que murió poco después. Ellos se la quedaron mirando. Después, la enfermera les reveló que nunca se notaba un aumento en la dosis de morfina. Cuando le había preguntado al médico por qué, este había respondido que era lo mejor para los familiares. No se atrevió a enfrentarse a su jefe por miedo a que la despidieran. En los hospitales se dan casos de eutanasia con más frecuencia de lo que se piensa. Dijo que sucede por muchos motivos: por compasión, piedad o por cinismo puro y duro.

—Y si no hay esperanza de cura, ¿no es lo mejor para todos? Si solo se trata de aumentar la morfina y el paciente no nota nada… —continuó Emma, aunque no entró en un debate en el que nunca se pondrían de acuerdo.

—En el Skovdal no usamos goteros de morfina. Hay demasiadas discrepancias sobre cómo utilizarlos y cuándo se ha de aumentar la dosis. Siempre es una cuestión de apreciación. A un paciente con muchos dolores se le pone morfina subcutánea, lo que le permite estar más consciente y disfrutar de sus últimos momentos junto a sus familiares. Nadie tiene derecho a jugar a ser Dios. —Puso punto final al debate con un tono tajante y ayudada por el ruido del motor de un taxi blanco cubierto de anuncios recogiendo a un grupo de borrachos que quería seguir la fiesta.

—Bueno, nosotras también tenemos que volver y seguir. Elina lo guardaba todo, así que hay mucho que limpiar. Ya he pagado —dijo Emma y agarró del brazo a Sabrina cuando echaron a andar y giraron en la esquina de Immervad. No repararon en el hombre que las seguía.

10

Roland suspiró aliviado cuando se dejó caer en la silla de la oficina y el cartucho de gas cedió debajo de él con un ruido lastimero. Aunque echaba de menos el tabaco, tuvo que reconocer que el aire del despacho era más fresco desde que no fumaba en él. Podía fumar en el despacho pequeño, pero prefirió ser solidario y dejarlo también libre de humo. Si alguna vez había planeado dejar de fumar, ahora tenía un buen motivo. Los fumadores ya no estaban bien vistos. Por otra parte, pensó que la norma que permitía fumar en oficinas, bares y restaurantes pequeños era un error. Tenían que haber hecho como en Suecia: prohibición total. Le había dicho a Irene que el humo en locales pequeños era más dañino. Ella nunca había fumado y no veía el problema. Decía que tenía que pensar en todos los fumadores pasivos y que, como persona que aplica la ley, tenía que dar ejemplo, por difícil que fuera cambiar el humo por chicles.

La ventana se había quedado abierta cuando se fue a la rueda de prensa y podía oler el agua del mar. Había mejorado su sentido del olfato. Se echó un café en un vaso de plástico y se lo bebió. Y el sentido del gusto también era mejor, pero con el pésimo café que seguía dando la cafetería de la Jefatura daba lo mismo. Irene se había ofrecido a hacerle un termo de café con su mezcla de granos italianos para llevárselo al trabajo, pero lo consideró una burla hacia la cafetería. Había cosas más importantes que el café malo. Por ejemplo, la reforma territorial con Viborg como capital y centro político de la nueva región de Jutlandia Central, que les obligaba a adaptarse a funcionar dentro de un círculo más grande, o la reforma política aprobada por amplia mayoría en el Parlamento para sacar más policías a la calle y modernizar una organización de ochenta años de antigüedad. Y vaya si la modernizaron. Con teléfonos nuevos y sistemas tecnológicos que no funcionaban. Y ahora la policía recibía críticas de los ciudadanos, de los

políticos y de la prensa porque las cosas no funcionaban como debían. Las reestructuraciones y las reformas llevaban su tiempo y no se hacían realidad de un día para otro. Sin duda, también ellos habían contribuido intencionadamente a poner zancadillas para que la reforma se llevase a cabo según los ambiciosos planes de los políticos sin gran ayuda económica. Nunca habían llevado tanto retraso con los casos y no había tiempo ni personal suficiente para cosas tan básicas como los robos. Roland envidiaba a los trabajadores con más antigüedad que aceptaron la jubilación para no cambiar de lugar de trabajo. A sus cincuenta y cinco años, él no estaba entre los elegidos. Aceptaron más de los que se esperaban y no resultó sencillo cubrir las plazas que quedaron libres. El nuevo departamento de policía quedó dividido en tres unidades: Servicios de Urgencia, donde quedaban incluidas ahora la guardia urbana, los antidisturbios y las emergencias; Policía Local, que se encargaba de delitos como allanamientos, atracos, robos, recepción de avisos y labores de prevención; y la tercera gran unidad era Investigación, a la que pertenecía él y abarcaba grandes casos económicos, crimen organizado, asuntos de drogas, bandas criminales e investigación de asesinatos, delitos informáticos y morales. Todos los casos que antes investigaba la Brigada Criminal. También habían ajustado el concepto de «delincuente». En el nuevo organigrama no existía. Sin embargo, él podía conservar su título de inspector, y así lo hizo, ya que «agente» o «asistente», como se llamaría su puesto en el futuro, no le sonaba a puesto de autoridad. Desde luego, era una tontería. El título no significaba nada. Agentes que no estaban en absoluto formados para ello tenían que salir a la calle para hacer bulto. De vez en cuando, agentes jóvenes y aptos se iban por culpa del pésimo salario. Podían ganar más en otros empleos y sin esa amenaza para la vida que era el trabajo de policía, hoy que nadie respetaba una placa. Kim Ansager se quejaba de que su mujer, que era diseñadora gráfica en una oficina de publicidad, ganaba mucho más que él. Y lo único que hacía era sentarse a dibujar logotipos para diversas empresas y etiquetas de champú.

También la prensa había tenido otras cosas en las que pensar más allá de la reforma de la policía y «la baja remuneración de los agentes». Sin duda, un cadáver de hacía veinticinco años era más emocionante y vendía más.

Había visto a Anne Larsen, del Dagens Nyheder, entre el grupo, pero estaba callada y eso no era habitual. Solo habían tenido contacto visual una vez y Roland vio un atisbo de sonrisa amable en un rostro que siempre parecía serio debido a la cicatriz de la ceja.

El inspector jefe había sido generoso con la información. Se le había ocurrido algo nuevo, pues pensaba que sería útil implicar a la prensa (y, por tanto, a la población) en la resolución de un caso tan antiguo. Creía que debía de haber alguien que supiera algo. Además, se refirió a casos de asesinatos antiguos que mostraban con claridad que se podían resolver rápidamente si la prensa se involucraba y obtenía información de la gente. Y así era; los periodistas se creían detectives capaces de poner en orden todo lo que, según ellos, la policía no podía. Por eso no le gustaba recurrir a ellos. Volvió a pensar en Anne Larsen, que había ido por su cuenta haciendo de detective en el caso de Gitte. Por lo menos, en aquel caso había salido algo bueno de ello; algunos periodistas tenían más olfato que otros.

En silencio, preparó mentalmente la reunión con su equipo. Iban a trabajar con hipótesis y tenía que formarse algunas antes de empezar. Él era el líder de la investigación. Escribió «Cadáver del pantano» y lo borró con el desgastadísimo teclado, en el que el «le» de «*delete*» casi no se veía; luego escribió «Cadáver en el pantano». Le parecía que así se refería a una persona real. «¿El asesino conocía a la víctima?». Quizá podían dejar de lado los últimos veinticinco años de la globalización. Oh, sí, estaba bien, pero las fronteras abiertas, las mayores y más económicas posibilidades de viajar y el acceso a internet les daban a los delincuentes más opciones. Un asesino podía venir de un país extranjero, por ejemplo, de África, matar a alguien en Dinamarca y volver a su país natal antes de que la policía tuviera el resultado de un eventual análisis de ADN. En una pequeña sociedad en 1983 era más probable que el asesino y la víctima se conocieran. Ahora, la víctima podía convertirse en una «cifra oscura» de las estadísticas: ocultaban el asesinato sin resolver y, por tanto, los autores quedaban en libertad. Si los dos niños de Mundelstrup no se hubieran atrevido a entrar en el pantano… Y eso que Dinamarca tenía un porcentaje de resolución de casos de un noventa y cinco por ciento. Roland no se atrevió a pensar en el de Italia, solo en Nápoles… Dejó de pensar en ello y se puso a escribir. No

tenía ninguna duda de que se podía cometer el crimen perfecto. Sin un cadáver, un arma y un motivo, no había caso. ¿Qué escondían las estadísticas de suicidio? ¿Muertes por droga? Los desaparecidos, como la mujer del pantano, eran los olvidados; rápidamente se establecía una explicación natural a la muerte o a la desaparición y el caso quedaba archivado o cerrado. Antes, el servicio de búsqueda se encargaba de estos casos cuando la Policía Local desistía. No investigaban y solo esperaban a que el desaparecido (o su cadáver) apareciera. El caso de Silkeborg era un buen ejemplo. Roland tampoco tenía dudas de que también habría inocentes en las cárceles danesas. Gente que se había entregado por alguna razón aun sin ser culpable. Pruebas falsas, errores judiciales, fallos de los testigos y de los peritos, pruebas no descubiertas que podían haber salvado al condenado.

Estiró la espalda y las piernas, se levantó y encendió la impresora, que emitió un par de ruidos y empezó a escupir papeles. Los recogió e hizo un montón. Ahora tenía que escuchar qué decían los demás acerca del caso. Solo estaba seguro de una cosa: le esperaba mucho trabajo.

Se oyeron tres golpecitos en la puerta antes de que esta se abriese y Roland miró enfadado a Kim Ansager, cuyo rostro con gafas asomó pidiendo disculpas por el hueco.

—Perdón por interrumpir, pero la periodista esa está aquí y quiere hablar contigo. Ya sabes quién es…

Claro que sabía a quién se refería Kim. Además, veía su delgada e impaciente figura detrás de él.

—Espero que sea importante —refunfuñó, guardó los folios en un cajón y cerró el ordenador.

Anne Larsen se sentó en la silla sin que la invitase a hacerlo. Había adelgazado aún más y el rostro parecía más pálido.

—Espero que sea importante —repitió.

—Lo es. Gracias por la rueda de prensa, ha estado bien. Es raro que informéis tanto — dijo mientras sonreía.

Roland murmuró algo inaudible. Si por él fuera, no habrían dicho tantas cosas.

—¿Qué quieres? No creo que vengas por algo que no sepas ya —dijo con sarcasmo.

—No, no es eso. Pero hay algo que tú no sabes. —Había empezado la lucha de poder—. ¿Puedo? —preguntó y cogió el termo de la mesa y un vaso del montón que estaba en el aparador junto a la ventana.

—Claro. —Ya era tarde para decir que no—. Tengo una reunión dentro de diez minutos, así que no tenemos mucho tiempo. ¿Qué es eso que no sé? —Quedaba media hora para la reunión, pero no hacía falta que ella lo supiera—. Por cierto, ¿dónde te has dejado hoy a la fotógrafa? —preguntó a continuación para tapar la mentira, aunque ella no podía haberla percibido.

—¿Kamilla? Pues creo que está en el hospital con su madre, que está enferma — respondió Anne con un tono como si la fotógrafa estuviera tomándose un café.

Roland guardó silencio y la miró enfadado mientras ella se erguía en la silla con el café, que se tomó sin mostrar señales de desagrado.

—Ayer por la mañana llamó a la redacción alguien que quería hablar con el responsable, pero Thygesen está enfermo. El hombre sonaba como si se estuviera tapando la nariz y dijo que sabía algo sobre el cadáver del pantano.

Roland se recostó en la silla y la miró con una sonrisa indulgente.

—Sabes que con un caso así todos los locos salen del escondite, ¿no? ¿No será simplemente alguien que quiere salir en el periódico?

Anne negó con la cabeza y dio otro sorbo de café.

—Al principio yo también lo creí y no le hice mucho caso. Dijo que sospechaba dónde estaba el cadáver y que, si sus sospechas eran ciertas, habría más asesinatos. ¡Sonaba como si esperase una masacre!

—Y seguro que sacaréis un bonito artículo a toda página sobre él, ¿no? —dijo Roland aún sonriendo y cogió un chicle cuando le entraron ganas de fumar.

—Si quisiera eso, sí, pero quería permanecer en el anonimato.

—¡Peor aún!

—Sí, no quería que lo usaran para nada si no…

Anne Larsen lo había vuelto a hacer. Lo que siempre lo martirizaba cuando venía con algo interesante: hacía una pausa y lo miraba a los ojos, para ver cómo le suplicaba que siguiera.

—¿Y qué? —dijo Roland tras la pausa en la que ella se limitó a contemplar el vaso de plástico mientras tamborileaba con las uñas como una batería antes del golpe final. La voz de Roland tembló un poco por la tensión, lo que lo enfadó aún más, porque sabía que ella disfrutaba con eso.

—¿No crees que ese informante puede saber quién es el asesino?

Roland tomó el mando y vio la decepción en su rostro.

—Pues no. ¿Cómo iba a saber que era ella antes de la rueda de prensa? Incluso antes del informe del forense. —Se puso a masticar el chicle enérgicamente—. ¿No te dio un nombre? ¿Oíste algo de fondo que indicase desde dónde llamaba?

—No, nada. Bueno, sí, se oía ruido de tráfico, pero hoy ese ruido está por todas partes. Y creo que, si ha pensado en maquillar la voz, es demasiado listo como para llamar desde un móvil que se pueda rastrear.

—Narices. Es la mejor pista que tenemos —la interrumpió y vio lo orgullosa que estaba.

Podía haber decidido ocultar esa información y sacarla en la portada de su periódico, pero había ido a verlo. Quizá se había dado cuenta de que es mejor colaborar que obstaculizar, como rezaba la nueva visión de Kurt Olsen. O quizá lo había hecho porque ellos habían sido muy generosos proporcionando información.

—¿No has quedado en volver a hablar con él?

—Se lo propuse, pero no quiso prometerme nada, así que ya veremos qué hace.

Se vieron en la sala de reuniones. Todos llegaron a la hora y se sentaron alrededor de la mesa, repleta de vasos y termos. Kurt Olsen estaba en un extremo ordenando fotografías de los departamentos forense y tecnológico. Niels Nyborg había estado patrullando y había llevado bollos. Rompió la bolsa por la mitad para servirlos y llenó la mesa de azúcar.

—Piensa que en inglés estos bollos se llaman «*Danish*». ¿Por quiénes nos toman? — dijo Dan Vang, quien opinaba que no se debía comer azúcar. Tenía nueva novia, al parecer.

Se hizo el silencio cuando Roland empezó a escribir en la pizarra. Primero puso «Cadáver del pantano», pero lo cambió por «Cadáver en el

pantano». Desde ahí trazó una raya y escribió el nombre de la víctima, de donde sacó otra raya y escribió «Sebastian Juhl, hijo». En una esquina escribió «¿Se conocían?» y se giró hacia el grupito de trabajadores de confianza. Miró a Isabella Munch, que le sonrió. Qué edificante era tener una agente. Carraspeó.

—Es aquí de donde debemos partir. Pero una periodista del Dagens Nyheder me acaba de hacer una visita. La ha llamado un desconocido diciendo que sabía la identidad del cadáver, antes que el forense y el odontólogo forense. Pero no sé qué relación tiene con el caso.

Escribió «Testigo desconocido – ¿asesino?» en un lugar al azar de la pizarra. Kurt Olsen le pasó la macabra fotografía de los restos de la enfermera, que puso también en la pizarra, y la astilla de madera que Leander encontró en el cráneo.

—El asesino puede tener relación con África. Quizá haya viajado hasta allí y se haya traído un *souvenir* a casa. El arma homicida parece ser un objeto pesado y grande hecho de marfil negro africano.

—A lo mejor la víctima o el asesino vivían con alguien que fue allí —intervino Kim, y Roland asintió.

—Estás usando el pasado, Kim, y ese es exactamente nuestro mayor problema. Todo esto sucedió hace veinticinco años y la mayoría de las huellas se han borrado.

Denunciaron su desaparición en 1983. Por la explicación del hijo, parece que la policía consideró que era una mujer que se había largado con el novio. En cualquier caso, nunca la encontraron.

—No me extraña. ¿Quién busca en un pantano? —murmuró Dan y miró de reojo con asco a Mikkel, que dio un mordisco a un bollo mientras sorbía café con la boca llena de azúcar.

—Seguro que el asesino también pensó lo mismo. Empezaremos concentrándonos en su círculo cercano y en la gente que vivía alrededor del pantano en aquellos años.

Tenemos que comenzar con una investigación abierta, no tenemos ninguna pista que seguir. No debió de ser sencillo transportar un cadáver sin ser visto. A no ser que vivieran cerca o todo sucediera de noche. Kim, tú que eres tan experto y paciente, ¿serías tan amable de revisar los informes

antiguos? Que los colegas de la policía de Jutlandia Central y Oriental se impliquen lo máximo posible. Contacta con Arne Svendsen. Salúdalo de mi parte.

Se sentó y cogió un bollo bajo la mirada reprobatoria de Dan. No supo si era por los halagos a Kim o por el ansia de azúcar. Era raro que a Dan Vang le hiciesen un cumplido.

—¿Podría ser un paciente? Era enfermera —propuso Isabella, y Roland asintió con demasiada ansia.

—Tenemos que encontrar a sus pacientes, en especial a los que visitó en su último día.

—Justo de eso estaba hablando con los compañeros de Silkeborg —dijo Kim—. No consta en el informe de entonces y no hay registros de dónde se encontraban las distintas enfermeras según el día o la hora. Esas cosas no se guardan tanto tiempo.

—Bien, Kim, entonces no perdamos más tiempo con eso. Pero hay que encontrarlos de alguna manera. Por desgracia, el hijo no nos ha podido ayudar mucho, solo tenía ocho años cuando pasó todo.

—¿No podría haber sido él quien ha llamado a la periodista?

Kurt Olsen también masticaba, pero era Stimorol y no chicles de nicotina. Le encantaba la pipa Stanwell, que normalmente parecía una extensión de su mano derecha. Por nada en el mundo prescindiría de ella. Se aprovechó de un vacío legal y siguió dando bocanadas dentro de su despacho.

—El joven no parecía muy horrorizado por la muerte de su madre, así que lo dudo — respondió Roland y miró a Mikkel, que también había visto la reacción de Sebastian. Negó con la cabeza y le dio la razón a su jefe.

—Me extraña que una enfermera de Silkeborg tenga pacientes en Aarhus. ¿No os parece raro? —dijo Isabella.

La maravillosa intuición femenina. Roland frunció las cejas y asintió.

—Sí, tienes razón. He pensado lo mismo —mintió—. Niels, encárgate tú. Tenemos que averiguar qué hacía en Aarhus una enfermera de Silkeborg.

—¿Entonces podemos descartar que hayan transportado el cadáver desde Silkeborg hasta el pantano? Es decir, que la hubieran asesinado en su casa y traído hasta aquí. Eso descartaría a sus pacientes.

Kurt Olsen se arremangó convencido de su teoría. Roland solo estaba convencido de que, cuando no había hechos de los que partir, había muchas opciones.

—¿Cuánto se tarda en coche desde Silkeborg hasta Mundelstrup? —preguntó.

—Depende de si se usa la sirena —dijo Dan, y le dio un fuerte golpe en el brazo a Niels.

—Un asesino no lleva sirena en el coche, lumbreras.

Dan se ruborizó cuando se dio cuenta de qué iba la pregunta. Roland negó con la cabeza sin que lo vieran. Dan Vang llevaba unos cuatro años en la Policía y solo la falta de agentes lo salvó de la carta de despido. No era avispado y su actitud en el trabajo no había mejorado después de varias conversaciones serias. Aparentemente, para él, ser policía solo consistía en llevar uniforme y arma.

—Habrá más o menos cuarenta kilómetros, así que se tardará una media hora —dijo Niels Nyborg, que tenía familia en Silkeborg.

—Si imaginamos que fue un frío día de invierno a temperatura bajo cero, es posible que ese transporte fuera la causa de que el cadáver estuviera frío cuando lo tiraron al pantano. Según el informe de la autopsia, tenía las tripas bien conservadas en el agua del pantano. Parece que lo último que comió fue carne de vacuno, pero no está documentado al cien por ciento —dijo Roland.

Kurt Olsen se puso de pie y se quedó estudiando las fotografías del cadáver con las manos en los bolsillos.

—¿Pero quién guarda un cadáver y conduce hasta tan lejos? ¿No se trata de deshacerse de él lo más rápido posible? —preguntó y se giró hacia la mesa, donde todo el mundo lo miraba.

—¿No sabemos la hora de la muerte? —preguntó Niels mientras giraba el bolígrafo entre sus delgados dedos.

—Aún no. La edad del cadáver lo hace complicado, así que todavía están trabajando en ello —suspiró Roland y se enderezó en la silla—. Pero tenemos curro ahí. El desconocido del que ha hablado la periodista ha pronosticado más asesinatos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Y si no se trataba de un presagio sino de una amenaza?

11

Estuvieron ordenando todo. Era última hora de la tarde y, en general, habían pasado un buen día vaciando el apartamento. «A lo largo de una vida se guardan muchas cosas», pensaba a menudo. Se levantó y se echó el pelo hacia atrás. Le dolía la espalda por la postura forzada en la que se había sentado en la cocina. Ya se había alquilado el piso y el nuevo inquilino se mudaba a primeros de mes, así que había que llevarse todo para que pudieran pintar. Elina había vivido allí muchos años y no había invertido demasiado en mantenimiento, así que era realmente necesario. Emma, exhausta, arrastró unas cajas de cartón.

—Piensa en el tiempo que lleva guardando cartas —suspiró—. En el matasellos de la carta superior pone 1983 —leyó y dejó las cajas junto a las otras que había que tirar al contenedor.

—¿Las vas a tirar? —preguntó Sabrina incrédula y arrastró también hasta el montón las cajas con ollas, vasijas y sartenes viejas y gastadas.

—¿Qué quieres hacer con ellas? —Emma miró el reloj y se colocó la blusa, que se le había subido a la cintura.

—Oye, Emma, tú vete, que ya me encargo yo del resto.

—¿De verdad? —preguntó Emma, y sonrió agradecida—. Quizá sea mejor que me vaya a casa. Kaj me ha llamado muchas veces. Me echa de menos en la granja. No me sorprendería que no hubiera hecho más que dar la comida que le he dejado preparada.

Sabrina le dio las gracias por la ayuda y le dijo adiós con la mano desde la ventana mientras Emma, cargada con su gran bolsa de fin de semana, se dirigía al coche, que estaba aparcado en el patio trasero. Luego se giró triste hacia el piso vacío y las cajas de la entrada. No quedaba más de Elina. Las paredes estaban vacías y se habían llevado los muebles la tarde anterior. Gustav se había encargado de ello. La mayoría había acabado en la basura.

No querían nada de «esas antiguallas», como las había llamado Carola. En una caja de cartón del pasillo había juntado las cosas que deseaba conservar como recuerdo. El coche de Emma también estaba lleno de objetos valiosos para ella. Solo quedaban ellas dos para repartírselo todo. Elina no dejó dinero, solo una pequeña deuda, que quedaría saldada con la vivienda.

Se sentó en el suelo, al lado de la caja de cartón donde estaban las cartas. Emma tenía razón. ¿Por qué guardar cartas de hacía veinticinco años? Cogió la primera y miro quién era el remitente. Estaba escrita a mano y costaba leerla. «Louise Engtoft», consiguió descifrar. No venía ninguna dirección. Abrió el sobre con cuidado, ya que era tan antiguo que podía hacerse pedazos.

Mayo de 1983

Querida Elina:

Te escribo porque tengo ganas de contarte cómo ha mejorado Josefine con el tratamiento que estamos probando. Hoy ha podido salir apoyada en mí a disfrutar de este bonito día de primavera. El aire fresco la ha puesto de tan buen humor que se ha sentado un poco con su niña para hablarle de los trinos de los pájaros. Me impresionó que supiera tanto. Aunque Josefine se ha cansado rápido y ha pedido volver a la cama, ha sido un gran avance. El doctor Winther también es optimista y dice que todo apunta a que el tratamiento funcionará. Quizá hayan encontrado de verdad un remedio contra el cáncer. Siempre tenemos esa esperanza. Creía que debías saberlo. La última vez que estuviste aquí parecías resignada y no hay ninguna razón para ello. Todo va a ir bien.

Un saludo,
Louise

A Sabrina le latía el corazón muy rápido cuando dobló la carta y la puso de nuevo en el sobre. Louise debía de ser la enfermera de su madre, y la niña, ella misma. Sintió la presión de las lágrimas al imaginarse a la niña en el regazo de su madre en un jardín soleado, con las hojas brotando de los árboles a su alrededor y el alegre gorjeo de los pájaros. Probablemente se

habrían sentado en el banco al lado de la fuentecilla de granito con vistas a la casa que ella no recordaba más que por unas cuantas fotografías en el álbum. Sintió una calidez en su interior cuando las vio, así que eso debía de significar que había sido feliz en aquella casa (justo hasta que Carola entró a vivir allí, después de la muerte de Josefine). Luego se quedaron allí solo unas semanas, pues Carola encontró un lujoso y caro chalet en Strandvejen y, aunque lloró y no quiso mudarse con ellos a esa casa grande, poco acogedora y sin recuerdos, no encontró piedad ni por parte de Carola ni por la de su padre. Fue entonces cuando empezó lo de los vestidos elegantes y el pelo recogido. Los niños de Strandvejen tenían que parecer niños de Strandvejen.

De repente sintió frío y se levantó para cerrar la ventana, que estaba entreabierta. Cuando el sol se ponía, se notaba más en qué época del año estaban. Observó a una madre que sacaba a su bebé del carrito en el patio trasero. La carta había reabierto viejas heridas. De pronto recordó cositas de su infancia que creía haber dejado atrás hacía mucho. El miedo que sentía en la casa grande durante las noches oscuras, sola en una habitación de niña a la que, por otra parte, no le faltaba de nada, solo seguridad. La mirada crítica de Carola a la hijastra gordita, que engordaba cada vez más porque comía para consolarse. Le daban dinero y la pastelería estaba de camino al colegio. Se volvió a ver de niña sentada a la orilla del agua en una gran piedra, con su elegante vestido y comiendo tarta después del colegio. La serotonina del cerebro aumentaba y ella se calmaba. En la actualidad ya sabía que era eso lo que sucedía. Durante su formación como dietista había leído mucho sobre las señales que daba el cerebro y aprendido que los productos dulces aumentan la producción de serotonina, que funciona como alivio y recompensa. Paradójicamente, era la misma sustancia que aumentaba con el movimiento. Pero, para un niño, las chucherías y los dulces eran una solución más fácil para estar mejor, para encontrar alivio en esa borrachera de felicidad que la realidad no proporcionaba. *Fue* una niña infeliz. ¿Pero por qué solo aparecían los malos recuerdos? ¿Acaso los buenos habían quedado demasiado atrás? Se volvió a sentar junto a la caja y sacó otra carta. Era del mismo año, pero de un mes después.

Junio de 1983

Querida Elina:

Gracias por tu carta y por la visita del otro día. A Josefine le dio mucha alegría verte. Habla mucho de ti y te echa de menos. Gustav no está mucho en casa, suele trabajar hasta tarde y yo me quedo un poco más con ella y la suelo ayudar a acostar a la pequeña. Pero es sencillo, casi siempre se duerme enseguida sin oponer resistencia. Sé que tienes razón cuando dices que no debo apegarme mucho a Josefine y a la niña, pero cómo no hacerlo. Mi hijo se está haciendo mayor y es maravilloso jugar con la niña. Hay progresos. El doctor Winther está muy optimista. Aunque algunos médicos han dicho que no hay esperanza, <u>nosotras</u> no podemos rendirnos.

Un saludo,
Louise

En cuanto dobló la carta y la metió en el sobre, cogió la siguiente. Le temblaban un poco las manos al sacarla del sobre.

Noviembre de 1983

Querida Elina:

No he hablado contigo desde la última vez que estuviste aquí, pero he oído que te has peleado con Gustav. No vale la pena tratar de convencerlo. Yo misma lo he intentado. No sé qué habrá pasado entre el doctor Winther y él, pero debe de ser algo serio. Iré a verte la semana que viene, cuando acabe aquí, y así hablamos sobre lo que podemos hacer.

Un saludo,
Louise

No metió la carta en el sobre, sino que sacó la siguiente. Todas eran de esa tal Louise Engtoft, reconocía la letra. ¿Por qué Elina nunca le había hablado

de ella? ¿Por qué no le había dicho nada de estas cartas que decían tantas cosas sobre su madre? Ella nunca había intentado saber más. Algo le decía que quizá no era bueno para ella leerlas, pero se impuso la necesidad de obtener información. En aquella caja encontraría la verdad. De pronto, estaba convencida de ello.

12

El fiordo de Horsens estaba en calma chicha bajo el sol otoñal. Se podía vislumbrar el agua desde la ventana. Kamilla aplastó con las manos el vaso de café, miró la luz, absorta en sus pensamientos, y mordió el borde del vaso con nerviosismo. Un médico le había ofrecido una cama para que pudiera dormir en la habitación de su madre, pero no tardaba ni una hora en ir en coche desde Egå hasta el hospital de Horsens, así que prefirió irse a casa cada noche y volver al día siguiente. Ahora le asustaba no poder reaccionar como se esperaba de ella. El médico la miró de forma extraña cuando le informó de que su madre estaba en estado crítico, que tenían que operarla, y vio que ella no sintió nada cuando se lo dijo. ¿Cómo contarle sin parecer una hija insensible que no solía ver a su madre? Él no podía saber la vida que habían llevado. Habían pactado en silencio tratarse lo menos posible. En los últimos años, todo se había reducido a un par de charlas telefónicas de vez en cuando, cosa que no les aportaba un especial beneficio. Entre ellas nunca había habido amor y ahora mismo tampoco sabía con precisión qué era lo que sentía.

Las enfermeras salieron de nuevo de la salita. Una le puso la mano en el brazo y lo apretó cuando pasó por su lado. Ella entró y tiró el vaso de plástico en el cubo de basura que había debajo del lavamanos antes de sentarse en la silla al lado de la cama. La madre seguía tumbada con los ojos cerrados. Le miró el rostro, que parecía muy extraño sobre la blanca almohada. La mujer de la cama le resultaba casi irreconocible, y no solo por la venda de la cabeza y lar marcas moradas de la cara tras la caída. Era piel y huesos y, si Kamilla no supiera que era su madre, habría afirmado lo contrario. Parecía que no estaba en su sitio. No recordaba haberla visto nunca tumbada por una enfermedad. El silencio que la rodeaba tampoco parecía real. Normalmente no paraba de predicar constantemente acerca de

la maldición de la familia, de que todos sufrirían una muerte dolorosa como castigo por sus actos durante su tierna juventud, cuando abandonó su hogar de la Misión Interna en la costa oeste jutlandesa para vivir «en pecado» con el hombre que sería el padre de Kamilla. Convirtió sus vidas en un infierno cuando se arrepintió de aquello y siempre sintió que era un castigo de Dios por haber traicionado su confianza. La cosa se puso más seria aún cuando el padre de Kamilla murió y, por tanto, se confirmó la maldición. Ella le cogió la mano, que estaba sobre el edredón. Estaba blanda y fibrosa. Intentó recordar cosas buenas que hubiera vivido junto a su madre, pero no apareció nada. ¿Había sido demasiado dura? ¿Tendría que haberse quedado con ella en vez de huir? Ella ya había vivido tragedias que eclipsaban todo lo demás. ¿Pero no estaba mal ocuparse únicamente de su propia tragedia? Quizá su madre tenía razón. Quizá de verdad descansaba una maldición sobre su familia. ¿Acaso su vida no era muestra de ello? El divorcio de Jan; la muerte de Rasmus, al que atropelló un conductor borracho; el enamoramiento de Danny, que creía que iba a ser el hombre de su vida. Lo odiaba, no quería amarlo. Pero los sentimientos se habían vuelto demasiado profundos como para librarse de ellos. Ahora él estaba con Majken, que siempre había sido su persona de confianza, su amiga más cercana, casi una hermana. Si todo aquello no era una maldición, ¿qué era?

Le dio un beso en la mano a su madre. Tampoco el olor le trajo recuerdos. El medicamento que bombeaba en su interior podía olerse a través de la piel. Puso la mejilla contra la casi transparente piel y cerró los ojos. Cuando oyó que la puerta se abría, se enderezó y miró al médico, que se acercó a ella. Sonrió para tranquilizarla, pero había una sombra tras la sonrisa que decía algo distinto. Era un médico nuevo, no lo había visto antes.

—¿Kamilla Holm? —Ella asintió—. Me gustaría hablar con usted —dijo en voz baja, como si la madre pudiera oír algo que no debería—. ¿Me acompaña a mi despacho?

Kamilla se levantó y lo acompañó en silencio por el largo pasillo. Siempre había tenido un gran respeto por las autoridades con bata y uniforme. El despacho era luminoso gracias a la gran ventana, que daba al fiordo. Se sentó en la silla que el médico le indicó. Le latía con fuerza el

corazón y se le secó la boca. Flotaba en el aire la sensación de que le iba a dar una noticia horrible y ella no sabía cómo tomársela ni cómo tenía que reaccionar.

El médico se presentó como Karsten Berthelsen, aunque era innecesario, ya que lo ponía en el cartelito: Karsten Berthelsen, médico.

—¿Café? —preguntó y señaló el termo. Kamilla negó con la cabeza—. No es de la máquina —dijo para relajar el ambiente.

—No, gracias, acabo de tomarme uno.

Cruzó las manos sobre el regazo, se humedeció los labios e intentó mirarlo a los ojos. Él se sentó enfrente y se puso serio.

—Por desgracia, la caída le ha provocado a su madre lesiones serias. Pero eso no es lo peor. Como seguramente ya le habrán informado, la caída se debió a una repentina hemorragia cerebral. Es inquietante que haya pasado toda una semana después de la operación y no se haya despertado. No hay ninguna reacción —dijo en voz baja y se recostó en la silla.

Por supuesto, Kamilla tenía que preguntar qué probabilidades había. ¿Había esperanza? ¿Se quedaría paralítica e indefensa? ¿Quién la cuidaría? ¿O se quedaría hecha un vegetal al que mantendría con vida una máquina? Pero no se atrevió. Las respuestas le daban demasiado miedo.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

Karsten Berthelsen miró la ficha y negó con la cabeza con desaliento.

—Lo único que podemos hacer con su madre es darle morfina para que no tenga dolores. Pero existe el riesgo de que no tenga fuerzas para soportar la dosis que le tenemos que dar.

Kamilla lo miró sin entender nada.

—¿Quiere decir que…?

El doctor asintió.

—Tengo que preguntarle por su posición al respecto. ¿Tiene más familiares?

Kamilla negó con la cabeza. Podía llamar a Jan. A pesar de todo, era su exsuegra, aunque nunca se habían tragado. En aquel momento solo tenía ganas de tener a alguien en casa a quien poder estrechar la mano y abrazar para no tener que pasar por aquello sola, como siempre. Casi le daba igual quién fuera. Incluso Jan le valía. Pero no iba a ir aunque se lo pidiera. Ni

Nina ni él la habían perdonado por su relación con el asesino de Rasmus, aunque ella no hubiera sabido quién era y no hubiera vuelto a ver a Danny. Tampoco ella se perdonaba. Además, tenían que cuidar de su niño. Apenas tenía dos años. Había oído que lo habían bautizado como Rasmus, por el primer hijo de Jan. Cuando se enteró, sintió una punzada de dolor, como cuando retuercen un cuchillo dentro de una herida.

—¿Mi posición? —dijo y miró a la mesa sin saber qué pensaba—. ¿No hay más opciones que…?

El doctor negó con la cabeza y ojeó la ficha.

—Por lo que veo, su madre solo tiene cincuenta y seis años. Es joven. Pero qué vida le espera, si es que sale de esta.

Kamilla notó la mirada del médico sobre ella. Se miró las manos, que estaban heladas y temblaban. Cincuenta y seis años. Nunca había pensado en la edad de su madre, nunca había parecido vieja. Pero solo tenía diecinueve años cuando la trajo al mundo.

—Solo puedo repetir que lo mejor que podemos hacer por ella es evitar que sufra.

—Vosotros sabéis qué es lo mejor —murmuró y quiso salir del despacho lo más rápido posible. Salir de ese hospital.

El médico se levantó y se guardó el bolígrafo en el bolsillo superior de la bata.

—Por supuesto, puede quedarse si quiere, pero por desgracia no habrá mejoría. Podemos llamarla cuando…

Kamilla se levantó y le dio la mano al doctor. Era suave y caliente, pero el apretón fue débil. Él se retiró como si no desease contagiarse de algo y la acompañó a la puerta.

—Lamento mucho que no hayamos podido hacer más —dijo cuando Kamilla echó a andar por el pasillo. El ruido de los tacones de las botas contra el suelo retumbaba en las paredes.

Kamilla volvió a la salita. Su madre seguía en la misma posición. La respiración era regular y calmada, como si estuviera durmiendo. Se quitó la chaqueta, se inclinó sobre la cama y le dio un beso en la frente. La morfina fluía despacio por un tubo a su lado.

En el coche le dieron ganas de llorar sin saber por qué. No era tristeza lo que sentía, sino desesperación.

Fue agradable notar el conocido olor de su casa al abrir y entrar en el calor del hogar. El aroma de su casa y no esa mezcla de Dios sabe qué del hospital. Se quitó la chaqueta y la tiró al perchero. Sacó del frigorífico los restos fríos del día anterior, se los comió mientras oía los mensajes del contestador y limpió lo que había ensuciado en el desayuno. La sensación de angustia se había agarrado a ella como una garrapata.

Hacía mucho que no entraba en la habitación de Rasmus. Abrió y entró con cuidado sin encender la luz, como si estuviera durmiendo en la cama y no quisiera despertarlo. La puerta chirrió un poco, igual que entonces. Siempre la oía cuando se levantaba por la noche para ir al baño o a por un vaso de agua a la cocina. La habitación estaba ordenada. Majken la había ayudado. De hecho, fue ella la que le dijo que tenía que hacerlo. Lo único que quedaba era un trofeo de fútbol, que estaba lleno de polvo, y un marco de plata con la última fotografía que le hicieron. Se asustó al ver su reflejo en el cristal, como si fuera otra persona quien estuviera viniéndose abajo en el frío y la oscuridad, como ella, totalmente sola. ¿También se iba a morir su madre? Si eso sucedía, no le quedaría nadie. Claro que tenía familia en alguna parte, muchísima. Pero no los conocía, no había oído hablar de ellos: abuelos, tíos y a saber quién más. «Malditos sean ella y su egoísmo», pensó. Ahora los necesitaba de verdad. Limpió el polvo del trofeo con la manga y apareció la fecha: «7 de agosto de 2003». Vio ante sí a Rasmus, con siete años y la camiseta a rayas y los enormes pantalones cortos después de jugar un partido, ansioso por ganar. Ella los llevó a él y a sus compañeros de equipo al partido. Hablaban como Brian Laudrup y Ulrik Wilbek, el seleccionador de balonmano. Los miró por el retrovisor con una pequeña sonrisa. Y en el campo lucharon como profesionales. Se retorcían con dolores fingidos cuando les daban una patada en la espinilla y se peleaban por las decisiones del árbitro tal como veían en televisión. Y se desató el entusiasmo cuando ganaron la copa. Lo único que la amargó un poco fue que su padre no acudió. Llamó por la tarde, pero no era lo mismo. Como siempre, Rasmus lo había echado de menos aquel día. Dejó la copa en la estantería y cerró la puerta.

Tarzán estaba durmiendo en el dormitorio sobre la colcha. Kamilla se tumbó a su lado y percibió la cálida piel, que olía un poco a su perfume. Pronto empezaron a rugirle las tripas al gato. Se estiró con agrado y giró la cabeza, dispuesto a recibir mimos.

Se debió de quedar dormida y se despertó al notar que el gato no estaba. El cojín calentito había desaparecido y ella se estaba helando. El vecino la había ayudado a poner una trampilla en la puerta del lavadero para que Tarzán pudiera entrar y salir cuando quisiera. Los animales nocturnos estaban activos a aquella hora y la había dejado plantada por un ratón.

Se puso el pijama despacio, no le apeteció darse un baño y se durmió en cuanto puso la cabeza sobre la almohada.

El mensaje llegó en forma de llamada de teléfono, que la despertó temprano tras haber dormido como un lirón.

—Lo lamento, su madre ha fallecido esta noche.

La convulsión del estómago le quitó el aire. Fue corriendo al baño y vomitó en el váter.

13

Anne tenía preparada la mochila y miró el reloj.

—¿Dónde coño se han metido? —dijo ligeramente enfadada.

Mads Dam levantó la vista del teclado y se recostó en la silla con una sonrisilla alegre mientras la miraba.

—¿Por qué no te vas ya? Tampoco es que tengas muchas ganas de que vaya, ¿no?

—¡Por Dios, claro que no! Pero mi fotógrafa sí tiene que venir.

—¡Kamilla! ¿No se murió anoche su madre? Lo mismo no viene al trabajo si…

No alcanzó a decir nada más. Se abrió la puerta y Kamilla entró exhausta con la enorme bolsa de la cámara al hombro.

—Perdón por llegar tarde. No me encontraba muy bien. He recogido a Nicolaj de camino.

Nicolaj, con el pelo alborotado por el viento, apartó a Kamilla.

—Me han pinchado la rueda de la bici, menuda mierda, tenía que…

Anne, que no tenía ninguna gana de escuchar lo de Nicolaj y su bici, miró seria a Kamilla y lo interrumpió.

—Siento mucho lo de tu madre, Kamilla. ¿Por qué no te has quedado en casa? Todos lo habríamos comprendido.

—No pienses en eso. Estoy mejor si hago algo en vez de quedarme en casa. Tengo la lección bastante aprendida. ¿Dónde está Britt? ¿Thygesen sigue enfermo?

Anne asintió y le explicó que Britt estaba en una reunión representando a Thygesen, Miró inquieta a Mads, que se levantó y le tendió la mano a Kamilla. Estaba claro que tenía resaca y nunca se sabía por dónde iba a salir.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo—. Yo tampoco tengo ya a mis padres, es una putada ser el siguiente en la lista. —Sonrió con timidez y se volvió a sentar rápidamente.

Kamilla le dio las gracias y se cargó la bolsa al hombro.

—¿Nos vamos?

El coche de Anne estaba en el taller por culpa de un pequeño accidente y tardarían una semana en devolvérselo. Le había dado un coche que iba marcha atrás en un aparcamiento del centro. Por tanto, Kamilla debía hacer de chófer. Se había agenciado un todoterreno, un Suzuki Grand Vitara negro, para tener sitio para su equipo fotográfico y poder ir por terrenos intransitables si lo necesitaba. En su tiempo libre, le encantaba conducir por la naturaleza y hacer fotos y, después de que el viejo Ford KA se le quedara atascado en el barro varias veces y necesitara ayuda para sacarlo, no tuvo otra elección. El banco se había vuelto más amable desde que consiguiera trabajo fijo y un buen sueldo, así que le dieron un préstamo sin problemas. Como fotógrafa *freelance* siempre era difícil calcular los ingresos y la cuenta se le quedaba a menudo al descubierto.

Nicolaj se puso en el asiento trasero, al lado de la bolsa de la cámara, y Anne se sentó en el asiento del copiloto.

—Ah, necesito un piti. ¿Puedo fumar?

Kamilla asintió.

—Vale. Si bajas la ventanilla para que no nos ahoguemos.

El tráfico era el típico de un viernes. La gente parecía huir con pánico de la ciudad para pasar el fin de semana en sus casas. En la carretera de Viborg, los coches iban a paso de tortuga. Hasta que no cogieron la antigua carretera de Viborg, no pudo pisar un poco el acelerador.

—¿Cuál era la dirección? —preguntó.

—Nos la hemos pasado —respondió Anne y esbozó una sonrisa sombría.

—¿Y adónde narices vamos? —Pisó ligeramente el freno para dar media vuelta.

—Quiero echar un vistazo al pantano donde ha estado el cadáver todos estos años — dijo Anne, lo cual provocó un sonoro «¡guaaaaay!» en el

asiento trasero—. Tú gira y sigue recto.

Nicolaj fue el primero en salir del coche cuando pararon y se quedó mirando los árboles de alrededor del pantano con veneración, como un niño en Nochebuena.

—Tú, relájate, que es solo un pantano —dijo Anne con una sonrisa torcida y le dio una palmada en el hombro.

—¡Sí, pero ha guardado un gran secreto muchísimo tiempo!

Pasaron entre los árboles y bajaron al pantano.

—Parece que fue aquí donde la encontraron —dijo Anne y le hizo una seña a Kamilla para que se acercase.

La zona junto a la orilla mostraba signos de actividad de vehículos pesados; las huellas de sus neumáticos estaban grabadas en la tierra. También se veían huellas de zapatos, aunque no todas podían ser de la policía y de los peritos. Seguro que muchas personas habían pasado por allí con la única intención de echar un vistazo. La necesidad de la gente de ver esos sitios donde han ocurrido desgracias es como un intento de mirar a la muerte a los ojos. Kamilla se imaginó la negra mañana, con la potente luz de los focos de los agentes que trabajaron tanto dentro como fuera del agua para sacar el cadáver en las mejores condiciones, y tembló. No todo el mundo podía decidir con antelación cómo iba a ser su entierro. Esa mujer probablemente nunca deseó que la enterrasen en este pantano. Si por Kamilla fuera, a su madre la incinerarían; pero, al pensar en su exasperación en el funeral de Rasmus, cambió de opinión. Según las profundas creencias de su madre, había que seguir el dogma cristiano de la muerte: el cuerpo debía permanecer inviolable en la tierra en el mejor estado posible para una posible resurrección y, aunque no sabía lo que pasaría con su cuerpo, Kamilla no se atrevió a hacer otra cosa que no fuera seguir su fe. Era la última consideración que debía tener hacia ella.

—¿No es un poco tarde para hacer fotos del lugar del hallazgo? —preguntó y se concentró para preparar la cámara.

—Sí, llegamos un poco tarde —reconoció Anne—, pero una foto del sitio a lo mejor le da un poco de salsa al artículo.

Miró a su alrededor buscando a Nicolaj, que, de pronto, ya no estaba cerca de ella.

—No se caerá él al pantano—murmuró, y reprimió una sonrisa alegre.

Kamilla hizo unas fotos y, de repente, vio a Nicolaj en una foto del buscador y bajó la cámara.

—¡Eh, tú, aparta!

Nicolaj dio un cómico salto para salir del ángulo de visión de la cámara y fue hacia Anne.

—Aquí atrás hay una tienda de jardinería. A lo mejor han visto algo. O a alguien, mejor dicho —dijo con voz temblorosa.

—No sabemos si estaba aquí hace veinticinco años. ¡Dios, tú ni siquiera habías nacido!

Anne se arrepintió enseguida del tono, pero Nicolaj parecía estar demasiado ocupado para notarlo. Visto lo visto, era positivo que estuviera tan ido.

—¿Con quién tenemos que hablar en Mundelstrup? —preguntó Nicolaj.

Anne lo miró conciliadora.

—Allí vive una señora mayor que, según dicen, sabe todo de todo el mundo y tiene una memoria fantástica. Conoce cada acontecimiento de cualquier época de la que queramos saber algo.

Tiró la ceniza del cigarrillo con el brazo extendido y miró a Kamilla, que seguía haciendo fotos. «Si vuelve a decir "guaaaay" lo ahogo», pensó. Pero Nicolaj se conformó con asentir.

—¿Cómo has dado con una señora así?

La miró extrañado con las cejas rubias encogidas y una arruga importante en el centro de la frente. El sol le iluminaba el cabello haciéndolo parecer dorado, a juego con las hojas otoñales.

—A veces sucede de casualidad, pero esta vez he llamado a las peluquerías —contestó Anne. A pesar de todo, era su mentora.

—¿A las peluquerías?

—Siempre hay dos sitios en los pueblos en los que se sabe todo: la tienda y la peluquería, que es donde se cotillea más. Así que lo intenté con distintos salones y, ¡bingo! En una conocían a Agnes Isager.

Nicolaj medio sonrió mientras negaba con la cabeza y miró el cielo azul. Cuando Kamilla acabase, volvería a la antigua carretera de Viborg.

La casa de Agnes Isager era la única a las afueras de Mundelstrup y tenía vistas a los campos abiertos. No estaba especialmente bien conservada, pero tampoco se le podía pedir mucho a una señora de casi ochenta años que solo hacía duendecillos artesanales y adornos navideños. El otoño era la época en la que más ajetreo tenía y toda la mesa del comedor estaba llena de bolitas de algodón blanco sobre las que pintaba caras, de ramas, conos, coronas de paja, duendecillos de fieltro rojo y minizuecos tallados en madera.

Agnes no se levantó para abrirles la puerta. Cuando llamaron, les gritó «¡adelante!». Era una de las pocas personas mayores que no se asustaba y se encerraba en casa con el pestillo echado al oír lo que decía la prensa sobre atracos en casa. No opondría resistencia si le hicieran ese tipo de visita. Sus brazos eran tan delgados como los de un duende y tenía la espalda un poco curvada por trabajar inclinada la mayor parte del día. Sus ojos eran vivos y alegres, llenos de curiosidad. No había duda de que era una persona a la que le encantaba contar cosas. Apartó el pincel y la bola de algodón con una cara a medio pintar. Anne y Kamilla se sentaron y Nicolaj, embelesado con las figuritas, se quedó mirando los detalles de los duendes que colgaban de una escalera hecha de ramas.

—Perdón por interrumpir el trabajo —dijo Anne y miró asombrada la decoración navideña. Algunos de los duendes ya terminados estaban en fila en una estantería y parecían pequeños seres impacientes que solo esperaban a que llegase el mes de diciembre.

—La verdad es que no pasa nada, hago duendes todo el año, así siempre acabo antes de Navidad —dijo con una risa en la voz.

—¿Los vende o es una afición? —preguntó Kamilla.

Agnes explicó que todos sus hijos y nietos tenían ejércitos de duendes que les había hecho ella, y que su hija le había abierto una página web en «intrenet», como ella lo llamaba, y que por ahí vendía una parte. De eso se encargaba la hija, pues las cosas técnicas modernas no eran lo suyo.

—Pero querréis hablar de lo que pasó en el pueblo hace veinticinco años, ¿no? — concluyó y se puso de nuevo a pintar caras de duendes con una seguridad asombrosa.

—Sí, he oído que recuerda muy bien aquella época y, como dije por teléfono, nos falta información para un artículo sobre el macabro hallazgo del pantano.

Agnes asintió sin mostrar un especial interés o temor y siguió pintando tranquilamente.

—Sí, es una historia espantosa. Recuerdo muchas cosas del pasado, solo es cuestión de ordenar los años. Pero de 1983 recuerdo con claridad que fue el año que Volmer y yo cumplimos las bodas de plata. También recuerdo que estuvieron buscando a la mujer de Silkeborg. La que han encontrado ahora en el pantano.

Nicolaj se sentó en una silla y hubo algo que, de repente, captó su atención.

—¿Pasó algo aquel año? ¿Recuerda qué fue? —Anne adoptó una actitud cortés de periodista y puso la grabadora en la mesa. Sonriendo, dijo—: No le importará hablar de ello, ¿no?

Agnes miró brevemente el chisme y negó con la cabeza.

—Es cierto que, en la época de nuestras bodas de plata, hubo un episodio especial sobre el cual he pensado mucho; sobre todo desde que oí que nunca habían encontrado a la mujer. Era enfermera en casa de una familia de aquí, de una familia pobre. Se marcharon poco tiempo después y eso nos hizo sospechar un poco.

Terminó otra cabeza de duende y la puso sobre la mesa; después sacó unos gorros rojos de fieltro que pegó a las cabezas. Kamilla comenzó a preparar la cámara, pero Agnes, con decisión, le hizo saber que no quería ver su fotografía en el periódico.

—¿Recuerda el nombre de esa familia? —preguntó Nicolaj impaciente. Iba tomando notas en una libreta pequeña y Anne comenzó a considerarlo muy útil. Puede que le preguntara cosas que a ella no se le ocurrieran.

—Por desgracia, no. Han pasado muchos años, y se fueron. Pero la enfermera que desapareció vivía en su casa. Era muy amable y siempre sonreía cuando nos cruzábamos en bici. Cuidaba de la mujer, que estaba muy enferma. Murió aquel año. ¿Y no es extraño que se mudaran tan rápido?

—¿Quizá por los recuerdos? —propuso Anne.

—¿Sabe adónde se fueron? —preguntó Nicolaj.

Agnes negó con la cabeza.

—¿Y está segura de que era ella? —interrumpió Anne antes de que Nicolaj dijese algo más.

—No sé cómo se llamaba, pero era enfermera y desapareció en 1983.

—¿Le ha contado esto a la policía?

Agnes la miró asombrada.

—Bah, ¿para qué? ¡Ya lo habrán averiguado ellos!

14

Se pusieron a ladrar de nuevo. Él se levantó enfadado del sillón de cuero y miró atento por la ventana. Estaba oscuro y nublado, pero avistó la perrera, que estaba al lado de la pared del establo, al otro lado del patio. Los perros ladraban a todo pulmón y se lanzaban contra la valla. Giró la cabeza hacia la linde del bosque. El maldito zorro debía de estar ahí otra vez. Desde la ventana solo veía una parte del campo y no había señales de vida. «¡Malditos chuchos!», murmuró sin decirlo en serio. Los tres perros perdigueros lo acompañaban fielmente cuando iba de caza, afición que se había convertido en su pasión desde que se jubilara el año anterior. Tenían que salir temprano y tampoco podía seguir ahí sentado viendo la estúpida televisión. La temporada de caza del ciervo acababa de empezar.

Había comenzado la habitual película de terror de los viernes, pero no le apetecía verla; era una reposición y ya había visto suficiente sangre en su vida, primero como cirujano y, después, como médico. Los pacientes venían rabiando de dolor, aunque solo se hubiesen hecho un cortecito en el dedo y sangrasen un poco. La gente acudía enfermísima, pero muchas de las cosas que fallaban a menudo eran por culpa propia o mero lloriqueo. La gente gorda no entendía que le dolieran la espalda y las rodillas. Le daban ganas de gritarles a la cara «¡pero piensa en el peso que tienen que soportar!». Aun así, les mandaba radiografías y TAC y se quedaban con las citas de los pacientes que de verdad necesitaban ayuda, más allá de perder treinta kilos. Y todo para librarse de verlos sentados en la sala de espera una semana tras otra. Ahora había que tratar con penicilina pequeñeces para las que antes se tomaba una aspirina, y eso era peor. Bastaba con un mal día o con no llevar la vida perfecta que hoy exige todo el mundo para pedir antidepresivos. Los jóvenes ni siquiera se presentaban a los exámenes sin su receta de tranquilizantes. Y él se los prescribía. Había recetado muchos a lo

largo de su vida, para gran alegría de las farmacéuticas con las que colaboraba. Una industria que era útil para la economía danesa. ¿Era necesario recalcar que los médicos estaban bajo presión y se desgastaban antes de tiempo? Ya era hora de que se jubilase. Estaba hasta la coronilla de su trabajo y nadie habría logrado que se quedase un día más en el mercado laboral, por más que se quejasen de la falta de médicos.

Apagó la televisión y volvió a mirar por la ventana. Los perros estaban cada vez más agresivos. No era normal, por la mañana estarían exhaustos.

—¿Qué pasa con los perros, Helge?

Victoria apareció de repente medio dormida por la puerta del dormitorio. Llevaba el pelo blanco de punta. No era una mujer que se lo tiñese. Ahora que la veía sin maquillaje parecía vieja, pero seguía teniendo la elegancia que lo enamoró. Era un poco más joven que él y siempre les decían que hacían una bonita pareja. Él seguía siendo masculino y delgado, con un buen color de piel después de muchas horas al aire libre, bien de caza, bien en el campo de golf. También tenía el pelo blanco y a ambos les quedaba bien. Había gente que llevaba las canas con dignidad. Por la mañana temprano tenían que salir a la vez, pero él para irse de caza y ella, a la farmacia, donde trabajaba preparando dosis. Ella se había ido temprano a la cama para estar fresca. En estos momentos había mucha presión laboral. La gente enfermaba mucho y los médicos prescribían muchas recetas. Irónicamente, él había sido uno de los causantes de su exceso de trabajo, pero dentro de tres años podría jubilarse. Se comprarían la casa de sus sueños en España y se mudarían allí para disfrutar de su tiempo de ocio. Muchos de sus antiguos colegas vivían allí. Uno incluso seguía ejerciendo en la Costa del Sol, aunque probablemente no debería, después de las quejas de pacientes que le habían obligado a mudarse. Las autoridades danesas no eran demasiado severas con esas cosas. Pero no podía quejarse. Cuando se trabaja con personas, muchas cosas pueden ir mal. Los médicos también pueden equivocarse y si las autoridades no tuvieran esto en cuenta, ¿quién se atrevería a ser médico?

—Creo que es otra vez el zorro ese del demonio. Voy a salir a mirar. Tú vuelve a la cama —dijo sonriendo y la miró mientras regresaba obediente al

dormitorio con la bata de satén blanco bailando alrededor de sus pies desnudos. Le recordó a un hada que desaparecía en la oscuridad.

De camino a la armería notó que el ladrido de los perros había cesado. Se quedó un momento escuchando y se giró hacia el mueble-bar, donde se puso una copa de coñac. Dio un trago mientras miraba hacia la oscuridad buscando al zorro. Si volvía, se iba a enterar.

Vio fuera un rápido movimiento que le hizo ir a por la escopeta de caza. Estaba en guardia junto a la ventana, listo para salir corriendo al patio, pero a la brumosa luz de la lámpara vio que no era más que una liebre. Le dio otro trago al coñac y disfrutó del agradable ardor en la lengua. Era un buen coñac que le había regalado su hijo por su cumpleaños y decidió meterlo en la bolsa de la caza para que los demás muchachos también pudieran degustarlo.

De repente, se dio cuenta de que pasaba algo. Dejó el vaso en el alféizar de la ventana. La liebre daba vueltas corriendo por la luz del patio. La perrera estaba oscura y él vio de nuevo movimientos o el brillo de unos ojos. No oyó ladridos. Con cautela, cogió la escopeta y fue hacia la entrada. Metió los pies en un par de botas de goma y salió al patio.

Compraron la propiedad hace muchos años para labrar por afición. Estaba restaurada y el compacto tejado de paja era totalmente nuevo. Hacía un par de años había salido ardiendo y se había derrumbado, momento que aprovecharon para reconstruirlo tal y como deseaban. El verano anterior pintaron de blanco todas las ventanas para conservar la apariencia original del patio. Victoria siempre había querido tener un caballo y su yegua marrón estaba en el establo, que era de nueva construcción. La perrera la hicieron contigua a la pared del establo, con una trampilla para que los perros pudieran entrar en una de las caballerizas especialmente arreglada para ellos. Victoria no quería tener a los perros dentro de la casa. Puede que estuvieran dentro del establo, pensar en eso lo tranquilizaba, pero tenía la extraña sensación de que pasaba algo.

La luz que estaba junto a la perrera se encendió con tal fuerza que pudo ver el interior. Lo primero en lo que se fijó fue en el perro Pax. Estaba en una postura forzada. Más adelante estaba Dax y, a su lado, Max, tumbado sobre un charco de vómito. Helge se llevó la mano al cuello. Soltó un ruido

extraño que le hizo respirar con estertores. Un grito que no salió. Como médico, no tenía dudas de que habían envenenado a los perros. Estaba tan absorto con lo que veía y tan desesperado, que no oyó los pasos sobre la gravilla tras él. El primer golpe fue un pinchazo que le pareció frío e irreal. Se llevó la mano a la espalda y entonces sintió el dolor y los dedos viscosos. Jadeó y vio la sangre en la mano. Se dio la vuelta y el siguiente golpe fue en la caja torácica. No pudo reaccionar, aunque era mucho más vigoroso y estaba mejor entrenado que su oponente. La escopeta cayó sobre la gravilla. La sombra oscura que tenía delante volvió a levantar el cuchillo. Era un bonito cuchillo de caza. Nunca había visto uno así, aunque tenía una amplia colección, y se quedó mirándolo. La hoja brilló a la luz del patio. Notó perfectamente el siguiente golpe. El frío acero se deslizó entre las costillas. Miró horrorizado el rostro oscuro que se ocultaba bajo el sombrero.

—¿Cuál… de mis pacientes… eres? —jadeó débilmente.

La sombra se quedó inmóvil un instante, se quitó el sombrero y lo miró directamente a los ojos cuando inició un nuevo movimiento con el cuchillo. Los ojos del médico se desorbitaron de asombro antes de caer al lado de la perrera y de su escopeta.

Victoria se despertó dando un grito sofocado y se sentó en la cama. Los perros estaban tranquilos, pero la había despertado una horrible sensación. ¿Había sido un sueño? ¿O fue un ruido? Se levantó de la cálida cama y fue descalza por el frío parqué hacia la ventana. Afuera estaba oscuro y sus ojos tardaron un poco en ver el fardo que había junto a la perrera. «¡Helge!», gritó. Abrió de golpe la puerta y salió corriendo por la fría gravilla, que le arañó los pies, pero ignoró el dolor. Un monstruoso grito, como el de un animal herido, llenó la oscura y brumosa noche cuando se arrodilló al lado del cuerpo sangrante de su marido.

15

Odiaba esa clase de sábados.

Pero aquel había comenzado bien. Le había levantado el pelo a Irene y le había besado el cuello mientras ella lavaba los platos del desayuno, y había notado cómo le temblaba ligeramente el cuerpo al rozarla con la barba de tres días. Luego se fue a la playa de Ballehage con una toalla al hombro. La temporada real de baño invernal aún no había comenzado. El sol brillaba como solo podía hacerlo en una bella mañana de otoño y se reflejaba en la superficie del agua. Después de muchos años como bañista invernal activo, sentía el agua caliente aunque estuviera a doce grados. Tras un par de chapuzones, se sentó al sol en una gran piedra que, sorprendentemente, estaba ardiendo. Cuando se bañaba allí, nunca se llevaba el móvil. Era una regla fija, aunque en la Jefatura de Policía no lo veían con buenos ojos. Kurt Olsen ya le había avisado, pero eso era algo que Roland no pensaba cambiar. Era el único momento de su vida que quería tener por completo para sí. Por tanto, no sabía lo que le esperaba cuando volvió al chalet con el pelo mojado y de punta.

—¡Han llamado de la Jefatura! —gritó Irene desde el dormitorio mientras hacía la cama.

Aún llevaba puesto el batín azul celeste que acostumbraba a llevar los sábados. Hasta bien entrada la mañana, ninguno se ponía otra ropa. El color quedaba bien con su oscura piel. Aún no se había recogido el pelo, que cayó mojado sobre el rostro cuando se agachó para tirar de la colcha a los pies de la cama. Roland se quedó mirándola. Con el movimiento, el batín se le había echado a un lado y pudo disfrutar al ver parte de un pecho. Suficiente para despertar su deseo. Sonrió, entró corriendo y tiró a Irene a la cama. Ella intentó apartarlo, pero se rio en voz alta cuando la besó en el cuello.

—¡Ay, no, ya había acabado! ¿Qué os pasa a los italianos? —gritó, pero se rindió y lo besó. Sonó el teléfono, que estaba en la mesa de la cocina, pero él negó con la cabeza y volvió a echarla sobre la cama cuando ella hizo ademán de levantarse a cogerlo. El sexo era lo mejor de las mañanas de los sábados.

Estaba abrochándose los pantalones cuando llamaron a la puerta con fuerza a la vez que el timbre sonaba con agresividad. Irene abrió y Kurt Olsen entró de golpe con pinta de rana inflada.

—¿Dónde cojones te has metido? ¡Llevo toda la mañana intentando dar contigo! ¿No le has dicho que me llamase? —dijo mirando a Irene en un tono tan brusco que Roland reaccionó enseguida.

—¿Y tú quién eres para entrar así en nuestra casa y hablarnos de ese modo? ¿Qué ha pasado? Es sábado, por Dios —gruñó y se puso una camiseta negra.

—Ya, ojalá los asesinos también lo tuvieran en cuenta, pero nunca dicen «no debemos cometer asesinatos un viernes por la noche, para que la policía pueda dormir el sábado hasta tarde» —respondió Kurt con la voz más calmada pero algo temblorosa, lo cual inquietó a Roland.

—¡No me digas que ha habido otro asesinato!

—Henry Leander ya está allí con la Científica. Helge Vangberg, sesenta y ocho años, médico jubilado —explicó Kurt y se secó la frente con su pañuelo de bolsillo.

—¿Alguna relación con el otro?

—¡Un médico y una enfermera! Joder, es evidente que hay una relación. Es una de las primeras cosas de las que te tienes que encargar: ¡averiguar si se conocían!

Roland se pasó la mano por el cuello. Se puso una chaqueta y sonrió disculpándose a Irene, que levantó una ceja en señal de enfado.

La casa de la víctima estaba a unos cinco kilómetros de Skåde, así que no tardaría mucho desde el chalet de Højbjerg. Cuando salió del coche se quedó un instante mirando asombrado la mansión y el entorno. Si cuando se mudaron de Copenhague a Aarhus no hubieran comprado la casa donde Irene vivió de niña, aquel lugar hubiera sido ideal, aunque dudaba de que

los sueldos de un inspector y de una trabajadora social diesen para comprarlo.

Había un grupo de gente junto a la perrera. Pasó por debajo de la cinta blanca y roja y se dirigió hacia él. Al instante tenía en los brazos un traje blanco. Mientras se lo ponía encima de la ropa, notó de pasada lo bien conservados que estaban los edificios. Le recordaban al hermoso castillo de Montegiove, a mitad de camino entre Roma y Florencia, donde pasó un verano con Irene disfrutando del espectacular vino y del aceite de oliva virgen.

—¿Quién es el de la jaula? —le preguntó a Leander, y señaló con la cabeza hacia el joven que estaba en cuclillas dentro de la perrera.

—Oh, buenos días, Benito. —Leander apagó el dictáfono donde describía el estado del cadáver—. Es el veterinario. Cree que han envenenado a los perros.

—¿Con qué?

—Eso es lo que quiere averiguar. A lo mejor nos da alguna pista que seguir.

Se puso de cuclillas al lado de Leander y observó a la víctima. Helge Vangberg era un hombre guapo para su edad. Bronceado y con un bonito cabello blanco. No era fácil distinguir si llevaba una camisa roja o si todo era sangre.

—Una puñalada en la espalda, doce en el pecho —explicó Leander.

—¡Es personal, sin duda! —dijo una voz de mujer que reconoció de inmediato.

Roland levantó la vista; no se había percatado de su presencia.

—No fastidies. ¿Ya han llamado a la Brigada Móvil? —dijo con ironía y saludó a Julie Hermansen, la experta en perfiles de asesinos que los había ayudado en el caso del asesinato de Gitte.

—Nos íbamos de caza —respondió Henry.

—¿Juntos? —exclamó Roland y miró sin pensar la mano derecha de Julie que, quizá a propósito, mantenía tras la espalda.

—Sí, y con este —prosiguió Leander, y señaló el cadáver de Helge Vangberg.

—¿Lo conocías?

—No mucho. Comenzó a ir de caza hace un año y me lo he encontrado en alguna reunión. De joven era cirujano en el Rigshospitalet de Copenhague y hemos coincidido allí un par de veces.

—¡Cirujano! ¿Cómo de repente degradan a un cirujano de Copenhague a médico de familia en Jutlandia?

Leander miró rápidamente a Roland y se encogió de hombros.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Roland mientras se ponía de pie.

—Victoria Vangberg, su esposa —respondió Kurt Olsen, enfundado también en un traje blanco. Acababa de hablar con el veterinario, que estaba yéndose con los perros muertos.

—¿Y dónde está?

—La han ingresado en estado de *shock*. Evidentemente, le ha impactado encontrar así a su marido. Lo encontró anoche, pero no tuvo fuerzas para llamar a la policía hasta esta mañana. A juzgar por su estado, ha pasado toda la noche sentada junto a él al frío llevando solo un camisón.

Estuvieron un rato sin decir nada.

—¿Qué más tienes? —Roland miró la espalda de Leander, que seguía agachado.

—Las livideces cadavéricas indican que lleva muerto entre ocho y diez horas. Y ha estado bocarriba. Podemos imaginar que estaba de espaldas al asesino y que la primera puñalada fue entre los omoplatos. Se dio la vuelta y las demás se las clavaron en el pecho; una de ellas, directa al corazón. Por lo que parece, le han apuñalado varias veces, incluso después de muerto.

Julie asintió ansiosa.

—¡Personal! —repitió.

—La hoja del cuchillo tiene de diez a doce centímetros de longitud y alrededor de dos de anchura. El *rigor mortis* está extendido por todo el cuerpo, así que al menos de las ocho horas estamos más o menos seguros —continuó Leander.

—¿Cuadra con la explicación de la esposa? —le preguntó Roland a Kurt Olsen.

Este negó con la cabeza, estaba ocupado con algo que sucedía al otro lado de la cinta. Los tambores de la prensa habían comenzado. Los

primeros fotógrafos intentaban atravesar la cinta. Otros transeúntes hacían fotos con los móviles y llegaron más coches.

—¡Quedaos ahí fuera! —gritó Kurt enfadado a la prensa y se giró hacia Roland con mirada de desesperación—. No sabemos demasiado, su discurso era incoherente. Dice que estaba durmiendo y que se despertó de repente. Después de su confusa explicación, parece que eran alrededor de las dos cuando lo encontró. Pero puede haber estado muerto más tiempo. Tenemos que hablar con ella cuando esté más tranquila. La han ingresado en Skejby. Me encargo yo luego.

Volvió a desviar la atención hacia lo que pasaba al otro lado de la cinta. Fue hasta allí y enseguida lo rodearon varios periodistas, que le estamparon los micrófonos en la cara. Roland vislumbró a Anne Larsen y miró hacia otro lado. ¿Cómo podían llegar tan rápido? ¡Y en sábado!

—No puedo decir nada más concreto ahora —se defendió Leander cuando Roland lo miró de nuevo, como si conociese todas las respuestas—. Estamos hablando de un cadáver que ha estado al aire libre con una temperatura muy cambiante. Este detalle es muy relevante en esta época de calentamiento global, cuando por el día tenemos temperaturas muy altas y por la noche se acercan al punto de congelación, y no puedo usar la referencia de las doce horas. Si no, podría haber calculado la diferencia entre la temperatura del cadáver y la del ambiente. Si hubiera estado dentro, su temperatura corporal…

—¡Pero no está dentro! —interrumpió Roland impaciente. Nunca había confiado demasiado en los cálculos de referencia que se obtenían a las doce horas.

—¿Y no hay gusanos ni otros bichos? —preguntó Kurt, que había echado a la prensa prometiéndoles algo y tenía un inapropiado atisbo de sonrisa en los labios. Leander tenía una formación de entomólogo que utilizaba como pretexto para guardar su colección en el sótano, pero en los círculos policiales se habían fijado en su maestría en la materia y le solían llamar cuando necesitaban insectos para determinar la hora de una muerte.

—Cuando lo examine en casa con más detenimiento podré decir algo más exacto — dijo Leander, que parecía enfadado. Siempre se reían de sus insectos. Se quitó los guantes de látex—. Ya he terminado.

—¿Crees que es algo personal? —le preguntó Roland a Julie Hermansen mientras caminaba a su lado por casualidad de vuelta a los coches, que estaban aparcados en la gravilla a la entrada de la mansión. Una ambulancia con los cristales tintados llegó hasta el patio para trasladar el cadáver. Los de la Científica permanecieron en el escenario del crimen un poco más. Quedaban algunos perseverantes periodistas de los que Kurt no se había podido librar. Roland se molestó al ver que entre ellos estaba, por supuesto, Anne Larsen y fingió estar muy ocupado conversando con Julie.

—Todas las señales apuntan a que sí —explicó Julie y se echó el pelo detrás de las orejas—. El asesino estaba cerca de la víctima y le ha dado unas puñaladas fuertes y certeras. No me asombraría que se conocieran con anterioridad. Al lado de la víctima estaba la escopeta de caza. ¿Por qué no se defendió?

Había cambiado desde la última vez que la vio. Entonces la llamaban Ángela Merkel porque se daba un aire a la canciller alemana. Ya no se parecía. Llevaba el pelo más largo y había adelgazado mucho. Es lo que pasa cuando te enamoras. Roland miró al médico forense, que estaba esperando a Julie en su Volvo negro. Roland nunca le había sonsacado a su viejo amigo que hubiera algo entre los dos, pero no tenía dudas de que se habían visto mucho desde el asesinato de Gitte y, como decía el refrán: viejo el pajar, malo de encender y peor de apagar. Solo estaba lo del anillo, que seguía llevando. Y, por lo que había averiguado, no era viuda, aunque no era asunto suyo. Su marido era intérprete de conferencias en el Parlamento Europeo, en Bruselas, así que no debía pasar mucho tiempo en el chalet de Solrød en el que vivían. A pesar de que Roland era italiano, lo cual lo inculpaba de ser indulgente con esas cosas, la infidelidad era para él algo inaceptable. Si descubriera que Irene le era infiel, nunca la perdonaría.

Ahora Henry Leander vestía la chaqueta de caza verde caqui que seguro llevaba bajo el traje esterilizado.

—¿De verdad os ibais de caza? —preguntó Roland compasivo cuando se acercaron a él—. ¿Qué temporada es ahora? ¿La del corzo?

—La de la cierva real —respondió Leander con brevedad y le abrió la puerta del coche a Julie—. Pero las ciervas no se van a ir, al contrario que nuestro asesino. Te aviso en cuanto tenga a Helge Vangberg en mi mesa. —

Roland asintió y vio exasperado que Anne Larsen se dirigía hacia él—. Espero que no se esté empezando a cumplir la maldición del periodista. De lo contrario, pronto tendré que ocuparme de varias mesas.

Cerró la puerta y arrancó el viejo Volvo, que tosió un par de veces antes de ponerse en marcha. Roland miró el coche.

—¿Tiene razón? —preguntó Anne con voz alegre. La fotógrafa hacía fotos de la ambulancia en la que estaban metiendo el cadáver de Helge Vangberg.

—¿Quién? —dijo Roland como si no entendiese a qué se refería.

—Mi contacto anónimo.

—Nadie ha dicho que haya relación —murmuró.

—¿Que no hay relación? ¿Un médico y una enfermera? Anda ya, pues claro que la hay. El del teléfono tenía razón al decir que habría más muertes.

Roland buscó el paquete de tabaco en el bolsillo y volvió a encontrarse con el de chicles de nicotina. Se echó un par en la mano y se los llevó a la boca. Anne estaba tan cerca que le olió el champú. Ella le sonrió.

—Deja el humo, conserva la chispa —dijo sarcástica.

—¿Qué?

—Es de un anuncio. No ves nunca la tele, ¿no?

—Rara vez —reconoció y echó a andar hacia su coche.

—El inspector jefe nos ha prometido una rueda de prensa exclusiva el lunes si nos vamos ya a casa. ¿Sigue en pie? —le gritó Anne y él asintió.

—Si lo ha dicho Kurt Olsen…

Vio aliviado cómo se subía a un Suzuki todoterreno negro con la fotógrafa y que se iban. Entonces Kurt Olsen le puso la mano con fuerza en el hombro y Roland se sobresaltó.

—Gracias por la confianza. Por cierto, ¿has visto su artículo en la portada del Dagens Nyheder?

—No.

—Ha encontrado a una señora en Mundelstrup que se acuerda de la familia para la que trabajaba la enfermera en 1983 antes de desaparecer.

Kurt encendió la pipa y ambos miraron cómo se iba la ambulancia con el cadáver de Helge Vangberg.

—Ah, sí. Ayer a última hora de la tarde me llamó un becario para contármelo. He puesto a Kim a cargo de eso. Ya está buscando familias que se fueron de Mundelstrup, pero es un peñazo tener que remontarse a veinticinco años atrás. En las bases de datos de entonces no hay tantos registros como hoy. Pero Kim seguirá buscando a esa familia el lunes. Es extraño que no hayan acudido a una comisaría.

—Inquietante. Quizá tengas que hablar con esa periodista, o con el becario. A lo mejor han averiguado algo.

Roland lo miró sin responder.

—Pero esta vez tenemos un cadáver más o menos fresco —suspiró Kurt y observó el humo de la pipa.

Roland se giró hacia la mansión. El nuevo tejado de paja parecía bien instalado a la luz del sol. La paja estaba bien compactada y desde la carretera recordaba a un suave terciopelo marrón. Sin duda, quien hizo el trabajo era un techador buenísimo. El caballete estaba elegantemente decorado con las piezas de madera colocadas en aspa. Un par de cornejas se había erguido para seguir con la vista el movimiento de los trajes blancos por el patio.

—Vete a casa con Irene y descansa el fin de semana. No podemos avanzar mucho mientras no tengamos los resultados de la Científica ni del forense. —Kurt le interrumpió el embobamiento y le dio otro golpe en el hombro—. Parece que va a ser una semana movida.

Roland asintió y miró con envidia por última vez la fantástica mansión de Helge Vangberg antes de volver a Højbjerg. «A lo mejor la ponen a la venta», pensó.

16

Apoyó la espalda en el asiento cuando el avión despegó. Esta era la parte del vuelo que más le gustaba. Con los ojos cerrados, se sentía casi ingrávida cuando las ruedas se despegaban de la pista de aterrizaje y el avión iba ascendiendo. Era una sensación estupenda. Como si la alejaran de todos los problemas y la subieran a donde el cielo siempre es azul y siempre brilla el sol. Una encantadora azafata morena con la chaqueta verde y la ceñida faldita azul marino de Alitalia había explicado las instrucciones de seguridad en danés, inglés e italiano, así como por señas y gestos, pero nadie le había hecho caso. Todos supusieron que justo en ese vuelo no iba a pasar nada. Miró por la ventana ovalada y vio cómo la pista de aterrizaje desaparecía bajo el avión y se abría el paisaje de cuadraditos marrones y dorados, bosques otoñales y campos de cultivo. Luego aparecieron las nubes, una bruma blanca que ocultaba las vistas mientras el avión seguía subiendo gradualmente. Volvió a cerrar los ojos hasta que el movimiento del avión le indicó que había puesto rumbo hacia Milán. Cuando miró de nuevo por la ventanilla, fue como contemplar un cuento de hadas. Las nubes debajo del avión parecían de un algodón irregular iluminado por los cálidos tonos del sol que brillaba sobre ellas desde un cielo azul claro. Cogió una de las revistas del bolsillo del asiento de delante y oyó cómo se desabrochaban los cinturones de seguridad por todo el avión. Ella siempre se lo dejaba puesto durante todo el vuelo. La revista solo tenía anuncios de bebidas alcohólicas, perfumes, cremas y maquillaje. La puso en su sitio e intentó concentrarse en la película que comenzaba en la pantallita del asiento, que estaba muy cerca, y solo se escuchaba a través de unos cascos, pero la película tampoco era tan interesante.

En el equipaje de mano estaban las cartas de Elina. Era una lectura apasionante que le proporcionaba información sobre su madre, algo que

nunca pudo conseguir ni de su padre ni de la propia Elina. Ahora entendía que Josefine la quería de verdad e intentaba ser una madre para ella a pesar de la enfermedad; que ella había sido una niña normal y feliz cuyo padre rara vez estaba en casa. Empezó a surgir la sospecha de que ya entonces tuviera algo con Carola. Quizá las respuestas estaban en las últimas cartas. Tenía la esperanza de poder leerlas en el vuelo, pero no quería molestar saliendo al pasillo para sacarlas de la maleta encima de los asientos. Le habían dado asiento de ventanilla. En el de al lado estaba una chica joven con una niña de unos dos años en el regazo que no dijo ni mu cuando el avión despegó en Copenhague. La presión de los oídos podía haber hecho mucho daño a la pobre niña, que jugaba con un osito de peluche amarillo. De vez en cuando miraba curiosa a Sabrina con esos ojos negros como el carbón y unas cejas y pestañas igual de negras. Escondió la cara tras el osito, se rio y recostó la cabeza con timidez en el pecho de su madre. Las dos eran italianas. Pensó en qué habrían hecho en Copenhague sin el papi italiano. Quizá le habían hecho una visita. Él podría ser danés. Se puso las manos en la tripa por encima de la correa del cinturón, como intentando que no le apretara demasiado. Era hora de contarle a Peter lo del bebé. No se había fiado del todo del test que se había hecho en Milán hacía un par de meses. Estuvo en la farmacia intentando explicar torpemente lo que necesitaba.

Había encontrado en el diccionario de Peter que embarazada se dice *incinta* y que test era *prova*, pero no lo pronunció bien, porque nadie la entendió. El inglés *pregnancy test* tampoco ayudó a que la entendieran. Quizá también lo había pronunciado mal. Nunca se le habían dado bien los idiomas. Por fin, un cliente de la fila, que, al parecer, entendía mejor el inglés, acudió en su auxilio y la dependiente sonrió. «*Aaaah, un test di gravidanza!*» exclamó y toda la gente que estaba en la farmacia la oyó, sonrió y asintió. A los italianos les encantan los niños. Quién iba a saber que se decía *gravidanza* si embarazada se dice *incinta*. A lo mejor la habrían entendido mejor si lo hubiera dicho en danés: *gravid*. Sonrió al pensar en aquel día y en el resultado, en la alegría cuando vio que era positivo. Enseguida decidió que se lo iba a contar a Peter aquella misma noche, pero él llegó tarde a casa, así que ella se fue a la cama y no lo oyó llegar. A la

mañana siguiente él tenía lío y no estaba de humor para que le sirvieran una noticia así con el desayuno. Y así pasó un día tras otro. Ahora la había explorado su médico de Aarhus. Había conseguido quedarse unos días en casa.

—Todo va bien —había dicho el ginecólogo—. Estás de tres meses y medio.

Pronto se le iba a hinchar la tripa. ¿Cómo reaccionaría Peter al hecho de que no se lo hubiera contado antes?

Volvió a la realidad cuando la joven de la niña le dijo algo en italiano.

—*Scusa, non capisco* —balbuceó. Tres palabras útiles que Peter le había enseñado.

Debido al parecido que tenía con ellos gracias a su pelo casi negro, la piel morena y los ojos marrones, a menudo le hacían peticiones que no entendía y tenía que recurrir a esas tres palabras que ya pronunciaba casi sin acento. La madre italiana sonrió comprensiva y señaló el osito, que se había caído y estaba entre los pies de Sabrina, que no se había dado cuenta de que estaba ahí. Ella lo recogió y se lo dio a la niña: esta sonrió confiada, cogió el peluche y lo estrechó contra sí. Poco después se durmió encima de su madre, que estaba leyendo un libro en italiano. Ella cerró los ojos e intentó dormir un rato. Faltaban más o menos tres cuartos de hora para llegar a Milán. Acababa de dormirse cuando sintió algo que la hizo abrir los ojos. La niña había apoyado su cálida mano en su brazo mientras dormía y sintió algo que nunca antes había sentido. «¿Instinto maternal?», se preguntó y sonrió.

Como siempre, había mucha actividad en el aeropuerto de Linate. Gente de negocios y turistas corriendo hacia la sala de recogida de equipajes. Siempre que llegaba, Sabrina recordaba horrorizada el accidente de 2001, en el que murieron ciento dieciocho personas. Un avión de SAS se estrelló poco después de elevarse entre la niebla para dirigirse a Copenhague. Pero ese tipo de accidentes no impedían que la gente volase, como tampoco lo hicieron el 11-S ni las amenazas terroristas. Por suerte, *life must go on*, y continúa.

Se puso en la fila junto a la cinta de recogida y notó en ella el mismo afán y ansia que tenían los demás por coger la maleta. Se empujaban y apiñaban. Le recordaba a las rebajas de unos grandes almacenes. Tras media hora de lucha, consiguió coger ambas maletas y fue hacia la señal de «Uscita-Exit».

Con una maleta en cada mano, esperó fuera del aeropuerto, donde había quedado con Peter. En Milán estaba lloviendo ligeramente, pero el aire era tibio. Vio el Fiat Punto amarillo y fue hacia él. Peter salió en cuanto la vio. Le dio un beso y la ayudó a colocar las maletas en el maletero.

—¿Ha estado bien el viaje? —dijo sonriendo.

—¡Pse! Si ir a un entierro se le puede llamar «bien».

Peter arrancó el coche y miró por encima del hombro antes de dar marcha atrás. Ella observó su perfil y el olor del *aftershave* le resultó familiar. Peter había empezado a adoptar hábitos italianos, como el gusto por la ropa y el perfume, pero a ella eso no le decía nada. Volvió a mirarla con una sonrisa infantil.

—No, claro, no quería decir eso.

Cuando estaban metidos en el tráfico de Milán, él le puso una mano en la rodilla y apretó.

—Cojonudo que hayas venido para el fin de semana. ¡Te he echado de menos!

—Ah, ¿sí? ¿En serio? —dijo sonriendo. ¿Era buen momento para decírselo?

—¡Sí, en serio! Tenías que haber venido a la cena del Hotel Galles.

—¿Fuiste solo?

—Claro. Estuvo muy bien, después fuimos a bailar. Nos quedamos hasta que se hizo de día. Menos los pobres que tienen hijos, esos tuvieron que irse a casa después de la cena. Así son los italianos, sus hijos siempre son lo primero.

Miró por el retrovisor y se sacudió el pelo mojado con la mano. A Sabrina se le empezó a acelerar el pulso.

—¿Y los daneses no somos así?

—Los daneses son más listos. Esperan a tener hijos hasta estar preparados y haber vivido lo que hay que vivir sin hijos. —Le guiñó el ojo,

se llevó su mano a los labios y la besó—. Pero podemos follar de todos modos —susurró y le pasó la punta de la lengua por la mano.

Ella retiró la mano de un tirón y él se rio y cambió de marcha.

—No seas tan mojigata. Te he echado de menos de verdad.

—¿Solo de esa manera? ¿No te dieron una ración de eso en la cena? —dijo, y se arrepintió al instante. Peter parecía herido, pero ella no captó si era fingido.

—Estarás enfadada porque fui sin ti a la cena, ¿no?

—Por supuesto que no. Ya contaba con ello. ¡Es *solo* que mi abuela ha muerto!

—Eso ha sonado duro. Parece que las cosas no han ido muy bien en Dinamarca. ¿Viste a tu padre y a Carola?

Asintió, pero no tenía ganas de hablar de ello. Se había obligado a hacerles una visita antes de volver a Milán. A pesar de todo, Gustav era su padre y, justo por eso, quiso hablarle de las cartas de Elina, pero algo la detuvo. Carola siempre estaba a su lado y habría soltado cualquier cosa sin venir a cuento. Sabrina se dio cuenta de que Peter y Carola habían mantenido muchas conversaciones íntimas que ella no conocía.

—¿Peter, por qué hablas con ella de nuestra vida privada?

—¿Con Carola?

Tuvo que dar un frenazo brusco ante una larga de fila de coches parados en un semáforo. La miró, pero a ella le costaba mantenerle la mirada. Había pensado muchas veces en si su hijo tendría esos ojos azules o sus ojos marrones.

—Pero, narices, es mi suegra, ¿no puedo hablar con ella?

—Carola *no* es mi madre.

—Ya lo sé, tu madre murió. Pero Carola es maja, Sabrina. ¡Hace lo que puede para ser una madre para ti!

—Ah, ¿sí? ¡Vaya, hace lo que puede! —Normalmente no costaba tan poco encenderla. Debía de ser algo de las hormonas, por dentro estaba temblando de rabia—. No tienes ni idea de la adolescencia que tuve cuando vivía con ella. Eso no te ha interesado nunca. Puede que ya tuviera una relación con mi padre cuando mi madre aún vivía.

El coche arrancó de nuevo y Peter cambió de marcha con un golpe seco.

—¿Por qué coño vamos a pelearnos por esto? Es pasado. Te gusta demasiado quedarte en el pasado. ¿No crees que a Carola le costó tener que encargarse de la hija de otra?

—¿Me estás llamando «la hija de otra»? Suena a que te gustan los niños tanto como a ella —dijo a punto de llorar y con la voz temblorosa.

Avanzaron en silencio. Peter la volvió a coger la mano y la apretó cuando ella quiso retirarla. La miró con un ojo puesto en el tráfico.

—Sabrina, sé que ha sido duro para ti estar en el entierro de tu abuela, pero ¿de dónde viene toda esa ira? ¿Ha pasado algo que me tengas que contar?

No pudo responder. Él le dio una palmada en la mano cuando giró en la rotonda y siguió hacia el Foro Buonaparte. Llevaban veinte minutos conduciendo y pronto estarían en su casa, en Corso Magenta.

—Es que estoy cansada —dijo evasiva; se sentía realmente exhausta. Se protegió la tripa con los brazos y miró la lluvia, que era una bendición después del sofocante tiempo que había tenido hacía tres días en Dinamarca.

—Ahora llegamos a casa y comemos algo rico, nos tomamos un vino y me cuentas cómo fue el entierro. ¡Y no se habla más de niños, ¿vale?! —dijo Peter animado.

17

Era su cumpleaños. Delante de él había una tarta con siete velas y adornos de roscas de chocolate que olía a frambuesa y nata. Su madre sonreía y decía que tenía que soplar las velas. Tomó mucho aire y sopló, pero solo sucumbieron las tres primeras dejando el humo de las velas.

—¡Mariquita!

El Africano estaba enfrente de él. Pasaba el brazo tatuado por los hombros de su madre y le metía la mano en el interior de la blusa. Se medio incorporó y sopló el resto de las velas. El aliento le olía a cerveza. Se rio triunfal y se volvió a sentar.

—¡Pero cariño! ¡Eso lo tiene que hacer el cumpleañero! —le regañó la madre, pero se rio y no se resistió cuando la volvió a besar de esa asquerosa manera, metiéndole la lengua en la boca abierta.

Fue una mierda de cumpleaños. La tarta era nauseabunda, se quedaba pegada a la boca y costaba tragarla. La nata sabía a humo de cigarrillo. Con el refresco rojo mejoraba un poco.

—*Gordi*, ¿no quieres abrir los regalos? —dijo su madre y se libró de la mano que le toqueteaba un pecho bajo la blusa. Siempre lo llamaba así. Cuando lo decía ella sonaba bien, pero cuando lo decía el Africano, siempre sonaba despectivo.

Comenzó a abrirlos. Era *su* día, el que solían celebrar riéndose juntos y diciendo tonterías y dando un paseo por el bosque hasta bajar al lago. Ahora ella solo tenía ojos para el Africano y hacían cosas delante de él que no le gustaban. Una parte de él quería salir corriendo al jardín y esconderse en el agujero secreto que había hecho con plásticos entre los arbustos.

En el primer paquete había un camión de bomberos, rojo brillante, con grúa, sirena y todo lo demás. No pudo disimular la alegría y sonrió. Era de mamá. Lo puso en el suelo y comenzó a jugar.

—¡Eh, tú, que hay más regalos! —dijo la voz ebria y ruda.

Obedeció, se volvió a sentar y cogió el siguiente paquete, que era grande, ovalado y pesaba mucho. Estaba envuelto en un exótico papel que olía a viejo y a rancio. Tiró con cuidado de la cinta.

—¡Ábrelo ya! —dijo el Africano enfadado, y se ocupó de nuevo de la madre. En el paquete había una cara, o al menos lo parecía, y se echó hacia atrás asustado.

—¿Qué es, cariño? —preguntó la madre, que se acercó para ver el regalo—. ¡Ay, qué bonito! ¡Es una máscara! —exclamó y miró sorprendida al autor del regalo, que dio un trago a la cerveza y asintió.

—¡Bien visto, querida! ¿Pero qué máscara?

La madre resopló y negó con la cabeza.

—Y yo qué sé. ¿Es de tu último viaje?

—Es una máscara de la felicidad de Ghana tallada a mano. Da valor, felicidad y protección a quien la lleva. También la llaman máscara Bundu.

Tenía los ojos rojos y medio cerrados, ya que le molestaba el humo del cigarrillo que tenía en la boca y que se movía arriba y abajo cuando hablaba y la ceniza cayó en el mantel blanco que mamá había puesto sobre la mesa del sofá para hacer *su* día más festivo.

—¡Mira qué bien tallada está y qué bien decorada! —Señaló ansioso la máscara. Pero era marrón, fea, daba miedo con esos agujeros torcidos para los ojos y unos labios gruesos casi triangulares—. Mira. ¡Ven!

—Cogió la máscara y le hizo señas con ella para que se acercase.

—Ve, cariño, llévala a tu habitación —susurró la madre y comenzó a recoger la mesa. Fue a regañadientes mientras miraba de reojo al suelo, hacia el camión rojo. Colgó la máscara en la pared, encima de la cama.

—Qué chaval, anda que no te vendría bien algo de valentía —dijo riéndose, y tosió antes de darle otra calada al cigarrillo—. Es cojonuda, ¿verdad? Mira el dibujo tan chulo que han pintado con oro sobre la madera oscura. ¡Es arte, joder!

—¿La usan cuando hacen la danza de la guerra? —preguntó para parecer interesado.

—¡Qué cojones va a ser una máscara de guerra! ¿No te he dicho que trae valentía y felicidad?

Lo reprendía en tono duro. Tampoco pareció muy cariñoso el pellizco en la mejilla que le dio antes de irse, que le hizo daño y le dejó una marca roja. Estaba solo en su habitación mirando la horrible máscara africana, que ahora estaba encima de la cama en la que debía dormir. Los huecos torcidos para los ojos miraban directamente a la almohada. Oyó cómo lo llamaban para que fuera al salón. La madre estaba tumbada con la cabeza sobre el regazo del Africano, que tenía la mano en su muslo y le había subido mucho la falda, tanto que se veía el borde de las bragas. Él tenía una nueva birra en la mano que apoyó en la rodilla. Tenía el pie en el borde de la mesa. Su madre siempre lo regañaba por eso, pero ahora no decía nada. Solo sonreía. Habían encendido la televisión. Había fútbol, cosa que él odiaba.

—Ven, chaval. Es tu cumpleaños, hay que celebrarlo con algo de fútbol.

Le hicieron un gesto, su madre sonrió y dio un golpecito en el cojín como si fuera un perro que debía obedecer.

—Voy un rato afuera —dijo y se puso las botas, que estaban en la entrada.

—¡Ni siquiera ve el fútbol! ¡Este niño no es normal! —le oyó decir, pero no oyó lo que respondió su madre.

Había comenzado a llover. Dentro del agujero oía cómo las gotas golpeaban el plástico. Pronto las hojas de los arbustos se caerían y desde la casa se vería el plástico negro, así que dejaría de ser un agujero secreto, pero aún lo ocultaban las coloridas hojas otoñales. Había hecho una especie de silla Sacco con una bolsa de basura llena de periódicos viejos para sentarse y no notar la humedad de la fría tierra. Se sentó, cavó, cogió un puñado de tierra y la dejó caer entre los dedos. Olía un poco como el bosque en el que solían retozar, pelear y jugar al tú la llevas. Mamá era su mejor amiga. En el colegio no había nadie con quien quisiera celebrar su cumpleaños, ni compañeros de clase ni amigos. Solo mamá. Una manzana podrida rodó hasta el agujero, debía de haber caído del manzano que estaba en mitad del césped. Le clavó un palo y miró de reojo hacia la ventana como si pudiera ver entre las hojas. Ahora que se había ido estarían follando. Eso era lo que hacía, según los mayores del colegio. Él sabía lo que significaba y le dieron náuseas. Vomitó en los arbustos que había

delante del agujero. Eso fue todo su cumpleaños: tarta y refresco rojo. Comenzó a llorar. Le ardieron los ojos al secárselos con las manos sucias.

—Lo odio, lo odio —masculló.

Lleno de rabia, tiró la manzana, que se estrelló contra el suelo. Cerró los ojos y se imaginó que la máscara de verdad le daba valor. Valor para entrar. Valor para coger el cuchillo de la tarta y clavárselo en el pecho. Valor para seguir sin parar hasta que no oyera sus risas ni su respiración ronca. La visión fue tan real que, de repente, se vio inmerso en esa situación. Vio el rostro de su madre y oyó su grito, tan alto que el cuchillo con sangre se le cayó de golpe al suelo.

Se incorporó en la silla. El móvil, que lo había dejado en el reposabrazos, se había caído al suelo y el grito no había sido de su madre, sino suyo. Debía de haberse quedado dormido. El sol entraba por la ventana y lo cegó cuando miró por ella. Sí, era su cumpleaños. Se levantó y se echó la chaqueta al hombro. Antes de salir, se detuvo en la puerta del dormitorio y miró la máscara que estaba sobre la cama, igual que en aquel entonces. Antes se despertaba con pesadillas, pero con el tiempo había cambiado. A lo mejor era lo único bueno que ese hombre había hecho por él. Notaba cómo esa máscara le daba fuerza y valor. Aquella noche saldría a cenar y a divertirse un poco, al club. No tenía dudas de a cuál iría.

18

—¡Salud! ¡Y feliz aniversario!

Majken sonreía feliz y olía a sirena. En su profundo escote llevaba una pesada joya de oro. El pelo rojo brillaba a la luz de la vela.

—Igualmente. ¡Salud! —dijo él y probó el vino tinto. Con una sonrisa, dejó la copa y añadió—: Pero ahora siento que te conozco de hace más tiempo.

—Es que es así. De hecho, nos conocemos desde hace más de dos años, ¿no?

Se quedaron callados y comieron.

—Qué bien han dejado esta parte al lado del río. Casi como Nyhavn, en Copenhague. El otro día hicimos una sesión de fotos aquí, casi parecía que las habíamos tomado en una cafetería del sur —dijo para cambiar de tema.

—Ah, sí, el catálogo de moda, ¿no? —preguntó Majken tras masticar y tragar la comida.

—Mmmm, salió muy bien —dijo con la boca llena de ensalada y sonrió con timidez.

—Estoy impresionada por la manera en que has decorado tu oficina, Danny. Has aprovechado el espacio de un modo fantástico. Lo único que tengo en contra es que te hayas instalado en el local de encima. Te he dicho muchas veces que puedes vivir en mi casa.

Danny se limpió la boca con la servilleta y negó con la cabeza.

—Me suelo quedar trabajando hasta tarde y es más práctico subir escopetado la escalera y tirarme en la cama.

—Pero ¿cuánto se tarda en coche hasta Risskov? No más de veinte minutos.

—Por Grenåvej, una hora —interrumpió y guiñó un ojo—. Bueno, sí, vale. Hay un tráfico horrible, pero aun así. Ha sido una mala excusa.

Ella lo miró y giró la copa.

—¿Sigues pensando que es pronto para vivir juntos, a pesar de que nos conocemos ya desde hace tanto?

—No es eso.

Se recostó en la silla enfadado porque iban a discutir otra vez por ese tema. Pronto se iba a quedar sin excusas para retrasar una relación más seria. Aunque, por qué tendría que hacerlo. La decisión estaba tomada. Se palpó el bolsillo. Había recordado la cajita, hacía que le subiera el pulso y que surgiera una pequeña duda. La miró y vio algo que le gustó. Era una visión, ahí sentada con la blusa naranja a juego con el cabello rojizo. Tenía los ojos brillantes de felicidad. Y lo había perdonado. Por algo por lo que ni siquiera él podía perdonarse.

—¿No te has aclimatado a Aarhus? Espero de veras que tengas en mente quedarte.

—Sí, por supuesto. Me voy a quedar, me encanta Aarhus.

Pero a menudo echaba de menos Selandia y, claro está, su ciudad natal, Klampenborg. Era un placer visitar la sede central de la empresa y seguía siendo un honor que Tonny Langdahl le hubiera propuesto encargarse de la delegación jutlandesa. El otoño anterior inauguraron Bureau-Step2 en la calle Badstuegade. Danny había contratado a un pequeño grupo de empleados que cumplía los requisitos para las tareas de las que la agencia se encargaba en Jutlandia.

—¿Quién hizo las fotos? —preguntó Majken, que estudió su pensativo rostro.

—¿Qué dices?

—Me refiero a las fotos del catálogo. ¿Quién las hizo?

—Encontramos un fotógrafo aquí, en Aarhus, que tenía tiempo para un trabajo de urgencia. Nuestra *top model* de Suecia solo podía un día y, de repente, tuvimos que adelantar la fecha límite, que ya era muy justa.

—¿No le preguntaste a Kamilla?

Danny respiró hondo.

—¿Para qué? Nunca trabajará conmigo.

Majken no pudo ocultar el alivio. Él lo vio en sus ojos y en sus hombros, que se relajaron de sopetón. Ella se apoyó en la mesa, le cogió la cara y le

dio un beso en la boca.

—Danny te perdonará. *Nos* perdonará con el tiempo. Pero ahora tiene otras cosas de las que encargarse. El trabajo en el periódico y ahora otro asesinato. ¿No es horrible que un cadáver pueda pasar tanto tiempo en un pantano sin que nadie se dé cuenta?

Danny saboreó el lápiz de labios e intentó rehacerse. El pasado no se podía cambiar, pero con el futuro sí se podía hacer algo. Debía acostumbrarse a que sería con Majken y no con Kamilla. Era imposible pedir que lo perdonase.

—Sí, es lo peor de Aarhus. Todos esos asesinatos —respondió intentando decirlo con gracia.

—Bueno, tampoco hay tantos. Has tenido la mala suerte de coincidir. Primero el de Gitte y ahora el del pantano.

—Sí, y anoche el del médico ese.

—¿Quién? No me he enterado.

—Lo he oído de pasada esta mañana en las noticias. Su mujer lo encontró apuñalado en el patio de su mansión a las afueras de Skåde. También mataron a sus tres perros de caza.

Majken apartó el plato medio vacío.

—¡Qué horror! ¿Y era médico? ¿Cómo se llamaba?

—No me he quedado con el nombre, pero lo vas a oír por todas partes. ¿Crees que podrías conocerlo?

—Espero que no. Ojalá no sea un psicópata que está matando a todos los médicos y enfermeras de Aarhus. ¿La que encontraron en el pantano no era enfermera? —Majken se mordió el labio inferior nerviosa.

—Al parecer era cuidadora. ¿Qué diferencia habrá?

—Por fin *yo* te puedo enseñar algo *a ti* —dijo riéndose—. Era una formación de un año. La suprimieron en 1991 y la sustituyeron por la enseñanza sociosanitaria. Los estudios de Enfermería duran unos tres años y medio. Pero imagina que de verdad hay un enfermo que tiene entre ceja y ceja a médicos y enfermeras.

Danny le cogió la mano y sonrió.

—¡O una enferma! No pienses esas cosas, ¿vale? Esos dos asesinatos no tienen por qué estar relacionados.

—Ya, pero aun así. La gente se ha vuelto loca. Se mata por discusiones de tráfico, se disparan con armas automáticas en Copenhague, se acuchillan en plena calle y maltratan animales inocentes hasta la muerte, así que, ¿quién sabe?

—No te olvides de que estamos celebrando nuestro aniversario. ¿No quieres un postre romántico? ¿Un café? ¿Otra copa de vino?

—Tengo que conducir.

—Puedes dormir conmigo. De hecho, es posible ir andando hasta Badstuegade con un pedo de cuidado, que lo sepas. Yo me las apaño en el sofá —bromeó.

Majken torció la cabeza y lo miró.

—Si supieras lo mucho que significa para mí haberte conocido, Danny —dijo seria.

—Creo que ya lo sé. Pero hay algo que no acabo de entender… —Llamó a un camarero y le pidió el menú para buscar un postre romántico—. Aún no he conocido a tu familia —continuó cuando se fue el camarero. Era el momento de desprenderse del pasado y seguir adelante. Ojearon el menú—. ¿Tienes miedo de que no acepten a un simple publicista como yo?

—No, no es eso —respondió ella veloz y se detuvo como si no supiera si decir algo más—. Es mi hermana.

—¿Tu hermana? ¿No me puede conocer? —dijo alegre, pero vio en Majken que no tenía gracia.

—Tengo miedo de que la elijas a ella y me dejes.

Danny soltó el menú.

—¡Qué dices! Jamás se me ocurriría. ¿Es guapa? —Intentó hacer como que no le interesaba la respuesta, pero, a juzgar por la mirada fulminante de Majken, no lo consiguió.

—Ahí lo tienes. ¡Ya estás interesado!

—Cariño, ya vale. Era broma.

—No es para hacer bromas. Sí, es guapa y… —dio un trago rápido—… ya me lo ha hecho antes. —Le habló de la tragedia que supuso para la familia cuando encontró a su hermana pequeña en la cama con su marido. Danny la miró atónito—. Hoy están casados y tienen una niña. Debe de

tener dos años —concluyó y bajó triste la mirada mientras rascaba nerviosa el colgante.

—¿Debe de tener? ¿Quieres decir que no has visto nunca a tu sobrina? —Le cogió la mano, que temblaba ligeramente—. Eso no puede ser, Majken. Te entiendo, pero tienes que perdonarlos, por tu propio bien.

Majken lo miró enfadada.

—Esas cosas no se perdonan —murmuró.

—¡Menuda tontería! Han pasado muchos años y tú has seguido con tu vida. Ahora me tienes a mí y me pudiste perdonar.

La última frase la dijo con cuidado. Majken negó con la cabeza.

—Es que no puedo. Perdonarte me resultó fácil porque te quiero. A Rasmus también lo quería, pero a ti te quiero más.

Danny apartó la mirada por miedo a que sus ojos lo delatasen. Si Kamilla pensase eso, su vida sería perfecta, pero, por supuesto, quería más a su hijo. Ella lo odiaba y era algo que le dolía tanto como el sentimiento de culpa. Se levantó con la cartera en la mano.

—Voy a pedir dos postres y café, que va a venir con una sorpresita. Mientras, puedes quedarte aquí pensando en cuándo vamos a Holbæk a ver a tu familia.

Le besó el pelo y fue a la barra. Majken lo miró como si ya lo echase de menos.

19

Las farolas de un lado de la calle se habían apagado. Ella se quedó en el lado que tenía luz mientras iba contoneándose sobre los altos tacones. Normalmente, a estas alturas de año llevaba ropa y zapatos para cambiarse, cosa que solía hacer antes de irse a casa caminando o de tomar un taxi. Ya no podía permitirse un coche. Pero esta noche había elegido caminar, había hecho calor y no estaba del todo a gusto.

Cada vez que pasaba debajo de una farola, la luz distorsionada hacía que su sombra corriera delante de ella y cada vez temblaba de miedo para después reírse por haberse asustado de su propia sombra. Pero no era agradable irse andando a casa a esas horas de la noche. Se oían muchas cosas.

Se detuvo bajo la siguiente farola y encendió un cigarrillo. «Joder, ya estoy vieja para esto», dijo en alto con la voz ronca. Todos los que había inhalado en su vida le habían destrozado las membranas mucosas de la garganta. Y los que se había fumado, claro. En cuanto lo encendió, dio una larga calada con ganas. Hacía frío para estar solo con una chaqueta fina, una falda corta y unas botas de nailon, así que echó a andar rápidamente. De vez en cuando daba una calada y echaba el humo a la oscuridad. En la calle no había ni un alma. Las ventanas oscuras de las casas por las que pasaba mostraban que la mayoría de la gente estaba durmiendo. Por la mañana sería domingo y la gente iría a por panecillos. Los envidaba. Pero ella había elegido la vida que llevaba. ¿O no? El sueldo estaba bien, pero era más divertido cuando era joven y más o menos guapa. Los clientes la silbaban y le daban palmadas en el trasero, cuando era pequeño. Ahora veía cómo a las jóvenes las trataban de la misma manera sin que tolerasen todo lo que ella aguantaba a su edad. Se sentía de más y ridícula. Nadie la silbaba y ya no le daban palmadas en el trasero, que con los años se había agrandado. Por

aquel entonces, en general, todo era distinto. No se sentía tan sola y marginada. Todo cambió el día en que aquel secreto la atrapó con mano firme: el accidente de Kit y todo lo que le siguió. Dio una fuerte calada al cigarrillo y empezó a toser. Pero esta noche había sido diferente. Sonrió al pensarlo y negó con la cabeza. Quizá no fuera tan vieja y fea como pensaba.

Se fijó en él en el bar. Estaba sentado con una copa, era muy guapo y le guiñó un ojo de una manera encantadora. Pero era demasiado joven. ¿Qué vio en una mujer de cincuenta y dos? Ella se dio la vuelta enseguida para ver qué «buenorra» estaba tras ella y evitar una situación dolorosa. Pero no había nadie. Le volvió a guiñar el ojo y le hizo una seña para que se acercase. Ella cogió la bandeja con vasos vacíos y fue hacia él. Seguramente quería pedir otra copa.

—Hola, guapa. ¿A qué hora sales?

Su voz era suave y masculina y le mandaba señales agradables. Se avergonzó por sentirse así. Se sintió fea y excesivamente maquillada cuando él observó su rostro de cerca a la luz de la barra.

—¿Te refieres a *mí*? —dijo con la voz ronca y oxidada, aunque intentó que sonara clara y juvenil.

—Claro que te lo digo a ti. ¿Cómo te llamas?

—Annemette.

—¿Y a qué hora sales? —preguntó de nuevo.

Se quedó aturdida y perpleja. Hacía cien años que nadie le había preguntado eso, pero ahora tampoco podía ser demasiado facilona.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó escéptica y no pudo quedarse esperando la respuesta, ya que un cliente requería su atención. En plena borrachera le había tirado la cerveza a otro cliente, que estaba furioso, y habían llegado a las manos. Acudieron más camareras para separarlos.

Pero él siguió sentado en la barra toda la noche sonriéndole. Ella se fijaba cuando pasaban por delante chicas jóvenes y guapas, pero él no se dignó mirarlas ni un segundo. Había leído que algunos jóvenes prefieren mujeres mayores y maduras, pero ¿se la podía considerar una maravilla? Le devolvía la sonrisa cuando cruzaban las miradas. Él no paraba de mirarla. A última hora de la noche seguía allí. Ella intentó evitarlo con miedo a no poder satisfacer sus pretensiones. Miedo a que esa maravillosa sensación de

autoestima y emoción desapareciera como cuando se usaba una fórmula mágica. Así se debió de sentir Cenicienta.

Al final de la noche se puso a ordenar recibos en la barra. Era la última tarea que le quedaba antes de irse a casa a dormir. Ella percibió que él estaba detrás y, poco después, sintió su cálido aliento en el cuello. Tuvo un escalofrío agradable, se dio media vuelta y sintió que lo conocía de siempre. Le latía el corazón a mil por hora y, cuando él se inclinó hacia ella para susurrarle algo al oído, notó que a él también le latía el corazón con violencia. De verdad era uno de esos prodigios.

—¿Ya has acabado? ¿Te acompaño a casa? —susurró él.

—Creo que mejor me voy sola. Y también creo que debes irte ya —respondió ella susurrando y sin creérselo. Su piel olía muy bien. Hacía muchísimo que no olía a un hombre.

Y se fue. Tenía miedo de que se estuviera riendo de ella y acabara burlándose. Ya se lo habían hecho muchos. Claro que estaban borrachos, pero no por eso sus palabras dolían menos. Desde aquellos episodios, había llevado un perfil bajo y simplemente se ocupaba de su trabajo. Hacía lo que mejor se le daba. Pero él no parecía en absoluto borracho. Solo le olía levemente el aliento al licor Amarula, que a ella le extrañó que pidiera. Los clientes lo pedían muy de tarde en tarde. Quizá viajaba mucho. Estaba bronceado. Y era maravilloso.

Ella dio otra calada al cigarro y se sintió cálida y viva. Aunque no había pasado nada más, era una sensación indescriptible. Era mejor conservarla a que se burlaran de ella o quizá experimentar que no podía cumplir con las exigencias de un hombre tan joven y sufrir una derrota. Por Dios, podía ser su hijo. Empezó a soplar algo de viento y a hacer un poquito de frío. Una chaqueta fina de piel artificial de leopardo era lo único que llevaba como abrigo. Empezó a arrepentirse de no haber ido en taxi. El jardín botánico era un problema. Las numerosas violaciones que habían tenido lugar allí la hicieron ir por otro lado, aunque fuera un atajo estupendo. ¿Qué podría pasar? También era demasiado vieja para que la violasen. ¿Quién querría tocarla?

Los pasos que oyó tras de sí hicieron que se asustase y aumentase la velocidad. Los pasos hicieron lo mismo. Echó a correr y siguió

contoneándose sobre los altos tacones. Entonces lo oyó gritar y reconoció la voz. Se dio la vuelta y ahí estaba él. Comenzó a reírse nerviosa y él fue hacia ella con paso ágil, como una pantera, y le rodeó la espalda con el brazo.

—¡Estás helada! —Se quitó la chaqueta y se la puso en los hombros—. ¿Por qué corres? ¿Cómo es que has desaparecido así? Te he estado buscando. Ven, te llevo a casa.

Ella se estrechó en su cuerpo y fue con él hacia el coche. No lo oyó llegar, ocupada como estaba en sus pensamientos. Pero ahora estaba ahí, abrazándola y dándole seguridad.

—¿Dónde vives? —preguntó mientras le abría cortésmente la puerta del coche.

Le temblaba el cuerpo cuando respondió «en Fuglebakkevej». Dentro del coche se le pasó el frío y se peinó. Tenía el pelo rizado y teñido de moreno, pero llevaba un bonito recogido y, cuando lo tocó, comprobó que el pasador estaba en el lugar correcto.

Mientras él rodeaba el coche, ella se colocó un par de mechones en el cuello. Parecía más sexi. Él se sentó al volante y le volvió a hacer un guiño.

—¿Por qué justo yo? —preguntó cuando él comenzó a conducir.

Le puso una mano en el muslo y sonrió.

—Porque es mi cumpleaños.

20

La revelación de la autopsia no sorprendió a nadie: la causa de la muerte había sido una puñalada en el corazón y al médico lo habían acuchillado *post mortem* varias veces. La hora de la muerte quedó fijada entre las diez y las once de la noche del viernes, así que, al menos en eso, le llevaban un pasito de ventaja al primer caso. Leander, triunfal, había vuelto a sacar un objeto del cuerpo con las pinzas y comentó que un cadáver siempre conserva pruebas valiosas para la investigación. De nuevo, lo que había quedado era un trozo del arma homicida. Las violentas puñaladas en la caja torácica de Helge Vangberg hicieron que la punta del cuchillo se rompiese contra el esternón. Metió en una bolsa una punta de acero larga, de unos dos centímetros, y la apartó para que la investigasen en el laboratorio. Había que analizar el acero, quizá fuera posible averiguar qué tipo de cuchillo se había usado. Aparte de eso no había nada más, salvo la propensión al *whisky* del médico, algo que se podía ver en el hígado.

Roland regresó a la Jefatura y tuvo una reunión con su gente, que, motivada, se puso enseguida a trabajar. A última hora del día, Kurt Olsen tenía la rueda de prensa exclusiva que les había prometido a los periodistas el sábado por la mañana. Allí podría compartir toda la información que quisiera sobre esa hambrienta panda de buitres. Roland tenía otra cosa de la que encargarse. Sonrió amable cuando Isabella Munch llamó a su puerta abierta y entró con cautela en su oficina.

—Pasa y siéntate, Isabella. Cierra la puerta.

Hoy llevaba el pelo rubio recogido. Llevaba una discreta capa de maquillaje, algo de rímel en las pestañas y una crema de labios que los hacía brillar a la luz que entraba por la ventana. Parecía que acababa de retocarse y su piel parecía de melocotón. Roland carraspeó.

—Has averiguado algo, ¿no? —dijo y asintió mirando la carpeta que llevaba Isabella.

—Sí, es sobre el primer asesinato, no sobre el de Helge Vangberg. He avanzado en la investigación.

Tenía los dientes blanquísimos y alineados. Cogió la silla y se sentó enfrente de Roland. Para asombro de este, llevaba el perfume preferido de Irene, Beyond Paradise, de Estée Lauder. Estuvo a punto de hacer un comentario sobre ello, pero le pareció inapropiado. Isabella abrió la carpeta y la hojeó.

—He hablado con un trabajador del hospital de Silkeborg que ha tenido el ánimo de investigar el caso y mirar viejos papeles. De ella no tienen nada. No ha trabajado de enfermera en Silkeborg. He hurgado en ello y he averiguado algo más: tampoco vivió en Silkeborg.

Roland levantó una ceja y miró sin entender nada a Isabella, que se explicó al instante.

—Se mudó. Pero no tenemos ninguna dirección. Se trasladó con su novio a Aarhus cuando empezó a estudiar y por eso dejaría de recibir las ayudas para el niño o para vivienda del ayuntamiento de Silkeborg.

—¿Entonces se aprovechaba de las ayudas?

—¡Más o menos! —dijo Isabella e hizo un leve movimiento con la cabeza, lo que provocó que se le saliera un mechón del pasador y le quedase colgando junto a la mejilla.

—¡Pero alguien tuvo que haberse dado cuenta de eso cuando desapareció!

Isabella se encogió de hombros.

—No era tan sencillo, porque seguía viviendo de alquiler en la casa de Silkeborg. No tardaba mucho en ir de Aarhus a Silkeborg para recoger el correo… y los cheques, que con ese dinero podía permitirse tener coche.

Roland asintió. De nuevo la intuición femenina.

—Buen trabajo, Isabella.

Su mano quedó al lado de la de ella junto a la carpeta y notó cómo le aumentó el pulso cuando ella, con un pequeño movimiento que podía ser inocente, le rozó levemente la mano y sus pieles coincidieron. Ella lo miró con interés.

—¿Eres del sur de Italia?

Roland asintió y se le puso un nudo en la garganta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Eres oscuro de piel y tienes los ojos casi negros. Nuestra familia ha viajado mucho a Italia, sobre todo al sur y a Sicilia. Llevo medio año estudiando italiano, es un idioma bellísimo, pero difícil. Me encanta Italia.

Sus palabras lo adularon e intentó imaginarse a esa guapa chica entre sus compatriotas, que persiguen el pelo rubio como un toro un capote rojo. Su nombre, terminado en «bella», también sería atractivo. «Seguro que a Italia también le encantas, amiga mía».

—¿Has estado en Nápoles? —preguntó y lo primero que le vino a la mente fue la tumba de su padre. Después, la suciedad y la basura que se acumulaba en las calles. De pronto quiso que ella respondiese que nunca había estado.

—Solo una vez. No me sentó bien esa ciudad. Es preciosa, pero mientras la Camorra esté haciendo negocios con la basura y tenga el poder, no se apreciará su belleza.

Respiró aliviado. Aparentemente no había sido superficial y no creía que los napolitanos fueran unos cerdos.

—No te llamas Roland, ¿verdad? No es un nombre muy italiano. Déjame adivinarlo. ¿Te llamas Rolando? —El inspector asintió sorprendido —. ¿Te puedo llamar así?

—Parecería raro. Aquí todos me llaman Roland.

Solo le llamaban Rolando Irene y la familia. Sería demasiado familiar que también en el trabajo lo llamasen así. De una manera inexplicable se dividía en las dos personas que era. Rolando en su tiempo libre y Roland en horas de trabajo. Para alivio suyo, ella asintió comprensiva.

—Vale.

—Mi padre era del cuerpo de Carabineros —dijo y se asombró de sus palabras. No se lo había contado a mucha gente, ni siquiera los compañeros más cercanos conocían su pasado.

—¿Has dicho «era»?

—Sí, murió —carraspeó y esperó poder evitar la conversación, pero ya había dicho demasiado.

—¿Lo mató la Camorra? —preguntó Isabella.

Roland asintió y quiso llevarse la mano al pecho, pero no pudo. Su piel emitía una mágica fuerza magnética.

—¿Por eso viniste a Dinamarca?

—Mi madre se vino. Mi tía estaba casaba con un danés y vivía aquí. Yo no me acuerdo, era un niño, pero así llegué a Dinamarca.

—¡Y menos mal!

Él la miró sorprendido y ella se ruborizó un poco.

—¿Tu mujer también es italiana?

Miró el anillo de casado, que seguramente lo había delatado. Como ella conocía las relaciones de los italianos, seguramente también había oído que los hombres solían quedarse a vivir en casa de sus madres hasta que ya estaban bien entrados en años.

—No, Irene es danesa. La conocí en la Jefatura de Policía de Copenhague. Ella trabajaba allí de secretaria.

Isabella no parecía estar ligando. Seguramente solo era una persona afectuosa y compasiva que quería cuidar a su jefe. Aun así, Roland se dio cuenta de pronto de lo mal que estaba eso. Retiró la mano y cogió un chicle.

—Deja el humo, conserva la chispa —dijo divertido y se lo metió en la boca.

—El anuncio —dijo ella riéndose y Roland asintió.

—¿Había algo más de la enfermera? ¿Tenemos algo del novio ese de Aarhus?

—No mucho, se fue al extranjero, pero aquí la cosa se pone interesante. —Puso la misma mirada artificial que Anne Larsen e hizo una pausa antes de continuar—. Se mudó a África.

—Pero por qué coño Sebastian no nos ha dicho nada sobre su padrastro.

—Yo apuesto a que rompió el contacto con él cuando su madre desapareció. O quizá el padrastro también desapareció.

—¿Podemos comprobarlo?

—Ya lo he hecho. Sebastian vivió con otra familia desde enero de 1984 hasta que cumplió dieciocho, cuando empezó a formarse como mecánico y se fue de casa. Algo apunta a que su padrastro no se ocupó de él. La pista

desaparece aquí. No sabemos a qué lugar de África se fue. Es un continente enorme.

Roland intentó apartar la mirada, pero sus ojos tenían una fuerza magnética. Nunca había visto ese color y pensó que quizá eran lentillas. Los jóvenes de hoy usaban mucho esas cosas. Nunca se sabía qué era auténtico. Pero no se atrevió a preguntárselo.

—¿A lo mejor a un sitio donde se pudieran comprar *souvenirs* tallados en ébano negro? —murmuró.

—¿Estás pensando en el arma homicida? ¿Crees que la pudo matar el marido?

—Creo que hay un patrón. Quizá él también sea un defraudador y esté viviendo en Dinamarca.

Isabella se levantó como un resorte y se le encendió la mirada.

—¡Voy a investigar! —dijo.

—También tenemos que hablar con la familia con la que vivió Sebastian; a lo mejor nos pueden dar alguna información.

Isabella asintió, nerviosa, y fue hacia la puerta con la carpeta bajo el brazo.

—Por cierto, ¿el padre tiene nombre? —le preguntó a la espalda de la agente.

—Claro. Se llama Knud Engtoft.

Cuando Isabella se dirigió hacia la puerta, Roland le miró instintivamente el redondo trasero marcado por los ajustados vaqueros. Era una suerte que en la Brigada Criminal no llevaran uniforme con fondillo ancho. Ella se giró de repente y Roland no supo si alcanzó a retirar la mirada a tiempo. Isabella sonrió.

—Por cierto, casi se me olvida. La enfermera utilizó varios nombres. Antes de casarse se llamaba Bente Louise Juhl, cuando se casó, pasó a llamarse de otra manera…

—Bah, se llamaría Bente Louise Engtoft —la interrumpió bromeando con una sonrisa.

—Casi. Se quitó el apellido y solo usó el segundo nombre, quizá tenía algo que ver con el timo. Se hacía llamar Louise Engtoft.

21

Diciembre de 1983

Querida Elina:

No sé qué hacer. Ayer no pude ir a ver a Josefine porque la nieve no nos dejó salir. Hoy sí he podido y la he encontrado muy débil. Josefine no está bien después del cambio de médico. El nuevo cree que el tratamiento no era correcto. Dice que había demasiados efectos secundarios. Ay, ojalá los doctores se pusieran de acuerdo. He pensado en estudiar Medicina y así poder formarme mi propia opinión. Gustav casi nunca está en casa, me habría gustado hablar con él sobre esto. Josefine dice que no le gusta el nuevo médico. No confía en él. ¿Qué hago? Dice Josefine que esta noche Gustav se va a quedar en casa, así que iré a hablar con él. Me encantaría que pudieras venir.

Un saludo,
Louise

P. D.: Si tuvieras teléfono te llamaría. Sigo sin entender cómo puedes prescindir de él. ¿Qué pasa si te pones enferma y el vecino no está en casa?

Dobló la carta, que era la última. Diciembre fue el mes de 1983 en que murió su madre. ¿Qué sucedió? Se puso nerviosa y miró el reloj. Peter no tardaría mucho en volver a casa, si es que volvía. Nunca se sabía. Volvió a leer la carta y se puso aún más nerviosa. Normalmente tenía las náuseas por las mañanas, pero de repente tuvo la necesidad de ir al baño y ponerse delante del retrete. Se llevó una mano a la tripa para proteger al bebé de los espasmos involuntarios que presionaban para hacer salir el contenido del estómago y se sujetó el pelo con la otra.

Peter seguía sin saber nada. No había tenido la oportunidad de decírselo. O tampoco se atrevía. Quizá fuera mejor abortar y no decirle nunca nada. Se arrepintió de pensar eso y tiró de la cadena. Se sentó en el suelo con las dos manos en la tripa.

—Perdona, peque. No era mi voluntad —susurró.

El ruido del salón le hizo levantarse y mirarse al espejo. ¿Peter había vuelto? Se cepilló los dientes, se pintó los labios y se arregló.

—¡Hola, cielo! ¡Conque estabas aquí escondida! —Peter se quitó la chaqueta y le dio un beso rápido—. He hecho la compra en La S Larga, la bolsa está en la cocina.

El supermercado Esselunga se había convertido en «La S Larga» para ellos, porque Sabrina era incapaz de pronunciarlo.

—Hoy has vuelto pronto —dijo mientras sacaba la compra de la bolsa. Dependiendo del tráfico, tardaba unos veinte minutos en ir desde Grundfos, en Via Gran Sasso, hasta casa.

—Sí, no había mucho que hacer. Y te echaba de menos.

Le rodeó la tripa con los brazos y la estrechó contra sí mientras ella metía las cosas en el frigorífico. Lo estaba notando y sabía que tenía ganas.

—¡Peter, para! —dijo tan cortante que él la soltó de inmediato.

—¿Qué pasa, tampoco puedo darle un beso en el cuello a mi mujer? —preguntó ofendido y se puso a desempaquetar la compra.

—Perdona, Peter, es que no estoy muy bien y cuando me has apretado la tripa, pues…

—Ah, que estás en esa época. ¿Y no podrías tomar la píldora siempre y así no estarías tan mal? —dijo en broma y sonrió—. ¡Bueno, pues me tendré que dar una ducha fría!

Salió del baño con una toalla atada a la cintura y la ayudó a terminar de preparar la comida. Era buen cocinero y solía ser él quien se encargaba de ello. Cuando estaba en casa.

Ella preparó la ensalada mientras lo observaba. Se le veía claramente en los músculos que iba al gimnasio. Pero no era excesivo; no soportaba a los cachas a lo Schwarzenegger. Tenía el pelo del pecho moreno y a sus ojos era un *hombre de verdad*. Él estaba igual de satisfecho y, en cierto modo,

más que eso. Ahora olía a champú y a *aftershave* de Giorgio Armani. Le dieron ganas, pero se le quitaron cuando pensó en el bebé.

—¿Te has dado un golpe? —preguntó preocupada cuando le vio la marca del cuello.

—¿Dónde?

—¡Ahí! —Se acercó y puso un dedo en la marca, pero vio que no se trataba de un golpe.

—No recuerdo haberme dado un golpe. —Buscó con la mano el lugar donde estaba la marca—. Pues no me duele —murmuró.

Le dieron ganas de llorar, pero no dijo nada y puso los platos en la mesa.

Peter se vistió y sacó el asado del horno. Se sentaron a la mesa, románticamente engalanada con las velas, una botella de vino tinto y una comida deliciosa. Pero el ambiente no acompañaba. Comieron en silencio y el ruido del tráfico de Corso Magenta se mezcló con el ruido de los tenedores y los cuchillos contra la porcelana.

—¿Quién es ella, Peter?

—¿Quién? —dijo levantando la vista del plato, y Sabrina vio en sus ojos que sabía de lo que hablaba—. ¡Que quién, joder! —volvió a decir al ver que ella no respondía—. ¡No me jodas, no empieces a acusarme de cualquier cosa!

—¿Quién es? —repitió tranquila y siguió comiendo—. La que te ha hecho ese chupetón.

—¡No, venga, para ya! —dijo furioso y tiró al plato el cuchillo y el tenedor.

—¿Ocurrió en la cena? Estuvisteis bailando hasta que se hizo de día y después, ¿qué más? ¿Es italiana?

Peter se puso pálido y se sirvió otra copa de vino.

—Ya me acuerdo de lo que pasó. Me tropecé con un tubo. Me hizo un daño de la hostia.

—Déjalo, Peter. Sé reconocer un chupetón. ¿La intención era que me enterase de esta manera tan infantil? —le reprochó e intentó mantener la voz calmada, aunque por dentro era un huracán.

—Sabrina, yo te quiero, pero un hombre tiene sus necesidades, ¿sabes? Y últimamente has estado muy… Hace mucho que no…

«¡Pero si lo hicimos hace tres meses y medio!», estuvo a punto de gritar, pero, en lugar de ello, acabó de comer y no dijo nada más.

Peter fue por el postre, pero a ella no le apetecía. Se conformó con beber agua. Se había abstenido de beber vino sin que él hiciera ningún comentario sobre ello.

—Me vuelvo a Dinamarca, Peter —decidió de repente y tuvo la valentía de decirlo.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que nunca te adaptarías! —exclamó y apartó el plato.

—No es por eso, Peter. La verdad es que he empezado a cogerle el gusto a Milán y a Italia. Me di cuenta ayer mientras aterrizaba, al ver la ciudad. Volveré, pero hay algo que tengo que solucionar.

Peter la miró desconfiado.

—¿Tiene que ver con el entierro?

—Al menos tiene que ver con mi padre —reconoció.

—¿Entonces no es por mí? —preguntó aliviado—. Lo de la otra no significó nada, cielo. Solo estaba triste porque estabas en Dinamarca. Iba borracho y… bueno…

Era lo más próximo a una disculpa que iba a tener, aunque no la deseaba en absoluto. Habría preferido creerse lo del tubo.

Mientras ponían juntos el lavavajillas, llamó un compañero de Grundfos o quien fuera. Peter se encerró media hora en el despacho y Sabrina recogió la cocina mientras luchaba contra las ganas de ir a escuchar detrás de la puerta. Peter salió y le dio saludos de parte de Normann, un perito de Grundfos. Ella le dio las gracias y fue al baño después de que él se hubiera lavado los dientes e ido al dormitorio. En cuanto se quedó sola, llegó le reacción. Se inclinó sobre el lavabo y lloró en silencio.

22

Anne echó café en el vaso de Kamilla. Mads Dam estaba enfrascado en un artículo sobre la derrota del equipo de fútbol, el AGF. Solo estaban cuatro en la redacción. Britt decía estar enferma y afirmaba que Thygesen se lo había pegado. Cuando llamó, no sonaba ni la mitad de enferma que él, excepto por unas tosecillas que no sonaban reales.

—No entiendo que Thygesen siga enfermo. Lleva una semana. ¿Sabemos qué le pasa?

—preguntó Kamilla y echó leche en el café. Normalmente no lo hacía, pero llevaba en la máquina desde el mediodía anterior—. He hablado con él por la mañana. Había oído lo del nuevo asesinato. No sé qué le pasa, pero tiene que estar muy enfermo, si no, no se habría quedado en casa con dos asesinatos en el orden del día.

—Creo que es gripe —informó Mads sin levantar la vista del teclado.

Anne sonrió. En absoluto se imaginaba a Thygesen tumbado en la cama con un termómetro en la boca (o en otra parte), pero esperaba que no fuera serio, sino una simple gripe.

—Bueno, pero, como he dicho, estoy segura de que la enfermera y el médico se conocían, y tengo la sensación de que se trata de la familia que se fue de Mundelstrup en 1983.

Se sentó al borde de la mesa de Kamilla, que estaba escogiendo fotos de la rueda de prensa a la que Roland Benito, para enfado suyo, no había acudido. Aun así, el inspector había sido generoso con la información sobre ambos casos.

—¿Y Nicolaj dónde se ha metido? —exclamó Anne.

—Lo he mandado a la pastelería de la esquina a por lenguas de pato —dijo Mads riéndose.

Anne recordó su época de prácticas en la redacción de Copenhague. Estas cosas, y algunas peores, eran algo de esperar. Como una especie de ritual para ser admitido en el clan de los periodistas. A ella la mandaron a por bombas en vez de bambas, pero lo de las lenguas de pato nunca se lo habría esperado y dudaba de que Nicolaj sí.

—Si es listo, irá a por ellos al zoológico y ¡a ver cómo te explicas luego! —bromeó Anne, que no pudo reprimir una sonrisilla al ver la cara de miedo de Mads cuando Nicolaj entró de repente con una bolsa que dejó en la esquina de la impresora mientras se quitaba la chaqueta y le sacudía el agua de lluvia. Anne llevó la húmeda bolsa a la cocina y puso los bollos en un plato de cartón. No eran lenguas de pato ni bombas, sino bollos de frambuesa, y Mads respiró aliviado.

—¡Vaya tiempo! ¡Parece que al fin se ha acabado el verano! —exclamó Nicolaj y se puso detrás de Mads—. Se les habían acabado las lenguas de pato, pero me han prometido que mañana van a hacer más, así que te tocará a ti bajar —le dijo a la nuca de Mads y le dio una palmada amistosa en el hombro antes de sentarse en su sitio. Anne sonrió. Cada vez le caía mejor ese chaval.

Dejaron a Mads solo con una taza de café y un bollo y le pidieron que se quedase a cargo de los teléfonos. Anne se sentó en la sala de reuniones con Nicolaj y Kamilla.

—No ha sido tan difícil encontrar a esa familia. No fueron los únicos que se fueron de Mundelstrup en 1983, pero solo en una la mujer había fallecido poco antes. Su marido era Gustav Hjort, ahora está casado con Carola Hjort —dijo. Partió el bollo en dos y dio un bocado a una mitad.

—No fastidies, ¿son los de Maritime Merman? La tienda de yates junto al puerto.

—Exacto. ¿Los conoces?

—*Sip*. A menudo me he quedado pasmado con los yates de las dársenas. Pero no me da para uno. Todavía.

—Si quieres tener uno, empieza a buscarte otro curro —dijo cortante.

—¿Has hablado con ellos? ¿La enfermera trabajaba para ellos? —preguntó Kamilla, que dio un trago de café y echó más leche.

—No, no he hablado con ellos, he pensado que mejor aparecemos de improviso. Seguro que ahora están en el chalet, en Strandvejen.

—¿Se lo has contado a la policía? ¿Conocen a la familia Hjort? No los nombraron en la rueda de prensa. —Nicolaj tenía mermelada de frambuesa en la comisura, pero se dio cuenta y se la quitó con la lengua ayudándose un poco del dedo índice.

—La policía puede encontrar a esta familia igual que lo hemos hecho nosotros. Si se concentran en el médico muerto y archivan este caso, cometerán un error.

—Entonces, ¿estás convencida de que los dos casos están relacionados? —preguntó Kamilla.

—¡Segurísima! Y Gustav Hjort nos puede poner sobre la pista.

—Y ahora que ha aparecido otro cadáver, ¿no has tenido noticias del anónimo? ¿No ha llamado para chulearse o algo así? —preguntó Nicolaj.

Sus ojos verdes brillaban y Anne pensó por un instante que en la policía les vendría bien alguien como él. Después de la reforma, se habían vuelto tan torpes que la gente comenzó a contratar seguridad privada contra los allanamientos y los incendios provocados. Quizá tuviera que ser policía en vez de periodista, aunque, visto así, venía a ser lo mismo.

—No sé nada de él. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Y ni un comentario por mis palabras. —Miró a Kamilla y a Nicolaj, que no dijeron nada, pero pensaron lo mismo: quizá aparecieran más cadáveres. El anónimo tenía que saber algo que el asesino no quería que saliera a la luz. Eso si no eran la misma persona. Se levantó y tiró el vaso de plástico a la papelera—. ¿Estáis listos?

El chalet era de estilo neoclásico y estaba en primera línea de mar. No había duda de que la gente que vivía ahí tenía mucho dinero. El jardín era precioso y estaba bien mantenido, seguro que por un jardinero, y tenía una piscina azul. Las vistas desde la planta superior del chalet debían de dar al Mindeparken, el parque conmemorativo de Aarhus. La fachada estaba pintada de un suave color azul pastel y en la terraza había plantas exóticas.

—Creo que nunca viviría aquí —le susurró Anne a Kamilla cuando se bajaron del coche.

—¿Por qué no? —Kamilla estaba boquiabierta cuando alzó la vista hacia el chalet.

—Para ir al mar hay que cruzar Strandvejen, que tiene mucho tráfico; para ir al bosque hay que cruzar Oddervej, que tiene mucho tráfico. Me sentiría como en la cárcel.

Kamilla se rio y cogió la pesada bolsa con la cámara del asiento trasero. Nicolaj cerró la puerta y miró al chalet con veneración y el inevitable «guaaay».

El timbre resonó. Anne no se sentía demasiado cómoda llamando a una casa tan fina, y mucho menos entrando en ella. Kamilla, nerviosa, tiró de la correa de la bolsa. Unos minutos después abrió la puerta una mujer vestida con lo que ella llamaba «ropa de tiempo libre», pero no era lo que Anne pensaba, es decir, chándal y camiseta desteñida, sino un jersey blanco de punto de algodón con un emblema bordado a un lado y rayas azul marino en las mangas y en la cintura, y unos pantalones azul marino que no se ajustaban a su delgado cuerpo. Estaba bronceada y el pelo era claro gracias al sol y a las canas propias de la edad. Los miró sorprendida y ellos miraron del mismo modo, porque no los había recibido un mayordomo de punta en blanco.

—Somos del Dagens Nyheder. ¿Podemos pasar, por favor? Solo van a ser un par de preguntas —dijo Anne lo más cortésmente que pudo.

Carola Hjort se atusó el pelo.

—¿Ya habéis oído lo del yate nuevo? Creía que Gustav mandaría un comunicado de prensa mañana. Pero pasad.

Abrió la puerta y los hizo entrar a un recibidor con paredes azul real y revestimientos de madera blancos. La escalera estaba cubierta por una alfombra azul con estampados y la barandilla también era de estilo neoclásico. Un hombre con un suéter a rayas, pantalones blancos y náuticos bajó por la escalera en silencio a paso veloz.

—¡Gustav! Creía que la prensa no sabría nada hasta mañana —dijo Carola con tono de reproche cuando el hombre llegó al recibidor.

—No estamos aquí por el yate —se apresuró a decir Anne para evitarle molestias al elegante caballero. Carola pareció enfadarse por haberlos dejado entrar con tanta rapidez.

—Gustav Hjort —se presentó el hombre e hizo un gesto con las manos señalando una doble puerta de cristal al final del pasillo—. Bueno, ¿pasamos a sentarnos?

Le pidió a su mujer que le dijera a Johanne que sirviera el café en el salón del jardín. Se quitaron los zapatos y fueron tras él hasta un comedor con suelo de parqué claro y techo con un sencillo y bello estuco. Abrió una puerta plegable de cristal y apareció una luminosa sala que daba al jardín con chimenea y palmeras en enormes vasijas. Anne reprimió un gesto de asombro y espero a oír el «guaaay» de Nicolaj, pero, para variar, se quedó mudo. Se sentaron en unos sofás hondos de piel junto a una mesa con un jarrón y un ramo de flores frescas. Poco después entró Johanne con el café. Tampoco parecía una criada y no llevaba vestido blanco ni nada en la cabeza. De hecho, parecía una joven que estuviera de visita.

—Gracias, Johanne —dijo Gustav y le hizo sitio en el sofá a Carola, que estaba justo detrás de la asistenta, quien se fue sin decir ni media palabra.

—Bueno, vamos a ver de qué se trata —dijo Carola con la boca algo fruncida, en un tono que indicaba que prefería llevar la voz cantante.

En el coche, Anne había contado que Carola Hjort era la que manejaba el dinero, ya que toda esa magnificencia era una herencia de su familia. La fábrica familiar de Fåborg se había especializado en la producción de barcos y yates exclusivos y caros que vendían principalmente en el extranjero, en especial, en el sur de Francia. La familia tenía también una casa de vacaciones en Cannes. Tras la muerte del padre, Carola, como hija única, quedó como única heredera. Gustav fue contratado rápidamente como director administrativo de la fábrica, que posteriormente vendieron para vivir de las rentas. Cuando empezaron a aburrirse, abrieron en el puerto de Aarhus el negocio Maritime Merman, S. L. con unos pocos yates exclusivos que vendían a daneses adinerados, que, según veían, cada vez había más. Antes de que Gustav conociera a Carola, era un pobre oficinista del montón que trabajaba en el departamento de contabilidad de Toyota y con una esposa enferma en casa. Anne lo había leído en un artículo en internet, pero aunque no lo hubiera hecho, no habría dudado de quién mandaba.

—Seguramente hayáis leído y oído hablar de la mujer a la que encontraron muerta en el pantano de Mundelstrup, ¿verdad? —preguntó Anne. Solo ella se había atrevido a decir algo. Nunca había visto a la gente rica como nada más que lo que eran: gente.

—Sí, es horrible, pero ¿qué tiene que ver con nosotros? —contestó Carola, que no pareció nerviosa al coger la brillante jarra de plata para echarse café.

—Quizá no sepáis que han identificado a la víctima —dijo sin que hubiera ninguna reacción—. Es Bente Louise Juhl.

Los tres miraron la expresión facial de Gustav y Carola Hjort, pero no hubo cambios.

—¿Tú la conoces? —preguntó Carola, desorientada.

—No —contestó Gustav y miró a Anne con expresión neutral.

—Era la enfermera de tu mujer en 1983, ¿correcto?

—Debe de haber un malentendido, no se llamaba así —respondió Gustav, y sonrió levemente.

—Ah, no, entonces estaría casada y puede que usara su segundo nombre. ¿El nombre de Louise Engtoft te resulta familiar?

Anne probó el café, que estaba hecho con cafetera de émbolo y unos granos excelentes. Era el mejor que había probado. Ni siquiera los nuevos cafés del centro con baristas premiados podían competir con él. Carola y Gustav la miraron y ninguno dijo nada.

—La explicación es que Bente Louise Juhl, alias Louise Engtoft, estaba estafando al ayuntamiento. Decía que vivía en Silkeborg, pero en realidad vivía en Aarhus en casa de su novio. Pero eso no lo sabías, ¿no?

Se dirigía solo a Gustav, cuya piel quemada por el sol palideció. Le tembló la mano cuando sacó el móvil, que de repente reprodujo una melodía clásica en su bolsillo. Miró la pantalla, luego a Anne y después a Carola antes de levantarse confundido.

—Es mi hija, tengo que responder —dijo y, a juzgar por sus ojos, no era algo habitual. Salió de la sala y cerró la puerta. A través del cristal, Anne vio que hablaba de espaldas a la puerta.

—Por supuesto que no lo sabíamos. Si no, no la habríamos contratado —dijo Carola y recuperó la iniciativa.

—¿Sabíamos? ¿Eso quiere decir que ya entonces conocías a Gustav? —preguntó Anne y miró sorprendida a Carola, que, de pronto, se puso a colocar las flores del jarrón.

—No, naturalmente que no. Es que estoy acostumbrada a decir «nosotros». Quiero decir que Gustav nunca la habría contratado.

Nicolaj estaba sentado como una estatua de piedra y ni siquiera había tocado el café. Su mirada vagaba por la sala como si estuviera fotografiándolo todo y no tuviese ojos para nada más. Kamilla reunió valor para preguntar:

—¿Su marido está hablando de la hija de ambos?

Anne la miró sorprendida. Ella nunca había tratado de usted a nadie. Ni siquiera la reina, que vivía de cuando en cuando en el palacio de Marselisborg, al otro lado de la calle, lo conseguiría.

Carola miró por primera vez a Kamilla.

—No, es hija de Gustav —contestó.

Gustav volvió a la sala con las mejillas coloradas después de la conversación.

—Sabrina ha vuelto a Dinamarca. Acaba de aterrizar en Copenhague —le dijo con alegría a Carola, que claramente no compartía su entusiasmo.

—¿Y qué va a hacer aquí?

Gustav les dedicó a los periodistas una mirada de disculpas e intentó explicar la relación poco amistosa de su mujer con su hija.

—Sabrina vive en Italia con su marido. Estuvo hace unos días aquí para el entierro de su abuela y resulta extraño que haya vuelto ya tan rápido. —Volvió a mirar a Carola—. Quiere hablar conmigo de algo importante, así que he quedado con ella mañana por la mañana. Viene a Aarhus en el tren nocturno.

Carola se conformó con asentir, pero se le vio en los ojos que hablarían de ello cuando se quedaran solos.

—Pero ¿qué tiene que ver con nosotros el caso de esta tal Louise Engtoft? —preguntó Gustav al recordar dónde se había interrumpido la conversación.

—Desapareció en 1983 y no la encontraron hasta la semana pasada. La mataron y la tiraron al pantano a un minuto en coche de donde vivías

entonces…

Gustav la miró fijamente.

—Siempre iba sola a Gammel Viborgvej a coger el autobús o bien la recogía su novio, su marido o lo que fuera. La podía haber llevado al pantano cualquier psicópata de los que rondan por ahí, que entonces también los había.

Anne asintió y Nicolaj tomó la palabra por fin.

—¿Aquella noche se iba a algún otro lugar? —preguntó y Carola y Gustav lo miraron asombrados, como si no se hubieran dado cuenta de que estaba allí.

—No hablaba de esas cosas.

—Seguro que habéis oído lo del médico asesinado, Helge Vangberg. ¿No sería el médico de tu mujer?

Gustav Hjort negó con la cabeza con demasiado afán.

—El médico de Josefine era el doctor Winther —balbuceó.

—¿Cuál era su nombre de pila? —preguntó Anne.

—Nosotros lo llamábamos doctor Winther.

Kamilla abrió la bolsa de la cámara, pero Carola, al verla, extendió ambas manos con los dedos estirados.

—¡Aquí no se hacen fotos! —dijo cortante. Se levantó y se estiró la pernera del pantalón—. ¡Os acompaño a la puerta!

Comprendieron que la audiencia había finalizado.

De todas formas, Kamilla hizo unas fotos fuera del chalet. Nunca se sabía si se podrían usar para ilustrar algún escándalo de famosos; mientras tanto, Anne encendió un cigarrillo. No estaba acostumbrada a gente así.

—Aquí hay gato encerrado —le dijo a Nicolaj.

—Yo también lo creo. ¿Qué hacemos ahora?

Anne tiró la ceniza sobre los guijarros blancos de la entrada y le abrió la puerta del coche a Kamilla para que pudiera dejar la bolsa de la cámara en el asiento trasero.

—Estaría bien encontrar al tal doctor Winther. Yo creía que con quien trabajaba la enfermera era el doctor Vangberg. Y también creo que valdría la pena dar con el novio o marido que solía recogerla en Gammel Viborgvej.

—¿Y la hija, que de repente vuelve desde Italia para hablar con su padre de algo importante? ¿De qué querrá hablar? ¿Y el hijo de la enfermera?

Anne negó con la cabeza.

—Quizá, Nicolaj, pero ¿qué pueden saber ellos? Eran niños cuando todo esto pasó — contestó pensativa.

23

—¿Ese no era el de la inmobiliaria Home? —preguntó Niels Nyborg mientras señalaba al pasillo antes de cerrar la puerta.

—¿Lo conoces?

—Sí, vendió nuestro piso cuando nos compramos el chalet.

Roland se apresuró a guardar la oferta de venta en el cajón, pero Niels consiguió atisbarla.

—¡No fastidies! ¿Vas a vender la casa donde se crio Irene?

Se rascó el cuello, puso una sonrisa torcida y sintió que lo habían cogido con las manos en la masa.

—No, solo tenía curiosidad por saber a qué precio se podría vender hoy.

—¿No estaréis pensando en iros de ese lugar tan bonito? —preguntó Niels al tiempo que agarraba una silla.

—Qué va, no lo tenemos planeado —se evadió Roland, pero en el cajón estaban tanto la oferta de compra de la mansión de Helge Vangberg como la del chalet de Højbjerg. Para sorpresa suya, no era un sueño imposible hacerse con esa casa si les daban mucho dinero por el chalet, que es con lo que contaba el de la inmobiliaria. Un pequeño préstamo haría el resto—. Bueno, ¿qué tienes para mí? —dijo cambiando de tema a propósito.

Niels se aflojó el cuello de la camisa y carraspeó.

—Mientras tú estabas con esa «importante» reunión, he recibido respuesta del departamento técnico. Han analizado el acero de la punta de cuchillo del esternón del doctor. Tenemos que volver a África —contestó Niels y se sentó enfrente de Roland con las piernas abiertas, los codos sobre las rodillas y girando su anillo de casado. Le recordó a los viejos que se sentaban a la sombra en las calles de Nápoles girando un rosario, pero Niels tampoco era tan mayor. Tenía la misma edad que él.

—¿Y cómo vamos a «volver a África»? Joder, suena a novela de Karen Blixen.

Estaba de buen humor tras la reunión con el de la inmobiliaria. De repente tenía uno de sus mayores sueños al alcance de la mano.

—Gert Schmidt te enviará un informe por fax, pero, por resumir, dijo que era un tipo de acero característico. Lo ha llamado «acero al carbono».

—Pues vaya novedad. Así hacen hoy muchas hojas de cuchillo. ¿Tenemos que volver a África porque cree que es acero africano?

—Cree que es acero africano muy antiguo. Incluso quizá de un cuchillo que pudiera ser pieza de museo. El acero está producido de la misma manera que lo hacía una tribu de Tanzania hace dos mil años. Los ha llamado «el pueblo haya».

De repente, Roland se sintió mal por haber pasado varias horas de la mañana hablando con el de la inmobiliaria. Tenía que haber estado buscando al tal Knud Engtoft, a quien señalaban todas las pistas. Isabella y Kim buscaban pistas tanto en África como en Dinamarca.

—¿Ningún museo ha denunciado un robo?

—No, en Dinamarca al menos.

—Pero aún no sabemos exactamente de qué tipo de cuchillo se trata —dijo algo enfadado.

—No, todavía no, pero si damos con ello ya no tendremos ninguna duda de que hemos encontrado el arma homicida. Sería peor que fuera un cuchillo de esos que lleva cualquier chaval.

—Ni me hables —murmuró Roland. Últimamente había habido muchos ataques con cuchillos. Los jóvenes aseguraban que salían de juerga con cuchillos para defenderse de otros jóvenes que iban por ahí con cuchillos, pero era justo eso lo que producía la escalada. Cuando un chaval sacaba el cuchillo, los otros también se veían obligados a hacerlo y así las cosas no podían más que ir mal. Sobre todo, bajo los efectos del alcohol y de diversas drogas. Encima, las bandas de chicas habían comenzado a hacer estragos, pero aún no tenían nada que ver con este tipo de armas. Se conformaban con humillarse cortándole el pelo, meándole o vomitándole encima a la víctima. Que tampoco era poca cosa. Por suerte, Aarhus se había librado de este tipo de incidentes hasta el momento.

—¿Gert no ha dicho nada sobre la hora de la muerte? Me refiero al caso del pantano. ¿Quizá se hayan dado por vencidos?

—Parece que es casi imposible dar una hora exacta tantos años después. Pero también sabemos que desapareció el 19 de noviembre de 1983 y que nadie la vio desde entonces. Creo que no nos vamos a acercar mucho más.

Roland murmuró algo, tiró el chicle a la papelera y se puso una taza de café.

—Ponte un vaso, Niels —lo invitó Roland mirando la torre de vasos de plástico que estaba junto a la impresora.

—Veo que te has traído de casa una taza de verdad —bromeó Niels y Roland le llenó el vaso.

—Irene dijo que a lo mejor así el café sabría mejor, pero… —Miró a Niels haciéndole ver que su mujer no llevaba razón—. En todo caso, sería mejor tener la hora de la muerte para situar a la gente. ¿Ninguna coartada? Venga, a comisaría. ¿Qué narices se hace después de tanto tiempo? ¿Tú te acuerdas de lo que hiciste hace veinticinco años? —Se tomó el café y miró desafiante a Niels.

—Entonces teníamos treinta años, Roland. ¿No crees que estaríamos haciendo algo un poco más divertido que esto?

—Yo me casé a los treinta años —recordó y volvió atrás en el tiempo un breve instante, pero regresó con rapidez al presente—. Mikkel ha ido a casa de Gustav Hjort, que es donde trabajaba la enfermera. Debería poder decirnos a qué hora se fue ella de su casa aquella noche. Si es que se acuerda. Hoy es de alto copete, después de haberse casado con Carola Krondahl. Te acuerdas de los Krondahl de Fåborg, ¿verdad?

—¡Hostias que si me acuerdo! Menudo braguetazo, ¿no? —dijo Niels y dio un silbido.

—Mikkel ha preferido ir por su cuenta. Quería husmear un poco y ver qué saben. Si sospecha de alguien, lo traeremos para charlar.

Niels asintió.

—¿Mikkel sigue intentando ascender en el escalafón?

Roland puso una sonrisa torcida.

—Mikkel va directo a lo más alto. ¡Como mínimo quiere llegar al nivel 37!

—¿No eras tú el que lo iba a conseguir?

—¡Yo! Qué va, yo estoy bastante satisfecho. Me puedo quedar aquí los próximos doce años. ¿Qué consigues cargando con más responsabilidades? Más problemas, eso es lo que consigues.

—Pero piénsatelo, Roland. Te veo mejor líder que a Mikkel Jensen. Además, tú llegarías más rápido.

Se tomó el café de un trago y sonrió alegre antes de levantarse y mostrar toda su altura. Le sacaba dos cabezas a Roland.

—Por cierto, el veterinario también ha terminado la autopsia de los perros —Niels cambió de tema y sacó del bolsillo un papel enrollado escrito a mano—. Me lo he tenido que apuntar —reconoció y leyó el papel —. Narcotizaron a los perros con una sustancia llamada M99, etorfina. Es un narcótico que se usa con elefantes. El veterinario explicó que es de la familia de la morfina. Cada perro había ingerido un miligramo, que es la dosis por tonelada que se les da a los elefantes, así que tres chuchos no iban a aguantarlo.

—¿Cómo se consigue esa droga? —preguntó Roland mientras se rascaba el cuello enfadado.

—El M99 solo está permitido para veterinarios colegiados y bajo fuertes restricciones legales. Piden permiso a la agencia del medicamento y solo se da tras la correspondiente solicitud. El asesino debía de ser veterinario. También lo puede haber robado, claro…

—¿Cómo narices ha llegado hasta tres perros de caza? ¿Con comida?

—El veterinario dice que fue con dardos. Dardos disparados con gran precisión utilizando un arma. Pero los perros no tenían dardos, así que deben de estar en la perrera.

—Si nuestro asesino no se los llevó antes de esfumarse. Podía haber dejado huellas en ellos.

—¿Voy a la mansión a revisar la perrera? —preguntó Niels y abrió la puerta.

—¡No! —exclamó con decisión—. Yo me encargo.

—¿Por qué usar un cuchillo cuando tienes dardos narcotizados que podrían tumbar a un elefante? Helge Vangberg tampoco habría soportado un disparo con un miligramo de M99.

—A lo mejor un dardo habría sido demasiado piadoso. El médico tenía que sufrir. Me inclino a creer que Julie Hermansen tiene razón, ha sido algo personal.

La lluvia golpeaba el cristal de la ventanilla mientras conducía hacia casa a primera hora de la noche. Se habían reunido brevemente para ver los avances del día antes de irse, pero, por desgracia, no eran muchos. La fotografía de la punta de cuchillo estaba en la pizarra al lado de la astilla de ébano. En la misma pizarra se veían las imágenes del cadáver sangriento del médico, con énfasis en las múltiples heridas por arma blanca en el esternón. Ya nadie tenía dudas de que los casos estaban relacionados y de que el asesino tenía algún vínculo con África. ¿Tan difícil sería encontrarlo? Si era un africano negro, no. Pero muchos daneses viajaban a África. En la actualidad casi costaba lo mismo ir a Sudáfrica que al sur de España. Knud Engtoft era una apuesta evidente. Isabella y Kim estaban haciendo horas extra y seguían buscando. Le siguieron la pista hasta 1983, cuando también desapareció por arte de magia, seguramente volando a África. O a lo mejor lo encontraban momificado en algún lugar. Gustav Hjort no recordaba con exactitud a qué hora se había ido la enfermera aquella noche. Después de tantos años era comprensible. Mikkel pensaba que el matrimonio no tenía nada que ver con la desaparición, pero Roland temía que el ambiente le hubiera condicionado. Hablaba de ese chalet como si fuera un castillo.

Suspiró y frenó en el semáforo en rojo de Oddervej. A propósito de chalet, no había digerido aún que el de la inmobiliaria pensase que podían vender el viejo chalet de Højbjerg por 700 000 euros, aunque vender una casa era más difícil que nunca. No se había dado cuenta hasta aquel momento de lo barato que se lo habían vendido los padres de Irene cuando se jubilaron y se mudaron a un apartamento en el centro de Aarhus; pero no se lo diría, porque su suegra encontraría la manera de que se lo reintegrasen. Lo difícil era convencer a Irene para vender.

La gran haya roja de la entrada, con sus hojas mojadas y oscuras bajo la lluvia, y el olor a otoño del jardín que lo recibió al bajarse del coche le hicieron dudar de su plan. ¿Podría prescindir de aquel espléndido llano colmado de recuerdos? Volvió a visualizar la propiedad, bien conservada,

de Helge Vangberg y el corazón empezó a latir con ansia. Las palabras de Niels Nyborg también le sonaban bellísimas. ¿Ascenso? Nunca había tenido como objetivo ascender, pero en la nueva vivienda la economía andaría ajustada. Más sueldo no sería una desventaja, y no lo tendría a no ser que se sentase con los peces gordos. Kurt Olsen pronto pensaría en la jubilación.

En el recibidor no olía a comida. Lo único que acudió a su encuentro cuando abrió la puerta fue la pequeña cría de pastor, para la que aún no habían encontrado nombre. Fue idea de Irene. Se la había llevado a casa hacía poco, cuando ya fue lo bastante mayor. Le daría más seguridad tener un perro de caza en la casa y Roland lo podría entrenar para que fuera un perro policía. Le brillaron los ojos cuando lo propuso y, como siempre, a Roland le costaba rechazar sus impulsivas ideas. Colgó la chaqueta en el perchero y se puso en cuclillas delante del cachorro, que se sentó y lo miró con una oreja levantada.

—Hola, amiguito. A ver qué nombre te ponemos.

Le dio una palmadita suave en la cabeza. No estaba acostumbrado a los animales y no sabía qué hacer. A Irene se le daban mejor, había crecido en el campo. El cachorro le lamió la mano y meneó la cola con fervor.

—¿Dónde está mamá? ¿Qué vamos a comer?

El perrito lo siguió hasta la cocina. ¿Era una de esas noches en las que Irene esperaba a que llegase a casa para hacer la comida juntos? A veces, cuando él tenía un caso, lo hacía para no tener que estar esperando con la comida en la mesa, pero Roland siempre solía llamar si se quedaba a trabajar. Había que tener consideración. O quizá había preparado comida fría, que no huele. Le había entrado la manía de que tenían comer según el grupo sanguíneo. Ambos eran del tipo 0, así que ahí no había complicación, pero había muchas cosas que no podían comer y a Roland le costaba recordar cuáles eran cuando no podía preguntárselo a Irene. ¿Pero por qué tenía que ser tan difícil comer? Se lo preguntó cuando le propuso esta nueva dieta.

—¿Qué hacía la gente de la Edad de Piedra? —le había preguntado para recalcar que comían lo que encontraban sin pensar en calorías, grasas o grupos sanguíneos.

—Morir —fue la respuesta de Irene. Contra eso no había réplica posible.

Pero morirían de todos modos comieran lo que comieran. La buena noticia era que el grupo 0 tenía que comer mucha carne y eso le venía bien. Con los perros era otra cosa. Echó comida en el cuenco vacío y el cachorro se lanzó a devorarlo.

Encontró a Irene en el salón exterior. Estaba en una escalera pintando el marco de las ventanas, que llevaban tiempo necesitándolo. Llevaba una de sus camisas de leñador, que siempre le quedaban enormes, llena de manchas de pintura blanca y el pelo recogido con una goma de colores para que no le cayera en la cara. No era lo que se podía llamar una «combinación armoniosa de colores y estilos», que era algo que le solía interesar. Roland se quedó en la puerta mirándola con una cálida sensación en el estómago. Cuando Irene se dio cuenta de su presencia, estuvo a punto de caerse de la escalera.

—Dios, Rolando, qué susto, no te había oído y Bend no ha ladrado. ¿Qué hora es? Me quité el reloj para no mancharlo de pintura.

Roland la bajó de la escalera y le dio un beso.

—¿Bend? ¿Llamas así al perro?

—Sí, se va a llamar así. Por el angulito que le hace la oreja.

—Mmm, *bend*… Ah, ¡significa 'doblar' en inglés! Por el ángulo de la oreja… Me parece buena idea. Pero suena casi igual que el nombre de tu tío Bent, ¿no?

—Ah, sí, puede ser. No lo había pensado. Se va a enfadar. —Se quitó los guantes de pintor y se apartó de la cara con un soplido un mechón de pelo que se había salido del pañuelo—. ¿Cómo se dice en italiano?

—*Angolo*.

—Vale, pues lo llamamos Angolo.

Roland asintió. Le daba igual.

—¿Por qué te has puesto a pintar de repente? —preguntó y observó su trabajo. Había hecho gran parte, seguro que se había pasado casi toda la tarde pintando.

—Me dieron ganas cuando llegué. ¿Tienes hambre? Hay un poco de lasaña, podemos calentarla en el microondas.

Asintió. La lasaña le venía bien. Encendió una vela y puso la mesa mientras preparaba el microondas. En ese momento solía encender un

cigarrillo, pero intentó reprimir la necesidad. Angolo estaba en su cesto con la cabeza entre las patas delanteras mirando todos sus movimientos.

—¿Cómo era lo del vino tinto? Podemos tomarlo, ¿no? —preguntó antes de ir al botellero.

—Sí, sí podemos.

Roland sonrió. Lo de la comida según el grupo sanguíneo era mejor que otras curas a las que le había sometido.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó Roland cuando se sentaron a la mesa y le sirvió una copa de vino.

—Como siempre, no mucho. Un cliente insatisfecho con la intervención del Gobierno en el subsidio por desempleo atacó a Birthe.

—No fastidies. ¿Por algo que hizo ella?

—Qué va, pero alguien tiene que tener la culpa y nos toca a nosotros.

Roland masticó y brindó con Irene, que no se había quitado el pañuelo de la cabeza. Le sentaba bien, aunque era una prenda que había causado mucho debate. Pero Irene no lo llevaba porque estuviera oprimida o porque fuera una terrorista.

—¡Cariño, prométeme que si alguna vez alguien te levanta un dedo para hacerte daño me vas a llamar!

Irene asintió, pero él sabía que nunca lo haría. No era de las que se aprovechaban de estar casadas con un policía.

—¿Y vuestro caso? ¿Habéis avanzado?

—No tenemos muchas novedades. A ver qué pasa mañana. —La miró mientras comía y después carraspeó—. Irene, he pensado en ir a por el ascenso. No creo que Kurt vaya a tardar mucho en retirarse.

Irene lo miró sorprendida.

—Nunca lo habías mencionado.

—También es una novedad. Niels me lo ha recomendado esta tarde. Sería un sueldo mejor y…

—Y más trabajo, Rolando. Nos las arreglamos bien. No nos falta dinero.

—Este fin de semana vamos a hacer una cosa, Irene. Tengo una sorpresilla para ti.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo y sonrió insegura.

—Vamos a ver una mansión de la que me he enamorado. También es un buen sitio para Angolo —añadió al ver que ella fruncía el ceño—. Cuando la veas sentirás lo mismo que yo. Y nos la podemos permitir. El de la inmobiliaria me dejó una llave ayer y ha tasado la casa.

Nunca sabía cuándo se enfadaba Irene. Se le empezó a hinchar una vena de la sien derecha y se le pusieron rojas las mejillas.

—¿Has dejado que una inmobiliaria ponga precio a nuestra casa, la casa donde crecí, sin preguntármelo?

Las lágrimas eran una novedosa expresión de ira. Se le cayó el alma a los pies. Le había hecho daño de verdad. No había pensado en ello.

—Lo siento, Irene. Pero tienes que ver esa casa. Es lo que siempre hemos soñado.

—A ver, dime… —Irene lo miró cortante—. ¿No será la casa donde vivía el médico al que han matado? La muerte de uno, la suerte de otro.

—No, no —rechazó y giró el rostro con asco—. Claro que solo la ponen a la venta porque han matado a Helge Vangberg, pero…

Irene se levantó resoplando y con una servilleta enrollada en la mano, que apretó hasta que se le pusieron blancos los nudillos. No había terminado de comer y solo se había bebido media copa de vino.

—Si crees que voy a irme de la casa donde crecí para vivir en una en medio del bosque donde han asesinado brutalmente a un médico y en la que estaré sola casi todo el día, ¡te equivocas! Y cuando te asciendan estarás en casa menos que ahora.

—Vamos, Irene. Tampoco llego tan tarde. Y pasará un tiempo hasta que pueda ascender. Si es que lo consigo. Y ahora además tienes a Angolo.

—Tienes que elegir. ¡O esa casa o yo! —dijo con los ojos fuera de las órbitas.

Era la primera vez que Irene daba un portazo. La servilleta enrollada que había dejado en la mesa se desdobló como si estuviera viva y tuviera en mente lanzarse sobre él. Angolo lo miró y giró la cabeza. Se echó otra copa de vino, miró por la ventana de la cocina y vio cómo la lluvia se había convertido en aguanieve en la oscuridad. Unos cristalitos de hielo golpeaban la ventana y bajaban por ella mientras se derretían. Roland se

sentó y se quedó embobado mirándolos, pero dio un respingo cuando sonó el móvil.

—Disculpa que te moleste —dijo la voz de Isabella—. Es que creo que debes saber que Knud Engtoft está en Dinamarca. Me vino la idea de que podía haber sido él quien llamó a la periodista desde una cabina de teléfono del aeropuerto el pasado miércoles. Comprobé las salidas y las llegadas alrededor de la hora en que recibió la llamada. No ha sido sencillo saber si se iba del país o venía. De hecho, alrededor de esa hora aterrizó en Kastrup un vuelo de British Airways procedente de Londres-Heathrow. El vuelo venía de Abuja, Nigeria. Me han dado una copia de la lista de pasajeros y ¿quién está en ella?

Roland odiaba esos juegos de adivinanzas que todo el mundo usaba hoy en día influenciados por los concursos con los que bombardeaba la televisión. Dentro de poco no habría otro entretenimiento. Pero esta no era difícil.

—Knud Engtoft —dijo con énfasis.

—Exacto. Pero aquí vuelve a desaparecer la pista. No cogió ningún vuelo de conexión a Jutlandia aquel día, he comprobado todas las listas de pasajeros de todos los vuelos; tampoco cogió el tren. Pero seguiré buscando. En algún momento saldrá de la Isla del Diablo, estoy segura —dijo empleando el apodo con el que a veces se referían en Jutlandia a Selandia—. Y no me extrañaría que hubiera estado aquí, en Jutlandia, el viernes por la noche, cuando mataron a Helge Vangberg.

24

Incluso con lluvia, las vistas desde arriba de Aarhus y sus tejados mojados eran maravillosas. A esa distancia, la fachada del centro comercial Bruuns Galleri competía en altura con la torre del Ayuntamiento, que casi desaparecía entre la niebla de la lluvia. El cartel de la fachada del banco Arbejdernes Landsbank se leía al revés. Ella se sentó con los codos apoyados en el alféizar de la ventana y la barbilla sobre las manos cerradas mientras disfrutaba de las vistas. En él, a su lado, había una taza de café recién hecho. De repente se sintió más relajada, como hacía tiempo que no lo estaba.

—Puedes echarte más café, si quieres.

Pernille salió del baño frotándose el pelo corto, que se quedó de punta. Solo llevaba puesto un tanga. Sus pechos eran pequeños y puntiagudos como los de una adolescente, aunque tenía la misma edad que Sabrina y había dado a luz a un bebé. Compartían clase en el instituto y habían hecho deporte juntas, así que a Pernille no le daba corte ir medio desnuda delante de su amiga. Sabrina había dormido en una cama para invitados en el salón. El piso de Pernille y Tobias en Jægergårdsgade no era demasiado grande, pero fue la propia Pernille quien le ofreció quedarse allí.

Se fueron tarde a la cama porque se quedaron tomando té verde y hablando de los viejos tiempos. En el medio año que Sabrina había vivido en Italia no se habían visto ni habían hablado, así que tenían mucho que contarse para ponerse al día. Tobias se fue a dormir antes que ellas. Era informático en la Escuela Técnica de Aarhus y tenía que levantarse pronto. Tampoco parecía que le apeteciera escuchar la conversación de las chicas. Adam solo tenía un año y medio y llevaba ya tiempo en la cama.

—Joder, mira que siento tener que ir al trabajo. Aunque podría hacer novillos —dijo Pernille con el cepillo de dientes en la boca. Trabajaba de

dependienta en el departamento de perfumería de Magasin.

—No, no hace falta. Tienes que cuidar el trabajo —dijo Sabrina con decisión, como lo diría una madre. Se miró la tripa. Era importante. No se lo había contado a Pernille y Tobias, y ellos no oyeron que por la mañana había vomitado. A Pernille nunca le había caído bien Peter, así que no le iba a resultar sencillo contarle la buena nueva.

—Vale, pero menos mal que hoy salgo antes.

Pernille se había puesto la ropa y se sirvió una taza de café. Se sentó al lado de su amiga y también dejó la taza en el alféizar.

—Qué vistas más bonitas tienes —dijo Sabrina fascinada. Casi no había quitado ojo desde que se sentó.

—Bueno, cuando la tienes todos los días, la verdad es que ni miras. Pero vosotros también tenéis unas vistas bonitas desde vuestro piso de Dalgas Avenue.

—Pero va a pasar medio año hasta que las vuelva a ver.

—¡Quédate aquí y que Peter se quede en Italia! Que navegue por su mar con su amiguita italiana, él se lo ha buscado.

—No sé si es italiana. Y él dijo que no significó nada.

—¡Ya, eso dicen siempre los cabrones! Ponlo de patitas en la calle. Quizá no sea feo, pero eso no lo es todo.

Le dieron ganas de contarle que estaba embarazada, pero tenía miedo de que la recomendara abortar. Ella ya lo había pensado, pero eso implicaba quitarle la vida a alguien. ¿Podría hacerle eso al ser que Peter y ella habían creado? ¿Podría decidir ella sobre la vida y la muerte?

—Es tentador, pero le quiero, Pernille. Sabes que siempre le he querido.

Pernille asintió sin comprenderlo y se levantó. Tomó el último sorbito del café y dejó la taza en la pila de la cocina.

—Me tengo que pirar. Te encargas tú de lavar los platos, ¿no? —bromeó.

—Por supuesto, solo faltaba.

Pernille hizo ruido en el recibidor.

—Oye, no te importa que venga aquí mi padre, ¿verdad? —gritó Sabrina.

Pernille asomó la cabeza por el hueco de la puerta de la cocina y la miró. Casi perdió el equilibrio, porque se estaba poniendo las botas al mismo tiempo.

—En absoluto. Si se conforma con mi humilde morada. ¿Por qué no vas tú a visitarlo a su castillo real? ¿Es por culpa de la malvada madrastra?

—Podría decirse que sí —contestó y sonrió por la comparación—. No puedo hablar con mi padre con calma si Carola anda por allí.

Le entraron escalofríos. Aún no sabía cómo empezar la conversación.

—Si te aburres, en el banco de la cocina hay periódicos atrasados, así te entretienes y te pones al día de lo que ha pasado en Aarhus mientras estabas fuera. ¿Has oído lo de los dos asesinatos? Es horrible. —Pernille se abrochó el último botón de la chaqueta y la saludó a través del hueco de la puerta—. Me piro. Saluda a tu padre de mi parte — gritó, pero no esperó a la respuesta.

Dio un portazo y el piso se quedó en silencio.

Lo de los asesinatos sonaba a lectura interesante. Siempre le había interesado el tema de la muerte. Los periódicos estaban apilados en una esquina del banco de la cocina. Los más recientes eran los de arriba y Sabrina leyó primero sobre el asesinato del médico que encontraron muerto en el patio de su mansión a las afueras de Skåde junto a sus tres perros de caza. Cogió el siguiente periódico. La fotografía de un pantano captó su atención. Era el pantano de Mundelstrup, la ciudad donde pasó la mejor época de su vida, aunque no recordaba demasiado. El artículo trataba sobre el hallazgo por parte de dos niños de un cadáver de hacía veinticinco años y mencionaba algo de una rueda de prensa en la Jefatura de Policía. Habían identificado el cadáver, que resultó ser una enfermera que desapareció de Silkeborg en 1983. Había fotos del lugar del hallazgo. Era horrible pensar que una mujer muerta llevase veinticinco años justo en ese pantano. Había entrevistas con una señora mayor que hacía duendes navideños y recordaba algo de una familia de Mundelstrup para la cual trabajaba la enfermera cuando desapareció. Cogió el siguiente periódico y se dio cuenta de que era más reciente. Al parecer, Pernille no los había ordenado por fecha. El titular de portada decía «La víctima era una defraudadora pública». Fue a dejar el diario, era el típico cotilleo que sacaban a la luz aunque no le interesara a

nadie, pero uno de los nombres que aparecían en el artículo le llamó la atención: Louise Engtoft. Empezó a ver cómo encajaban las piezas. Una familia que se fue de Mundelstrup en 1983. Las cartas que recibió Elina de la enfermera Louis Engtoft. La última era de diciembre de 1983, el mes en que desapareció Louise.

Se le cayó el periódico al suelo en cuanto oyó el timbre, que sonaba como las campanas de Westminster. Miró el reloj desorientada. Su padre llegaba diez minutos tarde. Sabrina tuvo náuseas de nuevo y se levantó despacio para abrir la puerta.

Gustav Hjort pasó al estrecho recibidor, donde casi no cabían los dos, y se quitó la chaqueta de lana.

—Solo con salir del coche y cruzar la calle ya se moja uno —se quejó y cogió el rostro de su hija entre las manos frías para darle un beso en la frente—. Hola, cariño. Qué alegría volver a verte. Pero qué pálida estás. ¿No hace sol en Italia?

Parecía estar de muy buen humor, pero Sabrina estaba demasiado conmovida como para que se le pegase.

—¿Quieres café, papá?

Asintió y se frotó las manos para calentarlas mientras miraba los tejados mojados. Pero no dijo nada. No se podía comparar con la vista de su casa de Strandvejen.

—¿Por qué te has venido donde tu amiga en vez de alojarte con tu anciano padre? No será por falta de espacio —dijo algo ofendido y se sentó a la mesa, donde Sabrina había puesto dos tazas de café.

—Ya lo sabes, papá. Carola y yo…

—A ver, querida, Carola es inofensiva, ya deberías haberte dado cuenta. Nunca ha deseado ser tu madre…

—¡Sí, exacto! —exclamó Sabrina, pero no quiso hablar más de Carola. Siempre era ella, ya hablase con su padre o con Peter.

—Sí, pero eso es positivo. Carola ya sabe que no puede llegar a ese punto. Josefine era tu madre y siempre lo será.

—Es justo de mamá de quien quería hablarte. Sin que Carola se entrometa.

Gustav, resignado, se bajó las mangas del jersey de algodón y la miró con tristeza.

—Creo que ya te he contado todo lo que sé sobre tu madre. Josefine era una mujer formidable. Y también una gran madre. Te pareces mucho a ella. Los dos la queríamos mucho, pero a veces el destino es cruel. Ya lo sabes por tu trabajo. Hay gente que se pone tan enferma que no se puede hacer nada por ella —dijo con los ojos llenos de pena y Sabrina no tenía ninguna duda de que había querido de verdad a su madre.

—No es eso lo que quiero saber. Es algo sobre la enfermera de mamá. ¿Quién era?

—¿Por qué rayos quieres saber eso ahora? —preguntó sin mirarla.

—Porque he descubierto unas viejas cartas en los cajones de la abuela que son muy interesantes. Son de la enfermera.

—Bueno, ya sabes quién era —rechazó Gustav y dio un sorbo al café—. ¿Qué ponía en esas cartas?

—¿Quién era el médico de mamá? —Sabrina luchó contra los sentimientos de ira y de compasión al mismo tiempo. Él le había ocultado demasiadas cosas durante demasiado tiempo. ¿Quizá para protegerla?

—Era el doctor Winther —contestó enfadado, como si le irritara la pregunta.

—Según las cartas encontraste otro médico, aunque mamá estaba bien con el doctor Winther y mejoró con el tratamiento que le estaba dando. ¿Por qué?

Gustav estaba encogido en la silla. La espalda, que siempre llevaba orgullosamente erguida, ahora estaba hundida y él estaba medio inclinado sobre la mesa. Le cogió las manos a su hija y las agarró con tanta fuerza que ella apretó los dientes de dolor.

—Sabrina, tienes que entender que cuando se está a cargo de una persona tan enferma como lo estaba tu madre, uno lo intenta todo. Acudí a otro médico para que me diera su opinión sobre el tratamiento. Y, aunque la estaba ayudando, habría acabado destrozándola. Este segundo médico dijo que los efectos secundarios eran tan violentos que Josefine, tan débil como estaba, no habría sobrevivido.

—Pero, papá, de todas formas no sobrevivió. ¿Quién era ese otro médico?

Gustav le soltó las manos e hizo un gesto.

—No lo recuerdo. Ya es suficiente, Sabrina —le rogó y la miró con unos ojos que harían ceder a cualquiera por pura compasión.

—No, papá, para nada es suficiente. La mujer que encontraron muerta en el pantano es la enfermera de mamá, y desapareció en 1983. Lo acabo de leer en el periódico. El mismo año y el mismo mes que mamá murió. ¿Desapareció tras haber estado en nuestra casa de Mundelstrup?

—No lo sé. Denunciaron su desaparición poco después, pero yo no sabía que era ella. Además, usaba otro nombre, y a saber cuántos más.

—Pero en las cartas todo apunta a que era una enfermera estupenda que nos cuidó muy bien a mamá y a mí. Habría estudiado para médico si hubiera podido. ¿Lo sabías?

Le sudaba el pecho cuando Gustav la miró. El labio inferior temblaba como el de un niño infeliz.

—No tenemos nada que ver con la desaparición de esa mujer —dijo ahogado por la congoja.

—¿Tenemos? —preguntó Sabrina con una ceja levantada. Su padre ya había respondido a su siguiente pregunta sobre Carola.

—Sí, tú y yo —esquivó, pero ella vio algo más en sus ojos.

—¿Era Carola la que te mantenía alejado de nosotras noche tras noche? En esas cartas he leído que incluso había noches que no venías a casa y nos dejabas abandonadas.

¿Cómo pudiste, estando mamá tan mal? ¡Yo solo tenía cuatro años!

El rostro de Gustav cambió por completo. Sabrina nunca lo había visto tan enfadado, estaba casi irreconocible.

—¡Era una bruja mentirosa! Nunca os dejé solas de noche. Pero, claro, le hizo creer eso a Elina para hacerme quedar mal. ¡Ahora ya sabes por qué tu abuela me odiaba! ¿No era eso lo que querías saber?

Resopló y, acalorado, dio un trago al café. Sabrina respetaba los enfados de su padre, porque los había vivido poquísimas veces y porque solo aparecían cuando había una buena razón.

Se quedaron sentados en silencio. Ella miraba la mesa y notaba cómo reposaban en ella los ojos llenos de culpa de su padre, que, de pronto, volvió a tomarla de las manos. Cuando ella lo miró, él tenía los ojos vidriosos, lo cual también era inusual.

—¡No tengo nada que ver con el asesinato de esa mujer! Tienes que creerme. Pero no era una buena persona, también lo habrás leído en el periódico. Quizá fue su horrible marido quien la metió en todo aquello. No creo en absoluto que fuera tan lista como para montar ella sola el numerito del engaño con las dos direcciones y los nombres.

—¿Conoces a su marido?

—Gracias a Dios, no. Solo lo vi una vez, pero me bastó. Un bigardo con pendientes y los brazos llenos de tatuajes. ¡Un chulo!

Sabrina no podía dejar de sonreír a pesar de la seriedad del asunto. Sabía cómo le caían a su padre esos tipos. Cuando era adolescente pensó en encontrar justo a un chico de esas características para escandalizar a su padre y a Carola. O uno que no fuera de origen danés, así a Carola le habría dado un ataque al corazón.

—¿A qué se dedicaba?

—Pues diría que a nada. Lo mismo también era drogadicto. No sabíamos cómo podía permitirse todos esos viajes a África antes de… —se detuvo de repente y se bebió la taza.

—¿Antes de qué, papá?

Gustav se puso de pie, miró el reloj y cogió la chaqueta, que estaba secándose en el respaldo de la silla.

—Carola está esperándome. Van a venir hoy de la prensa por lo del nuevo yate, ¿sabes? Espero que antes pare de llover. —Mientras se ponía la chaqueta, recuperó esa conocida sonrisa casi infantil—. Vente a casa con nosotros, Sabrina. ¡No tienes que vivir en estas penosas condiciones cuando tienes una familia con una casa grande! — dijo y la miró con las manos en los bolsillos, como si esperase que su hija se pusiera a hacer las maletas y se fuera con él.

Sabrina no se levantó para acompañarlo. Cuando oyó la puerta, se quedó con la sensación de que había muchas cosas que no le había contado. Sacó

el móvil y llamó a información. Ahora tenía que encontrar al tal doctor Winther. Si es que seguía vivo.

25

Sebastian Juhl no era para nada como se lo había imaginado. Unos expresivos ojos azules evaluaban a la persona que había llamado a su puerta sin que la hubieran invitado. Cuando Anne habló por fin, parecía confusa y estaba segura de que tanto Kamilla como Nicolaj lo notaban, lo cual la hizo ruborizarse.

—Eh… venimos del Dagens Nyheder, estamos escribiendo sobre tu madre, que… — carraspeó—. Sabemos que eras muy pequeño entonces, pero quizá pudieras ayudarnos a dar una imagen más acertada de tu madre… como persona, quiero decir.

Él se apartó de la frente el flequillo, que llevaba demasiado largo, y se sentó.

—Ah, sí, la prensa. Ya me extrañaba que no hubierais venido antes —dijo con una ironía un tanto sutil.

—Sentimos lo de tu madre, por supuesto, se me había olvidado decírtelo —añadió y se sintió tonta. Sebastian se limitó a asentir.

Se sentaron a la mesa y Nicolaj sacó la libreta. Había anotado las preguntas que quería hacer y, como de repente Anne parecía incapaz de trabajar, aprovechó la oportunidad para comenzar la entrevista.

—Tenías ocho años cuando tu madre desapareció, ¿no?

Sebastian asintió.

—Sí. Y me gustaría contribuir dándoos otra imagen de ella. Solo escribís cosas sucias, como que estafaba al Estado. Ella no era así.

—Solo escribimos lo que sabemos por la policía —se defendió Anne—. Tú no sabías lo que tu madre andaba haciendo entonces, claro.

Debía de sonar a consuelo, pero Sebastian no pareció aliviarse.

—¡Te estoy diciendo que ella no era así! —gruñó y la miró cortante. Anne tragó saliva un par de veces. Nunca había visto unos ojos tan

pronunciados ni penetrantes, atrapaban y, a la vez, asustaban—. Si realmente llevaba una doble vida, ¡era por culpa de él! — continuó con la voz más controlada.

—¿De quién? ¿De tu padrastro?

—¡No lo llames así!

—Pero estás hablando del hombre con el que se casó tu madre, ¿no?

Sebastian asintió.

—¿Ella hablaba de la familia con la que trabajaba antes de desaparecer? —preguntó Nicolaj y captó de nuevo la atención de Sebastian.

—No, al menos no recuerdo que lo hiciera. ¿Sabéis quién era la familia? —preguntó y se le vio interés en la mirada.

—No estamos seguros —mintió Anne con rapidez, para que Nicolaj no comenzase a hablar más de la cuenta.

Si Sebastian creía que la familia Hjort estaba detrás del asesinato de su madre, podía tomarse la justicia por su mano y eso no haría sino empeorar la situación. También la enfadaba que Nicolaj llevase la voz cantante y pareciera ser quien mandaba.

—Cuéntame todo lo que recuerdes del día que desapareció tu madre. Ya sé que estabas en el colegio, pero ¿qué sucedió cuando llegaste a casa?

Sebastian apretó los ojos y se le formó una gran arruga en la frente.

—Sí, recuerdo aquel día, claro que sí. Lo que mejor se recuerda son los sucesos más trágicos de la infancia, que son los que se aferran al subconsciente, ¿no?

Miró directamente a Anne como si quisiera que ella le confirmase esa teoría, como si Anne pudiese hacer algo así. De repente, apartó la mirada y pareció trasladarse a otra época, pero volvió rápidamente al presente.

—La policía no se puso a buscarla hasta que no pasaron tres días. Unos meses después se dieron por vencidos y dijeron que probablemente se había largado con su marido. Es lo único que recuerdo.

—¿La policía creía que se había fugado?

—Creían que se había ido con él a África —dijo tras asentir—. Vivía la mayor parte del tiempo allí y volvía con los regalos más horrorosos, que creo que no le gustaban ni a mi madre. Ella a veces los regalaba, así que creo que también los odiaba.

—¿Dónde podemos encontrar a tu padra…?

—Solo sé que se fue a África, tal como dijo la policía. A mí me llevaron con una familia a la que no conocía. Pero eran buenos —se apresuró a añadir.

—¿Entonces ahora está en África? —le interrogó Nicolaj, que seguramente vio una oportunidad de viajar a un país cálido. Sebastian asintió sin mirarlo.

—Querías mucho a tu madre, ¿verdad? ¿Fue él quien la hizo cometer ilegalidades?

—Era la mejor persona del mundo. De hecho, creo que no sabe, sabía, si estaba defraudando al Estado o haciendo algo ilegal.

Nicolaj y Kamilla, a sus espaldas, intercambiaron miradas. Anne los ignoró.

—¿Sabes algo de un médico con el que trabajaba tu madre?

—No. Bueno, sí, venía a casa porque mi madre y él se hicieron buenos amigos. Ella quería ser médico, así que hablaban mucho de eso —dijo y, de repente, esbozó una leve sonrisa.

—Después de tanto tiempo, ¿te acuerdas de cómo se llamaba?

Sebastian se puso a pensar.

—Sí, me acuerdo, era un nombre con el que hacíamos bromas, sobre todo en verano. Se llamaba «*vinter*», invierno en danés, pero escrito con w. Era buen tío. Yo le llamaba «Rey Invierno», porque parecía un rey viejo con esa barba blanca.

—¿Recuerdas también el nombre de pila?

—Sí, nunca se me ha olvidado, se llamaba Ole. Pero hoy debe de ser muy mayor. Ya lo era entonces. —Se levantó—. ¿Pero no era de mamá de quien queríais escribir algo bonito? ¿Queréis verla?

Entró en el dormitorio y volvió con una fotografía de una guapa mujer rubia con la que compartía ciertos rasgos. La imagen estaba dentro de un gran marco rojo con forma de corazón.

—¿Puedo hacer fotos? —preguntó Kamilla, que no había ejercido como fotógrafa desde que retrató a Helge Vangberg dentro de una bolsa atado a una camilla.

—Por supuesto —respondió Sebastian, que se sentó de nuevo a la mesa y miró directamente a la cámara. Kamilla disparó desde varios ángulos y le dio las gracias al acabar.

—¡Bueno, podéis usar las fotos con una condición!

Lo dijo de manera tan amenazante que Anne lo miró nerviosa, pero él sonrió.

—¡Que escribáis algo bonito sobre mi madre!

No se relajó hasta que no estuvieron en el coche de vuelta a la redacción.

—Muy místico el chaval —dijo Nicolaj desde el asiento trasero.

—Un hombre interesante —le corrigió Anne.

—Ah, sí, ese tipo de tíos os gusta mucho a las chicas —contestó Nicolaj, cuya mirada se cruzó con la de Kamilla en el retrovisor.

—Al menos creo que a Anne le ha gustado —dijo esta y le guiñó un ojo.

—Sí, si me persiguiera, no intentaría escapar.

—¡¿No?! ¡Con un asesino en los talones!

—¿Qué dices? ¡Un niño de ocho años no puede ser un asesino! —contestó, resopló ligeramente y se giró hacia él. Nicolaj se echó hacia atrás y apoyó un brazo en la enorme bolsa de la cámara de Kamilla.

—No sería la primera vez.

—¡Bueno, cuéntame cómo podría haberla llevado hasta el pantano un chico delgadísimo! —dijo y se dio un golpe en la frente para hacer ver lo ridículo que era.

—Con ayuda del padrastro o del Rey Invierno —contestó Nicolaj obstinado y le hizo una peineta antes de que se diera la vuelta.

—También pudo haber matado al doctor cuando creció. Es que no puedes descartar que sea el asesino.

—¿Con qué motivo? ¡Dímelo! Pero a propósito del otro médico, me gustaría hablar con él, si es que sigue vivo.

Sacó el móvil, llamó a Mads Dam, le dio una retahíla de instrucciones y le encargó que encontrase a un médico llamado Ole Winther. Mads llamó poco después y Anne guio a Kamilla para salir del centro de Aarhus.

—Podemos pillarlo ahora mismo —dijo eufórica.

26

Gustav Hjort no podía ocultar su alegría por el interés de la prensa ni el entusiasmo por el nuevo yate. La cadena de televisión TV2 también se había presentado allí para hacer un reportaje. Pero aunque no había mucho que decir, estaban entusiasmados. Era raro ver un yate de recreo alcanzar los sesenta nudos con el agua en calma. Estos resultados se debían al trabajo realizado en estrecha colaboración con una de las grandes empresas navieras italianas. El fuselaje del yate estaba hecho de fibra de carbono y provisto de turbinas de gas, como las que se veían en un buque de guerra. El escape estaba hecho de titanio, en parte porque no pesaba mucho y en parte para poder aguantar las altas temperaturas de las turbinas. Su yerno les había ayudado a encontrar al proveedor más adecuado. Peter estaba metiendo la cabeza en el mundo empresarial de Italia, algo que Carola aprovechó plenamente.

Gustav sirvió champán en una copa. Por suerte, la horda de medios de comunicación no se lo había terminado, lo que le alegró, aunque no había comprado el champán más caro para la ocasión. Había esperado a quedarse a solas con ella después del ajetreado día, en el que no habían tenido tiempo para hablar. Ella estaba en la cubierta despidiéndose del último periodista. Por fortuna, dejó de llover después de mediodía y apareció el sol en un cielo casi sin nubes. Gustav se quedó mirándola. Nunca había conocido a una mujer como ella. Su pelo brillaba al sol. El viento la había despeinado mientras navegaban a gran velocidad con la prensa. Antes de la rueda de prensa había ido al mejor peluquero de la ciudad a hacerse un bonito peinado. Era endiabladamente fotogénica. Llevaba unas gafas de sol oscuras que ocultaban sus bellos ojos verdes. Se había vestido para la ocasión con una blusa marina blanca con bordados de anclas y un timón en el pecho, pantalones pirata blancos y unos náuticos. Aunque tenía sesenta y

cinco años, tres menos que él, seguía vistiendo de manera juvenil, algo que podía hacer gracias a su delgada y cuidada figura. Sonrió con gran encanto al periodista, que le dio la mano y abandonó el yate. Gustav fue hacia ella y le dio una copa de champán. Carola se subió las gafas de sol, sonrió y aceptó la copa.

—Gracias, querido. Es justo lo que necesito —dijo y dio un largo trago, como si fuera agua.

—¡Pues ha ido bien! ¿Nos sentamos un rato a relajarnos? —propuso Gustav y le acercó una silla a su esposa, que se sentó mientras suspiraba agradecida.

—Gracias, cielo. Todo ha ido bien. Mejor que disfrutemos de The Whirr of Wings mientras lo tengamos. Estoy segura de que lo venderemos pronto.

Siempre se le había dado bien inventarse nombres para los yates. «El Susurro de las Alas» le quedaba bien a la nueva embarcación. Cuando navegaba era como volar sobre las olas. Pero los nombres daneses, según Carola, no funcionaban. Tenía que traducirlos al inglés para que lo entendiera gente de muchas nacionalidades. Aunque cada vez tenían más clientes daneses, los extranjeros siempre abundaban.

—¡Menudo día! Y solo es el prototipo. Imagínate cuando empecemos a producirlo.

Se recostó y cerró los ojos mientras sonreía satisfecha. A lo largo del ajetreado día se le había ido yendo el pintalabios y no había tenido ocasión de retocarse en el magnífico baño del yate. Pero a Gustav le gustaba cómo estaba ahora. Fresca y natural. Josefine nunca usó maquillaje. Tenía una belleza natural que Sabrina había heredado. Dejó de pensar en ella y se enfadó porque Josefine volvía a ocupar su mente. Él también se recostó en la silla y oyó cómo las olas golpeaban tranquilas la proa. Aquel sonido y el movimiento del mar lo relajaron. Siempre le había encantado el mar. No sabía muy bien de dónde venía ese interés, pero fue lo que lo llevó junto a Carola. Su padre trabajaba en la fábrica, pero no en un puesto tan alto como el que había llegado a ocupar él. Siempre había sido «el hombre en el suelo», como se llamaba a sí mismo y a los asalariados durante los muchos años en los que la fábrica estuvo en Fåborg. Entonces pensaba a menudo en su padre. Deseaba que hubiera visto lo lejos que había llegado. Él, que

siempre presagiaba en tono de burla que su único hijo nunca llegaría a nada. Que acabaría como su padre, bregando para otros por un sueldo miserable. Le cerró un poco la boca al viejo cuando aprobó el examen de contable, pero siempre había algo. El trabajo de oficina era cosa de mujeres. Para un verdadero trabajo de hombres había que usar la fuerza: doblar el lomo y sudar para ganarse el jornal. Además, también le reprochaba la enfermedad de Josefine. Nunca conoció a Carola, aunque lo habría hecho si su hijo hubiese tenido el valor de reconocer que tenía una amante que no era una enferma debilucha, que era como el padre llamaba a Josefine. No tenía ningún interés por su nieta, aunque Sabrina era lo más grande que Gustav había hecho en su vida. Pero tenía que haber sido un niño, claro. Su madre veía y callaba. Nunca le llevó la contraria a su marido, pero él veía en sus ojos que quería a su hijo y que le gustaría haberle apoyado. Murió muy pronto. Ni siquiera consiguió verlo aprobando el examen.

Aquellos años, que fueron tantos, a solas con su padre casi lo volvieron loco. Por suerte murió de una embolia y no pudo seguir criticando su vida. A cambio, tampoco vio nunca lo lejos que había llegado.

Tomó aire y vio que Carola lo miraba. Ella se incorporó, con la copa apoyada en una rodilla.

—No he podido hablar ni un segundo contigo, cariño. ¿Cómo fue la conversación con Sabrina? ¿Qué quería? —preguntó preocupada.

Gustav también se incorporó, miró al agua y se fijó en un trozo de papel que iba a la deriva.

—Pues no sabría decirte. Ha encontrado unas viejas cartas en el cajón de Elina y no ha parado de hacer reproches.

—¿Qué cartas? ¿Reproches sobre qué?

—La verdad es que no lo sé, pero parece que fue la enfermera quien las escribió. En aquel momento —dijo, la miró directamente y vio cómo le cambiaba la cara.

—¿Enfermera? ¿La de…?

Estiró el brazo y le dio un apretón.

—Pero fue hace mucho. Hoy ya no significan nada. Las cartas tienen veinticinco años —la tranquilizó. Le volvió el dolor de pecho. Aquellos

últimos días, los recuerdos del pasado y de Josefine lo cercaban más que nunca. Justo desde que encontraron el cadáver del pantano.

—¿Qué ponía en esas cartas, Gustav?

Gustav hizo un gesto con la mano y sonrió.

—Seguro que nada importante. Elina estaba muy preocupada por la enfermedad de Josefine. Seguro que la enfermera solo la informaba de su evolución.

—Pero ¿qué ha dicho Sabrina? ¿Qué quería de ti?

La voz de Carola sonó alarmada y Gustav se arrepintió de habérselo contado.

—Nada, cielo, déjalo. Como te he dicho, todo eso ya no significa nada. —Cogió la copa y le guiñó un ojo—. Alegrémonos por nuestros éxitos. Hoy nos hemos salido.

Carola sonrió insegura y Gustav vio que algo la corroía. El nombre de Josefine (y el de Sabrina) siempre la había inquietado. Nunca consiguió tener una buena relación con su hija. Eso le dolía a Gustav. A Sabrina le había costado acostumbrarse a tener una nueva madre tan poco tiempo después de la muerte de Josefine, pero… Volvió la convulsión estomacal. Se le cayó la copa cuando se encogió por el dolor. Carola le puso el brazo en la espalda, se agachó junto a él y le dio un beso en la frente.

—¿Otra vez el estómago, amor? ¿No crees que tendrías que ir al médico? Últimamente has… —Se quedó callada cuando él la miró—. Tienes miedo. También te asusta lo que pueda pasar.

27

Ese fue el día en que todo cambió. El día en que el mundo comenzó hacerse pedazos.

Estaban de vacaciones en verano y él simplemente disfrutaba de no tener que ir al colegio. Su madre tomaba el sol en el jardín y leía una revista de mujeres. La veía desde la ventana de su habitación y pensaba que estaba muy guapa con el sol dándole en el rostro. El pelo parecía formarle una aureola en la cabeza. Parecía un ángel, como los del retablo de la iglesia. Se acercaba la hora del café y ella pronto se levantaría, iría a la cocina a prepararse uno, y un zumo para él. Conocía sus costumbres y le daba seguridad que cada día pasasen las mismas cosas a la misma hora. Cuando vio que dejaba las gafas de sol en la mesa y entraba en la cocina, se levantó y fue a poner la mesa del jardín para ayudarla. Era un estupendo día de verano.

Se lo planteó mientras merendaban en el jardín.

—La otra noche pasó algo extraño en el trabajo, no te lo he contado.

—Mmmmm, ¿qué pasó, mamá? —preguntó con la boca llena de tarta.

—Fue un poco inquietante. Un hombre se desmayó. No respiraba. Creíamos que había bebido mucho, pero…

—¿Murió? —preguntó curioso y dio un trago de zumo.

—No, cariño, no murió. ¡Porque mamá lo salvó! —dijo con los ojos brillantes de orgullo y él supo por instinto que aquel era el momento de alabarla.

—No me digas, mamá. ¿Qué hiciste?

Algo confusa, se atusó el pelo y rio tímida.

—La verdad es que no lo sé. Lo zarandeé sin parar y de repente se despertó jadeando —explicó y encendió un cigarrillo. Ya no era un secreto

que fumaba. El Africano también fumaba mucho, pero estaba de viaje y era una de las razones por las que estaban siendo unas vacaciones formidables.

—¿Y llegó la ambulancia? —preguntó él y se atrevió a coger otro trozo de tarta ahora que su madre estaba ocupada.

—¡Exacto! —dijo y soltó el humo en círculos. Era guay cuando hacía eso, él seguía los círculos con la mirada hasta que se descomponían en el aire. El olor del tabaco se extendió y le quemó las fosas nasales—. Y la gente de la ambulancia me dio la enhorabuena. Dijeron que le había salvado la vida. Que solo con sacudirlo le había dado un masaje cardiaco. Fue una sensación fantástica que no puedo describir. —El cigarrillo temblaba entre dos dedos delgadísimos y ella se apoyó en la mesa y se acercó a su hijo de manera que sus ojos quedaron enfrentados—. ¡Y he decidido que quiero ser enfermera!

Él la miró y sonrió contento.

—¿Entonces no vas a trabajar más de noche en Aarhus?

—¡No!

—¿No vas a llegar más a casa oliendo a cigarrillos y alcohol?

—¡No!

La alegría de su madre y la expectativa de una nueva vida le hicieron ponerse a correr por el césped y a hacer una especie de danza de guerra. La madre se rio desde la terraza.

—Ven, *gordi*, que tengo más buenas noticias. —El chico se sentó de nuevo a la mesa y la miró con atención—. Después de las vacaciones voy a empezar a estudiar, pero nos tendremos que mudar.

El entusiasmo decayó. Le encantaba aquel lugar, no estaba lejos del mar ni del bosque, pero entonces sintió una alegría.

—¿Eso quiere decir que ya no tendré que ir al colegio?

La madre se rio e hizo un gesto con el cigarrillo.

—Al que vas ahora, no. Pero tendrás que ir a otro con nuevos compañeros y nuevos profesores.

—¡Yupiiiii! —Fue lo único que se le ocurrió gritar. ¡Eran las mejores vacaciones! Le volvieron a entrar ganas de hacer la danza de guerra, pero se contuvo—. ¿Y adónde nos vamos?

—A Aarhus. Vamos a vivir cerca de donde están construyendo la casa grande de la que hablan en los periódicos, la Casa de la Música. Podremos ir a ver muchas cosas. Abre el verano que viene.

—¿Y vamos a ir los dos solos? —preguntó esperanzado.

La madre tardó un poco en responder, porque se puso a hacer más círculos con el humo.

—Quizá no del todo solos. Tengo otra noticia.

Hizo una pausa mientras tiraba la ceniza en el borde del cenicero. Al chico se le salía el corazón del pecho por la tensión. Parecía que iba a ser el mejor año de su vida.

—Vas a tener un nuevo padre. Bueno, un padre de verdad, no. Un padrastro. ¡Me ha pedido la mano y he dicho que sí!

El hielo que sintió por dentro no casaba con el caluroso día. No pudo encontrar una expresión facial apropiada. No quería entristecer a su madre, que estaba tan contenta. Intentó sonreír. Ella lo agarró del brazo y lo atrajo hacia sí. Le dolió el brazo. Ella olía a crema solar, a humo de cigarrillo, a piel sudorosa tostada por el sol y, cuando le dio un beso, percibió la mezcla de cigarrillo y café.

—Sé que no te cae bien, *gordi*, pero me quiere. Nos quiere a los dos y nos va a cuidar bien. Podremos vivir en su casa de Aarhus, tiene un piso precioso.

Se quedó paralizado entre sus brazos. Paralizado por su olor y por pensar en que iban a vivir con el Africano para siempre.

28

—¡Tiene que ser la siguiente a la izquierda!

Anne la había guiado para salir del Boulevard Marseli; ahora se cambió de carril para girar a Kongsvang Allé.

—¡Aquí, Kamilla! ¡Es aquí! —gritó Anne ansiosa mientras señalaba tras unos minutos conduciendo. El barrio estaba lleno de chalets preciosos. Kamilla aparcó detrás de otro coche delante el chalet que señaló Anne.

—Joder, creía que aquí todo el mundo llevaba un Mercedes —dijo Nicolaj y se quedó mirando el coche que había delante, un viejo Toyota Corolla oxidado con una pegatina en el cristal trasero en la que ponía «No a la UE». Todos se callaron cuando una mujer de unos treinta años salió del chalet y se subió al coche. Llevaba media melena morena y un chubasquero rosa.

—Seguro que es una de las hijas —dijo Anne cuando el Toyota se fue.

El médico vivía como se esperaba de un médico. Kamilla pensó en Majken, que era una excepción. Era verdad que vivía en segunda línea de playa en Risskov, pero lo que caracterizaba su casa no era el lujo. Si siguieran siendo amigas, le podría haber pedido consejo. Quizá conocía al médico asesinado y al doctor Winther. Pensar en Majken la llevó a pensar también en Danny y se apresuró a volcar su atención en la mujer que abrió la puerta después de que Anne llamase al aldabón con forma de cabeza de león. En un cartel recién pulido ponía «Oda & Ole Winther».

—¿Sí? —dijo la mujer y levantó una ceja que, en relación con el resto del rostro, era muy oscura. Llevaba ambas cejas pintadas a lápiz. No casaban en absoluto con el pelo canoso de la mujer ni con la arrugada piel.

—Venimos del Dagens Nyheder. ¿Podemos pasar un momento? —preguntó Anne.

—¿De la prensa? ¿Es también por Ole? —preguntó la mujer y los hizo pasar. El brazalete de oro hizo ruido cuando abrió la puerta y un perro al que solo le faltaba una rosca en la espalda para parecer una mopa fue a su encuentro y comenzó a ladrar.

—Ya, Chiquitín —dijo la mujer y cogió al perro en brazos. El animal jadeó con la lengua fuera e intentó lamerle la cara a su dueña.

Kamilla sonrió. Eran increíbles los nombres que elegía la gente para sus mascotas. Ella le había puesto Tarzán a su gato, ¿acaso sonaba mejor?

—Sí, la verdad es que es Ole Winther con quien nos gustaría hablar. ¿La persona con la que nos acabamos de cruzar es vuestra hija? —preguntó Anne.

—No, qué va. No tenemos hijos. Era una joven muy misteriosa que quería conocer algunos detalles sobre mi marido. Ahora va a hacer casi un año que murió. ¿Les apetece un café? Creo que queda algo en la jarra.

—¿Ha muerto? Si lo hemos encontrado en la guía telefónica de internet —dijo Anne tras rechazar amablemente el café.

Kamilla miró la hora. Ese café no le habría venido mal, pero ya no era *freelance*, por lo tanto era Anne quien marcaba el ritmo. El día siguiente lo había pedido libre para ir al entierro, así que no se atrevió a llevarle la contraria a Anne, aunque tenía la sensación de que esta vez no las necesitaba ni a ella ni a su cámara.

—Sí, eso ha dicho la joven que ha estado aquí antes. Nos había encontrado gracias al teléfono de información. Pero es solo porque no he reunido fuerzas para contarles a las autoridades que Ole ha muerto. Para mí sigue vivo. —Oda Winther puso las tazas en la mesa y fue a la cocina a por café—. De hecho, pensaba que borraban automáticamente a la gente que moría, pero parece que no —dijo y se sentó. El perro se subió sobre ella moviendo la cola.

La casa no era tan impresionante por dentro como por fuera. Estaba decorada de forma austera, con muebles viejos y gastados. Los tres se sentaron en el sofá, enfrente de Oda, que, como si les hubiera leído el pensamiento, comenzó a explicar que vendió muchos muebles cuando su marido murió y que solo podía permitirse vivir en el chalet porque, después de todos los años que habían vivido allí, estaba casi pagado. Solo tenía su

pensión y el dinero que le había dejado el marido, que no era poco, y así podía apañárselas, según aseguró.

—Ole cumplió ochenta y cinco años y seguramente yo me iré pronto — concluyó y pareció aliviada al pensarlo.

—¿Te contó tu marido algo sobre el trabajo? En 1983 desapareció una enfermera que trabajaba con él. ¿Recuerdas algo? —preguntó Anne. Nicolaj tenía la libreta y el bolígrafo listos.

—Sí, recuerdo lo de la mujer que desapareció. Hablaban de ello todos los días en la radio. A Ole le afectó mucho. Y ahora, después de tantos años, la han encontrado en el pantano. ¡Es horrible!

Con la mano temblando ligeramente, Oda se llevó la taza a la arrugada boca. La giró mucho antes de que el borde llegase a los labios y dio un sonoro sorbo. Los tres se sonrieron ligeramente y se miraron de reojo, pero consiguieron contener la risa.

—¿Sabes si tu marido estaba trabajando con ella la noche que desapareció? — preguntó Nicolaj con una ligera sonrisa que Oda no pareció percibir. Apartó la taza muy despacio y lo miró.

—No, no estaba trabajando con ella. Le ordenaron que dejase el tratamiento — contestó indignada.

—¿Quién?

Oda miró de nuevo a Anne.

—El marido de la enferma. No recuerdo cómo se llamaba. Vivían en Mundelstrup.

—¿Por qué lo hizo?

Oda se encogió de hombros y le rascó la oreja al perro.

—Creo que no estaban de acuerdo en algo de los efectos secundarios del tratamiento y pusieron al frente a un nuevo médico, no recuerdo a quién.

—¿Te suena el nombre de Helge Vangberg? También era médico, a lo mejor lo conocíais.

—No, no lo conozco.

Oda Winther no dio muestras de reconocer el nombre. Parecía no haber oído ni leído nada sobre el asesinato.

—Está bien —dijo Anne y sonrió—. ¿Conservas algo del trabajo de tu marido en aquel momento? Cartas, fichas…

Kamilla la miró con el ceño fruncido. Menos mal que Roland Benito no estaba oyendo aquello; la policía podía tener ya aquella información, si es que existía. Anne ya había traspasado el límite del trabajo periodístico y del policial.

—La joven que estuvo antes preguntó lo mismo. Le di lo que había por ahí y se lo llevó. Yo no lo necesito para nada.

—¡Se lo has dado a una extraña cualquiera! —exclamó Anne escandalizada.

Oda negó con la cabeza.

—Quizá prefiráis hablar con ella… —Se levantó despacio del sofá, fue a la cocina y volvió con un papel en la mano—. Me dio este número por si me acordaba de algo más. —Le tendió el papel a Anne—. Ole era el médico de su madre, así que debió de ser su padre quien le pidió que parase el tratamiento. Claro que en aquel entonces ella no era muy mayor, pero ha dicho algo de unas cartas que había encontrado en casa de su difunta abuela. En ellas se hablaba de mi marido, por eso ha venido.

Le dieron las gracias por el café y se fueron rápidamente. Oda Winther los acompañó hasta la puerta con el perro en brazos.

—Así que era la hija de Gustav Hjort. Ha debido de volverse de Italia para hablar con el padre. ¿Qué narices estará pasando? —dijo Nicolaj sentándose de nuevo en el asiento trasero junto a la bolsa de la cámara, que estaba empezando a acumular polvo. Kamilla miró el reloj del coche; hacía mucho que había terminado el horario laboral.

—¿Nos da tiempo a hacer algo más hoy? —preguntó con cautela—. Mañana tengo que encargarme de un entierro…

—Ah, sí. Mañana entierran a tu madre. Perdona, Kamilla. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Bueno, no pasa nada —dijo sonriendo vagamente—. Seguramente no vendrá nadie —añadió triste.

Y es que era muy triste pensar en la vida de su madre, que había acabado tan bruscamente. Por la mañana había cambiado las flores de la tumba de Rasmus y sintió miedo del nuevo entierro. Aunque no eran los mismos

sentimientos que hacia su hijo, era trágico separarse de aquella manera. Había muchas cosas que no le había preguntado ni dicho.

—¿Nos quedamos contigo? —preguntó Nicolaj con un brazo apoyado en el asiento del conductor y el otro en el del copiloto y con la cabeza entre ambos.

Kamilla lo miró rápidamente. Desde tan cerca, se le veían claramente las pecas. Olió el desodorante y sonrió. Teniendo en cuenta lo joven que era, fue muy considerado, pero no tenía ganas de involucrar a nadie en su miserable vida familiar.

—No, está bien así, Nicolaj, pero gracias por ofrecerte.

El resto del camino lo pasaron sin hablar. Anne y Nicolaj se bajaron en la redacción, donde tenían aparcadas las bicicletas. El coche de Anne seguía en el taller y Nicolaj y ella podían ir en bici, no vivían muy lejos. Kamilla tenía que ir a la concurrida Grenåvej y condujo hasta Egå perdida en sus pensamientos.

29

Se había pasado la noche en vela. O quizá no, porque el irritante soniquete del reloj lo despertó.

Irene estaba durmiendo cuando él se fue a la cama después de haber estado escuchando en el salón a oscuras al fallecido Luciano Pavarotti a todo volumen con los cascos puestos. Izó la bandera a media asta cuando aquella mañana de septiembre se enteró de su muerte en las noticias y lloró cuando vio el reportaje. Fue como perder a alguien de la familia. Siempre había amado a su compatriota y a su música. Ahora era triste escuchar *Nessun dorma*, pues era eso, dormir, lo que estaba haciendo su gran ídolo: dormir eternamente.

Irene estuvo toda la noche tumbada dándole la espalda y así seguía cuando se levantó. No había nada extraño en ello, pues rara vez lo hacía los martes, pero solía darse la vuelta para darle un beso de buenos días, incluso entre sueños. Aquella mañana, Roland tuvo la sensación de que estaba haciéndose la dormida. Angolo, por el contrario, estaba despierto. Le asustó el lametón húmedo en la cara cuando se agachó para ponerse las botas. Tenía que acostumbrarse a ese perro. Le dio una palmadita en la cabeza y el animal lo siguió hasta la cocina.

También fue el perro quien vio la carta debajo de la ranura de la puerta cuando Roland salía después de haber recuperado las fuerzas con una taza de expreso. El animal olisqueó el sobre concienzudamente antes de que Roland lo cogiera. Reconoció la escritura torcida de la *zia* Giovanna y el sello italiano. La tía Giovanna solía llamar por teléfono. Comenzó a notar los nervios en el estómago. Ahora no tenía tiempo para leerla, así que la dejó en el cajón de la cómoda, apartó el perro hacia la esterilla, ya que quería salir con él, y cerró la puerta. Cuando lo oyó gimotear

lastimosamente se le ocurrió que quizá no era solo porque quisiera irse con él. Podía dejar que Irene secase los cacharros, pero…

Miró el reloj, suspiró y volvió a entrar.

Después de la reunión matutina, la mayor parte de la gente de Roland se fue a hacer sus tareas. Con dos asesinatos por resolver, le habrían venido bien un par más de hombres. Muchas veces había valorado si merecía la pena seguir adelante con la resolución del asesinato del pantano y si no sería mejor volcar todas sus fuerzas en el del médico, donde aún tenían pistas frescas. Como no contaba con gente suficiente, tenía que darle prioridad a un caso. ¿Encontrarían al asesino de la enfermera resolviendo el caso del médico? Esa era la pregunta, pues si era así, ahí deberían centrarse. Al menos había puesto a Kim y a Mikkel en el caso de Vangberg y era en ese suceso en el que quería concentrarse aquel día. Victoria Vangberg seguía ingresada. Habló con ella, pero no pudo añadir más a lo que ya le había contado a Kurt Olsen. Le dieron el alta al día siguiente por la tarde y quiso quedarse en la casa de un hijo suyo y su nuera en Skanderborg hasta que vendieran la mansión. Con la voz llena de ira, juró que nunca volvería allí. Había gente que nunca se recuperaba de una conmoción como la que había sufrido ella.

Isabella llamó al marco de la puerta e interrumpió sus elucubraciones. Kim la había dejado abierta cuando se fue del despacho hacía media hora y Roland no había tenido tiempo de levantarse a cerrarla.

—Pasa, Isabella. ¿Alguna novedad sobre Knud Engtoft?

—Me lees la mente —contestó sonriendo, y Roland pensó que ojalá pudiera. Ella lo miró de una manera aduladora—. Knud Engtoft cogió un vuelo el viernes por la tarde de Copenhague a Aarhus. Es decir, que estaba en Jutlandia cuando mataron a Helge Vangeberg.

Isabella se apoyó en el marco de la puerta. La luz entraba por la ventana en diagonal y hacía que su pelo rubio adquiriera muchos tonos.

—¡Bien, Isabella! Ahora solo nos hace falta una dirección…

—Sí, estoy en ello, pero no se alojó en ningún hotel. Si se ha quedado en casa de algún amigo tardaré más en encontrarlo, a no ser que emitamos una orden de búsqueda. No ha usado ni la tarjeta de crédito ni el móvil.

Vaya con las medidas antiterroristas. También le daban al Parlamento motivos para cambiar las leyes de enjuiciamiento y tenían a su disposición nuevos métodos de vigilancia. Se quedó mirando a la joven agente y se le ocurrió una idea.

—Lo mejor sería que tuviéramos más pruebas antes de emitir una orden de búsqueda contra Knud Engtoft. Si es culpable y ve que lo estamos buscando, desaparecerá como el rocío con el sol. Pero quizá podamos encontrar pruebas contundentes y retenerlo. Justo ahora iba a salir hacia la mansión del médico para buscar en la perrera los dardos narcóticos que faltan. Si encontramos sus huellas en ellos, lo tenemos. —Hizo una pausa para reconsiderar la idea, pero se decidió—. ¿Vienes?

Isabella lo miró sorprendida.

—¿Quieres que vaya contigo a una misión tan importante?

—Claro. Nos vamos en diez minutos.

Tras la lluvia que cayó por la noche, los campos parecían más primaverales con esa tierra casi negra. Los árboles tenían las hojas mojadas y colores cálidos, y pudieron oler el bosque cuando se bajaron del coche en el patio. Isabella inspiró ostentosamente y miró fascinada a su alrededor.

—¡Madre mía! —exclamó.

—¿Te gusta? —preguntó y se quedó mirando la casa con cariño. El tejado de paja parecía más oscuro cuando estaba mojado.

—¿Que si me gusta? Ya te digo. ¡Es precioso! —respondió y fue hacia el final del patio, donde había vistas a los campos y al bosque.

Roland oyó su voz entre el aire y la vio de espaldas, con el cabello al viento ondeando como ella en un campo de maíz dorado. Aquel día no llevaba el pelo recogido, como tenía por costumbre. Tuvo que refrenarse para no entrar en la casa y mirarla, pero no había ido allí para eso y aún no habían puesto un cartel de «Se vende», lo cual le alegró, pues a lo mejor él era el único que sabía que iban a venderla. Pero al pensar en Irene la alegría se vino abajo. ¿Cómo podría convencerla? Solo tenía que ver aquel lugar y se quedaría tan entusiasmada como Isabella.

—¿Es aquí donde mataron al médico?

Apartó la vista de la casa y la miró. Ella estaba exactamente en el lugar donde Victoria Vangberg había encontrado el cadáver de su marido. El motivo por el que estaban allí caló en Roland como un frío desagradable.

—Sí, fue ahí. Y allí está la perrera —dijo sin que fuera necesario.

Fueron hasta ella y se pusieron a examinar la tierra para encontrar los dardos. En realidad no sabían qué buscaban, pero Roland tuvo la sensación de que lo sabrían cuando lo encontrasen. La perrera no era grande, así que entre los dos no tardarían mucho.

—Parece que ha habido una guerra aquí. Pobres perros —dijo Isabella con calma.

—Sí, con total seguridad ha sido una batalla mortal, así que quizá las pruebas estén tapadas. Lo mismo necesitamos mancharnos las manos —dijo Roland y le dio un par de guantes de látex.

—¿Recuerdas dónde estaban los perros? —preguntó ella mientras se los ponía.

—Uno estaba más o menos ahí, el otro, allí y el tercero por allí —dijo y señaló los lugares.

Cuando encontraban una zona que parecía sospechosa, escudriñaban la tierra con mucho cuidado. Estaban a punto de rendirse cuando Isabella se fijó en un gran cuenco de comida o de agua vacío junto a la verja. Fue hasta él y se puso en cuclillas.

—¡He encontrado algo! —gritó tras mover el cuenco. Roland se acercó hasta ella—. ¿Cuánta distancia puede volar un dardo narcótico? —preguntó con brillo en los ojos y cogió del suelo una aguja con los dedos pulgar e índice.

—¡Cuidado! Unos pocos miligramos pueden tumbar a un elefante y diez matan a cien personas.

Roland había tenido ocasión de leer el informe del veterinario y estaba asombrado por los grandes efectos del M99. Era horrible pensar que una persona como Knud Engtoft (quizá) estuviera en posesión de esa sustancia. Isabella se puso de pie y alzó la aguja para que Roland pudiera verla.

—Vaya, así son estas cosas —dijo sonriendo.

—¿Pero dónde están los otros dos? No son muy grandes, a lo mejor se nos han pasado.

—Echó el dardo en una bolsita que Roland sujetaba.

—Parece que Knud Engtoft ha sido listo. Se ha tomado su tiempo para encontrarlos y llevárselos. Lo mismo no encontró este porque estaba oculto detrás del cuenco. O quizá lo interrumpieron. Pero con uno basta. Si encontramos sus huellas en él, no necesitaremos los demás.

Isabella asintió.

—¿Y cómo es que no los buscaron los peritos? —preguntó mientras salían de la perrera. Roland le sujetó la puerta.

—Tendría algo que ver con el médico. Había un veterinario con los perros, pero no sabíamos que los habían matado con dardos. La primera hipótesis fue que les habían echado veneno en la comida.

Isabella asintió de nuevo y entró en el establo. El portón estaba abierto y Roland fue tras ella, disfrutando de la vista del edificio, que estaba bien conservado. Incluso habían renovado el interior.

—Apesta a caballo. Y aquí parece que ha habido uno —dijo la agente y miró en una caballeriza de madera recién pintada de negro.

—Sí, la mujer tiene caballos. Me lo dijo ayer por la tarde, cuando hablé con ella. Los cuida una nuera suya que también vive en el campo.

—¡Me encantan los caballos! ¿Se puede permitir vivir aquí sola?

—No. Van a ponerlo a la venta —reveló con una alegría egoísta y traicionera.

—¡Qué fastidio no ser millonaria! —exclamó Isabella y fue corriendo hacia la casa. Miró por una ventana y se puso las manos ante los ojos a modo de pantalla para ver mejor.

—¿Vivirías aquí? —le preguntó Roland con cautela.

—¡Si pudiera! —respondió ella y se giró bruscamente hacia él. Estaban muy cerca.

Roland, asustado, dio un paso atrás.

—¿No te molesta que hayan matado brutalmente a un hombre? —preguntó rápidamente y se dio cuenta de que había usado las mismas palabras que Irene.

—Qué va, lo hace aún más emocionante —contestó y le dio un golpecito en el pecho—. Somos policías, ¿no?

Isabella echó a andar hacia el coche y Roland fue detrás. Quizá era por eso. Eran policías e Irene, no. No hablaron en el coche hasta que llegaron al centro de Aarhus en plena hora punta.

—Tengo curiosidad por ver si encuentran las huellas de Knud Engtoft en ese dardo.

Mejor me pongo a indagar dónde se encuentra para poder ir a por él enseguida si es…

Roland asintió y miró el tráfico.

—Estoy seguro de que obtendremos una explicación para ambos asesinatos de una tacada.

Isabella sonrió orgullosa.

—Rolando… —comenzó a decir y se detuvo de golpe cuando él la miró con reproche.

—¡No me llames así! —dijo y, mientras decía esas palabras, pensó que había sonado algo duro.

—¿Por qué no puedo llamarte por tu nombre real? —preguntó ella obstinada.

Roland negó con la cabeza y vio que el coche que estaba delante comenzaba a frenar ante el semáforo en rojo.

—Porque… porque es inapropiado.

—Pero ahora me apetece hablar italiano —continuó Isabella empecinada.

—*Ma non mi piace, signorina* —replicó y la miró de reojo para ver si había entendido algo de lo que había dicho; ella sonrió y asintió.

—Ya sé que no le gusta, *signore* inspector —respondió Isabella, y a Roland le quedó claro que sabía más italiano del que pensaba. Se rio y aparcó el coche en la Jefatura de Policía.

—Tira para arriba y encuentra a Knud Engtoft. Y gracias por la ayuda —se apresuró a añadir y cerró la puerta del coche.

Ella lo miró socarrona por encima del techo del coche.

—Gracias a ti, Roland.

30

Estaba cayendo aguanieve y los copos se amontaban en los limpiaparabrisas, que no daban abasto. Se desvió en Nørregade y siguió por la concurrida calle, por donde autobuses urbanos luchaban por su espacio con ciclistas que serpenteaban entre el tráfico, camiones, coches y gente que cruzaba la calzada inesperadamente, incluso por sitios donde no había paso de cebra. Pero para él no era ningún problema ir en coche por Aarhus. Las calles tenían un trazado simple, todas estaban conectadas entre sí de algún modo. Si no existieran todas esas endiabladas calles de sentido único, habría sido bastante sencillo orientarse.

El coche iba dando botes por los adoquines cuando entró en el patio de la sede donde estaba la agencia de publicidad, en Badstuegade, un pequeño edificio de color salmón con entramados negros que no se veían hasta que se estaba en el patio. Como siempre, pensó que el ambiente era un extracto del museo al aire libre Den Gamle By.

Era última hora de la tarde y, como de costumbre, estaban allí trabajando dos maquetadores. No era de extrañar que en el campo de la industria gráfica hubiera tantos divorcios. A las parejas les costaba entender que no puedes irte a casa cuando un periódico o una imprenta está esperando el material y ya hace mucho que se ha sobrepasado el plazo de entrega debido a problemas técnicos o a correcciones de última hora por parte del cliente. Pensó en Majken y en cómo la desatendía una y otra vez por el trabajo. Colgó la chaqueta húmeda en el guardarropa y abrió la puerta de la sala de dibujo, como la seguían llamando los maquetadores, aunque ya no se dibujaba demasiado. Lo recibió el olor a parqué nuevo, a equipos informáticos y a café, y el calor. Ahora que el tiempo había cambiado bruscamente y empezaba a ser otoñal, habían subido la calefacción. En las nuevas mesas de ordenador, que se podían subir y bajar, había algunas

pantallas planas con los salvapantallas en movimiento, otras estaban apagadas. Vio claramente quién mantenía el orden. La mesa de Torben estaba llena de papeles, anuncios impresos, un plátano abandonado, una caja de pastillas de regaliz y varios DVD. La de Tine estaba muy bien ordenada, con las tareas clasificadas en las bandejas. Lo único que había en su mesa era la taza de café enjuagada como testigo de que había ido a trabajar. Él se encontraba a gusto en Aarhus, aunque no todo fuera como esperaba cuando se mudó. Ahora trabajaba con gente que no sabía nada de su pasado y, por tanto, no le lanzaban miradas de reproche, como sí hacían los antiguos compañeros que también habían conducido después de beber en la recepción aquella noche de marzo que le cambió la vida.

Se detuvo detrás de Martin, que probablemente le oyó llegar, pero no apartó la mirada de la pantalla. Vio cómo el maquetador puso una imagen en un documento y cambió el texto para que cuadrase.

—¿Aún con el catálogo de viviendas?

—*Sip*. Son las últimas correcciones antes de dejarlo listo para imprenta.

—Tiene que estar mañana a primera hora —le recordó Danny.

Era raro que estuviera nervioso cuando se acercaban los plazos, confiaba en sus trabajadores y sabía que se quedaban trabajando hasta que habían acabado.

—Sí, el último aviso es a las ocho, pero me tengo que encargar también del folleto del cliente nuevo, y luego ha habido problemas con la impresora otra vez.

Martin levantó la vista por primera vez para mirar a su jefe, que también era responsable de la parte técnica.

—Joder con la impresora. Volveré a echarle un vistazo. ¿No se podía haber encargado Sara de ese folleto?

—Sí, si no me hubiera retrasado con el anuncio de zapatos. Estuve esperando una imagen que iba a mandar el proveedor por correo electrónico, pero no llegó y tuve que reclamarla cien veces —se defendió tras su pantalla Sara, que seguía trabajando.

—También podías haber dejado de intentar arreglar el atasco de papel para no malgastar una hora en una tarea de hombres —bromeó Martin.

El rostro bronceado de Sara, con el moreno pelo rizado y los ojos oscuros, se asomó sobre la pantalla del ordenador y Martin recibió un bolazo de papel en la nuca.

—¡Eh, eh, vosotros dos! —dijo Danny con una sonrisa.

Recogió la bola de papel del suelo y la tiró en la papelera de Martin, debajo de la mesa. La papelera olía a cáscara de naranja. Era bueno que se divirtieran juntos. Había leído que la alegría, la libertad y la autonomía fomentaban la creatividad.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

Se sintió mal por que siguieran trabajando mientras que *lo único* que él había hecho era estar reunido casi todo el día tomando litros de café, hablando sobre comercialización y economía. Sin los maquetadores, su trabajo no tendría mucho valor.

—Solo con esa impresora. El papel se atasca todo el rato —dijo Martin y señaló con la cabeza sin apartar la vista de la pantalla.

—¿A lo mejor hace falta un profesional? Podemos llamar mañana a un técnico de Canon. —Miró el reloj, que estaba justo encima de la impresora —. Podríais ir pensando en iros a casa, ¿no podemos hacer lo que falta mañana por la mañana?

—Yo me quedo una horita más —murmuró Martin.

Sara abrió una bolsa de la pastelería del supermercado, cogió un bollo de zanahoria y dijo que ella también se quedaba.

—Vale. ¿Queréis algo? ¿Bajo a por algo de comer?

Miró preocupado el bollo de Sara y la manzana de Martin. Con eso no aguantarían, pero no querían nada más. Mientras iba hacia la puerta, birló de la mesa de Torben una prueba de impresión de un anuncio. Había sido una gran idea convertir el enorme apartamento que estaba encima de los locales en oficinas, aunque Majken le había estado hostigando para que se mudase con ella a su casa de Risskov. Vivir tan cerca del trabajo tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Miró la corrección mientras subía las escaleras. No había mucho que buscar. No había fallos de ortografía y todo estaba en su sitio. Pero el cliente, sin duda, buscaría algo que corregir. Cuando hacían la revisión siempre creían que iban a encontrar

fallos. Eso era revisar: encontrar fallos. Se echó en el sofá y encendió la televisión.

Majken se pasó casi todo el camino hasta Holbæk hablando del médico asesinado. Sabía muy poco de él. Fue cirujano en el Rigshospitalet, pero en el mundillo de los médicos los rumores volaban. Majken oyó que estuvo metido en algún asunto de morfina. En el ramo había un gran problema: los médicos se volvían drogadictos por la facilidad para acceder a las drogas y por el enorme estrés al que estaban sometidas día a día. Estuvo en tratamiento, pero desapareció un par de años y nadie supo nada de él. Luego apareció en Jutlandia, se casó y se hizo médico de familia hasta que se jubiló.

En el telediario no dijeron nada sobre el asesinato y apagó el televisor. Majken le había pedido que fuera, pero no tenía ganas. Aún no había olvidado su discusión. Sabía que era poco comprensivo por su parte, pero le costaba aceptar la amargura de Majken hacia su familia y esos celos fatales. Ella pareció contenta cuando él fue a buscarla aquella mañana, tenía ganas de ir a ver a sus padres y contarles la gran noticia. Le habló de la preciosa casa con vistas al fiordo de Holbæk, pero, a medida que se acercaban, fue quedándose cada vez más callada y, cuando vio el coche de su hermana en la entrada y el carrito de bebé en la terraza, le pidió que diera la vuelta. Estaba enfadada y fuera de sí; en aquel momento empezaron a discutir. Las acusaciones volaron por el aire y Danny dudó de si podría vivir con una mujer que tenía dentro tantos celos y tanto odio. Ya lo había intentado antes con Sanne. Lo que lo enfadaba no era el tiempo que había empleado en ir en coche hasta Selandia, tampoco la gasolina. Ella siguió diciendo que en algún momento él elegiría a su hermana (o a otra mujer) y la dejaría, también que no había olvidado a Kamilla. Danny había hecho lo posible para demostrarle que era a *ella* a quien quería. Incluso le había pedido la mano. Se lo había propuesto por sorpresa cuando llegó el romántico postre el día en que celebraban su aniversario. Majken se lanzó sobre él gritando «¡SÍ, SÍ, SÍ!» tan alto que toda la gente del restaurante se giró hacia ellos sonriendo. ¿Qué más podía hacer para demostrarle que la había elegido a ella y no a otra? Quizá ella percibía una ausencia de sentimientos profundos. Como no podía mentirse a sí mismo, ¿por qué mentirle a ella?

Mientras regresaba de la última reunión en Hornslet, se volvió a detener en la iglesia de Egå y dejó un ramo en la tumba de Rasmus. Era la única manera que tenía de comunicarse con Kamilla. No podía hacer más. El castigo de la justicia había sido grave, pero el de Kamilla eclipsaba todo lo demás. Si hubiera sido sincero y ella lo hubiera oído de su boca, a lo mejor las cosas habrían sido distintas. Podía vivir solo, pero necesitaba a alguien con quien compartir la vida. Ya había visto suficiente soledad. Su madre estaba tan senil que ya no se acordaba de él. Había elegido vivir sola como una mártir cuando su padre murió, a pesar de que había mucha gente que quería estar con ella. Él no acabaría su vida así.

31

Kent volvió a leer la descripción del sitio en www.geocaching.dk y tecleó las coordinadas en el GPS. Ahora estaba listo para lanzarse a la aventura. Había un nuevo tesoro que encontrar; o un caché, que era como lo llamaban en la jerga. Llevaba mucho tiempo esperando que surgiese algo emocionante. La geomoneda que había tenido la suerte de encontrar en su último *geocaching* estaba lista sobre la mesa. Era hora de devolverla a otro caché. Se alegró mucho cuando la encontró y en cuanto llegó a casa se metió en internet para buscar el número de rastreo de la moneda, y vio que había hecho un gran viaje que ahora él tenía que continuar. Tenía una forma bonita, con ese grabado parecido a una brújula en el centro. Era como una vieja moneda de oro. Había llegado a Skagen desde Suecia y luego atravesando el norte de Jutlandia de caché en caché. Era tentador quedársela. Algunos las usaban como objeto de colección, aunque no estaba permitido. Según las reglas, había que devolver siempre a un caché cualquier moneda que se encontrase para no interrumpir su viaje y, además, había que registrarlo todo en internet para que otras personas pudieran seguir su periplo. Algunas habían conseguido dar la vuelta al mundo. En la mesa también estaba lista su firma digital, que siempre dejaba en los cachés. Era una pelota de golf blanca con su firma, KGB, escrita con rotulador rojo resistente al agua. Le encantaban sus iniciales. Antes de interesarse por el *geocaching*, había hecho grafitis en paredes de casas y vagones de tren con la misma firma. No era casual que fuera una pelota de golf. Tenía fácil acceso a ellas porque su padre solía ir al club de golf con los chicos del trabajo. No es que a todos les fuera especialmente bien, pero quizá sentían que sí cuando pisaban la hierba con sus finos zapatos. Hasta que tenían que pagar la cuota del club o unos palos nuevos. Sonrió al pensarlo.

La tensión de la expectación y las ganas de aventura le provocaron mariposas en el estómago. Se puso el chubasquero. Era de noche, hacía frío y estaba lloviendo. Era alrededor de medianoche. Una tormenta habría venido genial, pero, por desgracia, esa época del año ya había pasado. Era importante que estuviese oscuro. El *geocaching* nocturno aumentaba la tensión. Además, era una gran ocasión para encontrar un FFC (First Finder Certificate), lo cual era un gran triunfo. Era grandioso ser el primero en encontrar un caché, sobre todo cuando estaban marcados como «*mystery cache*», que requerían la resolución de tareas y eso era un reto aún mayor. Ojalá no fueran estúpidos sudokus ni otros problemas matemáticos. Pero, al parecer, el dueño de este caché era de los ingeniosos, como le gustaban a él. Al fin y al cabo, era demasiado fácil y trivial seguir unas coordenadas en el GPS y llegar hasta un táper o una lata con cosas. Ideal para una familia con niños, pero él exigía algo más. Por este motivo, esa criptomoneda era tan exclusiva. Aquello era más grande. Mucho más. Había que buscar el caché en el bosque de Marselisborg. Eran unos tres kilómetros en bici, valía la pena. Había imprimido el recorrido que venía en la página web. El reto se llamaba «*Marselisborg Murder Mistery*» y pintaba bien. Las tareas consistían en juntar pruebas en diferentes lugares. Había cinco localizaciones con sus coordenadas. En cada una de ellas había escondida una pista en un caché independiente. Cuando las reunió todas, vio que obtenía una única coordenada que desvelaba dónde se encontraba el lugar de los hechos. En otras palabras, había que jugar a los detectives y le tocaba justo a él. Sonrió, pues llevaba mucho tiempo esperando algo así. Allí podría mostrar su valía como *geocacher*. Se puso la mochila y una lámpara frontal, que le había resultado siempre muy útil cuando hacía deporte de noche.

Aquella noche, el bosque estaba muy oscuro y mojado. A su alrededor caían cientos de gotas. No oía más que la lluvia, su respiración y el ruido de las botas partiendo ramas en el suelo. Olía a humedad y barro. Le encantaba el bosque de noche, inhalar el aire del otoño y llenarse los pulmones con él. Hacía fresco, se cerró el chubasquero hasta el cuello y se cubrió la frente

con el gorro; solo le quedaron libres los ojos y la linterna. Se habían caído muchas hojas de los árboles y no había casi cobijo contra la lluvia.

Encontró rápidamente el primer punto de referencia y pudo seguir. La criptomoneda estaba en el primer caché. El siguiente que encontró le permitiría continuar el camino, si no acababa antes en las garras de uno de los coleccionistas.

Tras más de una hora de caminata por el húmedo bosque encontró cuatro cachés con material y coordenadas. Se alegró porque parecían intactos. Todo apuntaba a un FFC. Ahora estaba listo para ir a la quinta localización, que le daría la ocasión de encontrar las últimas coordenadas. Tenía que llegar, le daba igual pasarse toda la noche allí, no se iba a rendir. Nunca se había rendido, salvo si le tocaba un sudoku. Por suerte, aún no le habían destrozado o robado ninguna criptomoneda. Algo así podía hacer parar a cualquiera, pero él estaba en su salsa: a su aire y en la naturaleza. Ahí podía pensar sin que lo molestasen.

De repente, al encontrar la quinta localización dejó de pensar. La tensión aumentó y tenía la respiración muy acelerada, también por haber caminado a través de ese terreno escarpado y embarrado; tampoco estaba en las mejores condiciones físicas. Revolvió las hojas donde debía de estar el siguiente caché. Ahora tenía que encontrar rápidamente el lugar de los hechos. Le cayó una gota en la nuca, la goma del chubasquero potenció el ruido dentro del gorro y sonó como el disparo de una pistola. Se dio la vuelta y soltó una risa nerviosa cuando se dio cuenta de que lo que le había caído no era más que una gota de lluvia. Esclarecer un asesinato en una noche oscura era muy distinto a buscar un caché cualquiera con un animal de plástico. Tardó poco en verlo a la luz de la lámpara frontal. Un animal se movió e hizo crujir las hojas secas del suelo. Era un erizo que huía de la luz. Sacó de un arbusto con espinas la quinta y decisiva pista. Maldijo sin perder la calma por haberse olvidado de los guantes y leyó la nota que había en la cajita de plástico. Sonrió orgulloso mientras se inscribía en el registro y se llevó algo del caché del mismo valor que su pelota de golf, aunque opinaba que su firma, KGB, valía mucho más que todas las baratijas que había allí. Ahora sabía dónde debía de estar el lugar del crimen. Comprobó las coordenadas en el *geochecker* y estuvo a punto de tener un «criptorgasmo»,

que es como llamaba a esa sensación que tenía cuando veía que la localización era correcta.

Avanzó despacio hacia las coordenadas. El GPS mostró el camino hasta un gran árbol viejo que seguramente cayó en la tormenta de 2005 y cuyas raíces surgían como largos tentáculos. Estaba casi podrido, la peste era insoportable. Kent se puso de rodillas y palpó con la mano bajo el tronco. La humedad del suelo le calaba los pantalones y le mojaba y enfriaba las rodillas, pero estaba demasiado ansioso por encontrar su caché como para notarlo. Esperaba ser el primero y poder obtener su merecido FFC, pero la mano no encontró la caja o el bote que buscaba, sino que dio con una hoja podrida y tierra húmeda. Cuando tocó más hongos blandos y desagradables, duros escarabajos que pataleaban y gusanos que se movían entre sus dedos, y cuando el inaguantable olor le dio náuseas, se puso de pie enfadado y se limpió las rodillas. «*Hijoputa*», masculló. Si todo aquello era una broma y allí no había nada que encontrar, se volvería loco. Había empleado toda la noche. Se inclinó sobre el árbol para intentar empujarlo y ver si el caché estaba debajo, y entonces la linterna de la frente captó algo sobresaliendo bajo el tronco. La luz atrajo a una mariposa nocturna que aleteó en su rostro. Kent se puso recto, le dio un manotazo al bicho y exclamó: «¡joder!». ¿El dueño del caché había sido tan ingenioso como para colocar un maniquí debajo del tronco y aumentar así la tensión? Se puso en cuclillas y observó la mano de cerca. No era de plástico. Una de las largas uñas rojas estaba rota y la laca estaba descascarillada en dos dedos, que estaban doblados. La tierra alrededor estaba llena de hormigas y escarabajos. La piel tenía un color verdoso y, de repente, el olor fue tan apreciable, que no tuvo dudas de que allí había algo pudriéndose. ¡Una persona!

Se puso de pie rápidamente y se echó hacia atrás mientras miraba a su alrededor hacia el bosque, que de pronto le pareció aún más oscuro, como si los troncos de los árboles se hubiesen juntado en torno a él. Había dejado de llover y la luna proyectaba su especial luz blanca sobre los troncos. Echó a correr sin saber hacia dónde tenía que ir. La luz de la linterna de la frente vacilaba en el follaje que estaba delante de él y cayó un par de veces sobre las ramas y los agujeros del suelo. Alguien lo perseguía. El olor se le quedó pegado al paladar. Intentó vomitar. Oyó su llanto de pánico entre el ruido de

las hojas y las ramas que se partían bajo los pies. Le caían los mocos y sollozó en alto cuando se dio cuenta de que se había perdido y que no solo había olvidado los guantes, sino también la batería extra para el GPS. Intentó con desesperación llamar desde el móvil, pero en medio del bosque de Marselisborg no había cobertura.

32

No tardó mucho en llegar al bosque en coche. Comenzaba a preocuparle que hubiese tantos muertos tan cerca de su vivienda. Rezó para que aquella vez se tratase de un trágico accidente: un corredor que había tenido la mala suerte de caer o un ciclista de montaña. De todos modos, dadas las circunstancias, prefirió ir hasta allí cuando le llamaron.

La noche anterior se le hizo tarde e Irene se había ido a la cama cuando él llegó a casa. Sin embargo, le había dejado comida que no tenía más que calentar en el horno, así que no se iba a morir de hambre. Mientras comía, leyó la carta de la tía Giovanna. Se le enfrió la cena porque se olvidó de comer y porque le llevó mucho tiempo leerla. Primero, por la ilegible letra de la tía; segundo, por el idioma. «Joder, se me está olvidando mi idioma materno», murmuró. Otro peso sobre su conciencia. Le costó no volver con la mente al contenido de la carta mientras conducía.

Zia Giovanna, que había venido al mundo un año antes que su fallecido hermano, estaba convirtiéndose en una señora de mediana edad. En aquel entonces, la mayoría de las familias de Nápoles tenían muchos hijos y ella era la menor de nueve hermanos. Tenía una pequeña tienda de antigüedades en una bocacalle de Via Chiaia, pero la Camorra no había pasado por alto ni la bocacalle ni la tienda. Ella seguía luchando con valentía, con el aliento de su hermano, al que la familia había mantenido con vida como si fuera un mártir. Roland tenía la sensación de que habían humillado a su madre por haberse ido llevándolo a él como único equipaje. El resto había seguido librando esa batalla infructuosa que era la guerra contra la mafia. Giovanna se negó a pagar la extorsión e incluso entró en un grupo que había creado una página web contra la mafia en el que recogían firmas de protesta. Se apoyaban a la hora de enfrentarse a la esencia de la mafia («el sistema»), aunque pudiera costarles la vida. Roland negó con la cabeza y cambió de

marcha. Estaba preocupado por la seguridad de su tía, pero eso no era lo peor. ¿Qué diablos podía hacer él? ¿Por qué lo estaba metiendo en ese lío? No le dio tiempo a arrepentirse de sus pensamientos, pues en ese momento llegó al bosque.

Lo estaban esperando Henry Leander y un grupo de peritos que parecían fantasmas con esos trajes blancos entre la oscuridad, además del extenuado y aún impactado deportista que había llamado al 112 en cuanto salió del bosque y volvió a tener cobertura en el móvil. Se llamaba Kent Gert Berggren. Les dio a los peritos las coordenadas del lugar del crimen para que también ellos pudieran llegar hasta allí con ayuda del GPS. Después lo mandaron al psicólogo de crisis. Parecía alguien que de pronto había perdido la conciencia. Al parecer había sido una noche dura.

Roland se quedó rezagado; era un camino largo e impracticable, pero mantuvo contacto visual con los trajes blancos de los peritos y finalmente llegó al lugar de los hechos. Pasó por debajo de la cinta policial y caminó entre una mezcla de hojas podridas y agujas de coníferas. Leander ya estaba trabajando. Roland vio aparecer la parte de arriba de su capucha blanca tras un tronco volcado con raíces largas y gruesas. La naturaleza era maravillosa. Eclipsaba la razón y la capacidad del ser humano. ¿Cómo podía una tormenta derribar un árbol tan grande?

—Ya está aquí —oyó que le dijo uno de los peritos a Leander, que estaba en mejores condiciones que él y había podido seguir a la tropa de jóvenes agentes de la Policía Científica.

Roland había temido perderse en aquella área tan grande que era el bosque de Marselisborg. Intentó ocultar lo cansado que estaba. Era una mañana fresca y la niebla que había entre los troncos de los árboles después de una noche de lluvia humedecía aún más el aire. El olor que llegaba ahora a sus fosas nasales le hizo tragar saliva un par de veces.

Un perito sacudió una caja parecida a un táper.

—¡He encontrado el caché! —gritó y se rio, aunque Roland creía que no había muchas cosas por las que reírse aquella mañana.

—¿El qué? —murmuró cansado y se acercó un poco.

—El afortunado que ha encontrado el cadáver es *geocacher*, solo que no encontró el tesoro que buscaba. Y qué pena, porque hay un FFC.

—¿Un qué?

—Es un certificado que obtiene el primero que encuentra el tesoro. Da mucho prestigio.

—Seguro que encontrar un cadáver no lo da —murmuró Roland de forma inaudible.

—Mi hijo es muy activo y yo he estado con él un par de veces. Entiendo que se habrá llevado un buen susto al dar con esto en un bosque oscuro en mitad de la noche — prosiguió el parlanchín perito y Roland asintió serio.

—¡Lo siento, Benito! —gritó Leander, cuya cabeza apareció detrás de un tronco.

Roland se percató con horror de que estaban ante una nueva víctima de asesinato. Habían movido el tronco y la mujer ya estaba libre. Estaba doblada en el hueco que habían dejado las raíces después de que la tormenta las rompiera. El primer pensamiento impulsivo de Roland fue que la mujer debía de haberse helado de frío con esas finas medias negras de nailon y esa minifalda. Observó que no llevaba zapatos. Nadie por sí mismo podría haber movido ese tronco para ponerla allí. Ellos necesitaron cuatro hombres fuertes para quitarlo. A lo mejor había más de un asesino. Roland prefirió no acercarse demasiado a la mujer. Últimamente ya había visto bastantes cadáveres y se conformó con el olor y con escuchar la voz de Leander describiendo el estado del cuerpo. Cuando terminó, se levantó y dejó que se acercasen los peritos. La zona estaba iluminada con grandes proyectores, aunque la oscuridad estaba desapareciendo con el amanecer.

Leander fue hacia Roland, que seguía de pie a una distancia prudencial.

—Está en fase de descomposición —dijo. Fue algo que a Roland no le sorprendió—. El color verdoso de la piel apunta a que hace muchos días que sucedió. La han acuchillado con la misma brutalidad que al médico. Pero no fue aquí, habría más sangre.

—Joder, otro sitio en el que hay que exhumar —resopló Roland.

El aire fresco hacía que le cayese agüilla por la nariz, pero al inspirar venía el olor que intentaba evitar y sacó su pañuelo de bolsillo. Leander envolvió una cajita de plástico con el suyo.

—¿Tú también has encontrado un… ejem… tesoro? —preguntó Roland con sarcasmo.

La mascarilla ocultó la sonrisa de Leander, pero Roland la atisbó. El forense sacó la cajita del bolsillo y la puso a contraluz para que Roland viera la vida que había en el fondo, donde Leander había puesto unas hojas para que los insectos tuvieran un lugar donde esconderse y sentirse como en casa. Había un par de grandes gusanos retorciéndose como si estuvieran bailando la danza del vientre.

—No, son unos pequeños ayudantes que he recogido: hormigas, escarabajos y larvas. Los gusanos y los huevos en esta fase atraen a los insectos que viven de otros insectos. Son los escarabajos, las hormigas y las avispas, entre otros, pero avispas no vemos muchas. El cadáver está tan lleno de gusanos que han elevado la temperatura muchísimo —aclaró Leander con el mismo tono que usaría si estuviese contando que había comido huevos pasados por agua para desayunar—. Hasta que no sepa qué tipo de moscas han puesto los huevos, no podré ver en las larvas cuánto tiempo lleva el cadáver aquí. Cuando han pasado tantos días, no solo han puesto huevos las moscas azules, sino también las moscas domésticas, así que piénsalo la próxima vez que veas una mosca en tu comida—. Hizo una pausa y miró a Roland—. De las siete fases de las moscas, parece que las larvas están en la tercera, así que podemos decir que han pasado entre cuarenta y cuarenta y ocho horas desde que pusieron los huevos.

—¿Eso lo has aprendido en *The Body Farm*? —preguntó Roland y tembló exageradamente.

Le costaba imaginarse que existiesen sitios así, pero había uno en una zona boscosa de Knoxville, Tennessee, a los pies de las Smoky Mountains. Allí, el doctor William Bass disponía de una hectárea donde sus ayudantes y él investigaban la descomposición de los cadáveres humanos a cielo abierto. Henry Leander pasó allí un par de meses para ampliar sus conocimientos forenses. Se quedó mirando con cariño los insectos dentro de la caja.

—Podemos aprender todo de la naturaleza, Roland. Estaba aquí antes que nosotros y, si no aprendemos de ella, nunca seremos más listos. Tenemos que alegrarnos de que haya investigadores como Bass y de que la gente done sus cuerpos a la ciencia para que podamos ver qué significado tienen los insectos en cada fase del proceso.

Roland metió las manos en los bolsillos.

—¿Pero quiénes son los fallecidos?

Leander lo miró. La luz estaba a punto de alcanzarlos y el forense tenía las mejillas rojas de entusiasmo. Normalmente, solo a Julie le gustaba oírle hablar de insectos.

—Algunos son sintecho, otros, donantes de órganos, personas que han entregado su cuerpo a la ciencia. Otras personas se apuntan voluntariamente porque quieren descansar en *The Body Farm* y están dispuestos a ayudar a la policía a atrapar delincuentes. Y, claro, están los que solo quieren ahorrarse los costes del entierro.

—¡Venid! —gritó un perito e interrumpió oportunamente la conversación. No porque no le interesase la hora de la muerte, sino porque podía prescindir de toda esa charla, sobre todo ahora que el desayuno le estaba presionando la campanilla.

Leander fue hacia allí y desapareció tras el tronco. Roland, con el pañuelo de bolsillo tapándole la nariz, fue tras él e intentó atisbar el cielo matutino. El sol parecía querer salir.

Pusieron a la mujer en la camilla. Roland no podía apartar la vista del hoyo que había quedado bajo las raíces, donde las hormigas y los escarabajos se movían alrededor de la luz de los proyectores, despistados porque les habían quitado el sustento.

—¿Has notado las extrañas fibras que tiene en la boca? Las tiene también en la garganta —le dijo el perito a Leander y se secó la frente con el dorso del guante blanco como si estuviera sudando, pero no podía haber sudor en medio de ese frío y tampoco tenía tanta grasa corporal. Algunos de los más bestias lo llamaban «Auschwitz», por lo delgado que estaba. Muchos de los que trabajaban con la muerte tenían un extraño humor negro en su vida de a pie. Seguramente era una manera de sobrevivir. Los menos burros se conformaban con llamarle «el Aguja».

Leander se agachó para observar el cuerpo, pero Roland no quiso mirar y bajó la vista al suelo. Los insectos habían desaparecido en busca de comida nueva como por arte de magia.

—Podía parecer pelo, pero cómo narices se le ha metido en la boca. Lo miraremos más de cerca en casa, puede ser muy importante —dijo Leander.

El Aguja hizo varias fotos antes de coger unas cuantas fibras de la boca con unas pinzas y ponerlas en una bolsa.

—¿Habéis visto sus zapatos? —preguntó Roland, que había investigado la zona iluminada con atención.

—No, no hay mucho que encontrar aquí, pero ahora ampliaremos la zona y nos moveremos. Quizá veamos algo —respondió un perito que estaba cerrando la cremallera de la bolsa del cadáver.

Roland le hizo una seña para que se acercase al parlanchín que había encontrado la caja de plástico.

—Eso del geo… bueno, de la caza del tesoro, ¿se podría pensar que el asesino organizó lo del tesoro para que encontrasen el cadáver?

El perito, un enclenque con dientes torcidos, rizos rubios y enormes gafas, no se parecía en absoluto a ninguno de los bellos ejemplares de la serie CSI, con la que Roland se había topado por casualidad la noche anterior mientras zapeaba en busca de algo interesante que ver antes de irse a la cama. Angolo también miraba, con la cabeza apoyada en su regazo. En esa serie, incluso los muertos parecían supermodelos, pero quizá en Miami fuese así. Había oído que muchos jóvenes se habían interesado por la ciencia forense gracias a ella, aunque no era más que una representación especialmente retorcida de un campo en el que la muerte y la miseria eran el crudo día a día. Solo la gente dura podía cumplir con esas fatigosas tareas. Una persona muerta no siempre era bella. Aquel lugar en mitad del bosque, donde la luz del día empezaba a descubrir todos los detalles, era una clara muestra de ello.

—Lo dudo muchísimo —contestó el perito, aún con una sonrisa—. Los que tienen un caché suelen ser gente honrada. Más bien creo que ha sido una casualidad que el cadáver estuviera en el mismo lugar que el caché, que a lo mejor lleva aquí aún más tiempo que el cadáver, pero nunca se sabe. Se lo llevaremos a los técnicos —añadió y volvió con los demás para ayudar a preparar el cuerpo para el transporte.

Roland se quedó aliviado por no ser él quien tenía que llevarlo hasta la ambulancia.

Henry Leander y Roland volvieron a los coches, aparcados no muy lejos del patio donde encontraron a Helge Vangberg. ¿La localización del cadáver

era intencionada?

Roland blasfemaba cada vez que la pernera del pantalón se le enganchaba en una rama o metía el pie en un hormiguero, pero ambos habían sido lo bastante listos como para llevar calzado adecuado. En otras circunstancias, el paseo habría sido precioso. Se acercaron un momento al río Giber y oyeron el agua, que fluía como si nada hubiera perturbado nunca la paz de aquel maravilloso espacio natural.

Roland se sacudió la ropa cuando salieron a la luz. El sol había aparecido y brillaba sobre las hojas mojadas y las gotas de rocío en la hierba. Se quedaron callados respirando fuerte como si quisieran limpiarse los pulmones.

—¿Has pensado en lo cerca que estamos de la casa del médico? —preguntó Leander casi como respuesta a los pensamientos de Roland tanto sobre la cercanía de la casa como de su sueño, que no estaba nada lejos. Al menos físicamente, pues su sueño de poseerla comenzaba a desvanecerse.

Irene seguía negándose a irse de Højbjerg y, cuando oyera lo del nuevo asesinato, cuya víctima además era una mujer, el proyecto quedaría condenado a morir. La prensa no tardaría en enterarse, aunque en aquel momento, sorprendentemente, brillaba por su ausencia. Ni siquiera Anne Larsen, del Dagens Nyheder, se había enterado del hallazgo. Le extrañó, ella siempre solía llegar la primera, como si escuchase la radio de la policía.

—Sí, lo he pensado —murmuró y abrió la puerta del coche mientras observaba al forense, que colocó con cuidado la caja de plástico con los insectos en el asiento del copiloto. Justo antes, Roland había imaginado que le iba a poner el cinturón de seguridad. Se rio al pensarlo.

—¿Julie Hermansen se ha vuelto a Selandia? —preguntó cuando recordó que a ella también le encantaban los bichos, que seguro que era una de las cosas que los había unido. No era tan fácil encontrar una compañera con esos intereses.

—Qué va, sigue aquí —reconoció y miró a Leander—. ¿No has oído que Kurt Olsen le ha pedido ayuda con estos casos?

Roland se sintió apartado, pero no lo dejó entrever.

—Aún no hemos hablado de ello, pero es una buena idea. Están apareciendo cadáveres en pantanos y bosques, así que no parece haber duda

de que estamos ante un perfil de psicópata asesino en serie. Si es que hay una conexión entre los asesinatos.

—En cuanto llegue el muerto a casa, me pongo con la autopsia. Así a lo mejor descubrimos si el arma homicida también fue un cuchillo africano.

Roland asintió y mascó chicle. Ansiaba un cigarrillo que le quitase el mal sabor de boca, y, tal como estaban las cosas, dudaba de poder mantenerse fuerte y no girar a comprar un paquete de Cecil. Empezó a sudar con solo pensarlo.

—Bueno, nos vemos. Saluda a Julie —dijo y se puso ante el volante.

Henry Leander asintió brevemente sin hacer ningún comentario y eso aumentó las sospechas de Roland de que esta vez ella estaba en su casa y no en un hotel.

33

El órgano sonaba un poco falso. Lo que cantaba la mujer que estaba a su lado en el banco no eran meras canciones populares. El ataúd estaba adornado con rosas blancas y lilas que ella misma había escogido, puesto que no conocía los gustos de su madre. Acababa de escuchar las pocas palabras del párroco sobre ella. ¿Qué iba a decir? Su única hija no había contribuido en absoluto. Tenía en el pecho una sensación de presión, pero no era tristeza, ese sentimiento lo conocía muy bien. Le recordaba más a la mala conciencia, la vergüenza u otra cosa indefinible. Mientras la congregación cantaba y el párroco le daba la espalda desde el altar, ella recorrió con la vista la iglesia de Nuestro Salvador y a los pocos asistentes. Seguramente no había más que los que se solían congregar cualquier mañana. El funeral de una desconocida no era algo que atrajese a mucha gente. Volvió a centrar su atención en el salmo 729 de Det Danske Salmebog, el Libro de Salmos de la Iglesia de Dinamarca. Era imposible cantar con el tono alto de la cantante de la iglesia, así que se conformó con leer el texto y pensar en su significado:

Y cuando por mandato del Señor
nuestro reloj de arena expire,
un eterno verano en casa de Dios
en el Paraíso encontraremos.

Había elegido el salmo «El bosque se está marchitando» porque siempre le gustó y pegaba con la época del año. Miró el ataúd esperando que su madre encontrase el paraíso del que trataba el salmo, aunque pensaba que esa maldición que pesaba sobre la familia le había quitado el derecho de obtener un puesto entre los elegidos de Dios. Kamilla no había ido a un entierro (ni tampoco a la iglesia) desde el de Rasmus. La tristeza por su

pérdida se incrementó. Peleó por contener las lágrimas, pero le fue imposible. La mala conciencia creció. Ahora estaba en el funeral de su madre llorando por su hijo. El susurro del órgano puso punto final cuando se cantó el último verso. Respiró hondo para controlarse. Lentamente, la gente se dispuso a salir de la iglesia.

Junto a la tumba solo estaban ella, un matrimonio, que podían ser vecinos de su madre y que se habían sentido obligados a comparecer, y una mujer a la que no conocía. También había cuatro extraños que el cura le había ayudado a encontrar, pues no había nadie que pudiera cargar con el ataúd. Todo parecía horrible y triste. Sentía tanta pena por su madre que tuvo dolores físicos. Llegar al descanso eterno sin nadie a tu lado ni que te eche de menos. Al mismo tiempo, vio ante sus ojos que pronto tendría que cambiar su vida si no quería acabar como ella.

Cuando acabó la ceremonia se quedó de pie junto a la tumba, con la mente en blanco, y se dio cuenta de que la desconocida también seguía allí. Cruzaron una mirada y sus rasgos le resultaron familiares. ¿De verdad podía ser alguien de la familia que había ido desde la costa oeste de Jutlandia hasta Horsens? Lo confirmó cuando la mujer, que llevaba una desgastada gabardina gris y un pañuelo azul en la cabeza, fue hacia ella y la miró con sus ojos grises.

—¿Eres la hija de Gloria? —preguntó con un acento que Kamilla identificó enseguida como del oeste de Jutlandia.

Asintió. Al oír el nombre de su madre, Gloria, que nunca usaba para dirigirse a ella, aparecieron viejos recuerdos: su padre llamándola débilmente desde el dormitorio cuando estaba enfermo y ella respondiendo seca desde la cocina sin acudir a su lado, o cuando él intentaba calmarla y repetía «Gloria, dulce Gloria» tantas veces que dolía y ella ni siquiera lo miraba. ¿Cómo una persona tan fría podía tener un nombre tan bonito?

La mujer tendió la mano, seca y agrietada de trabajar.

—Entonces tú debes de ser mi sobrina —dijo, y Kamilla imaginó que era una sonrisa lo que veía en sus descoloridos labios. Dudando, correspondió al apretón de manos. Había un cierto parecido con su madre, ahora lo veía. Los mismos ojos pálidos con expresión de miedo. Quizá también ella había abandonado la Misión Interna y temía el castigo de Dios.

—Gracias por haber venido. Es un viaje largo —contestó Kamilla deseando que con eso fuese suficiente, pero la mujer se quedó allí como si quisiera más.

—Tenía que cerciorarme de que Gloria fuera enterrada como Dios manda —contestó la mujer, que no se había presentado. Seguramente supuso que la hija de Gloria ya sabía quién era ella.

Kamilla no respondió a ese comentario, pero se alegró de no haber elegido la incineración, aunque tampoco se le había pasado por la cabeza. Cuando la mujer salió con ella del cementerio, le pareció algo frío despedirse sin prestarle más atención. Era difícil averiguar su edad porque tenía el cabello muy canoso, pero calculó sesenta y pocos, así que debía de ser la hermana pequeña de su madre.

—¿Te apetece tomar un café? —se oyó decir y se arrepintió al instante, porque la mujer asintió sin sonreír ni dar las «gracias», al menos por cortesía.

Se acordó de que había unas cuantas cafeterías en la calle Nørregade. Fueron en silencio y se arrepintió aún más de haber hecho esa oferta. Escogió la primera cafetería que se encontraron y le abrió la puerta a su tía. No había mucha gente y le pareció un buen sitio. Pidió dos cafés y se sentaron a una mesa junto a una ventana que daba a la calle.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

Fue lo único que se le ocurrió preguntar mientras esperaban al café. Quizá porque temía ofrecerle pernoctar en su casa.

—Tengo un coche pequeño, ha sido fácil. Solo he tardado unas tres horas en venir desde Agger. Seguimos viviendo allí. Ha sido un viaje bonito por la laguna de Nissum.

La mujer sonrió por primera vez, cosa que le favorecía. Se desató el pañuelo y se lo echó al cuello. Tenía el cabello gris, pero con ese tono que revela que fue rubio, igual que su hermana y que ella.

—¿No tienes hambre después de haber conducido tanto?

La tía negó con la cabeza. Cuando probó el café, sus ojos cobraron vida. Tenía finas marcas de sangre en las mejillas. Parecía exactamente lo que era: una pescadora de la borrascosa Jutlandia Oriental.

—Bueno, así que eres la hija de Gloria —dijo con calma y la miró de forma calculadora—. ¿Cuántos años tienes ya? ¿Treinta y seis?

—Treinta y siete —la corrigió Kamilla. Había cumplido años en julio.

—No sé mucho de ti, pero supongo que tu madre te ha hablado de tu tía Astrid.

Negó con la cabeza a modo de disculpa y tuvo que confesar que en los últimos años no había visto mucho a su madre.

—Ya, nosotros tampoco hablamos con ella después de que rompiera el contacto —dijo Astrid tranquila, y le dio otro sorbo al café.

—¿Qué rompió el contacto? Yo tenía la impresión de que fuisteis vosotros, porque mamá no vivía según vuestras normas —exclamó Kamilla, algo más animada gracias a la cafeína.

Astrid pareció un poco afectada, dejó la taza de café y miró a su sobrina a los ojos.

—Efectivamente. Padre y madre, tus abuelos, eran muy religiosos. Pero Orla y yo — dijo Astrid levantando el dedo anular con su anillo de boda para que Kamilla supusiera que Orla debía de ser su marido (y su tío)— intentamos seguir en contacto con ella, pero no quiso. «Si hay que romper lazos, tiene que ser con todos», me dijo una vez —explicó Astrid, que suspiró y la miró con los ojos brillantes.

A Kamilla le entró curiosidad. Había algo que no cuadraba. ¿Una familia podía separarse solo porque una hija escogiera otro modo de vida? ¿Dónde quedaban el amor y los vínculos familiares? No debería ser tan horrible crecer en un hogar cristiano. Al contrario. ¿El cristianismo no trataba justo sobre el amor y la tolerancia?

—¿Y qué pasó? ¿Por qué de repente mi madre se mudó a Horsens?

Astrid se retorció nerviosa en la silla como si fuese un tema del que no quería hablar.

—¿Gloria nunca te lo contó? —Kamilla negó con la cabeza—. Bueno, ya están todos ausentes. Tus abuelos murieron hace mucho y Gloria también ha muerto, así que no pasa nada si te lo cuento. —Dudó y continuó con un susurro teatral, como si temiera que alguien la escuchase—. De niña y de joven, tu madre era muy… —estuvo un buen rato pensando qué palabra usar—… rebelde. Madre era estricta con nuestra educación, que fue

la que recibió ella. Leía la Biblia de manera ortodoxa, como lo hizo su madre, tu bisabuela. Era prohibición tras prohibición. No podíamos bailar, beber alcohol, jugar a las cartas, disfrazarnos en carnaval ni escuchar la música que escuchaba la gente de nuestra edad. Y el trato con niños y después con chicos era impensable. Gloria no se adaptó. Hacía lo que quería y eso tuvo consecuencias fatales —explicó Astrid y frunció el ceño preocupada.

—¿Y tú, Astrid? ¿Lo aguantabas?

Negó con la cabeza lentamente.

—Tuve la suerte de conocer a Orla. También es de la Misión Interna, así que madre y padre enseguida lo aceptaron como buena persona, pero él no es tan ortodoxo como lo eran tus abuelos. Kamilla, tienes que entender que hay muchos grados de creencia y que no todos somos tan fundamentalistas, por usar una palabra moderna. Orla y yo somos creyentes, pero a nuestros hijos los hemos educado como cristianos normales: el amor y el perdón están por encima de la maldición y el castigo.

Esas eran las dos palabras que habían llenado la infancia de Kamilla. ¿Pero cómo cuadraba aquello, si resultaba que su madre había huido precisamente de esa creencia? Le echó más café a Astrid y se puso otra taza para ella. Astrid se quedó mirando por la ventana, abstraída en sus pensamientos.

—Supongo que tengo primos —le dijo Kamilla a su tía para que siguiera hablando. Astrid volvió en sí y sonrió débilmente.

—Sí, así es. Pero ya son mayores. Kristina vive en Londres y Mathias, en Copenhague. Estudia para sacerdote. Es un buen chico —añadió orgullosa.

Kamilla sonrió. Era extraño confirmar que tenía familia, aunque siempre había tenido esa sensación. Por lo que sabía, su madre no había sido hija única.

—¿Pero por qué mamá no quiso volver a veros? No lo entiendo.

Astrid volvió a apartar la mirada.

—Pasó algo que nos separó. Y la realidad es que fue culpa mía, porque durante muchos años me creí la versión de madre y no la de Gloria. Ahora

me arrepiento, pero ya es tarde. Quizá por eso tenía la necesidad de estar hoy aquí.

Kamilla vio el dolor en sus ojos. El pesar que provenía de cargar con una culpa que sabía que nunca le iban a perdonar. Ya había visto un sufrimiento así en alguna parte.

—¿Estás totalmente segura de que quieres saber qué pasó? —preguntó Astrid insistente. Kamilla sintió cómo el aire alrededor de aquella pequeña mujer casi se estremecía. Necesitaba sacarse de dentro lo que sabía, así quizá podría obtener el perdón que, evidentemente, su Dios no le había concedido—. A veces es mejor no saber la verdad.

Kamilla lo sabía. Si nunca hubiera sabido la verdad sobre Danny, ahora estaría ella con él y no Majken. Se limitó a asentir.

—Nuestro hermano tenía entonces siete años. Un hijo tardío y el ojito derecho de padre y madre. Gloria debía de tener unos dieciocho…

—¿Vuestro hermano? ¿También tengo un tío? —interrumpió y se arrepintió enseguida de haber hablado, porque Astrid la miró con cara de pocos amigos, como si fuera una niña entrometida que interrumpía a los adultos.

—¿Seguro que quieres que te cuente esto? —preguntó de nuevo—. Debes saber que la verdad te cambiará la vida —dijo con tono amenazante.

Tenía demasiada curiosidad como para pedirle a Astrid que parase. Deseaba un cambio en su vida, aunque tenía miedo de que ese cambio al que se refería Astrid no fuese lo que deseaba.

Volvió a asentir con prudencia.

34

—¿Hoy también vas a llevarte el coche? —preguntó Pernille mientras untaba mantequilla en su trozo de pan francés y ponía una gruesa capa de mermelada de fresa.

—No, hoy no. Voy a seguir leyendo los papeles que me dio ayer la mujer del médico, así que me quedaré. ¿No ibas a usar el coche hoy?

En casa de su amiga empezaba a sentirse como en la suya. Se sentó en el banquito de la cocina con la espalda pegada a la pared y las piernas subidas y se calentó los dedos con una taza de café que colocó sobre la rodilla. Aunque eran más de las diez, seguía en pijama. Pernille había aparecido más tarde y alargaron el desayuno que Sabrina había preparado cuando tuvo que levantarse a causa de las náuseas matutinas. Tobias le dio un abrazo como agradecimiento por la comida y se fue al salón con Adam antes de que Pernille se levantara. Adam era un niño estupendo y Sabrina no pudo quitarle el ojo de encima mientras se comía la papilla. Se alegró mucho hasta que le tocó coger la cuchara. No veía a Peter haciendo eso.

—Sí, pero si necesitaras el coche, nos las apañaríamos —dijo Pernille sonriendo—. Oye, ¿qué sacas de esos papeles? —preguntó extrañada—. No van a cambiar el hecho de que tu madre muriera.

Sabrina ya sabía que Pernille no lo entendía. A veces ella tampoco, pero se había convertido en una obsesión averiguar qué pasó. Se preguntó si en el fondo no era más que una excusa para volver a Dinamarca y alejarse de Peter, pero no estaba segura. Después de haber leído acerca del asesinato de la enfermera, su investigación había tomado otro cariz y, si descubría que todo aquello no era una casualidad, iría a informar a la policía. Por tanto, no le contó todo a Pernille.

—Así conoceré a mi madre desde otra perspectiva. Solo tenía cuatro años cuando ella murió, por lo que nunca la he conocido muy bien. ¿Lo

entiendes?

Pernille asintió con la boca llena de pan y terminó de tragar antes de responder.

—Sí, ¿pero no es peor? Me refiero a conocerla.

—Creo que no. Hasta ahora me he enterado de que fui una niña deseada y de que fue Carola, y no mi madre, quien hizo que fuera infeliz y gorda.

Intentó sonreír, pero sabía que Pernille, que estaba delgada y en forma, opinaba que no siempre se puede controlar el cuerpo, tampoco cuando eres pequeño. Ya habían hablado de ello. Pero en esto no le daba la razón. Los niños no pueden responsabilizarse de si engordan o no. Los padres deben orientarlos hacia la comida sana y el ejercicio para que no sean infelices ni engorden porque comen para consolarse, como le pasó a ella. A lo mejor era más fácil decirlo. Se miró la tripa. Pero ahora pronto tendría la oportunidad de darle a un niño todo lo que ella no había tenido.

—Vale, vale, qué sé yo. Por suerte sigo teniendo a mis padres. Quizá yo haría lo mismo en tu situación —se rindió Pernille, y quitó la mesa.

—Friego yo los platos, tú vete —dijo Sabrina y estiró las piernas. Pernille le mandó un beso con los dedos desde el recibidor.

—Ten cuidado no vayamos a volvernos dependientes de ti —dijo amenazante y cerró la puerta sonriendo. Sabrina volvió a quedarse sola. Tanto como en el piso de Milán en cuando Peter se iba al trabajo. Aquí no se sentía tan abandonada, porque la gente a la que oía caminar por la calle hablaba una lengua que dominaba y comprendía; podía comunicarse con ellos si lo necesitaba. Se dio un baño y se vistió. Después lavó los platos y fue a por los papeles que le había dado Oda Winther el día anterior. Por la noche había leído mucho antes de que empezaran a pesarle los párpados, pero aún quedaban algunas páginas. Como las cartas que había escrito Louise Engtoft, las notas de Ole Winther hablaban de grandes mejoras en la enfermedad de Josefine. No entendía todo lo que estaba escrito porque había nombres en latín y denominaciones que no conocía. Además, la letra del médico no siempre era legible. Se puso otra taza de café y se sentó en el banquito. Esperaba comprender por qué su padre le había pedido al doctor Winther que cesase el tratamiento, pero el médico lo pasaba por alto. Lo último que había escrito era una breve nota diciendo que lo había

suspendido y que otro médico se encargaría de ella. Después no decía nada más. Sabrina se quedó con una sensación de decepción profunda. Lo único que había sacado en claro de los papeles era que Louise Engtoft había dicho la verdad. Ole Winther había comentado muchas veces que era una enfermera competente. ¿Quién había querido matarla y cuánto tiempo llevaba la policía investigando? Sabía que habían hablado con Gustav y Carola y que ella no les servía para nada, ya que entonces tenía cuatro años. ¿O sí les servía? ¿Ayudaría a la policía si les contaba lo que sabía?

Le sonó el móvil y dio un respingo.

—Dígame —dijo sin mirar el número y se dio cuenta de que era alguien a quien conocía. Quizá Peter, al que le había dejado mensajes en el contestador tras muchas llamadas en vano.

—¿Sabrina Dahl?

Respondió afirmativamente y escuchó, no muy sorprendida por la pregunta. Era una de esas periodistas cuya llamada estaba esperando. Era cuestión de tiempo que averiguasen que pertenecía a la familia para la que trabajaba la enfermera poco antes de su muerte. A los periodistas no les importaba que no supiera mucho del tema, solo querían historias llamativas. Aun así, accedió a que la periodista se pasase a hablar con ella. A lo mejor le podía dar más información y orientarla, porque no estaba demasiado contenta con sus avances.

—Anne Larsen —se presentó la periodista cuando entró en el recibidor. Tras la puerta había tanta ropa colgada que apenas se podía abrir. No había tardado mucho en llegar desde la redacción.

Se sentaron a la mesa de la cocina y la periodista aceptó una taza de café.

—Casi nos cruzamos en casa de Oda y Ole Winther, el médico —dijo Anne para arrancar la conversación.

—Ah, ¿sí? No lo sabía. —Sabrina se sorprendió de que la prensa hubiera estado allí.

—Estabas subiendo al coche cuando llegamos. Bonito coche con la pegatina de «No a la UE». Yo también apoyaba el «no».

Anne Larsen bebió café y le lanzó lo que parecía ser una mirada de solidaridad femenina que incomodó un poco a Sabrina. Nunca había tenido

opiniones políticas. Le aburría mucho el tema, así que lo dejaba en manos de Peter. Por lo que sabía, él estaba muy a favor de la Unión Europea. En opinión de Sabrina, daba igual quién estuviera en el poder y si Dinamarca formaba parte de la Unión Europea o no. No condicionaba su vida diaria, solo cuando empezaban a enredar con cosas que tenían que ver con los enfermos y los moribundos.

—Es que estoy usando el coche de mi amiga —se evadió Sabrina.

—Ah, sí. Tú vives en Italia, ¿no? —preguntó la periodista, aunque era lógico que ya lo supiera.

—Sí. Mi marido trabaja allí y me cogí la excedencia para ir con él. Dentro de medio año o así volveremos a Dinamarca.

—Italia es preciosa, ¿verdad? —prosiguió Anne.

—Sí, sobre todo el sur.

—Pues el inspector que investiga los asesinatos es del sur de Italia. ¿Has hablado con él?

Se dio cuenta de que era una inteligente táctica para sacarle información, pero pudo responder sinceramente que no había hablado con la policía, lo cual pareció alegrar a la periodista. Había llegado la primera al banquete.

—Oda Winther me contó que te llevaste unos papeles que escribió el médico. ¿Los sigues teniendo? —preguntó Anne mientras sonreía con amabilidad. Aun así, tenía un brillo codicioso en los ojos.

—Esos papeles tratan sobre la enfermedad de mi madre y no son asunto de la policía. Y mucho menos de la prensa —contestó.

Se dio cuenta de que había sonado muy brusca. A la periodista se le escapó un gesto de enfado, pero se controló y adoptó una expresión seria.

—Todo lo que concierne a la enfermera asesinada es un asunto primordial tanto para la policía como para la prensa. Nosotros, la prensa, te pagaríamos por ver esos papeles —dijo y la miró a los ojos—. ¿No hay también unas cartas que le escribió a tu abuela?

—Esas cartas también hablan únicamente de la enfermedad de mi madre y son privadas —contestó con la misma seriedad e intentó moderar su indignación.

La periodista se recostó en la silla, enfadada, y pareció sopesar cómo explicar la gravedad del asunto. Luego se inclinó hacia la mesa.

—La policía está investigando dos asesinatos; más bien, tres. Esta mañana han encontrado el cuerpo de una mujer en el bosque de Marselisborg. Seguro que no has oído las noticias en la radio —supuso—. Están haciéndole la autopsia en este mismo momento y, si se demuestra que es el autor del crimen es el mismo, estaremos hablando de un asesino en serie. No es una expresión que nos guste mucho a los daneses, ¿no?

Sabrina se retorció intranquila en el banquito de la cocina y bajó la vista. ¿Otro asesinato? ¿Qué había pasado? ¿Podía estar relacionado con el de la enfermera de su madre? Empezó a dudar de que pudiera resolver aquello sola, pero respondió lo más tranquila que pudo.

—Sigo sin ver qué tiene que ver todo esto con la enfermedad de mi madre. Es una casualidad que trabajase en casa justo antes de desaparecer. Nadie sabe si iba después a otro sitio y esas tragedias pasan cuando uno menos se lo espera. El lugar equivocado en el momento equivocado.

Sabía que sonaba banal, pero lo que más deseaba era que la periodista se largase. ¿Cómo se atrevía a ir allí a curiosear sobre la enfermedad de su madre y a intentar sobornarla?

Anne Larsen se puso de pie con vehemencia.

—No puedo obligarte a entregarme esos papeles, claro, pero cuando se entere la policía, ellos sí podrán. Vendrán con una orden de registro y no podrás hacer nada.

Sabrina lo percibió como una amenaza, aunque en los ojos de la periodista solo había preocupación. Aparentaba triste con ese párpado que le colgaba un poco; parecía una cicatriz. Se arrepintió un breve instante de haberse expresado de forma taxativa. No había sido su intención mostrar su negativa con tanta claridad. La periodista solo estaba haciendo su trabajo. Pero ya era tarde para suavizar el tono. Para su alivio, el móvil de la periodista sonó en la mochila. Respondió con un tono de enfado. Escuchó mientras miraba a Sabrina.

—Voy ahora mismo —dijo y colgó—. Lo siento, me tengo que ir. Rueda de prensa en la Jefatura de Policía sobre el último asesinato. Seguro que han identificado el cadáver de la mujer y han averiguado que los asesinatos están relacionados. —De repente se inclinó hacia ella con las manos apoyadas en el borde de la mesa y los dos rostros se quedaron muy cerca.

Sabrina notó el aliento de Anne Larsen en la cara y la voz adoptó un tono ligeramente amenazante—. Estoy segura de que tienen algo que ver con tu madre: una víctima es su enfermera; otra, un médico al que la policía aún no ha podido relacionar con la enfermera y, ahora, una mujer. —Se incorporó y se puso la mochila—. Si la policía averigua que Helge Vangberg, el médico asesinado, y esta mujer tienen relación con tu familia, te prometo que tendrás que entregar esos papeles.

Sabrina acompañó en silencio hasta el recibidor a la periodista, que se giró y la miró con insistencia.

—Creo que tienes que colaborar, Sabrina. ¿Has pensado en que, con lo que sabes, incluso tú podrías estar en peligro?

Sabrina cerró de un portazo, se quedó con la espalda apoyada en la puerta y oyó los pasos que bajaban rápidamente las escaleras. Cuando se hizo el silencio, comenzó a temblar. La periodista había nombrado a Helge Vangberg. Fue al banquito y empezó a revolver los periódicos. Encontró el ejemplar en el que aparecía el nombre del médico. No había reparado en él cuando leyó el artículo por primera vez. Buscó las notas de Ole Winther y volvió a leer las últimas líneas.

He suspendido el tratamiento por deseo de la familia. Derivado al doctor Helge Vangberg a 1 de diciembre de 1983.

35

Isabella entró acalorada en la oficina de Roland y le contó que habían encontrado a Knud Engtoft. Había usado la tarjeta de crédito en la tienda del *camping* Blommehaven… Un gesto no demasiado inteligente.

—No lejos del lugar donde se encontraron los cuerpos —hizo constar Roland.

Estaba aliviado por otra rueda de prensa que había terminado bien. Kurt Olsen había insistido en que estuviera presente en la rueda de prensa después de la autopsia, que había sido peor que las otras. La ventilación no acompañó y Roland seguía con náuseas. Una vez se olía ese hedor, ya no se olvidaba. Era empalagoso y putrefacto y se pegaba a la ropa, al pelo y a todas partes. Entonces, justo cuando pensabas que ya había pasado, volvía de forma inesperada a las fosas nasales. Identificaron a la mujer como Annemette Knudsen, de cincuenta y dos años y camarera de uno de los mejores clubes nocturnos, el NightCap, en la calle Thorvaldsensgade. A primera vista no tenía relación con el médico y la enfermera, salvo por el hecho de que el arma homicida podía ser la misma con la que mataron a Helge Vangberg. El estado del cadáver se lo puso difícil a Henry Leander, pero el *modus operandi* parecía el mismo. Muchas cuchilladas fuertes en la caja torácica, habían alcanzado una costilla y la marca que habían dejado mostraban que podía ser un cuchillo con la punta tronchada, pero también podía haber sido de otra clase. No había restos de semen ni signos de violación.

—Pero, de nuevo —dijo Leander con un suspiro—, hay muchas cosas que no vemos en un cadáver tras cuatro días. Las fibras extrañas que tenía en la boca también estaban en los pulmones. Parece pelo, pero pelo de animal. Las he mandado al laboratorio para ver de qué son. A lo mejor pertenecen a su perro o gato. Si es que tenía, claro.

El momento de la muerte quedó fijado en la noche del sábado al domingo. Leander no se atrevió a afinar más. Niels Nyborg fue a hablar con el propietario del club, que pensaba reunir al personal para saber a qué hora exacta se fue la camarera a casa y si se fue sola.

—Presiento que ya hemos pillado al asesino. Aparentemente, cuando no está en África vive en un *camping*. Es raro que no se quede en un bosque o un sitio así donde pueda guardar mejor el anonimato—dijo Isabella y Roland la miró.

—Está prohibido acampar en áreas de descanso, calles, bosques y playas. Los lugares donde nadie se percataría de su presencia están tan adentro en el bosque que no podría llegar a ellos con la caravana. Pero si de verdad quería esconderse, un *camping* lleno de gente no es lo más inteligente.

Isabella asintió.

—¿Han encontrado huellas en la cánula?

—Aún no sabemos nada y tampoco han encontrado más cánulas. Kurt ha mandado a unos peritos para investigar la zona más a fondo.

—¿No confía en nosotros? —preguntó Isabella ofendida.

—Parece que no; en cualquier caso, se ha decidido que vayan. Quizá fue Knud Engtoft. Vamos a tener que ir a charlar con él.

Isabella parecía estar lista para ir con Roland, pero él no quiso llevarla. No se sabía lo que les podría esperar en la caravana y prefería ahorrárselo por ahora. Tenía que encargarle otra tarea y llamar a Mikkel Jensen.

—Me gustaría que te encargases junto con Kim de investigar el pasado de Helge Vangberg, de Bente Louise Engtoft y de… —Miró el informe de la autopsia para refrescar el último nombre—… Annemette, así tendremos todas las conexiones. Pueden haber sido pacientes del médico, por ejemplo. Todo tiene interés. ¿Puedes decirle a Mikkel que venga?

Prefirió no mirarla para no ver su decepción, pero oyó su voz diciendo «vale» y salió sin cerrar la puerta.

Mientras se acercaban al *camping*, situado en el bello bosque que había a ambos lados de Ørneredevej, tuvo que reconocer que el Blommehaven no era el peor sitio para quedarse si se quería ir de *camping*. Una parte daba al

mar. Estaba a solo cinco kilómetros del centro de Aarhus, en el bosque más bonito de Dinamarca, según decía la gente de allí. Tenía un montón de comodidades. Los suegros de Roland acampaban allí todos los veranos, lo que les daba la excusa perfecta para ir constantemente a visitar a su hija y su viejo chalet. Cuando iban, siempre se comportaban como si siguieran viviendo allí. Volvió a pensar en la mansión de Skåde y no pudo reprimir un profundo suspiro.

—Qué bonito es esto, ¿no? —dijo Mikkel, embelesado, mientras miraba por la ventanilla.

Roland asintió. No esperaba encontrarse con Dagny y Carl Ernst pues, por suerte, la temporada de *camping* había acabado a principios de octubre aunque el verano se hubiera alargado. Cuando bajaron del coche, enseguida les llegó el olor a mar, a bosque y a la habitual comida asada de *camping*. Una trabajadora les dio la bienvenida cordialmente, les informó de que la parcela fija de Knud Engtoft era la 300A y señaló en dirección al mar.

Tardaron un poco en encontrar el sitio. Vieron aparcada una vieja caravana Wilk con rayas azules y el logotipo en la parte trasera, al lado del nombre del distribuidor. En el techo había una antena de televisión torcida. Las cortinas estaban echadas y no parecía que allí viviera nadie. Roland llamó a la puerta y, tras un rato, oyó ruido dentro y una somnolienta voz ronca preguntó quién era.

—Brigada Criminal —dijo y volvió a escuchar.

Mikkel estaba detrás de él sondeando el terreno. La puerta se entreabrió lentamente y algo que parecía un hombre salvaje asomó la cabeza.

—¿Tenéis las placas? —preguntó y miró nervioso a su alrededor hasta detenerse de repente en Mikkel. Roland los presentó formalmente y se preguntó por qué un hombre tan entrenado podía tener miedo allí. Le mostraron las placas. Knud Engtoft les hizo pasar.

Aquello era más estrecho y estaba más cerrado que el despacho de Roland. A cada aliento se percibía la mala calidad del aire. Se sentaron en una especie de sofá de esquina de felpa con dibujos de flores y hojas en tonos marrones. En la esquina había un cojín que no pegaba. Roland tuvo que meter tripa para caber entre el respaldo del sofá y la mesa plegable, que tenía encima un hule manchado, también de tonos marrones, y un paquete

de cigarrillos Dunhill Lights puesto en un cenicero metálico de color plata y azul que seguramente había comprado en África. Roland miró nostálgico al paquete de tabaco y masticó el chicle con más energía. Knud Engtoft se rio y los azules ojos se movieron con rapidez, como solo los de un aventurero de verdad podían hacerlo.

—Parece que hay alguien que está dejando de fumar —dijo con voz burlona.

Sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió con un movimiento exagerado y dio una profunda calada. Después, tendió el paquete a Roland y a Mikkel, que lo rechazaron. Les echó lentamente el humo a la cara y se sentó en un pequeño taburete plegable que parecía a punto de romperse. Por el brazo ascendían unos tatuajes cuyos motivos costaba distinguir, parecían marcas azules en una piel demasiado bronceada. Roland supuso que seguían por la espalda. El pelo era fino y gris y estaba recogido en una coleta a la altura de la nuca, pero, por lo demás, tenía unos rasgos bellos y, de jóvenes, Bente Louise y él debieron de formar una bonita pareja.

—¿Sabéis —comenzó a decir Knud, que tiró el paquete de tabaco y un cigarrillo salió rodando por la mesa— que la industria tabaquera ha empezado a apostar por los países menos desarrollados porque en Occidente todos estáis dejando de fumar? —Les lanzó una mirada acusatoria—. Buscan las zonas donde viven niños y les dan cigarrillos gratis para engancharlos. Eligen países con legislación permisiva. —Bufó y echó el humo por la nariz—. De ese modo, las grandes empresas han doblado sus ingresos en vez de perderlos. Eso es lo que provocáis dejando de fumar.

Dio otra calada y miró a Roland a los ojos cuando echó el humo por la boca. Sus ojos reflejaban una gran sabiduría vital. No había duda de que habían visto un poco de todo. ¿Pero también habrían visto morir a Bente Louise, su cuerpo hundiéndose en el pantano hacía veinticinco años?

—Bueno, ¿qué quiere de mí la Brigada Criminal? ¿Tiene algo que ver con Louise? — preguntó de improviso.

Roland se tensó en el estrecho sofá. Tenía espasmos en las piernas. No necesitaba sentirse culpable por que la industria del tabaco les vendiera cigarrillos a los niños en los países menos desarrollados. Al mismo tiempo,

se acordó de por qué odiaba los *campings*. En cualquier caso, la pregunta directa de Knud también lo impresionó. O era un hombre sin escrúpulos, o un psicópata sin conciencia.

—Pues sí, queremos hablar de tu esposa —contestó con tranquilidad.

Notó de pasada que Knud ya no llevaba anillo de casado. Bente Louise tampoco, pero quizá había desaparecido entre el lodo del pantano.

Knud se levantó a por el cenicero y Roland aprovechó para inspeccionar la caravana con la vista, algo que ya había hecho Mikkel, que se había quedado pálido. Una de las paredes estaba llena de estantes con *souvenirs* africanos. Máscaras, animales salvajes tallados en madera, joyas, cuernos de antílope y otros bóvidos africanos. Mikkel le dio un discreto codazo y señaló con la cabeza hacia una esquina a la derecha de Knud, que estaba vaciando un cenicero en el cubo de basura. Roland vio el rinoceronte de ébano negro que descansaba en el estante.

—Si queréis saber quién la dejó en aquel pantano, no me preguntéis a mí, no lo sé. — Se volvió a sentar en el pequeño taburete y colocó el cenicero en el centro de la mesa, de modo que el olor llegó a las fosas nasales de Roland—. Pero intenté advertiros a través de la prensa. ¿Veis cómo decía la verdad?

No parecía cargar con ningún sentimiento de culpabilidad, de hecho, parecía un hombre sin cargas, pero Roland comenzaba a dudarlo.

—¿Entonces fuiste tú quien llamó al Dagens Nyheder? —preguntó Mikkel.

—Claro, coño. Quería advertiros y pediros que estuvierais en guardia.

Si no hubiera sonreído triunfal cuando lo dijo, habría parecido un gesto amable, pero Roland puso un semblante serio.

—Si querías advertirnos y ponernos en guardia, ¿es que temes por tu vida?

Los ojos de Knud vacilaron un breve instante, pero volvió a sonreír.

—¡¿Yo?! Yo no temo una mierda. Bueno, sí, a un león entre un matorral y el sonido de la trompa de un elefante —respondió con seguridad.

—¿Y de quién nos estabas advirtiendo? —Mikkel comenzaba a tener ese tono de enfado en la voz que siempre ponía alerta a Roland.

—Eso creía que lo averiguaría la policía. A Louise la mataron, no hay duda. Supuse que al asesino no le gustaría que saliera a la luz. Camina con seguridad y cree que está todo en orden, hace muchos años que se olvidó: el crimen perfecto. Y ahora, de repente tiene que andar con cuidado otra vez. Debe de haber alguien que sepa algo y querrá acabar con ellos antes de que abran la boca. —Knud meneó la cabeza como diciendo «yo qué sé». Apoyó la espalda en la nevera y los miró—. A veces es mejor dejar de mirar al pasado y dejar a los muertos en paz.

—¿Tú sabes algo? ¿Te da miedo el asesino? —lo provocó Roland.

Knud parecía inquieto; volvió a levantarse y abrió la mininevera, que solo contenía una lata de cerveza.

—¿Queréis una? —preguntó y cerró de golpe cuando los agentes dijeron que no. Abrió la lata y salió espuma, pero no respondió a la pregunta de Roland.

—¿Por qué has vuelto a Dinamarca? ¿Solo para advertirnos? —preguntó Mikkel con sarcasmo.

—También tengo cosas que cuidar aquí. No soy ciudadano africano. Dinamarca es mi país natal, aunque ame tantísimo África. Hay mucha gente que necesita ayuda en ese continente olvidado —contestó; luego bebió de la lata y se secó los labios.

—¿A qué te dedicas en África?

—Bah, de todo un poco. Hago de guía para turistas con ganas de aventura que necesitan experimentar la emoción de estar cerca de animales salvajes.

—¿Da para vivir?

—Bueno… me las apaño.

—¿Diriges cacerías? ¿Drogas a los animales? —preguntó Mikkel.

—He estado en unas cuantas cacerías, sí. Pero, ¿drogar animales? No, no hacemos eso. Los disparamos. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero con más fuerza de la necesaria—. ¿Adónde queréis llegar con esas preguntas? Os he ayudado lo mejor que he podido. Ahora os toca a vosotros.

Roland observó los numerosos objetos africanos con una mezcla de admiración y asco. Algunos eran bellas obras de arte, mientras que otros directamente eran horrorosos. Las máscaras, por ejemplo.

—¿También tienes cuchillos en tu colección? —preguntó.

Knud asintió con fervor.

—¡Un montón! Cuchillos de caza, puñales, machetes… ¿Por qué lo preguntas?

Roland estaba perplejo. O Knud Engtoft era un astuto tipo que podía mentirle incluso a un detector, o bien era tonto. O estaba tomándoles el pelo.

—El rinoceronte ese de ahí. ¿Tienes más?

Knud asintió y lo miró.

—Por desgracia, no vendo mis cosas —contestó Knud como si hubiera entendido mal la pregunta.

—Parecen muy duros. Dicen que el ébano no se rompe así como así, hace falta mucha fuerza, ¿verdad? —Mikkel estaba impacientándose.

—Si el ébano tiene fallas como el *brittle heart*, puede romperse.

Knud parecía no saber por qué le hacían esa pregunta.

—¿Qué es el *brittle heart*? —preguntó Mikkel antes de que Roland abriera la boca para preguntar lo mismo. En la lengua danesa se estaban introduciendo muchas palabras extranjeras.

—Seguramente lo conocéis como acebolladura o pata de gallo. Se debe a hongos que atacan la madera.

Roland negó con la cabeza. No sabía de árboles ni de sus enfermedades. El jardín era cosa de Irene y al haya de la entrada nunca le había pasado nada.

—Pero el desarrollo de las vetas también puede influir en la resistencia, la fuerza depende de la dirección de las fibras. Yo he comprado un par de figuritas de madera que tenían ese defecto, pero como están para adornar, no pasa nada. Las hace un viejo artesano de un pueblo pobre de las montañas. Sabe un montón de árboles, me lo ha contado él. Suelo comprar varias a la vez, así tiene dinero para que la familia coma — continuó Knud con aire piadoso.

—Por lo que veo, solo tienes un ejemplar. ¿Dónde está el resto?

—Regalo muchos. A Louise le di un par. —Bajó la mirada hacia la mesa y rascó el hule.

—¿Qué pasó la noche que desapareció?

Roland se recostó para ver si se le iba el calambre de la pierna.

—Joder, hace muchos años de eso. Pero tenía que haber ido a buscarla —masculló con la voz ronca—. Siempre iba a por ella cuando visitaba de noche a algún enfermo. No volví a verla —resopló y se limpió la nariz con la palma de la mano. Tenía los ojos rojos.

—¿Tienes coartada para las noches del viernes y del sábado? —preguntó Roland.

—Son los días en los que se han cometido los nuevos asesinatos, ¿no? Lo he leído en el periódico. —Los ojos volvieron a expresar terror—. No he hecho nada. El viernes por la tarde llegué en avión y fui en autobús del aeropuerto a la estación. Lo pueden confirmar el conductor y en información. —Hizo memoria—. El sábado estuve durmiendo porque estaba cansadísimo del viaje. Y por la noche me fui a beber.

—¿A beber? ¿No irías a un club nocturno?

—No, no voy a clubes en Dinamarca, son un coñazo. Fui a una taberna en Nørregade, no recuerdo cuál.

Roland asintió.

—Vamos a verificarlo, pero si no se sostiene, ¡espero encontrarte aquí!

Era una orden, se le notó en la voz.

En cuanto salieron de la caravana oyeron que Knud Engtoft echaba el cerrojo.

—¿No deberíamos llevárnoslo? —preguntó Mikkel.

—¿Por qué motivo? ¿Por tener un rinoceronte de ébano negro?

—Porque tiene cuchillos africanos y ha estafado al ayuntamiento —lo increpó Mikkel. A Roland no le gustó el tono. Mikkel parecía creer que ya lo habían ascendido.

—Fue su mujer quien estafó, y no es ilegal coleccionar *souvenirs* africanos y cuchillos si no vas por la calle con ellos.

—Pero quizá sí hizo algo ilegal el viernes o el sábado —replicó Mikkel.

Se subieron al coche y Roland se puso el cinturón de seguridad.

—¿Safari? ¿Se gana tanto de guía turístico en un safari como para permitirse todos esos viajes de ida y vuelta a África varias veces al año? Si

los daneses quieren estar cerca de animales salvajes, ¿por qué no van al Safari Ree Park de Ebeltoft y ya está?

La pregunta quedó en el aire sin respuesta.

—¡Me apuesto una birra a que no encontramos ni al taxista ni a nadie de información que pueda confirmar su historia!

Mikkel dio un fuerte tirón al cinturón y se lo abrochó.

—Pues entonces vendremos a por él —confirmó Roland y salió marcha atrás de la parcela 300A.

Las cortinas de la caravana se abrieron un poco y los ojos de Knud observaron el bosque.

—Está asustado por algo —murmuró Roland—. ¿Qué narices será?

—Seguro que por los leones y por el ruido de los elefantes —respondió Mikkel enfadado y miró con desgana por la ventanilla.

36

Por suerte, no todos los cadáveres que llegaban a su mesa habían sido víctimas de un delito. También ingresaban en el Instituto Forense cuerpos para que averiguase la causa de la muerte. Solían ser personas que habían muerto repentinamente, en muchas ocasiones debido a un paro cardiaco. La mayoría de las autopsias mostraban una muerte natural. El año anterior solo veinticinco autopsias de las cuatrocientas setenta y ocho practicadas dieron como resultado una muerte violenta. Pero cada vez le venía el mismo pensamiento a la cabeza: estate siempre preparado para la muerte; llega cuando menos te lo esperas.

Clavó la aguja en la estupenda piel y tiró del hilo. Podía parecer innecesario coser el cadáver cuando iban a enterrarlo o a incinerarlo, pero había que hacerlo por razones éticas y cristianas. Todos tenían derecho a llegar allí con la mayor dignidad posible.

Acababa de terminar la parte rutinaria de la autopsia. Una rutina que realizaba sin pensar en mucho más que en hacer su trabajo correctamente. Primero había hecho el llamado corte en Y. Había buscado heridas en las costillas y cortado la caja torácica para poder examinar el corazón y los pulmones. Desde el corazón tomó una muestra de sangre que examinaría buscando alcohol, narcóticos y otros productos venenosos. En aquel caso, el hombre no era anónimo y no se trataba de un delito, por lo cual la sangre no se iba a usar para hacer análisis de ADN con intención de identificarlo, tampoco como material de prueba, como habría sucedido en un caso de asesinato. Había extraído todos los órganos, los había pesado y examinado minuciosamente. También examinó la cabeza. Buscó sangrado en las orejas, golpes en los dientes y puntos de sangre en los ojos, que podían ser señales de asfixia. Revisó el cuero cabelludo pelo por pelo y después retiró la piel del cráneo y lo cortó con una sierra para examinar el cerebro. Tal y como

estaba el hombre sobre la mesa, era difícil ver que lo había examinado de arriba abajo. La cabeza y la cara no tenían puntos de sutura, se los había puesto en la zona de la nuca. Solo los puntos en Y que se extendían desde la entrepierna hasta casi la clavícula revelaban que Leander había usado el cuchillo. Otro número más para la estadística del modo de vida poco saludable de los daneses. Aunque el fallecido no tenía un sobrepeso digno de mención, el interior desvelaba que no estaba sano.

A lo largo de la pared de azulejos blancos había una mesa metálica con fregaderos de agua fría y caliente para lavar. Los grifos eran tubos largos y claros que llegaban bastante lejos. La mesa metálica se encontraba debajo de una serie de ventanas que daban buena luz a la sala. No fue difícil adaptarse a las nuevas salas del edificio 18B del Hospital Universitario Skejby, aunque la primera época, antes de que desembalasen las cajas y de que los obreros terminasen el trabajo, fue caótica. Era distinto al antiguo y concurrido instituto, donde, debido a la falta de espacio, debían usar las dos «casetas de obras» cuando tenían que hacer trabajo de oficina, organizar reuniones o comer. El Departamento de Química Forense también se había mudado allí. Durante muchos años estuvo a tres kilómetros, en un laboratorio del hospital psiquiátrico de Risskov, lo cual hacia la colaboración bastante complicada. Ahora estaba dividido en dos departamentos: el de Química en la primera planta y el de Patología y Medicina Clínica en la planta baja y el sótano, con acceso para ambulancias. La estrecha colaboración favorecía las labores de investigación.

Lavó los instrumentos, se quitó los guantes y estiró la espalda. Estar inclinado sobre la mesa de metal no era una postura ergonómica. Si no daba largos paseos por el bosque con los cazadores y no hacía la misma rutina establecida por los cinco ritos tibetanos cada mañana tras lavarse los dientes, sucumbiría sin duda a la artritis. Pensar en la caza le volvió a recordar al médico Helge Vangberg, con quien tendría que haber estado el sábado. Algo había despertado su interés cuando recibió los resultados de las muestras de tejido que había mandado a examinar. Se lo había mencionado a Julie mientras desayunaban y ella se mostró de acuerdo en que podía ser importante para el caso. Sonrió al pensar en ella y miró el

reloj. Habían quedado para almorzar y ya tenía ganas de verla. Había sido un soplo de aire fresco en su vida, aunque nunca había soñado con que ninguna mujer pudiera reemplazar a Mary. Lo único que le remordía la conciencia era pensar en su marido. Estaba muy en contra de la infidelidad. Percibía que Roland Benito tenía sospechas, pues le habló del matrimonio de Julie. Pero ella siempre le había dicho que quería pedir el divorcio. Que su matrimonio había acabado hacía muchos años. El marido nunca estaba en casa, así que no habría mucha diferencia si lo dejaba. «Te quiero a ti, Henry —le había dicho—. Te prometo que voy a hablar pronto con Asger». Pero nunca lo hizo. Se conocían desde hacía mucho y, si no sucedía algo pronto, tomaría cartas en el asunto. Compartir su vida y sus intereses con Julie (la caza, los insectos, resolver asesinatos y mucho más) suponía una perspectiva de futuro. En cuanto se separase, estaría libre para él. Tenía ganas de presentarla como su esposa. De llamarla señora Leander, un nombre que se había acostumbrado a no volver a decir. Hacía planes sobre qué se le podía ocurrir para sorprenderla. Como no era especialmente romántico, aquello suponía un gran cambio. Habría estado bien poder pedirle consejo a Roland. Los italianos eran tan románticos que seguro que a él se le habría ocurrido alguna idea. Pero todavía no podía ponerse a ello. Era un hombre de honor y de moral recta; el matrimonio era algo sagrado para él. Esa era una de las razones por las que no le había hablado a su amigo sobre el *affaire* con Julie. No podía contarle nada hasta que estuviera listo el divorcio.

Antes de acabar de limpiar, Julie llamó a la puerta y asomó la cabeza. No podía entrar, ya que el acceso requería una ropa distinta a su chaqueta beis y sus botas negras.

—Ya casi he terminado, cariño. ¡Dos minutos! —le gritó. Ella sonrió y asintió antes de cerrar la puerta. Él alcanzó a ver que estaba guapísima.

Su intención era ponerse en contacto con Benito para notificarle el resultado de la muestra de tejido. Estaba seguro de que demostraba que el asesino conocía a su víctima. La teoría de Julie de que el motivo era personal no se podía descartar, pero primero quería comer con ella.

37

—¿De verdad fue tan hijaputa? —preguntó Nicolaj, no sin reírse, y dio un gran mordisco a un trozo de *pizza*.

Anne meneó un poco la cabeza. No se había recuperado del todo de su cita con Sabrina Dahl y de su actitud hostil.

—Creo que aún no ha comprendido la gravedad del caso. Yo esperaba que en la rueda de prensa desvelasen que había relación entre el médico, la enfermera y la camarera. Eso la habría asustado, pero la policía aún no ha encontrado pruebas.

Suspiró y se limpió la boca con una servilleta.

Habían pedido *pizza* en Just-Eat.dk. Ninguno tenía tiempo de ir a recogerla. La enfermedad de Thygesen había empezado a ser preocupante. Hicieron una colecta y le mandaron a casa un ramo de flores con el mensaje «Que te mejores». Como no eran muchos, el ramo no era muy grande, pero la intención es lo que cuenta. Kamilla estaba callada, pero no podía ser únicamente por la enfermedad del jefe. Desde el entierro no había hablado mucho y parecía estar en otro mundo. Evidentemente había sido traumático. Durante un breve instante pensó en su madre, a la que llevaba muchos años sin ver. Ni siquiera sabía si seguía viva, pero tampoco le preocupaba. Se puso a recoger las cajas vacías de *pizza*. Mads estaba fuera, así que también tenían que atender el teléfono. En aquella ocasión tampoco sabía nadie dónde estaba. La puerta de la redacción estaba abierta, pero no llamaba mucha gente. Había un ambiente como de día del juicio final, como si la enfermedad de Thygesen lo hubiese detenido todo.

—No sé qué coño está pasando. Primero un cadáver de hace veinticinco años en un pantano que resulta ser una enfermera asesinada. Luego, un médico, y ahora una camarera que parece haber tenido el mismo final brutal que el médico. La policía apunta a que en los dos últimos asesinatos se

podría haber usado el mismo cuchillo. ¿Cuál es el motivo? ¿De verdad hay un asesino en serie? —dijo y tiró enfadada la caja de *pizza*. La aplastó en el cubo de basura hasta que casi la dejó en nada. Así era vivir en un piso donde se tiraban las bolsas de basura por un pequeño conducto. Se aprendía a doblar la basura para que ocupase lo mínimo.

—¿Un asesino en serie?

Kamilla, con los ojos llenos de miedo, por fin despertó.

—¿Crees que es un asesino en serie? —preguntó Nicolaj y la miró aún más aterrado. Desde luego, había elegido el momento más adecuado para hacer sus prácticas en el Dagens Nyheder.

—Parece que algo apunta a eso. Por suerte, en Dinamarca no hemos tenido muchos.

Anne cogió su vaso de cartón con cola, aunque quedaba muy poca.

—¿Hemos tenido alguno? —preguntó Kamilla y se apresuró a rescatar el último trozo de *pizza* antes de que Anne cogiera la servilleta sobre la que lo había dejado.

—Pues al menos hemos tenido dos casos. Dagmar Overbye, que fue condenada a principios del siglo XX por el asesinato de nueve niños, y el refugiado iraní en 1994, que sigue en la sección de máxima seguridad del hospital psiquiátrico de Nykøbing Sjælland por tiempo indefinido. Quizá tengamos un nuevo caso este año. ¿O tenemos que remontarnos a 1983? —dijo Anne y se sentó resignada en una silla.

—¿Cómo avanzamos? —preguntó Nicolaj.

—No lo sé. ¡Ojalá Thygesen estuviera aquí!

Nicolaj y Kamilla la miraron sorprendidos. Anne sabía que era increíble que esas palabras salieran de su boca, pero no tenía ni idea de cómo cubrir ese caso. ¿Le había pedido consejo a Thygesen más veces de las que era consciente?

—¿A lo mejor la medicina y la enfermedad son el denominador común? Un médico y una enfermera —propuso Nicolaj.

—¿Qué coño tiene que ver una camarera con la medicina o con una enfermedad? — preguntó Anne enfadada.

—Quizá sea África lo que los une —dijo Kamilla, más bien para que no pareciera que no le interesaba.

—Eso ya es algo. Vamos a intentar averiguar si la camarera tiene algo que ver con África. La conexión de la enfermera es su marido. He intentado pillarlo, pero no ha habido suerte. No sabemos si el médico ha estado en África, quizá haya trabajado allí. Vamos a comprobarlo.

—Yo me encargo —se ofreció Nicolaj.

—Vale, entonces nosotras vamos a ver a un amigo de la camarera —dijo Anne, y miró a Kamilla—. Me han dado el nombre de uno que parece que conocía un poco a Annemette Knudsen.

De repente se sintió reanimada. Solo el rostro preocupado de Kamilla moderó su entusiasmo.

—¿Tiene algo que ver con el caso que estés tan… rara? ¿O es el entierro? —preguntó Anne cuando se subieron al Suzuki.

Hacía mucho tiempo que no estaban a solas, sin Nicolaj, que se había convertido en la sombra de Anne. Kamilla no la miraba. Pero había dado en el clavo. Se sentía rara.

Como otra persona, algo que, a fin de cuentas, era tras la sorprendente confesión de la tía Astrid sobre su madre. Pero había decidido que no iba a condicionar su vida y solo creía que era algo interior. Pero, sin duda, resultaba visible.

—Fue un entierro horrible. No había pensado hasta ahora en lo sola que estaba mi madre.

—Lo siento —dijo Anne entristecida. Condujeron en silencio y Kamilla no paró de pensar. Fue un alivio que Anne encendiera la radio y la canción «My secret lover» rompiera el silencio.

Cuando llegaron a la dirección, Søndervangs Alle, Anne giró para entrar en el aparcamiento que había ante el bloque de viviendas y aparcó lo más cerca posible de la entrada.

Tocó el timbre, pero no abrió nadie. Llamó a la puerta con el puño, pero siguió sin haber reacción. «Ditte y Anders», ponía en el cartel. Estaban a punto de darse la vuelta e irse, cuando oyeron ruido tras la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz somnolienta.

Kamilla miró su reloj. Solo la gente con trabajos nocturnos estaba durmiendo a esas horas del día.

—Venimos del Dagens Nyheder. ¿Tienes un momento para hablar con nosotras? — preguntó Anne a través de la rendija del buzón de correo. Ditte abrió la puerta envuelta en un batín morado. Aparte de eso, solo llevaba un par de calcetines de caballero que seguramente pertenecían a Anders.

—¿Es sobre Annemette? —preguntó y cerró los ojos ante la luz procedente del tragaluz de la escalera.

Anne asintió. Entraron en un pasillo oscuro y llegaron a una cocina desordenada con el fregadero lleno con cacharros de varios días. Ditte se sentó cansada en una silla y se apartó el flequillo de la frente. Parecían rizos rojos reales lo que le rodeaba la cabeza. Tenía una constitución fuerte y un gran pecho que no se molestó en ocultar cuando el batín se le deslizó a un lado mientras encendía un cigarrillo.

—¿Queréis uno? —preguntó y les ofreció el paquete de Prince. Anne se apresuró a aceptar y Ditte se lo encendió con su mechero.

Kamilla se asombró por su aparente indiferencia ante la muerte de una compañera, pero la explicación llegó rápidamente.

—No conocía muy bien a Annemette. La verdad es que ninguna la conocíamos. Era mucho más mayor que nosotras. Treinta años más. Tampoco entiendo que quisiera seguir con esa mierda de trabajo.

—¿Te refieres al de camarera?

—Sí. Era una risa verla a su edad con esa falda que le llegaba por el muslo. Pero son exigencias del NightCap.

—¿Tú también trabajaste el sábado por la noche?

—Sí, pero me fui antes que Annemette. Ella tenía que cortar los tiques el sábado. — Ditte miró el ascua del cigarrillo y, de repente, pasó a mirarlas a ellas con miedo en los ojos—. ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Podía haberme tocado a mí! —dijo como si se acabase de dar cuenta.

—¿Hablaste con ella antes de irte?

—No. La policía ha hablado con todas, pero, como ya he dicho, no había mucha gente que la conociera. Yo solo sé que vivía sola en un piso cerca del Jardín Botánico. Parece que estaba separada, yo qué sé. Al menos tenía una hija, o eso se rumoreaba. —Echó la ceniza del cigarrillo en una taza de café usada.

—¿Cuántos años tiene esa hija? —preguntó Anne.

Ditte se encogió de hombros.

—He oído que está en una residencia de minusválidos.

—¿Sabes dónde?

Negó con la cabeza, indiferente.

—¿Viste si se fue sola a casa el sábado por la noche?

—Creo que sí. No estaba mal para su edad. —Se le iluminaron los ojos un instante de un modo triunfal por su propia juventud. Tenía veintipocos años.

—¿Y notaste algo fuera de lo habitual?

Ditte estuvo largo rato girando el cigarrillo mientras lo observaba como si le asombrase.

—Algunos clientes se pelearon, cosa que no sucede muy a menudo. Es un sitio bien. Por cierto, Annemette ayudó a separarlos —dijo y sonrió como si hubiera sido una experiencia divertida.

—¿Annemette tenía algún conocido de África?

Anne le mostró el cigarrillo con la ceniza larga para hacerle ver que no tenía cenicero. Ditte entendió la señal y fue al salón a por uno. Era del club, el logotipo de NightCap estaba impreso en el fondo con letras doradas.

—Qué va, no. Bueno, no sé. —Se paró a pensarlo—. Por cierto, hubo un cliente no habitual —dijo y vio a Kamilla sacar la cámara de la bolsa—. ¡Eh, tú! ¡No me hagáis fotos en batín y sin peinar! De eso ni hablar. Hasta ahí podíamos llegar.

Kamilla guardó la cámara. Poco a poco se iba sintiendo innecesaria y le comenzaba a enfadar el trabajo. ¿Acaso estaba insatisfecha con su vida? Tenía la necesidad de estar sola e intentar encontrarse a sí misma. Las palabras de Astrid seguían retumbándole en la cabeza y paralizándole el cerebro. Era lo único en lo que podía concentrarse.

Ditte volvió a mirar a Anne y movió el cigarrillo entre dos dedos con las uñas postizas pintadas de rojo.

—El cliente era un hombre que solo bebía licor africano. Además, parecía interesado en Annemette. Las demás chicas nos reímos un poco de eso. Ella estaba confundida y se puso colorada. También fue muy extraño, porque estaba bueno aunque fuera un viejo.

—¿Cómo de viejo? ¿Como un padre o como un abuelo? —preguntó Anne.

—Eh, como un padre —contestó Ditte y se rio.

—Aproximadamente, ¿cuántos años tiene tu padre?

Se encogió de hombros y el batín cayó otro poco hacia un lado cuando se estiró para echar la ceniza en el cenicero, que estaba al lado de Anne. Kamilla no podía dejar de mirar. Ditte debía de ser popular con ese pecho.

—¿Llegaste a saber cómo se llamaba?

—Qué va. No vamos preguntando el nombre a los clientes. Yo pensaba que sería un conocido de una de sus viejas amigas. Según he oído, una se casó con uno medio africano, que creo que vivía más por allí.

—¿Sabes el nombre de la amiga?

Ditte volvió a negar con la cabeza y echó el humo por un lado.

—No. Solo sé por Annemette que también trabajó en el NightCap antes de que reformasen el club y lo modernizasen. Pero eso fue hace muchos años. De hecho, bastante antes de que yo naciera.

—¿Annemette te contó algo de ella? ¿Dónde vivía, por ejemplo? —preguntó Anne con la voz temblorosa. Apagó el cigarrillo en el cenicero, aunque no había llegado aún hasta el filtro.

—No. Solo recuerdo que Annemette contó que el marido viajaba mucho a África y que iba regalando unos *souvenirs* horrorosos que se traía a casa. Annemette tenía algunos en su piso, que aceptaba solo por amabilidad. Por cierto, ¿queréis una taza de café? Seguro que Anders no se lo ha tomado todo.

Parecía estar despertándose y cogió un termo de la mesa de la cocina. El café no podía estar recién hecho y tampoco estaba caliente.

—Pero recuerdo una historia fantástica que Annemette contó sobre esa amiga — continuó Ditte cuando se sentó de nuevo—. En un turno de noche, vio a un hombre desmayarse y al principio creyó que estaba pedo. Lo sacudió con fuerza y lo revivió. Cuando llegó la ambulancia, ¡resultó que el hombre estaba teniendo un infarto y que ella le había salvado la vida! — dijo divertida, y negó con la cabeza haciendo que los rizos rojos bailasen a su alrededor—. ¿Sabéis lo que hizo?

Esperó la respuesta lógica de ambas antes de hacer una pausa artificial y dar un trago de café.

—La tía se puso a estudiar enfermería.

38

Dan Vang era el único al que estaban esperando. Roland tamborileaba impaciente sobre la mesa.

La pizarra de la sala de reuniones era una pintoresca galería con imágenes más o menos repugnantes, desde una momia marrón hasta un cadáver descompuesto. Quizá por eso nadie había tocado los panecillos de la bandeja.

—¿Habéis encontrado nombre para el cachorro? —preguntó Niels Nyborg para hacer tiempo.

—Sí, le hemos puesto Angolo —respondió Roland algo retraído. La vida privada no era algo que le gustase mezclar con el trabajo. Había que separar las dos facetas: Rolando y Roland.

—Ángulo en italiano. ¿No significa eso? —preguntó Isabella rápidamente y fue la primera en echar mano del termo de café.

—Sí. Tiene un ángulo en una oreja.

—Oooooh —se oyó en la mesa, igual que cuando las mujeres ven a un bebé bonito. Roland vio ante sí la cabecita del perro y tuvo que darles la razón. Era un cachorro precioso.

—He hablado con Bjarne Lund, de la Unidad Canina. Está muy interesado en verlo antes de que cumpla doce meses. A lo mejor es apto para la unidad. ¿Quieres ascender a guía canino? —dijo Kurt Olsen y lo miró con una sonrisa burlona—. Puedes deducirte los gastos de su mantenimiento en la declaración de la renta —añadió.

—Ya, ya, vale. Irene también lo mencionó. —Miró el reloj y decidió comenzar la reunión sin Dan. Tampoco habría una gran diferencia si participaba, aunque tenía un par de tareas razonables para él.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra. El desarrollo posito… —comenzó, pero se interrumpió cuando Dan entró rápidamente y fue a la

silla más cercana a la puerta.

Murmuró un «perdón» casi inaudible y miró con atención a Roland, que le dedicó una mirada de reproche sin decir nada. A Dan Vang le habían dicho ya muchas cosas y ninguna había surtido efecto.

—El avance en el caso de la camarera es que tenemos el lugar de los hechos — prosiguió—. A última hora de la tarde de ayer, los peritos encontraron una zona del bosque con signos de lucha. Las hojas estaban notablemente revueltas. Podía haber sido un animal, un cuervo, por ejemplo, que hubiese atacado a su presa, pero el análisis de la sangre que se encontró entre las hojas demuestra que es de ella. Y ha llovido en los días posteriores a la muerte de Annemette Knudsen, así que están seguros de que debía de haber más sangre de la que encontraron,; simplemente, la lluvia debió llevársela. Pero no tienen dudas de que fue allí donde la apuñalaron. Al ampliar la zona de búsqueda, a cien metros del lugar del crimen encontraron un zapato y a medio kilómetro, el otro. Parece que huyó del asesino, pero este la alcanzó en el bosque.

Había un gran silencio en la mesa. Roland vio cómo les brillaban los ojos de pavor mientras reproducían la escena en sus cerebros y se apresuró a continuar.

—Por desgracia, tenemos que afrontar que el asesino es astuto y, por lo tanto, más peligroso de lo que creíamos. Aunque encontremos el arma homicida, no esperemos obtener huellas dactilares.

—¿De verdad no se ha encontrado ninguna? ¿Tampoco la encontraron en la cánula de la perrera? —preguntó Mikkel.

—Nadie toca sin guantes el M99, por eso no se encuentran huellas en la cánula. Tampoco se ha encontrado nada significativo ni en el lugar del hallazgo ni en el del crimen.

—¿Qué has sacado de las compañeras de la camarera, Niels?

—No mucho. Ninguna la conocía y parece que no era la más charlatana. Pero parece que se iba del club sola. Sin embargo, un par vio a un hombre ligando con ella en el bar. Según dicen, no era habitual.

—¿Y conocemos el nombre de ese tipo?

—Por desgracia, no. Nadie lo había visto antes y pagó en efectivo. Me han dado una descripción que podría cuadrar con cualquiera. Lo único en lo

que estaban de acuerdo las chicas es que parecía un caballero. No estaba borracho y solo bebió un par de chupitos de licor.

—¿No hay cámaras de vigilancia en el club?

—Las hay en la zona de la calle junto a la entrada. Me han dado la cinta y la revisaré con las chicas que lo vieron. Pero el sábado pasado el club estuvo muy concurrido, así que será una suerte que alguna lo reconozca una semana después.

—Inténtalo de todos modos —le animó Roland—. ¿Nadie quiere panecillos hoy?

La mayoría cogió medio panecillo y Niels le pasó la bandeja. La cogió mientras se echaba café.

—Una de las camareras oyó que Annemette Knudsen tiene una hija con discapacidad. Me han informado de que vive en una residencia en Haslevænget —continuó Niels.

—¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir veinte la semana pasada.

—¿Nació con discapacidad?

—La chica de la residencia con la que hablé no quiso informarme demasiado y me remitió a la abuela, la madre de Annemette.

—¿No tiene padre?

—Es español, pero no me han dicho si vive en Dinamarca.

Roland suspiró y dio un bocado a su bollo. Había silencio y todos masticaban mientras lo miraban atentamente.

—Mi sensación es que podemos considerar las tres muertes como un solo caso. El asesinato de Helge Vangberg y de Annemette Knudsen puede ser una reacción en cadena a la aparición del cadáver de Bente Louise Engtoft.

—¿Entonces crees que el que mató a la enfermera hace veinticinco años ha estado quieto mucho tiempo, pero ahora ha empezado a matar otra vez? —refunfuñó Kurt escéptico.

—Algo así. Mientras el cadáver seguía oculto en el pantano, el asesino se sentía seguro y creía que se había librado. Pero ahora tiene que cerrarles la boca a todos los que sepan o hayan visto algo que le pueda incriminar. — Roland se estremeció al pensar con qué facilidad aquella muerte podía no

haber sido más que una de esas temidas cifras negras de la estadística. De no ser por esos dos niños…

—¿Qué habéis averiguado del caso de 1983? —preguntó Kurt.

—No hemos sacado nada más. Arne Svendsen nos ha entregado todo. Hemos revisado papeles y diversas pruebas de entonces, pero aunque la ciencia es mejor hoy, no hay nada que buscar. No hay muestras utilizables de ADN y las huellas de zapatos antiguas no son relevantes. Hemos vuelto a interrogar a los testigos que aún viven, pero ninguno ha podido aportar nada. Casi todos se habían olvidado del caso.

Roland miró abatido a sus colaboradores.

—Lo siguiente que puede pasar es que haya relación entre el doctor Helge Vangberg y su asesino —dijo y asintió a Henry Leander, que estaba al final de la mesa con Julie. Les pidió a ambos que participaran.

—Como recordamos todos gracias al informe de la autopsia —comenzó Leander—, Helge Vangberg tenía cirrosis hepática. —Dejó espacio para que Julie le llenase el vaso de café y apartó el termo—. La cirrosis puede deberse a muchas causas, como el alcohol (al médico le gustaba beber), a una enfermedad del sistema inmune, el conducto biliar o el metabolismo, a un exceso de grasa en el hígado, a productos químicos, a algunos tipos de medicina, etcétera. Pero el resultado del análisis del tejido muestra una inflamación del hígado por hepatitis. Tenía hepatitis B crónica. Es lo que constará en el informe definitivo de la autopsia. Por término medio, pasan unos quince años desde el contagio hasta el desarrollo de la enfermedad.

—¿Entonces no estaba enfermo de muerte? —preguntó Isabella muy seria.

—No necesariamente. Se puede tener hepatitis crónica y no tener síntomas.

—¿Y por qué es relevante? —preguntó Niels, que tenía semillas negras de panecillo entre los dientes.

—Porque es una prueba de que Helge Vangberg ha vivido en una zona donde la hepatitis B está extendida. Por ejemplo, África —contestó Roland.

—El hígado se puede inflamar por otros motivos —protestó Mikkel Jensen, y cogió un bollo.

—Desde luego. La enfermedad se puede contraer a través de la sangre, por contagio o por contacto sexual. En Dinamarca se da sobre todo en drogadictos y homosexuales.

—Pero Médicos Sin Fronteras mandó a África a Helge Vangberg hace un montón de años —interrumpió Roland—. He vuelto a hablar con Victoria Vangberg, pero no sabía nada de que su marido hubiera trabajado con la organización, así que aparentemente tuvo que ser antes de que la conociera. Kim, ¿has hablado con ellos? —preguntó y lo miró.

Kim acababa de darle un bocado a su panecillo con queso y masticó rápidamente antes de contestar.

—Sí, he hablado con alguien del departamento de comunicación, pero no me ha dado mucha información. Sin embargo, me confiaron que despidieron a Helge Vangberg.

—¿Sabemos por qué?

—Por una razón que no entendí. Fue por el punto número tres de los Principios de Chantilly. No quisieron decirme nada más —suspiró Kim.

—Estos principios fueron aprobados en la ciudad parisina de Chantilly en 1995. Es una declaración que contiene catorce principios para el trabajo de la organización: diez reglas para ayuda de urgencia y cuatro sobre cómo llevar la organización. En 2006 los ampliaron con el Acuerdo de La Mancha —explicó Leander.

—¿Y sabes cuál es el punto tres? —interrumpió Kim.

—Por lo que recuerdo, trata sobre el respeto a la ética médica y tiene algo que ver con el juramento hipocrático —dijo Leander.

Julie Hermansen lo miró asombrada mientras hablaba, pero se concentró rápidamente en su vaso de café cuando Roland se dirigió a ella.

—Julie, ¿cómo vas con el perfil?

Julie carraspeó.

—Todo apunta a un asesino en serie, pero no da la sensación de que haya elegido sus víctimas al azar. En el escenario del crimen no ha dejado muchas huellas, así que parece que es una persona ordenada. Al menos muestra algo de su personalidad. Como sucede con los delincuentes en serie, movidos por su fantasía, lo que a menudo se refleja en un modelo particular, una firma, que se repite cada vez. Es esa firma lo que nos da una

imagen del asesino. Por tanto, es importante saber lo que sucede dentro de su cabeza para poder encontrarlo o anticiparnos a su siguiente paso.

Ahora fue Henry Leander quien miró asombrado. Roland reprimió una sonrisilla.

—¿Pero qué es lo que le pasa por la cabeza? Me cuesta un poco ver esa firma — reconoció.

—La conducta agresiva para con sus víctimas nos muestra algo sobre él. Sigo estando convencida de que son ajustes de cuentas personales y que los lleva a cabo con ira. Quizá reprimida durante mucho tiempo. Las víctimas han de sufrir. Resulta que la primera cuchillada no ha sido la mortal —dijo y miró a Leander, que confirmó sus palabras asintiendo—, lo cual me dice que el asesino quiere que las víctimas vean que es él quien les quita la vida y que, seguramente, sabrán el motivo en cuanto lo vean.

—¿Y la firma? —preguntó Mikkel impaciente.

—La firma es la brutalidad, la violencia con la que apuñala a sus víctimas en el pecho varias veces, incluso después de que hayan muerto. Por eso, tampoco creo que sea la misma persona que cometió el asesinato de hace veinticinco años. Esa violencia y la muerte por apuñalamiento no forman parte del mismo patrón. Si de verdad estamos ante un asesino en serie, tampoco es habitual que haya estado tanto tiempo quieto y que, de repente, vuelva con otro *modus operandi*.

—¿Y el arma homicida africana? ¿No sería también una especie de firma? —preguntó Isabella.

—Sí —contestó Julie tras una breve duda—, también es algo que me desorienta. Aparentemente, las armas homicidas de los tres asesinatos son de origen africano. Quizá haya alguna relación, pero dudo que sea el mismo asesino.

—No podemos pasar por alto el nexo con África. Antes de venir, conseguí que me dieran el resultado del análisis del pelo de animal que encontramos en la boca, la garganta y los pulmones de la víctima. Es de leopardo. De un leopardo de verdad — aportó Leander, y se quitó del bigote unas migas de panecillo después de que Julie le advirtiera discretamente.

—¡Pelo de leopardo! Qué narices está pasando. Como apenas hay gente que tenga un leopardo como mascota, que en todo caso es ilegal, tenemos

que suponer que vienen de alguna piel. —Roland bebió café y continuó—. Puede que de un animal disecado o quizá de una alfombra.

Se quedó callado intentando recordar algo, pero no tuvo tiempo para pensar en ello, pues Dan, que había estado muy callado, propuso repentinamente:

—¿Y el zoo?

—Excelente propuesta si tuviéramos zoo en Aarhus, Dan, pero no lo tenemos —dijo Roland impaciente.

—¿El safari de Ebeltoft? —volvió a intentar Dan.

—Lo que tienen ahí son guepardos, no leopardos —dijo Mikkel enfadado—. Además, no se puede ir a Ebeltoft y volver en el tiempo transcurrido desde que Annemette Knudsen salió del club hasta el momento en que creemos que la mataron. ¡Y mucho menos a Aalborg o a Copenhague! —La mirada de Mikkel a Dan decía «idiota». Dan se calló y bajó la mirada.

—Mikkel, ¿tienes algo de este… del hombre del tesoro? —preguntó Roland para desviar la atención de Dan. A veces se compadecía de él; era muy joven.

—El dueño de la caché es un joven de Skovby. La puso bajo el árbol hace nueve días, así que parece una casualidad que dejasen allí a la camarera. No parecía un asesino psicópata, pero quizá deberíamos hacerle una visita.

—Por supuesto. Llévate a Dan.

Mikkel no pareció entusiasmado con su compañero. Estaba seguro de que todo iría mal.

—Ante todo, hay que investigar si el dueño del tesoro tiene alguna conexión con África.

—¿Habéis visto el artículo del periódico sobre el hijo? ¿Lo habéis descartado por completo? —preguntó Leander.

—No hemos machacado demasiado a Sebastian Juhl, era tan pequeño que el caso apenas le roza —respondió Roland y miró a Isabella y a Mikkel, que estaban sentados juntos—. ¿Habéis encontrado a la familia adoptiva?

Ambos asintieron e Isabella respondió.

—Llevaron a Sebastian a casa de una familia de Sabro cuando su madre desapareció y Knud Engtoft se fue a África. Quieren hablar con nosotros.

Roland asintió.

—Vamos a tener una charla con ellos, yo me encargo. —Pensó en dispensar a Mikkel y llevárselo con él, pero se echó para atrás cuando Isabella le sonrió. Era mejor contar con su intuición que con la de Mikkel —. ¿Hay alguna novedad sobre cómo narcotizaron a los tres perros de caza?

—He hablado con la Agencia del Medicamento y he repasado la lista de los pocos veterinarios que tienen autorización para utilizar el M99. Nadie ha denunciado un robo, todos tenían coartada para el viernes por la noche y, además, ninguno tenía relación con el médico. Me han informado de que lo usan en África para anestesiar a animales gigantes, como rinocerontes y elefantes. Tenemos que suponer que lo han introducido aquí de contrabando, quizá el asesino —propuso Kim.

—¿Desde África? ¿En avión? ¿Con las amenazas terroristas y un control más que severo? ¡Ya me extraña! —dijo Kurt Olsen con algo de mofa.

Roland carraspeó fuerte. Presintió una discusión cuando vio que Kim Ansager enrojecía de ira por las dudas sobre su apreciación.

—A ver, tenemos África como denominador común y nos falta encontrar la conexión de la camarera con África. Los peritos han encontrado *souvenirs* africanos en su piso. Entre otros, un rinoceronte de ébano negro. Se lo han llevado para analizarlo minuciosamente y ver si la astilla de madera del arma homicida puede proceder de una pieza así. Cuando sepan algo, nos lo dirán. Se parecía al que tenía Knud Engtoft en la caravana, a lo mejor están relacionados.

Niels Nyborg levantó la mano como un niño en el colegio.

—Por cierto, el desconocido del bar estaba bebiendo licor africano —dijo y miró sus notas—: Amarula.

—No tiene por qué significar nada, pero, claro, puede que conozca el licor de sus viajes a África. A lo mejor es él quien le ha regalado esas cosas. —Kim sacó unos papeles y los puso ante sí—. En cuanto a las finanzas de Knud Engtoft, también hay algo sospechoso. He comprobado su cuenta corriente. Todos sus ingresos los destina a viajes y a gastos de la caravana de Blommehaven. El safari le da un poquillo, pero no le viene solo de ahí.

Cada trimestre hay un pequeño ingreso. —Le entregó a Roland los papeles, que eran extractos de la cuenta bancaria. Kim había puesto un punto rojo junto a cada cantidad fija que le llegaba el primer mes de cada trimestre—. El dinero viene de una cuenta secreta en Suiza.

Roland ojeó las numerosas cifras. La última transferencia, de la semana anterior, había sido por el doble de lo habitual. El primer ingreso se realizó a principios de 1984.

39

La muerte siempre es difícil de comprender, sobre todo para un niño. También lo veía en sus ojos, aunque ya no era tan pequeño. Era como si tuviera en la mirada algo que le daba a los ojos una expresión insondable. Costaba leer lo que se ocultaba en la profundidad, pero no se podía dirigir la ira hacia un concepto como la muerte. Hacía falta algo más tangible. Sabrina dejó el periódico. Era ella quien había escrito el artículo, Anne Larsen. Su nombre y su dirección de correo electrónico estaban debajo del titular, «Sebastian añora a su madre»; ella, también. Echaba de menos a su madre y a su padre. La muerte se la llevó a ella y Carola, a él. Sebastian Juhl era el hijo de Louise Engtoft. A juzgar por su edad, en aquel entonces debía de tener unos ocho años. Recordaba a su madre mejor que ella. ¿Pero era eso una ventaja? ¿La recordaba también a ella? Louise había mencionado a un hijo en sus cartas a Elina. ¿Había estado en su casa? ¿Sabía lo que pasaba?

Empezó a sentirse inquieta. Se puso nerviosa y se levantó de la silla, donde había estado con los pies sobre la mesa leyendo el periódico. Al no estar los dueños de la casa, podía parecer maleducada, pero Tobias y Pernille lo hacían. Era la norma en esa casa, cada uno hacía lo que le apetecía. Y Sabrina lo disfrutaba. Era tan opuesta a la estricta conducta que tenía que mostrar en la estilosa casa de su padre y de Carola…

Se sentó junto a la ventana. El sol iluminaba la cocina con su fuerte luz, pero avanzaba por el horizonte junto a nubes negras. Vio en los árboles de la calle que hacía viento. ¿Qué tiempo haría en Italia? Una vez más intentó llamar a Peter, necesitaba oír su voz y su opinión acerca de todo esto. Seguramente le pediría que olvidara todo y que volviera a casa. A Italia. Quizá fuera lo mejor para todos. De nuevo saltó el contestador, su propia voz diciendo que no podían atender, pero que se podía dejar un mensaje

después de la señal. Volvió a llamar y después intentó llamarle al móvil. ¿Qué estaba haciendo? ¿No escuchaba los mensajes? ¿Habría pasado algo? No, lo habría sabido. ¿Estaría con *ella*? Ese pensamiento estaba unido implacablemente a unos celos que la corroían. ¿Le habría sido infiel si supiera lo del bebé? Se puso las manos en la tripa. Notó una pequeña curva y una sonrisa asomó en su rostro. Peter lo sabría pronto. Seguro que se pondría muy contento. Si la quería, así sería.

El sol brillaba sobre los tejados mojados. Una paloma se limpiaba las plumas en un canalón mientras otra vigilaba. Se abrió una ventana, una mujer sacudió una alfombra y se formó una polvareda a su alrededor. Más allá había otra mujer con medio cuerpo fuera de la ventana limpiando la cara exterior del cristal. Sucedían muchas cosas en la ciudad que la gente de la calle no percibía porque estaba en su mundo y no miraba hacia arriba. ¿Cuántas cosas habrían pasado cerca de ella sin que se diera cuenta?

El artículo sobre el asesinato de la camarera no decía nada de que tuviese alguna relación con Louise y el médico. Quizá la periodista solo había intentado asustarla. Y lo había conseguido. Si ahí fuera había un asesino, quizá lo que sabía fuera un lastre, pero ¿cuánta gente lo sabía? Nadie. Intentó sacarse de encima la sensación de inseguridad. Nadie sabía nada sobre las cartas. Solo Oda Winther, la periodista y su padre. Seguro que se lo había contado a Carola, que le sonreía desde una gran fotografía del periódico en su nuevo yate con el sol y el pelo al viento. Sabrina leyó el artículo rápidamente solo para no sorprenderse si alguien comenzaba a hablar con ella acerca de la fantástica noticia de la familia.

Miró de nuevo la foto de Sebastian. ¿Tenían un pasado común del que cada uno sabía una parte? Le entraron dudas y los nervios se hicieron insoportables. Tenía que hacer lo correcto, pero ¿qué era? ¿Llamar a la policía? ¿Hablar de nuevo con su padre? ¿Con la periodista? ¿O con Sebastian Juhl?

Como siempre, el ordenador portátil de Pernille estaba encendido en el escritorio. De vez en cuando entraba un correo con un suave sonido. Se sentó y abrió Internet Explorer. Poco después entró en krak.dk, la guía telefónica en internet, y escribió “Sebastian Juhl, Aarhus”. Los resultados aparecieron al instante. Vivía en Klostergade y solo aparecía un número de

móvil. ¿Sabría él algo? ¿En tal caso, querría ella saberlo? Tras mucho pensarlo, sacó el móvil y marcó el número. No podía pasar nada solo por hablar con él.

Estaba en un lugar con mucho viento. No lo oía y la conexión se fue un par de veces antes de que volviese el ruido, como si se hubiera girado para proteger el teléfono. Tenía una voz agradable, tan profunda e impenetrable como los ojos de la foto del periódico.

—Sebastian.

—¿Sebastian Juhl?

—Sí —respondió expectante.

—Soy Sabrina Dahl. Me gustaría hablar contigo sobre tu madre. Siento mucho que…

—¿Otra periodista? —dijo con hostilidad.

—¡No! Soy la hija de Josefine Hjort. Está muerta. Tu madre fue su enfermera hace muchos años.

Hubo un largo y profundo silencio. Solo oía el viento y otro ruido que reconoció como olas. Sabrina se dio cuenta de que estaba junto al mar. La voz adquirió un nuevo tono cuando respondió.

—Ah, la niña. ¿Qué quieres?

—Creo que tenemos mucho de qué hablar y…

—¡Por teléfono no! —La voz volvió a desaparecer y regresó poco después. Ahora sonaba como si estuviera dentro de un refugio—. Estoy en una casa de verano, mejor nos vemos aquí.

Le dio la dirección. Sabrina cogió un bolígrafo del bote de Pernille y la anotó en el periódico, al lado de su fotografía.

40

Aquella mañana era distinta. Lo notó en cuanto entró por la puerta de la redacción. Ya olía a café y a otra cosa que reconoció enseguida: el *aftershave* de Thygesen. En la mesa de conferencias había panecillos y vasos esperándolos con impaciencia. Él estaba en su despacho tras el cristal leyendo el periódico, como si nunca hubiera estado de baja. Pero no parecía él. Estaba más delgado, le sentaba bien. Tenía los ojos fatigados cuando alzó la vista al oír a Anne y a Mads. Poco después llegó Nicolaj, que parecía tener bastante sueño. Todos llegaban un cuarto de hora tarde. Anne y Mads se callaron de inmediato al ver a Ivan Thygesen. Anne sonrió y se quitó la mochila.

—Bienvenido de nuevo. ¿Ya estás sano?

Thygesen se puso de pie con pinta de tímido.

—Gracias. Sí, eso dice mi médico. Y gracias por las flores. Cojonudo que no hayan terminado en el cementerio.

Siempre se le había dado bien usar el humor negro, tanto en situaciones apropiadas como en otras menos indicadas.

—Pero has adelgazado un montón —dijo Kamilla preocupada. No es que no le viniese bien perder unos kilos, pero era una prueba de lo enfermo que había estado.

Se miró y se estrechó la chaqueta de *tweed*, que era tres tallas mayor y hacía que las hombreras le quedasen caídas.

—A menos que la ropa se haya agrandado. Anda, pero si hay café y pan para todos. Parece que hemos tenido jaleo. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde coño está Britt? Suele ser la que más espabilada está por la mañana.

—Está enferma. Seguro que se lo has pegado —dijo Nicolaj. Thygesen lo miró enfadado, pero luego sonrió.

—Tú debes de ser Nicolaj, el nuevo becario. Bienvenido. ¿Se ha portado bien contigo? —dijo mirando a Anne y Nicolaj se puso rojo. Tartamudeó al decir que sí, lo cual era mentira. Anne le dedicó una sonrisa torcida y una disimulada mirada amenazante.

—Pero qué le pasa a Britt. Espero no haberla contagiado, porque ella no sobreviviría a lo que he pasado yo. —Se rio y empezó a toser.

Se le puso la cara roja como un tomate, cogió una servilleta y se sonó la nariz. Se sentaron y echó mano de la bandeja, que fue pasando a los demás, sin duda con sus microbios esparcidos.

—¿Has hecho tú el café? —preguntó Anne sorprendida, y Thygesen contestó ofendido.

—Todos os lo merecéis. —Miró al grupito de trabajadores ruborizados —. He estado leyendo el periódico y estoy impresionado por vuestras aportaciones durante mi ausencia.

Kamilla se preguntó si de verdad estaría totalmente recuperado. Quizá tenía aún algo de fiebre. Era rarísimo que se prodigase con palabras de elogio.

—Pero echo de menos más puntos de vista. —Untó una gruesa capa de mantequilla en un panecillo. No tardaría mucho en recuperar su redonda figura.

—¿Qué puntos de vista? —Anne pasó al ataque de inmediato.

—¿Qué opina el marido de la enfermera de todo esto? ¿Por qué no lo habéis encontrado? A mí me parece el sospechoso principal.

—En la rueda de prensa dijeron que la policía lo había interrogado. Vive en su caravana en Blommehaven. No encuentran conexión con el asesinato de su esposa hace veinticinco años ni con los otros asesinatos —dijo, y le hincó el diente al panecillo.

—Joder, Anne, ya sabes cómo trabaja la policía. Que lo filtren a la prensa puede significar que lo tienen bajo sospecha. Seguro que no se fían de que se entere y se vuelva a largar.

Anne tragó rápido y lo miró enfadada.

—La policía lo cuenta todo en estos casos. Es una nueva táctica. Quizá sea parte de la reforma —dijo con una sonrisilla que desapareció rápidamente.

—¡No es una nueva táctica! ¡Es viejísima! Se llama «estafar a la prensa». ¡Y tú has dejado que se burlen de ti, joder!

Thygesen bebió café y pareció quemarse o se dio cuenta de que estaba más fuerte que el alquitrán. A Kamilla le había costado tragarlo, aunque se había echado mucha leche. Pero nadie dijo nada. Era un logro que hubiera puesto el filtro y echado los granos, pero estaba segura de que todos pensaban lo mismo: que era una suerte que normalmente se encargase Britt del café.

—Bueno, pero podemos hablar hoy con él. ¿Y dónde está la mujer del médico fallecido? —continuó Thygesen.

—Está ingresada en estado de *shock* y los de la prensa no podemos hablar con ella — dijo Anne con voz mansa. Thygesen negó con la cabeza, enfadado.

—La mujer del otro médico, al que la familia echó a la calle. ¿Cuál fue el motivo?

—Tampoco hay nada —respondió Nicolaj—. Fui a verla ayer. No sabe más de lo que ya ha contado y no tiene ni idea de por qué Gustav Hjort le pidió a su marido que cancelase el tratamiento. Y Ole Winther no tiene nada que ver con África. Pero Helge Vangberg sí. De hecho, ha trabajado allí.

—¿Cuándo? —preguntó Anne fuera de sí. Naturalmente, era una información que le gustaría haber tenido antes de la reunión.

—No sé. También puede que sea un rumor. Médicos Sin Fronteras no ha querido confirmarlo.

—¿Y qué es de los Hjort, la pareja rica de Strandvejen?

Todos bajaron la mirada hacia la mesa. Solo Mads Dam parecía inocente. Había pasado el tiempo con un par de partidos de fútbol o sentado en la taberna para comprobar el efecto de dejar de fumar, tuviera lo que tuviera que ver con la sección de deportes.

—¿El hijo de la enfermera? —continuó Thygesen. Había vuelto la expresión amarga. Tenía los ojos apretados y punzantes.

—Solo tenía ocho años, estaba en el colegio y solo recuerda que su madre desapareció. ¿Leíste el artículo?

—Sí, claro que lo leí. «Sebastian echa de menos a su madre» —dijo con el gesto torcido—. ¡Blandengue!

Anne quiso decir algo, pero percibió que era mejor quedarse callada.

—Al final, vuestras aportaciones tampoco parecen nada del otro mundo. Hay mucho que hacer. Tú empieza con Knud Engtoft —le dijo con brusquedad a Anne—. Y tú ve con ella, Kamilla. Queremos unas fotos publicables antes de que lo encierren.

—¡Vaya mierda! —resopló Anne cuando bajaron las escaleras.

Estaba lloviendo y la primera tormenta otoñal hizo que las hojas secas se arremolinasen en la acera junto a los vasos vacíos del McDonald's, las revistas de publicidad, los periódicos enrollados y demás basura de la calle que habían condecorado a Aarhus con el noble título de una de las ciudades más sucias de Escandinavia. Pasaron por una de las pocas papeleras, que estaba hasta arriba, y atravesaron el portón del patio trasero, donde estaban aparcados los coches.

—Te han devuelto el coche —exclamó Kamilla cuando vio el Lada amarillo de Anne. Estaba deseando que volviera la normalidad, dejar de ser la chófer de Anne y acudir solo cuando la llamaran, después de que los periodistas hubieran acabado las entrevistas. Los días en los que no estuvieron ni Thygesen ni el coche de Anne, había perdido mucho el tiempo y no había podido ayudar a Britt con los asuntos locales ni a Mads Dam con el deporte.

—*Sip*, por eso he llegado tarde. Tenía que ir a recogerlo al taller. ¿Y tú?

—Pues no tengo ninguna excusa válida. Simplemente he dormido mal.

Estuvo dando vueltas en la cama y tuvo una pesadilla tras otra: barcos que se hundían, niños que se ahogaban y chillidos y gritos de odio de niños no deseados.

—Conozco bien esas noches —suspiró Anne y encendió un cigarrillo—. Vamos en tu coche.

—¿No puedes dormir por el entierro de tu madre? —preguntó después de un buen rato sin hablarse—. ¿Se rompe un vínculo significativo cuando a alguien se le muere la madre?

La última frase quedó tapada por el ruido del tráfico y el agua cuando bajó la ventanilla para echar el humo. El pelo corto y negro volaba enloquecido alrededor de su rostro. El viento hizo lo mismo con el de

Kamilla, que le pidió a Anne que cerrase. Obedeció y apagó el cigarro en el cenicero del coche.

Kamilla asintió por respuesta y miró la lluvia y el tráfico. Las luces traseras de los coches que iban delante parecían un mar rojo parpadeando bajo la lluvia. Las hojas mojadas chocaban contra el cristal delantero, donde los limpiaparabrisas no paraban de moverse. Una hoja se quedó atrapada y fue de un lado a otro hasta que por fin se soltó y desapareció gracias a un poderoso golpe de viento. «Más que eso —pensó—. Mucho más que eso». Pero no quiso hablarle de la revelación de Astrid, de lo que realmente le había pasado a su madre en la juventud, de lo que aquello había trastornado su propia vida ni de que la había dejado sumida en una mar de dudas para las que nunca tendría respuestas.

La caravana de la parcela 300A parecía abandonada, como todas. Había muchas plazas vacías. Además, la gente comprendía que el verano había acabado. Anne llamó con fuerza tanto a la puerta como a las ventanas e intentó mirar, pero las cortinas estaban echadas y no se oía ningún ruido que indicase que había vida ahí dentro.

—Han venido a por él —dijo una mujer con un cigarrillo a medias entre los finos y coloridos labios. Salió de una caravana cercana y tiró un cubo de agua con jabón al suelo—. La policía —añadió y las miró con curiosidad—. ¿Sabéis qué ha hecho? Llevamos verano tras verano siendo vecinos. ¡Joder, espero que no sea un asesino en serie! —exclamó y se rio de su broma.

—¿Estás segura de que era la policía?

La mujer asintió y tiró la ceniza del cigarrillo a las escaleras de madera de la caravana.

—Al menos era un coche de la *poli*, pero no llevaba la luz azul encendida, así que lo mismo no era tan serio. Seguro que una multa de tráfico sin pagar. Conduce como el culo —respondió y se volvió a reír.

—Ya que lleváis tantos años acampando tan cerca, ¿lo conoces bien?

Llevaba unos vaqueros demasiado ajustados y algo que parecía la parte de arriba de un chándal azul con cremallera y capucha y con rayas en las mangas.

—Suele viajar fuera y cuando no está otros ocupan su caravana en el *camping*. Pero es un buen tío. De vez en cuando comparte una caja de cervezas con nosotros y nos cuenta sus trágicas aventuras. ¡Una vez disparó a un león! Dijo que era o el gato o él. Y luego ahí dentro tiene muchas bebidas estupendas. —Hizo un movimiento con la cabeza señalando a la caravana abandonada—. Creo que eso es lo que más le atrae a Henrik, mi marido. Por ejemplo, el licor africano y la cerveza, que se llama Mongozo. Sabe a coco. Henrik dice que es empalagosa, pero a mí me gusta. ¿Sois familia?

Anne negó con la cabeza.

—Soy periodista, me llamo Anne Larsen. Ella es mi fotógrafa, Kamilla Holm.

Kamilla asintió a modo de saludo y la mujer abrió los ojos como platos.

—De la prensa. ¡Maaaadre! ¿Vais a escribir lo que acabo de decir? —Se arregló el despeinado cabello castaño, como si supusiera que le iban a hacer fotos.

—Con quien queríamos hablar era con Knud Engtoft. ¿Sabes quién usa la caravana cuando él no está?

—Uf, sobre todo gente que ha estado de safari con él y quiere quedarse unos días en los países nórdicos. Hay que tener cierto gusto por África para quedarse en esa caravana. —Hizo gestos con la mano y se le cayó la ceniza del cigarrillo, que pronto se consumió solo. Lo tiró al cubo—. Está llena de baratijas horribles que ha comprado allí —continuó, pero la interrumpió el sonido de un móvil—. Será Henrik, para que vaya a buscarlo a la ciudad. Nos vamos a casa esta noche. —Se rio de nuevo y se metió en la caravana. La oyeron hablar en voz alta por teléfono.

Anne dio un portazo cuando se subió al coche.

—¡No me jodas! Thygesen tenía razón. Nos han tomado el pelo todo este tiempo.

—Pues pronto darán otra rueda de prensa —contestó Kamilla, que no veía problemas más que en su propia vida.

—Lo dudo. Había planeado contarle a Benito que la camarera y la enfermera se conocían, pero si quieren jugar, jugaremos.

—¿No lo habrán averiguado ya?

—No me extrañaría. Al principio han filtrado muchas cosas para hacernos creer que iban a mantenernos informados, pero no era más que una treta para guardarse lo que sabían —dijo con un resoplido.

Kamilla se abrochó el cinturón. El día era distinto.

41

El día de Roland tampoco era normal. Miró el perfil de Isabella con cuidado de no clavarle la mirada. El tráfico no era fluido a esa hora de la mañana y la tormenta golpeaba el coche con violencia mientras conducían a campo abierto.

Ella llevaba una chaqueta clara a juego con su pelo y el pañuelo azul del cuello era del mismo color que sus ojos, que seguían el tráfico como si estuviese al volante. Roland sonrió y sintió una química que no había experimentado desde que conoció a Irene. Siempre había considerado unos ingenuos a los hombres mayores que creían poder interesar a una joven de veinte. ¿Quizá no era ingenuidad? ¿Podía pasar de verdad? Se miró rápidamente en el retrovisor. No estaba tan mal. El sol del sur de Italia le había dado color, se había afeitado aquella mañana y se había echado una pizca del *aftershave* caro, solo un poco, para que Irene no sospechase. Y además se había cortado el pelo y se había teñido discretamente las canas de las sienes. La peluquería estaba a la vuelta de la esquina de la Jefatura, así que pudo escaparse durante la pausa para comer. No solía tardar mucho, pero ese día sí tardó. La peluquera le dijo que, si usaba el tinte natural, nadie se daría cuenta. Tampoco nadie le dijo nada en la reunión matutina. Quizá tampoco se notaban tanto las canas y había tirado el dinero. Al menos, Irene le dijo que estaba guapo cuando le colocó la corbata antes de irse. Se le estaba pasando el enfado y había accedido a ir a Skåde para ver la mansión. Roland ya sabía que lo había dicho para hacer las paces y que intentaría buscar fallos y carencias, pero estaba tranquilo. No había nadie y, cuando la viera… Aún no le había hablado de la carta de Giovanna, no había motivos para inquietarla.

Isabella puso la mano sobre la suya al cambiar de marcha. Fue como una corriente eléctrica.

—Creo que tenemos que girar aquí a la derecha —dijo sin mirar a Roland. Pero el tacto también era suficiente. Pasaron por la iglesia de Sabro y él le contó que fue allí donde bautizaron a su nieta, Marianna. Un intento de recordarle (o recordarse) que era un hombre mayor, casado y más danés que italiano, no había nada de romántico sureño en él. Había faltado incluso a su fe católica. Había traicionado a Nápoles, con más delincuencia contra la que luchar como policía que en Aarhus. Había traicionado a su familia italiana, a Italia, y ahora estaba a punto de traicionar a Irene. Seguía notando el calor de la mano de Isabella, aunque la había quitado y señalaba por la ventana—. Gira aquí—ordenó. Poco después iban por Ristrupvej buscando el número de la casa.

—¿Has pensado en lo cerca que estamos del pantano? —preguntó ella y lo miró por primera vez desde que se montaron en el coche. Roland asintió, ya lo había pensado cuando le dieron la dirección de los padres de acogida de Sebastian.

Era un encantador y antiguo chalet con motivos rurales. Roland calculó que era de alrededor de 1900, pero estaba muy bien conservado. El tejado parecía nuevo y la pared estaba pintada de blanco. También había un cobertizo para coches con seis pilares de madera que formaban un techo diagonal y una pared de madera. Parecía un trabajo un poco rústico, pero bonito. En el garaje estaba aparcado un viejo Morris Mascot amarillo. No era muy frecuente ver ese modelo. Roland sonrió ligeramente, puesto que le recordó al de Mister Bean. Los padres adoptivos de Sebastian estaban jubilados. Fue Anton Kjærsgaard quien les abrió. Su esposa, Ellen, traqueteaba en la cocina con unas tazas. Los saludó con una bandeja en la mano de camino al salón.

—Espero que toméis café —dijo y dejó la bandeja en la mesa antes de darles la mano.

El salón también era blanco. Quizá el techo de madera antes había sido de madera oscura, pero ahora estaba pintado de blanco y le daba al salón una apariencia luminosa. Las cortinas también eran blancas, pero los muebles eran oscuros y las sillas de respaldo alto y el sofá de tres plazas de cuero negro parecían nuevos o muy bien conservados. Daba la sensación de que no se habían levantado hacía mucho. Roland vio desde el pasillo una

cama de matrimonio sin hacer. Como jubilados, quizá durmieran hasta después de las nueve, pero quería hablar con ellos antes de volver a hablar con Knud Engtoft, al que habían ido a buscar para un interrogatorio en el que Roland quería participar cuando volvieran a la Jefatura.

—Perdón por haber venido tan temprano —comenzó Roland.

Isabella se sentó a su lado y miró la fotografía de Sebastian de adolescente, que estaba en un aparador con muchas fotos con bellos marcos. Roland también las había visto brevemente. No había olvidado esos ojos. Ellen Kjærsgaard debió de notar el interés en la foto.

—Siempre ha sido un buen chico —dijo con cariño.

—… a pesar de su duro destino —añadió Anton.

—… sí, y ahora, encima, un nuevo golpe: que su madre fuera asesinada —continuó Ellen.

Roland dio un sorbo al café que Ellen le había servido.

—Nos gustaría saberlo todo sobre Sebastian. Cuantas más cosas, mejor. Vosotros sois quienes mejor lo conocéis.

Lo miraron orgullosos. Se notaba que querían a su hijo adoptivo. Roland estaba seguro de que habían sido buenos padres. Los dos llevaban gafas con idéntica montura. En suma, se parecían tanto que era cómico. Como el coche de Mister Bean del garaje. Ellen tenía el pelo blanco y corto, como su marido, que era de tronco más delgado. Ambos con camisetas casi iguales. Anton había trabajado en los ferrocarriles y seguro que había sido musculoso. Ahora los músculos le colgaban por los delgados antebrazos. Ellen estuvo toda la vida en la tienda y tampoco tenía sobrepeso.

—¿No habéis hablado con Sebastian? —preguntó Ellen y escudriñó a Isabella como si no supiera que había agentes de policía femeninas.

—Sí, hemos hablado con él, pero no recuerda demasiado de aquella época. Por eso esperábamos que pudierais contribuir.

Ellen miró a Anton y ambos sonrieron al recordar.

—Sebastian tenía ocho años cuando llegó. Fue después de la tormenta de nieve, ¿te acuerdas, Anton?

Asintió.

—Cuidábamos de otros dos chicos, eran algo mayores que Sebastian y se fueron unos años después…

—… y Sebastian se quedó como hijo único —concluyó Ellen.

—¿Alguna vez ha hablado de su madre o de su padrastro?

—Del padrastro no quería hablar, decía que lo odiaba. Pero los niños dicen muchas cosas sin querer. Sobre todo, cuando se sienten frustrados.

—¿Entonces no creéis que lo dijera en serio? —preguntó Isabella. A Roland le pareció la elección correcta, siempre era una buena táctica convertir un comentario en una contrapregunta.

—Al menos hizo suya la gran afición de su padrastro. ¿Lo haría si lo odiase? — Evidentemente, Anton también conocía la táctica.

—¿Te refieres a su interés por África?

Ambos asintieron.

—Acababa de cumplir los veinte cuando comenzó a viajar allí. Ha aprendido suajili, aunque no lo usa para nada —dijo Ellen, e hizo un movimiento con la cabeza que expresaba negación e incomprensión. Alisó el mantel bajo el plato de la taza con ambas manos.

—¿Se vio con su padrastro en sus viajes?

Se encogieron de hombros y parecieron gemelos haciendo el mismo movimiento. ¿Se volvía uno así tras muchos años de matrimonio? Miró a su alrededor y vio a Irene sentada en la mansión de Skåde con el mismo pelo, la misma montura de las gafas y los mismos movimientos. Se echó a temblar al pensarlo.

—Estoy seguro de que no se vieron —dijo Anton dirigiéndose a Ellen—. El padrastro va más a Sudáfrica y Sebastian va al este. Tanzania es su país favorito. Y siempre se trae a casa esos horripilantes *souvenirs*. —Frunció el ceño.

—Bueno, algunos son muy bonitos —le amonestó Ellen y siguieron con la mirada una enorme figura oscura de madera que representaba a un guerrero con escudo y lanza que estaba en el salón oculta tras una palmera, lo que le proporcionaba el ambiente perfecto.

—¡Crees que es bonito! —protestó Anton—. Y luego está esa máscara tan fea que siempre tenía justo encima de su cama. Lo que me extraña es que no tenga pesadillas con ella. El padrastro se la dio como regalo de cumpleaños. Menudo regalo para un chaval.

Resopló y se secó la nariz. Todos sufrían constipados en mayor o menor grado tras el brusco cambio de tiempo.

—¡Ya lo sabes, le daba valor! Muchos niños tienen esas ideas, o amigos invisibles. ¡Seguro que tú también los tuviste! —dijo Ellen, y le dio una servilleta de papel.

Isabella miró a Roland y sonrió. No podían llevar a cabo un interrogatorio, pero seguro que sacaban algo de esa alegre discusión.

—¿Cómo podía Sebastian permitirse viajar? ¿Le daba el dinero su padrastro?

—Que sepamos, ni un duro. En cuanto desapareció la madre, se fue a África. ¿A lo mejor sigue viviendo allí? —dijo Anton a modo de pregunta, pero Roland no respondió. Menos mal que era Isabella quien estaba con él. Seguro que Mikkel no habría podido mantener la boca cerrada. Isabella bebió café y le sonrió con los ojos por encima del borde de la taza.

—Pero Sebastian se ha ganado su propio dinero. Siempre ha sido un currante. Nunca hemos tenido tanto como para poder derrochar.

—¿Cómo ganaba dinero?

—De niño iba cada mañana a repartir periódicos hiciera el tiempo que hiciera. Después por la tarde también repartía publicidad. Pero aun así no descuidaba el colegio. Siempre ha tenido un carácter más o menos bueno. Cuando se hizo mayor, fue camarero un tiempo en restaurantes del centro de Aarhus.

—¿Dónde?

De nuevo hicieron ese movimiento simétrico al encogerse de hombros.

—Y luego obtuvo un puesto como aprendiz de mecánico en Hasselager y se mudó a la calle Klostergade. ¿Y la máscara? ¿Se la llevó o la tiraste? —le preguntó Anton a Ellen.

—No, qué va. No podía ni tocarla. Ni siquiera quitarle el polvo. Recuerdo una vez que… —Dejó la frase sin acabar—. Por lo visto sigue encima de su cama —continuó con la voz temblorosa.

—Pobres de las chicas que se llevase a casa —se rio Anton y Ellen le dio un codazo en el costado.

—Quizá se haya echado novia. Ya no lo vemos tan a menudo, se las apaña solo. Pero sigue viajando a África y siempre se acuerda de mandar

una postal a estos ancianos. — Se dedicaron una sonrisa—. Ah, sí, y también ha trabajado como voluntario en países en vías de desarrollo para la Cruz Roja. Por lo visto, ahí sus conocimientos de suajili fueron de gran ayuda.

—¿Pero nunca os ha hablado del día que desapareció su madre? — preguntó Isabella, que parecía tener ganas de volver a la Jefatura y seguir investigando. Roland tenía el mismo deseo. Y ahora comenzaron de nuevo a discutir.

—No, de eso no hablaba nunca. De hecho, estuvo medio año sin hablar. No dijo ni mu. Un psicólogo nos explicó que es una reacción natural cuando un niño experimenta algo tan traumático. Se encierran en el silencio. Es algo que se ve también en los niños refugiados.

Anton la interrumpió enseguida.

—Si vio algo, lo reprimió. Pero quién sabe si de repente podría resurgir un día.

—Pobrecito, espero por su bien que no.

—Quizá la policía pueda ayudar. —Anton miró a Roland pidiendo confirmación.

Roland se levantó y dio las gracias por el café. Isabella siguió su ejemplo.

Seguramente Knud Engtoft habría llegado ya para el interrogatorio y Roland no quería perdérselo. Ellen Kjærsgaard también se había puesto de pie y colocaba las tazas en la bandeja mientras seguía conversando con su marido.

—Pero piensa que lo encontraron solo en el coche de la madre y lo dejaron a oscuras en una carretera una fría noche de invierno. Lo que habrá vivido y reprimido…

42

Vivía casi más tiempo allí que en el piso de Klostergade. Desde la ventana del salón había vistas al mar, cada vez más agitado. El viento arreciaba, pronto tendría la fuerza de un huracán. La mayoría diría que no era el mejor tiempo para estar en una casa de verano, pero él lo disfrutaba. Lo que distinguía a Dinamarca de África era precisamente su tiempo cambiante, que le recordaba mucho a su propia mente. En un momento podía ser luminoso y amable y, al siguiente, oscuro y amenazante.

No era una casa ostentosa como muchas de las que había en la playa de Skæring, que parecían chalets de lujo. Esta era más un cobertizo de madera con un pequeño salón, una cocina y un dormitorio. Pero el emplazamiento era perfecto. Algo retirada y aun así cercana a la playa. Nadie sabía que la había comprado con sus primeros sueldos de aprendiz de mecánico mientras seguía viviendo gratis en casa de Ellen y Anton.

Escuchó la tormenta que aullaba detrás de la ventana, lo cual le recordó a aquella vez en que las voces se ahogaron en el mismo sonido durante la tormenta de nieve que asoló el país aquel mes de diciembre.

Pero, aun así, captó casi todas las palabras desde el último escalón de la escalera que daba a su habitación, a la que nunca se acostumbró del todo. Tampoco a la casa, al colegio, a los nuevos compañeros de clase, al padrastro y a todo lo demás a lo que le habían arrastrado. Pero ella parecía contenta. Era lo único que contaba. La suave voz de mamá era lo que mejor recordaba. La otra voz femenina era ronca. Era su amiga del antiguo trabajo del club nocturno. Solía ir de visita, así que él la conocía bien. Se quedó escuchando la tormenta y las voces vestido solo con un pijama y con los pies helados sobre el frío escalón.

—Pero tienes que denunciarlo, Louise. ¡Eso es asesinato! —dijo la voz ronca.

No entendió el significado de gran parte de la conversación hasta que se hizo mayor, ya que nunca la olvidó. Mientras crecía la reprodujo en su cabeza una y otra vez. Poco a poco empezó a comprenderla.

—No es asesinato en ese sentido, Annemette. Se llama eutanasia. Pero yo no quiero contribuir a eso. Josefine estaba mejorando con el tratamiento del doctor Winther. Yo me quedé paralizada… —La madre se echó a llorar.

Él se levantó, listo para bajar corriendo a consolarla, pero se volvió a sentar rápidamente.

—Los nazis ya lo llamaban así en 1939. Les daba la oportunidad de asesinar y matar a personas que eran una carga psíquica y física para la sociedad.

Era la voz del Africano la que intervino. Dio tal respingo que casi se cae por las escaleras. No sabía que también estaba en casa. Debía de haber vuelto de su viaje, aunque la tormenta de nieve había cerrado el país. En la radio habían dicho que nadie podía salir ni entrar en coche a no ser que fuera cuestión de vida o muerte. Por eso la amiga de su madre seguía en casa. No podía irse, tenía que pasar la noche allí.

—¡Esos cerdos ricos! Estoy seguro de que han hecho como los nazis y se han librado de una carga. Seguro que han sobornado al médico para que lo haga. ¿Puede ser que por eso hayan apartado al doctor Winther? Él tampoco habrá querido participar. ¡Tendrías que haberte negado, Louise! —Su voz llegó bien al último escalón, porque estaba tan encendido que gritaba.

—Yo… también… pero no podía… imaginarme… que lo hicieran de verdad… y… no me atreví… —La voz de la madre temblaba y se quebraba por el llanto.

—¿Por qué iban a hacerlo si no estaba terminal? —preguntó la voz ronca.

—Si no, no podría irse con esa bruja y sus millones. ¿Estás diciendo eso, cielo? ¿Que solo puede dejar a su esposa enferma si esta muere y que así se casará con la rica y será dueño de una empresa enorme que produce miles de millones?

Oyó cómo el Africano comenzó a ir de un lado a otro. La madre no respondió, o quizá asintió. O a lo mejor él no oyó la respuesta, ya que cayó

del tejado un montón de nieve que provocó un gran ruido. Bajó la escalera sin hacer ruido y se quedó detrás de la puerta medio cerrada. No se atrevió a mirar. La madre y la amiga estarían junto a la mesa y podrían verlo fácilmente. Los pasos del Africano se detuvieron bruscamente, luego chascó los dedos como hacía siempre que creía haber tenido una idea genial.

—Joder, lo tengo —dijo en voz tan baja que Sebastian no lo habría oído si no hubiera bajado.

—¿Qué tienes?

—Son ricos, cielo. Pagarán lo que sea para que esto no se sepa. La eutanasia está prohibida en Dinamarca.

—¿Te refieres a extorsionarlos? —dijo impactada, con la voz ronca.

—¡Joder, tía! Se lo pueden permitir. ¡Nos haremos millonarios!

—Yo no quiero formar parte de esto. Creo que tenemos que ir a la policía. —La voz sonaba algo más que ronca.

—¿Y para qué serviría eso? Louise es cómplice porque ha participado. ¿Cuánto quieres por tener el pico cerradito? —Su voz había llegado a ese tono en el que los demás se callaban y obedecían—. ¿Diez millones está bien? Así podrás dejar ese miserable trabajo en el club.

La amiga de la madre asintió en contra de su voluntad, pero él no se dio cuenta. Seguía sin atreverse a mirar.

—Me pongo en contacto con ellos esta noche y les digo nuestras exigencias.

—¿Y si son ellos los que llaman a la policía?

—¡No van a tener huevos! Así se delatarían. ¡Son ellos los que han hecho algo ilegal!

—respondió burlón el Africano.

—Habla bajo, el *gordi* puede oírnos. —La voz de la madre se oía más clara tras la puerta y él se quedó paralizado cuando oyó que ella echaba la silla hacia atrás—. Voy a subir a verlo.

—Pero si está durmiendo.

Quemó un palillo de dientes y poco después llegó el olor a humo que llenaba toda la casa cuando él estaba allí. El pesado y dulce olor a cigarrillos africanos. La madre había dejado de fumar cuando estudiaba

para enfermera. Había intentado convencer también al Africano para que lo dejara.

Primero pensó en subir corriendo a su habitación, pero se dio cuenta rápidamente de que era imposible, así que consiguió llegar al penúltimo escalón y girarse hacia la puerta justo cuando ella la abría.

—¡*Gordi*! ¿Cuánto llevas aquí, cariño? —dijo con la voz algo temblorosa. Le acarició el pelo y él vio que había llorado.

—Te… tengo sed.

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

Lo agarró de la mano y fue con él a la cocina, donde llenó un vaso de agua fría del grifo y después subieron las escaleras. Le apretaba la mano con demasiada fuerza. A mitad de camino se le cayó algo de agua. Le temblaba la mano. Lo tapó con el edredón y le dio un beso en la frente. Fue la última vez. El día siguiente era 19 de diciembre.

Saboreó un poco de sal en los labios. El sonido del motor de un coche que se sobreponía al del viento le hizo mirar por la ventana mientras se secaba los ojos.

Ella ya estaba allí.

43

¿Cómo viviría la gente si supiera que hay una oportunidad más, que todo podría repetirse en otra vida? ¿Pero no es así como vivimos?

Kamilla lo pensó mientras miraba al mar, que cada vez estaba más revuelto, como si presintiera que se acercaba un peligro. Los solitarios barcos seguían el ritmo violento de las olas. A algunos los golpeaba una ola violenta y se les metía agua en la cubierta. Se fijó en una mujer con las manos mojadas y un sombrero impermeable que sujetaba convulsa cuando el viento intentaba quitárselo con golpes malvados. La mujer estaba cerca de una dársena mirando al agitado mar, al horizonte, que se había convertido en una masa gris intentando formar una muralla contra el peligro que acechaba ahí fuera, e intentó mantener el equilibrio entre los duros golpes del viento. Era tan bajita y delgada que podía haber caído al mar con facilidad. Kamilla vio un barco de recreo que rompió de repente la muralla gris y notó que la mujer cambiaba de postura. Soltó el sombrero, que salió volando al instante, y el rubio pelo se le arremolinó en el rostro. Hizo señas con la mano y gritó algo que se ahogó en el fragor del mar. Fue corriendo hacia el puente, donde el barco intentaba atracar entre las olas que venían en contra. Desafió al viento y al agua encrespada que llegaba al puente e intentaba atraparle las piernas y tirar de ella. ¿Su marido o su novio? En cualquier caso, alguien que le era cercano. Se abrazaron bajo la lluvia de agua de mar.

Era una de las cosas que nunca se repetirían si él salía a navegar y no volvía jamás. Como Rasmus, que fue en bici al pabellón a jugar al fútbol y nunca volvió a casa. Como su madre, que… Lo mismo pasó hace muchos años. El barco había vuelto a la playa de Agger, pero faltaba alguien. Eso no se podía cambiar, habían salido a navegar su madre, el novio prohibido y el niño, Johannes, que podía haber sido su tío. Nunca lo encontraron. La

potente corriente del Mar del Norte se lo había llevado. Cuando la tía Astrid se lo contó, se le llenaron los ojos de lágrimas. Esos ojos que no podían esconder el desprecio por el acto irresponsable de la hermana. Pero Kamilla también entendía lo que debía de haber sentido su madre. Era responsable de su hermano pequeño como ella lo era de su hijo. Ambas habían faltado a su deber. ¿Por qué nunca le habló de eso ni de las consecuencias que tuvo? Consecuencias que, en tal grado, habían afectado a su vida.

El camarero apareció de nuevo y la miró con interés.

—Sigo esperando —dijo y miró el reloj—. Llegará pronto.

El camarero sonrió y se fue.

¿Iba a hacer lo correcto? Cuando lo decidió, creía que sí, pero ahora tenía dudas. Se oyó de nuevo diciendo lo que le había hecho decidirse. «Pero lo que pasó no fue culpa de mamá, fue un accidente. Se descuidó un instante. ¿No crees que fue suficiente castigo perder a su hermano y sentir que fue culpa suya? ¿Cómo pudisteis reprochárselo y darle la espalda?». Pero entendió lo que había pasado. Ella había reaccionado del mismo modo, pero no era tarde para cambiar.

La voz de Astrid llegó de nuevo con un golpe de viento que lanzó hojas secas y agua salada contra la ventana. Se apartó ligeramente en un acto reflejo.

—La perdonamos de verdad. Dios llamó a Johannes antes de tiempo, ese fue el consuelo de mamá para Gloria. Pero no se trataba de eso.

No lo oyó llegar. Lo que le hizo levantar la mirada fue el frío que traía. Él esbozó una sonrisa incierta y se sentó con cautela, como si no estuviera seguro de si debía hacerlo. Apenas se hubo sentado cuando el camarero le cantó el menú del día.

—¿Podemos esperar? ¿Nos trae un poco agua? —preguntó Kamilla. El camarero asintió con expresión de enfado.

—Kamilla, me alegra que quieras hablar conmigo. Pero he de reconocer que me sorprendió tu mensaje. Y, además, aquí, en el restaurante Egå Marina…

—Teníamos que hacerlo, Danny. Han pasado muchas cosas que… —Se fijó en el anillo. El camarero volvió y dejó en la mesa la jarra de agua, con lo que ya no podía verle las manos y dudó de si había visto bien. Miró de

nuevo por la ventana para no enfrentarse a sus ojos. Ya no quedaba nadie en el mar. Solo barcos inquietos y amarres para que no se fueran a la deriva, como ella.

—¿Qué quieres de mí, Kamilla?

Ella lo miró deseando no haberse puesto en contacto con él.

—No voy a poder perdonarte jamás, pero…

—Lo entiendo. También por eso tengo que seguir adelante —interrumpió con voz impaciente, como si tampoco desease esa conversación.

—¿Te refieres a Majken?

Asintió.

—Majken también lleva una gran carga, Kamilla. Quizá deberías hablar con ella.

—No soy yo quien ha roto la amistad.

—No, ya lo sé, fue por mí y por la breve relación que tuvimos, pero eso ya ha pasado. —Por el modo en que lo dijo, a la frase le seguía un «¿verdad?». Echó agua en ambos vasos—. Majken necesita alguien con quien hablar…

Dejó la jarra en la mesa y Kamilla volvió a mirarle la mano, y el anillo.

—No es de tu prometida de quien quiero hablar —lo interrumpió con un tono de maldad no deliberado.

—¿Y qué quieres, Kamilla? He cancelado una reunión y he venido en coche con este tiempo para verte creyendo que…

—¿Qué creías, Danny? Creías que te iba a perdonar, ¿no? ¡Pero si tú ya has elegido!

Se puso la chaqueta bajo el brazo y salió corriendo hacia la puerta. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo injusta que era. ¿Qué había esperado?

El vendaval sacudía la ropa y le quitaba el aire. El viento del mar calaba hasta los huesos. Kamilla se apresuró hasta el coche mientras se ponía el abrigo, temblaba tanto que no podía meter la llave en el contacto. Las espumosas olas se lanzaban sobre la dársena como si intentasen llegar hasta ella y arrastrarla a las profundidades. Pero ya se encontraba allí. Se hundía cada vez más en un abismo donde no sabía quién era. Nunca había pensado que fuera tan importante conocer tus raíces. Pero la verdad sobre su madre

lo había cambiado todo y le había hecho entender algunas cosas. Ahora veía con claridad por qué sus padres nunca la habían querido, no habían sido imaginaciones. Ambos la habían abandonado sin explicaciones ni respuestas. «¡Que el diablo te lleve!», dijo en alto refiriéndose a su madre. Era como si el odio hubiese crecido como un hongo que la llenaba y lo absorbía todo. ¿Por qué nunca había hablado con ella de lo sucedido? Era su hija y tenía derecho a saberlo.

Danny salió corriendo del restaurante. Se estrechó la chaqueta y atravesó el viento hasta su coche. Tenía el rostro concentrado y adusto. Kamilla sintió como si una mano fría le agarrara el corazón y lo estrujara. Él no la vio. No llevaba el mismo coche que cuando mató a Rasmus. Había cambiado el Opel Vectra azul marino por un Saab gris plateado. Desapareció a toda prisa por Grenåvej. Kamilla no pudo recomponerse para arrancar el coche y seguirlo. La voz de su tía seguía resonando en su cabeza como una melodía no deseada de la que no podía librarse. «Fueron las consecuencias las que hicieron que padre y madre dieran de lado a Gloria para que se fuera de Agger. Se quedó embarazada del hombre con quien salía a navegar. Estaba embarazada de ti cuando hizo la maleta y desapareció. Nosotros, sus hermanos, nos enteramos de que nuestra hermana había matado a nuestro hermano pequeño en pleno deseo y por eso vimos a qué lleva la fornicación».

Kamilla se recuperó y giró la llave. Aunque era un todoterreno que pesaba mucho, la tormenta casi lo arrastra hacia la carretera. No tenía que haber salido. En la radio desaconsejaban salir y advertían de que había arboles volcados y tejas caídas. Tampoco había muchos coches en la carretera, pero, por suerte, no había demasiada distancia hasta Mejlbyvej. La música llenaba el coche con una relajante melodía clásica, pero el lúgubre soniquete de la voz de Astrid arrastrando ligeramente las palabras no desaparecía. «La salvación de Gloria fue conocer al pescador, que la amaba tanto como para aceptarte como hija propia». No comprendió la verdad hasta que Astrid volvió a Agger y fue a Egå aquel día. Tenía un padre biológico en algún lugar. Un hombre que era culpable de que su madre no vigilase a su hermano y de la desaparición de este en el mar. ¿Sería entonces cuando fue concebida?

Cuando giró para entrar en el patio, lleno de hojas secas arremolinadas y ramas caídas, supo lo que tenía que hacer. Tenía que encontrarlo.

44

No era la casa de verano más bonita que Sabrina había visto. Se arrepintió de haber ido ahora que el mal tiempo había arreciado; pero ya era tarde, él la había visto por la ventana.

Abrió la puerta con una sonrisa que parecía auténtica, pero los ojos no mostraban ninguna alegría. Había algo en ellos que reconoció.

—Vaya, así que tú eres «la pequeña».

No le dio la mano, pero le mostró el camino hacia el salón, donde solo había una mesa, dos sillas y un sofá.

—¿Y tú eres Sebastian, el hijo de Louise?

Él asintió.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias, no me quedaré mucho. Parece que hay que volver a casa antes de que el huracán se desate en serio.

Se sentó al borde del sofá. Desde allí se veía otra habitación con una cama. La puerta estaba entreabierta y percibió ligeramente una máscara horrible con los ojos torcidos que estaba encima de la cama. Sebastian se tiró en el sofá y se quedó mirándola.

—¿Qué me quieres contar? —preguntó en tono tímido.

—Vaya, ¿no eras tú quien quería contarme algo?

—Dijiste que viniera aquí porque no podíamos hablar por teléfono.

—Querías saber algo sobre mi madre, ¿no? —dijo y puso las piernas sobre el reposabrazos del sofá. Apoyó la cabeza sobre el otro, pero no apartó la mirada de ella.

—Sí, y de la mía. Josefine Hjort. ¿La recuerdas?

Sebastian miró al techo de un modo tan pensativo que Sabrina se sorprendió. Si se iba a reír de ella, no sabía para qué había ido hasta allí con ese tiempo.

—Sí, recuerdo a tu madre vagamente. Te pareces un montón. Entonces eras una jovencita imposible.

—¿Imposible?

—Sí, llorabas muchísimo. A veces yo iba a vuestra casa a buscar a mi madre, pero la tuya estaba muy enferma y tu padre era un cabrón.

—¡Mi padre no es…!

—Siempre estaba con ella, con su amante. Mamá intentó ayudaros lo mejor que pudo y luego…

—Y luego, ¿qué?

—¿Entonces no sabes nada?

—He leído algunas cartas que tu madre le escribió a mi abuela. El intercambio se detuvo en diciembre de 1983. ¿Sabes qué pasó?

Se incorporó rápidamente y se inclinó hacia ella con los ojos apretados.

—Sí, que mi madre desapareció. ¡La mataron, joder! ¿No lees los periódicos?

Sabrina se levantó. No se esperaba que la voz de Sebastian fuera tan dura y hubo algo en ella que la asustó. Tuvo una horrible sensación de que los ojos torcidos de la máscara la seguían a través del hueco de la puerta.

—¡Perdón! Siéntate. —Se levantó con las manos en alto—. Los dos sufrimos por las muertes de nuestras madres e intentamos encontrar respuestas, comprender qué pasó, ¿verdad?

Sabrina solo pudo asentir.

—Quizá sepa algo. Ven, sígueme.

Abrió la puerta. El golpe de viento que entró hizo que la puerta del dormitorio diese un portazo.

—¿Salir con este tiempo? ¿Qué vamos a hacer?

Sebastian se puso el chubasquero y salió a la tormenta; Sabrina lo siguió, dudosa, y se puso la capucha de su abrigo. Más adelante, entre los árboles, vislumbró un pequeño cobertizo. Quizá guardaba allí algo que ella debía ver, aunque más bien parecía un retrete antiguo con un corazón tallado en la puerta. En lo alto de la cuesta, Sebastian se giró.

—Sigue mis pasos. ¡Puede haber víboras! —gritó entre el viento.

Costaba andar por la arena mojada. Mientras subía entre los árboles, se abrigó lo mejor que pudo del viento. El mar tronaba, las hojas crujían y el

viento aullaba, por lo que Sabrina apenas le oía, pero distinguió «víboras». ¿No hibernaban en aquella época? Aun así, ¿por qué salir con ese tiempo?

—¿Qué vamos a hacer? —gritó sujetándose el pelo con las manos. La capucha se le volaba constantemente y había optado por rendirse.

Sebastian se detuvo y la esperó.

—¡Date prisa, es por aquí!

Sabrina obedeció sin saber por qué y miró hacia atrás. Se veía la parte trasera de la casa y el mar con su amenazadora espuma de altas olas en el horizonte. Ahora veía que el cobertizo *era* un retrete, pero había una dependencia detrás que podía ser una caseta para las herramientas.

Sebastian se acercó a ella con la mano estirada para ayudarla a subir la cuesta.

—¡Eh, cuidado! —gritó—. No está puesta la tapa de… —Sabrina se fijó justo cuando pisó y notó que no estaba pisando tierra firme—… la fosa séptica.

Oyó la palabra y lo vio estirarse, pero ya era tarde. Solo los brazos evitaron que se cayera, pero resbalaron lentamente por la arena. La tela del abrigo hacía disonancia con el papel de lija. Se agarró al borde instintivamente cuando resbaló tanto que los codos ya no se apoyaban. Las piernas patalearon en la nada. ¿Cuántos metros de caída había? ¿Qué había en el fondo? Los dedos resbalaron en la arena y debajo de ella cayeron unas piedrecitas. Cuando llegaron al fondo, oyó un sonido de agua.

—¿Es una fosa séptica? —dijo y lo miró asustada. Solo tenía que agacharse y subirla antes de que cayera. Tenía fuerza para ello. Pero cuando vio cómo le cambiaba la cara supo que no la iba a ayudar. Se le resbalaban los dedos, se le partió una uña y el dolor se le propagó por todo el brazo.

—¡Ayúdame!

Sebastian sonrió y puso el pie sobre la mano de la uña rota, que estaba sangrando. Las duras suelas se le clavaron en la piel, pero no intervino. Era innecesario ayudar para que sucediera lo inevitable. Las fuerzas de los brazos, temblorosos, comenzaron a fallar.

—Ayúdame, Sebastian. ¡Estoy embarazada! —Las palabras se convirtieron en sollozo.

Levantó el pie justo cuando las manos resbalaban y comenzó a caer hacia lo desconocido.

Sabrina cayó de espaldas. El duro golpe le provocó una punzada de dolor en las lumbares y dio un fuerte grito. El agua estaba oscura y le llegaba por la cadera. Intentó incorporarse, pero el dolor la obligó a quedarse tumbada en la misma postura. Tampoco había espacio para mucho más. La única luz que llegaba venía del hueco donde debía de estar la tapa. Pero ahora su rostro se protegía de la luz. Sebastian estaba en cuclillas mirándola. Su voz atronó en la fosa vacía, donde no llegaban el sonido del mar y la tormenta.

—Por suerte para ti, la fosa séptica lleva mucho sin usarse. Pero el agua se abre paso junto a la tapa. A veces, cuando llueve mucho, llega hasta el borde. —Miró hacia el cielo y, aunque Sabrina no pudo verle la cara con claridad, percibió una expresión de alegría cuando se quitó la capucha y la volvió a mirar—. Y joder si va a llover hoy. Qué manera de llover. El agua llega a pequeñas oleadas por la cuesta —dijo y desapareció.

Sabrina intentó orientarse entre la débil luz. Había caído unos dos metros. Por encima vio dos tubos que seguramente habían sido tubos de descarga. Tenían los lados marrones a causa del óxido y los excrementos secos. El olor a cerrado era sofocante. Jadeó e intentó reprimir el pánico de la claustrofobia. El dolor de abdomen volvió con gran violencia. Se volvió a tapar la cara ante la luz.

—¿Sabes qué significa «séptica»? —Se puso la mano en la oreja y giró la cabeza como si estuviera escuchando. Sabrina no contestó—. Procede de la palabra griega «*septikos*», que quiere decir ‘podrido, pudrirse’. ¿Tú también crees que pasarán veinticinco años hasta que te encuentren en forma de momia marrón? —dijo con una voz ronca que no parecía provenir de un ser humano.

—Sebastian, no lo hagas. Me duele la barriga. ¡Tengo miedo por el bebé! —La voz atronaba y la sensación de pánico y desesperación no hacía sino aumentar.

—¿Crees que me voy a tragar que estás embarazada? Le voy a preguntar a tu padre si le apetece ser abuelo…

Volvió a desaparecer y Sabrina oyó cómo sacaba algo de la arena.

—No lo sabe —dijo llorando—. ¡Nadie lo sabe!

Las palabras quedaron tapadas por el ruido de la tapa al cerrarse. Cayeron unas piedrecillas al agua y todo quedó oscuro y en silencio. Solo una respiración rápida mezclada con sollozos resonaba en los gruesos laterales de hierro y un lento chasquido que la hizo mirar hacia arriba. La tapa no lo cubría todo. La había empujado solo un poco, pero no para dejarla respirar ni darle luz.

El agua de lluvia se acumuló encima de la tapa y chorreó hacia la fosa.

45

—Son las 12:45. Comienza el interrogatorio de Knud Engtoft. Están presentes el comisario Kurt Olsen y el que habla, el inspector Roland Benito —le dijo a la grabadora tras colocarla sobre la mesa.

Knud Engtoft estaba recostado en la silla de enfrente. No parecía especialmente afectado. Sus ojos lucían picaros y con ganas de aventura.

—Por favor, di tu nombre —le pidió Kurt Olsen y se sentó en la silla al lado de Roland.

—Bueno, el inspector lo ha pronunciado perfectamente. Knud Engtoft. ¿De qué va esto? Os he dado una coartada válida.

—Sí, es cierto. Pero nos gustaría saber más de tus finanzas —comentó Roland, y puso sobre la mesa los extractos bancarios para que Knud viera que tenían la documentación en orden. Por primera vez pareció inseguro.

—¿De dónde coño los habéis sacado?

—Para la policía no es imposible hacerse con esta clase de pruebas —contestó Kurt—. ¿Qué es este dinero que te transfieren cada trimestre a tu cuenta? —Cogió un extracto y lo miró atentamente—. Son grandes cifras —añadió y volvió a mirar a Knud.

—Es de mis clientes, por supuesto.

—¿Qué clientes ingresan cantidades tan altas?

—Los hay que pagan bien por el safari. Sobre todo, si se llevan algo a casa: pieles de animales, dientes o lo que sea.

—Pieles y dientes. ¿Eso no es ilegal? —preguntó Roland con exagerada ingenuidad y miró a Kurt, que asintió mientras seguía con los ojos clavados en Knud.

—Sí. ¿No te estarás dedicando a la caza furtiva?

—Joder, no. Respeto a los animales y eso se lo transmito a los participantes. Está dentro del precio.

—El dinero se transfiere a una cuenta de Suiza. ¿Te suena quién es el pagador?

Knud Engtoft se rio y se rascó el tatuaje del brazo. Solo llevaba una camiseta blanca sin mangas y un pantalón de chándal grisáceo cuando fueron a por él, pero no quiso ponerse nada más. Decía que era de los que nunca tenían frío.

—Sí, ya caigo. Pero ese cliente no quiere que su nombre aparezca, es un acuerdo que tenemos.

—¿Y por qué motivo? ¿Ocultación? —preguntó Roland.

—¿Por qué creéis que tiene una cuenta en Suiza? Hay gente que tiene tanta pasta que quiere ahorrarse unos pocos impuestos, ¿no?

—Entonces no nos quieres decir el nombre del cliente. ¿No ves que parece un poco sospechoso que se trate *solo* de un safari?

—La lealtad es algo primordial para mis clientes. Y no podéis rastrear una cuenta suiza, ¿verdad? —dijo a modo de pregunta.

—Tu cliente va mucho de safari. El dinero lo ingresa cada trimestre y lleva haciéndolo desde marzo de 1984. ¡Apenas unos meses después de que matasen a tu mujer!

Knud los miró sin comprender.

—Sí, viaja mucho y lleva muchos años siendo cliente mío. No veo raro que el primer pago sea meses después de que Louise desapareciera.

—La cantidad acaba de ascender al doble. ¿Tienes alguna explicación? —Roland señaló la última cifra del extracto bancario.

—Sí. El último safari también incluyó alojamiento en un hotel de lujo e intérprete, porque el cliente quería visitar un pueblo.

Knud respondía a todas las preguntas sin vacilar. ¿Decía la verdad? Roland miró a Kurt, que también parecía indeciso. Podía convertirse en uno de esos interrogatorios que se alargaban días antes de conseguir información útil. O en los que al final había que dejarlo libre. Roland iba a hacer nuevas preguntas cuando llamaron suavemente a la puerta. Isabella asomó la cabeza y les pidió que salieran un momento. Se disculparon y dejaron a Knud Engtoft, que se recostó satisfecho en la silla.

—Los de la Científica han terminado el análisis del rinoceronte del piso de Annemette Knudsen. Lo han comparado con el trozo del arma homicida

y no se puede descartar que la madera fuera igual que la utilizada para darle el golpe de gracia a Louise Engtoft. Y ya han terminado con el registro de la caravana. También hay un rinoceronte tallado en ébano negro y hemos encontrado un cojín de piel de leopardo, pero de leopardo auténtico. Ya solo eso infringe las convenciones de Washington y nos da la oportunidad de retenerlo. Hemos mandado el cojín a la Científica. Si resulta que el pelo de animal es idéntico al de los pulmones de los asesinados, ¡lo tenemos! —dijo Isabella con los ojos brillantes.

El cojín era lo que le había llamado la atención cuando habían ido a verlo. No encajaba con el abigarrado interior, ahora lo recordaba, pero jamás habría soñado con que pudiera ser piel de leopardo auténtica.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que nos informen?

—También tienen que analizar el rinoceronte. Si es del mismo tipo que el que estaba en casa de la camarera, tendremos una conexión —apostilló Kurt e Isabella asintió.

—Han prometido rapidez, así que, si podéis retenerlo el tiempo suficiente, les doy el recado —susurró.

Kurt Olsen asintió satisfecho y entró con Knud Engtoft. Roland le puso la mano en el brazo a Isabella, le dijo «buen trabajo» en voz baja y cerró la puerta.

Knud ya no pareció tan seguro de sí mismo cuando les vio las caras. Les costaba disimular.

—Creemos que no te ganas el pan solo con lo del safari —le dijo Kurt tras sentarse.

Knud se puso pálido y, nervioso, se rascó el tatuaje del brazo.

—Tenemos sospechas fundadas de que es un caso de tráfico de artículos prohibidos: pieles de animales en peligro de extinción, por ejemplo. Comercio ilegal, según la Convención de Washington.

Roland observó a Knud y se dio cuenta del alivio que expresó su lenguaje corporal. ¿Habría algo más? ¿Asesinato, quizá? Ahora solo les faltaba encontrar pruebas concluyentes y hacerle confesar.

—Puede haber sido un pequeño desliz, pero *joer*, eso es solo una multa. Tú dame un número de cuenta y, si no me acusáis de nada más, la pago. —Sonrió con el labio superior pegado a los dientes.

Roland sintió la boca seca y se levantó.

—Voy a por algo de beber. ¿Alguna petición, Knud?

—¿Pero no hemos terminado? —Vio en sus gestos serios que no era el caso—. Vale, pues una Coca-Cola, por favor.

Cuando Roland volvió con las bebidas estaban manteniendo una conversación sobre enfermedades contagiosas en África.

—Los que son peligrosos de cojones son los mosquitos. Dejan parásitos que pueden matar al más fuerte, incluso a mí. El peor se llama «*plasmodium falciparum*». Pero la malaria es una enfermedad que se puede evitar. Yo siempre duermo con tela mosquitera… —Cogió la botella de refresco y dio un trago—. Y también tomo las pastillas, claro. ¿Por qué no, si hay medicamentos preventivos? Sería una gilipollez no hacerlo.

Hablaron del tiempo con la esperanza de que cayera y confesara algo, pero no sucedió. Negó conocer a la camarera y opinaba que el *souvenir* se lo debía de haber regalado otra persona que hubiera estado en África. También era una posibilidad. Roland miró el reloj de soslayo. Ojalá tuvieran noticias de la Científica, había límite respecto al tiempo que podían retener a Knud Engtoft. En algún momento pediría que llamasen a su abogado. Como si le leyeran el pensamiento, alguien llamó a la puerta. Roland se levantó de un salto, fue hacia Isabella y cerró la puerta.

—¡Bingo! Los cabellos son del cojín y los rinocerontes de ébano son de la misma clase y tienen la misma elaboración, son casi idénticos. Podemos detenerlo. Los de la Científica han sido muy rápidos: también han encontrado ADN en el cojín. Es saliva de Annemette Knudsen.

—¿Saliva? ¿Ha escupido en su sofá? —De pronto comprendió—: Primero intentó ahogarla con el cojín…

—Ella lo apartó y se metió en el bosque. Se quitó los zapatos para correr más rápido, pero él la alcanzó y… —continuó Isabella.

Roland estuvo a punto de abrazarla, pero se reprimió.

—Ahora solo tenemos que relacionarlo con los asesinatos de su mujer y del médico. ¿Puedes hablar con Kim y Mikkel para ver por dónde van? Y, por cierto, comprueba también cuánto se tarda de la caravana de Knud Engtoft hasta el lugar del crimen.

—Por supuesto. Niels acaba de volver del club. La videovigilancia de la entrada no ha dado ningún resultado. Nadie ha podido reconocer a ninguno de los hombres que entró aquella noche como el que habló con Annemette, así que es una suerte que tengamos más pruebas.

—Pero antes revisémoslas. Tenemos que ver cuándo llegó Knud Engtoft para atrapar a su presa. También tenemos que sacarle una muestra de ADN. ¿Algo más?

—Sí, han encontrado medicamentos antivirales en la caravana: Retrovir, Norvir, Zerti, Invirase…

—¿VIH, sida?

Isabella asintió.

—Tiene VIH.

—Así que se está tratando de todas las enfermedades peligrosas —murmuró.

Isabella lo miró para intentar comprenderlo. Roland hizo un gesto con la mano y sonrió para indicar que no quería decir nada. Ella se dio la vuelta y fue a echar a andar, pero se detuvo justo antes de que Roland abriese la puerta.

—Por cierto, Mikkel y Dan han estado en casa de la madre de Annemette Knudsen. Quieren hablar contigo cuando acabes.

Roland asintió y cerró la puerta. Kurt y Knud lo miraron.

—Son las 13:05 y quedas detenido por el asesinato de Annemette Knudsen —dijo.

Al instante entró un agente y cogió por el brazo a Knud Engtoft. Se le puso la cara roja y empezó a hablar con rapidez.

—¿Qué…? Tío, ¿qué cojones pasa? No he hecho nada. Joder no conozco a esa… ¡¿Por qué?! No me podéis encerrar, tengo… —Se mordió el labio y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—Ya lo sabemos, Knud. Te daremos tus medicinas. Ya nos hemos encargado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kurt cuando Roland empezó a juntar papeles y a quitar las botellas vacías.

—Tiene VIH y necesita sus medicinas. Son las que lo mantienen vivo.

46

Anne pulsó de nuevo el timbre y llamó a la puerta del ático, pero no abrió nadie.

—¡Mierda!

Kamilla había ido con Nicolaj a un encargo que les había hecho Thygesen. Ahora Anne volvía a estar sola, pero no podía decidirse. Thygesen había tomado el control y le había ordenado a Anne que se hiciera con las cartas que escondía Sabrina, «aunque tuviera que robarlas». Estaba a punto de irse cuando oyó a una mujer rubia con un niño en un brazo y un carrito bajo el otro subir las escaleras. Llevaba mucho maquillaje y el olor de su perfume le llegó a Anne antes de verla. Supuso que debía de ser la amiga y propietaria del piso y estiró el brazo para coger el carrito.

Pernille la miró sorprendida.

—Anne Larsen. Soy periodista y me gustaría hablar con Sabrina Dahl. Trae, te ayudo —dijo sonriente y cogió el carrito.

—Gracias. ¿No te ha abierto Sabrina?

Pernille se acomodó el niño y sacó las llaves de un bolso repleto de cosas al que el bebé daba patadas. Estaba comiéndose un bollo y tenía migas por toda la cabeza y los brazos.

—Parece que no hay nadie en casa.

Anne entró con el carrito y Pernille tiró las llaves sobre la mesa de la cocina, dejó al niño en el suelo y se quitó la chaqueta mientras llamaba a Sabrina. El niño caminaba con bastante seguridad, pero tenía esos graciosos pasos que suelen tener los bebés con pañal. Al menos sabía dónde estaba su habitación y la caja de juguetes. La tiró al suelo, cogió una jirafa de peluche multicolor y se la ofreció a Anne, que se puso en cuclillas.

—¡Ay, qué bonita! —dijo.

¿Qué otra cosa se le podía decir a los niños de esa edad?

—No está. Creo que hoy no tenía planes, pero con Sabrina nunca se sabe. —Pernille se quitó la chaqueta—. No creo que yo pueda ayudarte. ¿De qué se trata?

—Ya he estado antes aquí hablando con Sabrina…

—Pues no me lo ha contado —dijo Pernille extrañada, como si normalmente se lo confiasen todo.

—Tiene unas cartas que me vendrían bien para completar un artículo que estoy escribiendo. Solo hablamos de esas cartas.

—Ah, ¿las cartas de su abuela? ¿No te sientas?

Pernille se sentó en una silla y Anne tomó asiento enfrente.

—¿Sabes algo de esas cartas?

—Sí, son de la enfermera de su madre a Elina, su abuela, que acaba de morir. Sabrina encontró las cartas en un escondrijo cuando vaciaron el piso. ¿Qué interés tienen para la prensa?

—Quizá tengan más interés para la policía. ¿No te ha dicho Sabrina que la enfermera que escribió las cartas es la que encontraron asesinada en el pantano?

Pernille abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. El niño hacía ruido con un camión de bomberos.

—¡Adam, calla! —le gritó enfadada—. No me cuadra. Sabrina me lo habría contado, seguro.

—Bueno, pues es así. Lo peor es que Sabrina puede estar en peligro. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—Puede estar donde su padre, quizá. Aunque no se acerca si anda por allí Carola, su madrastra.

Anne asintió, lo entendía bastante bien.

—Claro, podría intentarlo en casa de Gustav Hjort, pero…

Pernille cogió el móvil, buscó el número en la agenda y pulsó el botón de llamada.

—No hace falta, me has preocupado y, si Sabrina está en peligro, quiero saber dónde está. —Escuchó el teléfono—. Hola, Gustav, soy Pernille, la amiga de Sabrina. ¿Está en tu casa? —Mientras escuchaba la voz, que era tan alta y agitada que Anne oyó fragmentos, Pernille se puso pálida. Cuando

colgó, se quedó mirando a Anne con la mirada perdida—. Gustav ha recibido una llamada diciendo que Sabrina ya no está viva.

Estaba demasiado paralizada para llorar, pero le temblaban los labios.

—¿De quién?

—¡No lo sé!

—¿De un hombre o una mujer? —preguntó Anne y se levantó, cogió la mochila por un asa y se la echó al hombro.

—Gustav ha dicho «él». Un hombre —contestó Pernille sin fuerza en la voz.

—Voy a casa de Gustav. ¿Ha llamado a la policía?

—No lo sé, no ha dicho nada.

Pernille miró con apatía a Adam, que se había subido a gatas a la silla del ordenador, pero ella no se levantó hasta que el niño empezó a tirar cosas al suelo. Primero el periódico, que estaba al lado del ordenador, y luego el bote de los lápices. Por el suelo de parqué cayeron rodando lápices, rotuladores y bolígrafos.

—Me piro. Gracias por la charla. Te dejo mi tarjeta aquí por si recuerdas algo de lo que quieras hablar.

Pernille no la oyó, bajó a Adam de la silla y se puso a recoger las cosas. Anne salió rápidamente por la puerta y la cerró con cuidado. ¿Por qué Sabrina no le había hecho caso cuando le dijo que estaba en peligro? ¿Quién le había hecho algo? No podía ser Knud Engtoft, pues, por lo que sabía, estaba detenido por el asesinato de Annemette Knudsen. Dentro de poco habría una rueda de prensa, pero no podía llegar antes a Strandvejen. Cuando llegó a la puerta principal, Pernille bajó corriendo las escaleras con la mirada perdida.

—He encontrado este periódico al lado del ordenador. Hay una dirección al lado de esta foto, es la letra de Sabrina.

Anne cogió el periódico y miró la fotografía. Era la que había tomado Kamilla.

—Sebastian —dijo en voz baja.

47

Mikkel parecía algo abatido. Estiró las piernas bajo el escritorio de Roland.

—Menuda mierda de tiempo tenemos. ¡Es el fin del mundo!

Dan también estaba sentado en la silla de al lado mordiéndose un padrastro del dedo meñique. Roland estaba junto a la ventana, de espaldas a ellos. La agresiva lluvia y el viento le daban vida al asfalto del aparcamiento. Intentó ordenar las ideas. Dentro de media hora había rueda de prensa y le retumbaba la cabeza con palabras como «número de asesinatos» y «asesinos».

—Cuéntame.

—Primero fuimos a Skovby a hablar con el dueño de la caché. Podemos descartarlo. Tenía coartada para toda la semana. Estuvo en Suecia de pesca con compañeros de estudios. Después hablamos con Sidse Knudsen, la madre de Annemette. Vive en Silkeborgvej, así que estaba de camino.

Dan Vang miró la nuca de Roland y carraspeó.

—¿Por qué hacemos esto si hemos atrapado al asesino? Ya lo tenemos.

Roland se giró y lo contempló tranquilo. Se sentó ante el escritorio para poder mirarlo mejor a los ojos.

—Siempre hemos sido minuciosos, Dan, lo sabes. Sí, Knud Engtoft está detenido, pero no lo han juzgado y niega ser culpable, así que la cuestión es cuánto tiempo podemos retenerlo. Tendremos suerte si el juez de guardia lo condena a prisión preventiva, pero ese es el tiempo que tenemos para encontrar las pruebas que hay que llevar ante un tribunal para que lo condenen. Por tanto, tenemos que seguir trabajando con todas las demás opciones posibles. Además, ¿quién dice que haya actuado solo? Eso si ha sido él.

Dan asintió y pareció entenderlo.

—¿Qué ha dicho Sidse Knudsen?

Mikkel parecía avergonzado por la embarazosa interrupción.

—Tampoco veía mucho a su hija. Al parecer, Annemette llevaba una vida retirada sin muchos amigos ni conocidos. Tampoco ha sido una vida sencilla. Desde la época del colegio solo ha trabajado en clubes nocturnos como camarera y nunca ha recibido formación. La madre solo sabía que llevaba años con dos trabajos para poder cubrir gastos. Acababa de empezar uno nuevo de contable, según le habían dicho. La residencia de discapacitados donde se hospeda la hija no es de las baratas.

—¿No es municipal?

Mikkel negó con la cabeza.

—Para su hija solo quería lo mejor. La madre creía que era por cargo de conciencia. En general, estaba bastante enfadada con su hija.

Dan asintió.

—¿Qué pasa con la chica? —preguntó Roland.

Sacó un trozo de chicle y miró el reloj. Se acercaba la hora de la rueda de prensa.

—Tiene paralizado el lado izquierdo del cuerpo y va en silla de ruedas. Cuando tenía catorce años iba de paquete en la moto de su novio. Conducían muy rápido y chocó de frente contra un coche. Murió en el acto. La hija, Kit, estuvo conectada a un respirador cuatro meses. Los médicos dijeron que no había nada que hacer, pero Annemette no quiso desconectarla y acabar con su vida. Su madre también estaba en contra, por lo que dicen. Sigue creyendo que habría sido lo mejor para todos.

—¿Y el padre?

—Es español, tampoco le gustaba mucho. Según sus propias palabras, un polvo de una noche de vacaciones en España. La madre intentó que Annemette abortase, pero ella no quiso acabar con una vida que estaba en fase embrionaria. La madre opinaba con total rotundidad que tenía que haber acabado con todo en aquel momento y así se habrían ahorrado tanto sufrimiento.

—¿Sabía de dónde venía el rinoceronte africano de la hija?

—No, no sabía nada de eso.

—¿Habéis hablado también con la hija discapacitada? Kit, ¿no se llama así?

Mikkel asintió.

—No, ¿de qué serviría hostigarla? Ya tiene bastante con la muerte de su madre. Ahora que no tiene a nadie que pague la residencia, ¿qué va a ser de ella?

Roland asintió. Estaba de acuerdo, no había motivos para molestar a esa pobre chica.

—¿Y su abuela? ¿No puede pagar?

—No puede. O quizá no quiere. Es prejubilada. Pero nos dimos cuenta de algo curioso cuando nos fuimos. —Mikkel miró rápidamente a Dan, que a su vez lo miró con reproche—. Bueno, de hecho, fue Dan quien lo vio. En el garaje había un enorme BMW negro con tapicería de cuero. Apunté la matrícula y la he comprobado. Lo compraron en 1984 y se pagó en efectivo. Lo adquirió Annemette Knudsen.

Roland apretó el bolígrafo contra la mesa un par de veces y miró de nuevo el reloj. La rueda de prensa iba a comenzar y le había prometido a Kurt Olsen que esta vez aparecería. Se puso de pie y se bajó las mangas.

—Que Kim investigue cómo estaban las finanzas de Annemette Knudsen y de su madre en 1983. Me voy a la rueda de prensa.

Fue por las escaleras. Ya no le resultaba tan agotador después de casi un año sin fumar. Quizá los paseos con el perro también ayudaran, aunque él se quedaba la mayor parte del tiempo de pie mirando. Sacar al perro era el trabajo más sedentario, no tenía más que esperar mientras el animalito olfateaba buscando un lugar apropiado para hacer sus necesidades. ¿Lo habría sacado Irene con el temporal?

En toda la Jefatura reinaba el típico ambiente de mal tiempo, las llamadas telefónicas se multiplicaban cuando la naturaleza se enfurecía. Roland esperaba que, con este mal tiempo, los periodistas no acudieran a la rueda de prensa y así poder cumplir el trámite rápidamente, pero no iba a tener tanta suerte. Se sentó al lado de Kurt y se acercó un poco el micrófono con una mirada que decía «vamos a terminar de una santa vez».

48

A Anne le costaba mantener el Lada en la carretera y pensó en dar la vuelta. El mar estaba embravecido, pero el camino hacia la casa de verano tenía más protección, ya que había grandes árboles rodeando la zona. Las copas se balanceaban con una fuerza sobrenatural, como si un duende furioso las hubiera agarrado y quisiera sacudir hasta el último apéndice. Aparcó delante de la casa y se puso la capucha. La tormenta le quitaba el aire y giró la cabeza para no ahogarse.

La casa parecía abandonada. Era vieja y, si no estuviera al abrigo de la cuesta y de los altos árboles, el tejado se le habría volado hace mucho. Miró por la ventana, pero no vio nada más que oscuridad. ¿Estaría Sabrina dentro? La puerta estaba cerrada. Dio la vuelta a la casa y volvió a mirar por las ventanas. No había señales de vida. Durante un rato estuvo indecisa, sabía que lo mejor era volver al coche e irse a casa, pero no podía. Sabrina había anotado esta dirección en el periódico al lado de la foto de Sebastian. Iba a verse aquí con él. Debían de haber hablado.

Se decidió a romper el cristal con una piedra, pensó que no parecería raro con semejante tormenta. Eso si la casa seguía allí al día siguiente y si el huracán arreciaba toda la noche tal como habían dicho los meteorólogos. Metió la mano y abrió el gancho con cuidado de no cortarse con el cristal. Abrió la ventana y entró. Había una maceta en el suelo y una pequeña mesa se volcó de repente. «Maldito viento», pensó y no pudo evitar sonreír.

Era una casa fácil de revisar. Alrededor de sesenta metros cuadrados divididos en salón, cocina con gas y un dormitorio. No había electricidad y las numerosas y casi consumidas velas que había por todas partes debían de ser la única iluminación en las oscuras noches. Abrió la puerta despacio y vio una habitación con una cama. Olía a colchón viejo mezclado con otro olor extraño y exótico. Entró y dio un paso atrás. Estaba llena de figuras de

madera; de ahí provenía el olor. Algunas, bellamente talladas y decoradas, podían resultar bonitas. Otras representaban espíritus malignos, animales de fantasía y guerreros con lanzas en poses dramáticas. En la pared de encima de la cama había una máscara con gruesos labios triangulares y huecos torcidos para los ojos. Se le puso la piel de gallina, no solo por el frío que hacía en la habitación. Aquí había una relación con África. ¿Sería de Knud Engtoft? ¿Sebastian había atraído a Sabrina a la casa de verano de su padrastro? ¿O fue el padrastro quien la había traído? Pero entonces ¿por qué vivía en una caravana? Aunque llevaba casi todo el día metido en la Jefatura de Policía.

La tormenta aullaba a través de la ventana del rincón. Los violentos golpes de viento hacían crujir la madera y parecía que la ventana fuera a ceder pronto y a romperse provocando una lluvia de cristales. Anne se vio en un espejo que había frente a una vieja cómoda con tres cajones. Dio un respingo, pues no se había fijado en él. Estaba tan oscuro como el resto de la habitación. Anne estaba más pálida de lo que creía y tenía los ojos desorbitados, llenos de miedo. Abrió el primer cajón. Solo había unos peines, un rascador y unos utensilios para el afeitado. El segundo estaba vacío, pero en el inferior encontró un cuaderno de tamaño A5. La cubierta parecía piel de serpiente y, cuando la tocó, no tuvo dudas de que era auténtica. Lo cogió y lo abrió. En la primera página había escritas unas palabras con una letra fácilmente legible: *Kila lenye mwanzo halikosi kuwa na mwisho*. Giró la hoja y en la siguiente solo había una palabra: *Usaidifa*. Todas las páginas estaban llenas de palabras. Anne no entendía ni una. Estaban escritas en una lengua que nunca había visto. Se metió el cuaderno en el bolsillo y fue hacia un armario alto y estrecho que resultó estar vacío. Una última revisión a la casa no le dio ninguna pista sobre quién vivía allí. En todo caso, estaba abandonada. Quizá Sabrina no había ido allí. Todo indicaba que se había equivocado.

La tormenta la sorprendió en la puerta cuando iba a salir. Intentó quitarse la chaqueta y tirarla al suelo mientras se abría paso hasta el coche a través de la arena embarrada. La lluvia caía con fuerza sobre ella y le golpeaba la cara como si fueran punzones. Se le empapó la ropa al instante. Se giró para que no le diera el viento y se fijó en el cobertizo que había

entre los árboles. Había retretes al aire libre, cosa que también la sorprendió. El gran cobertizo detrás de la casa seguramente era un baño, aunque se podía usar el mar si se era una criatura de la naturaleza, como sin duda debía de ser el dueño.

Los troncos de los árboles crujían como si ya no se atrevieran a pelear. Habían perdido algunas ramas, que estaban por tierra como brazos amputados. Una de ellas había alcanzado su coche y estaba sobre el radiador. El agua venía a oleadas desde lo alto de la cuesta. Lo mejor era irse a casa, tal como confirmó una llamada de teléfono. La voz de Thygesen atronaba como el mar.

—¿Dónde coño estás? La rueda de prensa va a empezar ya. Tienes cinco minutos para llegar a la Jefatura. ¡Te espero!

Anne no consiguió explicarle que le iba a ser imposible y que asistiera él, ya que estaba allí. Arrancó el coche e intentó dar marcha atrás, pero las ruedas traseras se atascaron en la arena y el vehículo quedó atrapado. Ojalá hubiera ido con el todoterreno de Kamilla. Despotricó y se bajó del coche bajo la tormenta que mantenía bloqueado su vehículo. No servía de nada seguir dando marcha atrás; las ruedas se enterraban cada vez más en la arena. Anne miró hacia el refugio, ir allí arriba le parecía una pésima idea, pero quizá hubiera herramientas que pudiera usar. En el coche no tenía ni pala ni ningún otro material útil. Hasta aquel momento nunca había necesitado usarlos.

Jadeó mientras subía la cuesta, pero allí estaría más o menos a cubierto. El cobertizo era relativamente nuevo y parecía sólido. No había ventanas y tiró de la puerta, que estaba atrancada. Se quedó un momento temblando de frío sin saber qué hacer, así que bajó la cuesta corriendo. Se puso de rodillas y comenzó a cavar la pesada arena que había junto a las ruedas con las manos, que enseguida se le quedaron tiesas de frío.

49

Kim lo abordó cuando volvió de la rueda de prensa. Ni siquiera había conseguido entrar en su despacho.

—He estado revisando las cuentas de la camarera y no sacó ningún dinero para comprar el BMW en 1984. Mikkel ha vuelto a hablar con la madre. Afirma que Annemette ganó mucho dinero en la lotería. Dice que no sabe en cuál y yo no he podido averiguarlo. También es que fue hace mucho.

—¿Con la Lotto? —dijo Roland aún distraído y algo mareado tras la rueda de prensa, donde lo acribillaron a preguntas, igual que la tormenta lanzaba la lluvia contra el cristal. Se dejó caer en la silla frente al escritorio.

—Imposible, la Lotto comenzó en 1989. Lo recuerdo claramente, gané mil coronas la primera vez que jugué. —Kim se estiró y sacó pecho.

—¡Bien, Kim!

—Podía ser la Klasseloteriet, que la creó Federico V hace más de doscientos años, pero tampoco ha dado resultado. Quizá fuera una lotería extranjera. A lo mejor de España, ya que estuvo allí y…

—Da mucho que pensar que en 1984 tanto Knud Engtoft como Annemette Knudsen de repente ganasen mucho dinero —interrumpió Roland. Le dio la vuelta al chicle con la lengua y miró a Kim Ansager. Se dio cuenta de que llevaba gafas nuevas.

—¿Y si le pagó por algo? ¿Es posible que ella vendiera viajes de safari para él? Debían de conocerse. ¿De dónde habría sacado ella si no ese rinoceronte?

—En todo caso, la piel de leopardo no era auténtica.

—¿A lo mejor ella aportaba otras cosas? ¿El motivo de Knud Engtoft para cometer el asesinato pudo haber sido el dinero?

—¿Después de tanto tiempo? Pero tienes razón en que el dinero pudo proceder de él. Tenía medios para pagarle, ¿pero por qué…? —Roland se pellizcó el mentón mientras pensaba opciones—. Su silencio. ¿Y el silencio…?

—¿Silencio? ¿Respecto a qué?

—Tenemos que investigarlo. ¿Y el médico?

—No tenía nada turbio, al menos en lo que a economía se refiere.

Kim se sentó al borde de la mesa.

—Annemette necesitaba dos trabajos para apañárselas. Ese dinero se le esfumaría rápido.

—También le pagó el BMW a su madre, viajó a España, entre otros lugares, y luego… —enumeró Roland.

—Luego todo fue para la residencia y su hija —propuso Kim.

—Apuesto a que eso se tragó los últimos billetes.

—Seguro. Y de hecho fue solo en 1984 cuando no trabajó. He confirmado que «ganó la lotería» y dejó de trabajar, pero que volvió al año. Quizá echaba de menos el trabajo.

—Sí, o el dinero. ¡Buen trabajo, Kim!

Roland golpeó el borde la mesa con los dedos. Un ruido que decía «sigamos adelante». Kim lo conocía y se puso de pie.

—¿La rueda de prensa ha ido bien?

—Como de costumbre, pero ahora les hemos dado algo de comer a los buitres — sonrió satisfecho y Kim lo dejó tranquilo.

Eso necesitaba: tranquilidad. Todo había sucedido muy rápido y tenía la horrible sensación de que quizá había sido demasiado fácil.

Tenía que reconstruirlo mentalmente. Knud Engtoft mató a Annemette Knudsen. De eso solo había pruebas poco concluyentes. Había estado cerca de su cojín de leopardo en la caravana, pero eso no probaba que fuera el asesino. Quizá el análisis de ADN dijera algo más, pero ¿para qué les servía si no habían encontrado ADN en el escenario del crimen? Knud se contagió de VIH, ¿era importante? ¿Era una venganza? ¿Le contagió el médico? ¿Annemette? Roland se puso recto y llamó a Medicina Forense. Leander no tardó en ponerse al aparato, pero no pudo corroborar esa sospecha.

Annemette Knudsen no estaba contagiada. Seguramente a Knud Engtoft lo contagió una amante de piel oscura en Ghana, quizá bajo la tela mosquitera. Pero entonces, ¿cuál era el motivo? ¿Y el del asesinato de su mujer y el médico? Había muchas preguntas sin respuesta como para dar el caso por cerrado. Demasiadas cosas que no cuadraban.

¿Quién era el titular de esa cuenta bancaria? Los bancos suizos que ofrecían cobijo a los ricos llevaban los últimos años bajo la lupa de diversos gobiernos, no solo por proteger a defraudadores de impuestos, sino también por ayudar a delincuentes a lavar dinero negro procedente del narcotráfico y el terrorismo. Después del 11 de septiembre de 2001 creció la oposición al sistema. Como siempre cuando se trataba de delincuencia, dinero y poder, se le venía a la cabeza la mafia. A Al Capone le vino muy bien la ley bancaria suiza de 1934, que le inspiró para comprarse un banco en Suiza donde depositar el dinero de sus máquinas tragaperras. Desde luego, esto también pasaba hoy con el dinero de la droga, de la basura y demás cosas. Se tardaba mucho en resolver un caso con una cuenta bancaria oculta en Suiza, pero, llegado el caso, se podía. Le empezó a palpitar la cabeza con mucha fuerza. Estaba buscando un paracetamol en el cajón cuando llamaron a la puerta.

—¡Pues le hemos pillado! —dijo y se quedó en la puerta.

—Quizá, sí. Pasa, Isabella. —Cogió la pastilla y cerró el cajón. El anuncio de la venta seguía ahí y pensó brevemente en el fin de semana, cuando iría con Irene a ver la casa. Sintió mariposas en el estómago.

—¿Cómo que quizá?

—No hay pruebas para encerrarlo. Solo tenemos sospechas contra Knud Engtoft, pero no ha confesado. Y hay algo que no cuadra.

—¿No ha dicho Niels que cuadra lo del camino del *camping* al lugar del crimen? Es justo el que se escogería si se entrara en pánico estando a oscuras en el bosque. Solo hay medio kilómetro hasta el lugar donde se encontró el zapato.

—No, no he hablado con Niels. —Roland la miró interesado—. ¿Han encontrado huellas?

—Por desgracia, no. Ha llovido mucho y…

Roland hizo un gesto de desesperación con los brazos y tiró el bolígrafo a la mesa.

—¿Ves? No hay pruebas, solo indicios. No basta, ningún tribunal lo aceptaría.

—¿Y entraría en la cárcel por tener VIH? Me refiero a que está enfermo.

Isabella se sentó preocupada.

—Según la ley, un contagiado con VIH se arriesga a hasta cuatro años de cárcel por mantener relaciones sin protección con una persona sana. Si se le puede encarcelar por acostarse con alguien, ¿por qué no por asesinato?

—Algo de eso hay.

Isabella estuvo un buen rato sin decir nada, parecía confundida.

—¿Hemos encontrado la conexión entre las tres víctimas? —preguntó Roland. Ahora no podían detenerse solo porque Knud Engtoft pudiera ser el asesino.

—Nos falta la conexión con la camarera, es la única que se queda fuera. La verdad es que puede haber relación entre el médico y la enfermera, pero aún no la hemos encontrado.

—Tenemos que encontrar algo que nos pueda dar un motivo por el que Knud Engtoft matase a las tres personas. ¿Cuál de los cinco puede ser: sexo, deseo, celos, venganza u honor? —dijo Roland mientras buscaba en los papeles del caso.

—¿Honor? —preguntó Isabella sin entender. Roland se acordó de que era nueva.

—El honor se asocia con la vergüenza o la exclusión —aclaró, y volvió a mirar los papeles—. Si tomamos como punto de partida que el asesino y las víctimas se conocían, el motivo suele ser el deseo, los celos, el honor o la venganza. Si se trata de un caso en el que víctima y asesino no se conocen de antes, es el sexo, el deseo o el dinero. Nadie mata sin un motivo. Y sin él no encontraremos nunca al asesino —continuó. Se dio cuenta de que estaba murmurando, pero Isabella le oía.

—¿Pudo ser por dinero?

—No hay dinero en esto, al menos no grandes sumas. ¿Tienes alguna sospecha?

—¿Chantaje?

Roland asintió y pensó en lo que él le dijo a Kim: chantaje, un pago por su silencio.

—Alguien sabe algo y otra persona paga para que no salga a la luz.

—¿El asesinato de Bente Louise Engtoft? —propuso Isabella.

Roland la miró sin mirarla realmente. Algo se fraguaba en su cabeza y no era solo la jaqueca.

—Lo han conseguido durante veinticinco años, pero ahora la cifra ha ascendido al doble. ¿Qué pasó?

—Que encontraron a la enfermera en el pantano.

Roland hacía preguntas e Isabella respondía. Por tercera vez aquel día, tuvo ganas de abrazarla.

—Knud Engtoft recibe dinero, así que debe saber algo.

—También fue él quien llamó y advirtió a la periodista. Sabe quién fue el asesino.

Isabella estaba tan ansiosa que se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro mientras miraba al techo, como avanzando entre una fuerte lluvia.

—¿También podría haber sido él?

—Si fue él, ¿recibe el dinero por el asesinato? A lo mejor es un sicario.

—¿Y la camarera? ¿Qué tiene que ver?

Isabella se sentó. Se le habían puesto las mejillas rojas. Le lanzó una mirada derrotada.

—Ahí me he quedado. ¿A ella también la pagan?

—Un montón de dinero que dice haber ganado con la lotería.

Isabella se quedó pensando y miró a Roland de repente.

—También sabía algo. ¿Quizá vio cómo mataba a su mujer?

—Puede, pero ¿y el médico? ¿Por qué deshacerse de él? —Se dio cuenta de que la estaba poniendo a prueba y quizá ella también lo percibió.

—Me doy por vencida.

Los interrumpió el teléfono. Isabella estaba yendo hacia la puerta cuando Roland respondió y Mikkel dijo que alguien quería hablar con él.

—¿Quién es?

—Dice que es amiga de Sabrina Dahl y que se llama Pernille Lauritzen. Acaba de denunciar la desaparición de su amiga y trae unas cartas que

tienen relación con el asesinato del pantano. ¿La hago pasar?

—¡Sí, que pase!

50

Nicolaj llevaba casi todo el día hablando y a ella le daba vueltas la cabeza. La tormenta empezaba a causar estragos. Thygesen los mandó a hacer un reportaje sobre un andamio caído en la calle Amaliegade. Nicolaj protestó porque no se trataba de un accidente mortal, aunque podría haberlo sido fácilmente. El andamio había destrozado dos coches y casi hace estallar el cristal de un edificio en la acera contraria. La empresa que lo había instalado también estaba allí y no entendían qué había sucedido. Nicolaj hizo las entrevistas y Kamilla, las fotos. Cuando volvieron a la redacción, Thygesen les dijo que iría él a la rueda de prensa porque no conseguía dar con Anne y que se fueran a casa antes de que la tormenta se convirtiera en huracán.

Preparó una taza de té caliente y se sentó con Tarzán en el sofá. El gato ni siquiera la miró cuando le rascó el cuello.

¿Cómo encuentra alguien a su padre biológico? Si su madre hubiera dicho que era «padre desconocido» o hubiera declarado a Henning Holm, el trabajador pesquero, como padre, la iglesia de Horsens, el primer lugar con el que quiso contactar, no podría ayudarla. ¿Pero lo habría hecho? Según Astrid, quería mucho a aquel novio y se preguntaba si habría abortado si ella no llega a estar allí. ¿La intención era que ella acabase así? ¿Asesinada por su propia madre siendo todavía un feto? Quizá ese fuera el motivo por el que todo le había salido mal: su matrimonio, Rasmus, Danny, su madre, su vida. No tendría que haber existido, por tanto, no le correspondía nada. «Joder, pareces tu madre», se dijo y dio un trago al té. En su casa de la infancia estaba estrictamente prohibido blasfemar y, de hecho, era motivo de castigo. Era algo que llevaba metido en la cabeza. Una vez estuvo encerrada en el cuarto de las escobas toda una noche a causa de un «¡diablos!». Solo tenía seis años. Creyó que se habían olvidado de ella y

que se quedaría allí para siempre. A lo mejor por eso tenía miedo a la oscuridad. ¡Por Dios, no seas como ella! Pero ¿no se parecía a ella? ¿Era la persona negativa, temerosa del juicio final, que había sido Gloria, o tenía más rasgos de la personalidad de su padre? ¿Se parecía más a él? ¿Había enfermedades hereditarias contra las que no podía hacer nada?

Cogió el ordenador portátil y se sentó en el sofá con él sobre los muslos. El wifi le permitía conectarse a internet en cualquier parte de la casa. Escribió «párrocos/oficina» en Google, se metió en la página y fue navegando hasta encontrar el contacto. ¡Bingo! Hizo clic en el enlace. Al principio estaban el nombre y el número de teléfono del párroco. Anotó el número. ¿Tendría la suerte de que le respondiera ahora? Miró el reloj y se echó para atrás. ¿De verdad tenía ganas de encontrar a su padre? ¿Quién era, qué vida llevaba? ¿Sería alcohólico, delincuente o drogadicto, o estaría muerto? Puede que no siguiera vivo y ¿acaso no era mejor creer que tenía un padre en algún lugar? Dejó el móvil en la mesa y miró a Tarzán. ¡Ojalá fuera una gata! Tomó más té, vio en la tele un programa donde pronosticaban que la tormenta se transformaría en huracán durante la noche. Le mandó un mensaje a Anne preguntándole si ya estaba en casa. La respuesta llegó diez minutos después. «Sí, ya estoy en casa, se me atascó el coche, ya lo conoces:-) Mañana tengo que contarte muchas cosas. Abrazo».

Contempló los árboles del jardín a través de la puerta de la terraza. Se movían como criaturas angustiadas que quisieran arrancarse del suelo y buscar refugio. Luego volvió a sacar el móvil y decidió marcar el número del párroco. Tardaron mucho en contestar y Kamilla oyó el conocido acento de Horsens. El párroco le explicó que los niños nacidos a partir de 2003 aparecen en el registro electrónico, pero cuando dijo que se trataba de un nacimiento de 1971, le contestó que podía pasarse por la iglesia y obtener una copia del libro tras identificarse. Le dio las gracias y colgó. Después volvió la inquietud.

Volvió a dudar de si deseaba conocerlo. Y quizá él no deseara conocerla.

51

Pernille Lauritzen parecía ida. Entró a toda prisa en el despacho de Roland y puso en la mesa una caja de cartón.

—Son las cartas —dijo con rapidez y miró el reloj—. No tengo mucho tiempo, mi hijo está con la vecina, hace un tiempo horrible y…

Estaba hiperventilando. Se volvió hacia la puerta.

—Siéntate un momento, tranquilízate y cuéntame lo que ha pasado. ¿Qué cartas son estas y por qué crees que tienen algo que ver con los asesinatos?

Se sentó en contra de su voluntad. Los ojos eran grandes, marrones y estaban maquillados y llenos de miedo bajo esas larguísimas pestañas. Olía a perfume caro.

—Sabrina no me ha contado nada. Al menos no me ha dicho que la que escribió estas cartas es la que encontraron muerta en el pantano.

—Sabrina es la hija de Carola y Gustav Hjort, ¿no?

—Solo es hija de Gustav. Carola es su madrastra y no se soportan. Creía que estaba en casa de ellos, pero no. ¡Ha desaparecido!

De repente se echó a llorar, pero se recompuso rápidamente y miró a Roland. El rímel no era resistente al agua. Farfullaba mientras él escuchaba tranquilamente y hacía preguntas si había algo que no entendía.

—¿Por qué Gustav Hjort no se ha dirigido a nosotros?

—Ha dado por hecho que lo haría yo. Sé más del viaje de Sabrina porque está viviendo con nosotros. Antes de que yo lo llamase, recibió un aviso en el que le dijeron que Sabrina ya no estaba viva.

—¿Qué mensaje? ¿De quién?

—Lo llamó un hombre.

—¿Cuándo recibió esa llamada?

—Debió de ser a eso de las tres y media o las cuatro, yo acababa de llegar a casa. La periodista me estaba esperando en la escalera. Fue ella la que me habló de las cartas. Quería hablar de ellas con Sabrina. —Volvió a mirar el reloj. Se puso de pie—. ¡Tengo que irme! Le prometí a la vecina que tardaría media hora.

Roland también se levantó.

—¿Qué periodista? —preguntó y la sospecha le puso la piel de gallina.

—La del Dagens Nyheder. Se llama Anne Larsen. Vino para que le diera las cartas, pero de pronto cambió de opinión. Creo que se olvidó de todo cuando vio la foto del periódico.

La piel de gallina se extendió hasta la nuca.

—¿Qué foto?

—No lo sé. Era un hombre. Sabrina había escrito una dirección al lado. Anne Larsen dijo un nombre antes de salir por la puerta.

—¿Lo recuerdas?

—No, lo siento. Me tengo que ir. ¡Prométeme que vais a encontrar a Sabrina! —Lo miró implorando y con lágrimas en los ojos. Después se fue.

Roland se sentó y empezó a hiperventilar. Anne Larsen estaba otra vez involucrada. ¿Qué había estado husmeando y por qué no se lo había contado a la policía? Marcó el número de la redacción, pero saltó el contestador automático, que informaba del horario de apertura. El local también estaría desierto, todos se habrían ido a casa antes de que el huracán empeorase. La policía había aconsejado quedarse a cubierto. Quizá él debiera irse a casa y hacer lo mismo, encargarse al día siguiente de Anne Larsen. En vez de eso, llamó a Mikkel.

—Habéis recibido una denuncia por la desaparición de Sabrina Dahl, ¿no? —Mikkel lo confirmó—. Creo que tenemos que hablar con Gustav Hjort. Parece que ha recibido una llamada diciendo que su hija ya no está viva. ¿Te encargas tú?

—¿Ahora? —contestó Mikkel asustado.

—Primero llámalo por teléfono. Ya sé que no hace el mejor tiempo para asomar la cabeza. De todos modos, también tenemos que esperar con la denuncia hasta que pase el mal tiempo.

—Llamo ya —murmuró Mikkel.

Roland se puso bajo el brazo la caja de cartón con las cartas. Se llevaba trabajo extra a casa.

Angolo lo recibió en la puerta principal y corrió entre sus pies. Roland estuvo a punto de caerse. El perro saltó por su pierna.

—Tenemos que educarlo un poco. Hoy le ha gruñido al cartero —dijo Irene de espaldas a él. Estaba junto a la mesa de la cocina y Roland se alegró de verla, aunque solo fuera su espalda. Las últimas noches se había ido a la cama antes de que llegase.

—Perrito bueno —dijo Roland y le dio una palmadita.

—¡No le aplaudas por eso! —Se dio la vuelta con una bandeja de tostas de salmón que puso en la mesa. Junto a los platos también había copas de vino. Sacó una botella de vino blanco del frigorífico. Justo el recibimiento que necesitaba.

—¿No iba a ser un perro de caza? —preguntó Roland y se puso en cuclillas. Angolo le lamió la cara con la suave, caliente y húmeda lengua, pero no le gustó. Nunca se sabía lo que se había llevado a la boca un perro, lo había visto claro cuando lo sacaba a pasear.

—Sí, Rolando, pero al cartero…, demasiado clásico —se rio. Hacía mucho que no la oía reírse. Roland se quitó la chaqueta—. Has vuelto temprano, pero me lo esperaba con este tiempo. Seguro que en emergencias están ocupados.

—Sí, ahora les toca a ellos. ¿Ha pasado hoy algo especial?

—Bah, pero tenemos que celebrar vuestro descubrimiento. He oído en la radio que habéis detenido al marido de la enfermera.

La prensa había estado más rápida de lo que esperaba.

—Pues no sé si se le puede llamar descubrimiento. No ha confesado y las pruebas no son consistentes. Yo pensaba más bien en si te había pasado algo a ti que hubiera que celebrar. ¡Salmón y vino! —dijo y sonrió.

—Visto así, no —respondió Irene—. ¿O sí? He visto en el escritorio la carta de *zia* Giovanna. ¿Qué quiere? ¿Es una invitación? ¡Echo de menos Italia!

Ay, caramba. Se le había olvidado guardar la carta en un cajón.

—Pero si acabamos de volver. —Se sentó a la mesa y apartó a Angolo cuando intentó subirle por la pierna.

—Ya, pero aun así. El sol y el calor son mejores que este tiempo.

Miró por la ventana y vio que el haya luchaba por su vida. Se la podía oír lamentándose bajo el estruendoso rugido de la tormenta. Era como ver a dos seres luchando entre sí. Roland echó limón al salmón y se secó los dedos con la servilleta.

—No te he contado lo de la carta porque estabas triste.

Irene se sentó enfrente.

—¿No habrá pasado algo?

Angolo había vuelto a levantar el morro hacia el plato y Roland le dio un trozo de salmón para que lo dejase en paz.

—No le enseñes esos vicios. Tiene que ser un verdadero perro policía sin malas costumbres.

—Bjarne Lund, de la Unidad Canina, quería verlo. ¿Crees que tenemos que intentarlo?

—Por supuesto. ¿Quieres estar más tiempo en casa haciendo de guía canino?

—Mejor no —respondió, ya que nunca había surgido ese tema.

—¿Entonces no me vas a contar lo de la carta?

—Sí, sí. —Masticó y dio un trago de vino, que estaba fresco.

—¿Me la traduces?

—Claro. ¿Sigues queriendo ir a ver la casa el sábado, ¿no?

Se dio cuenta de parecía estar presionándola, pero Irene apenas asintió mínimamente.

—Voy a buscarla para que me la leas en voz alta cuando acabes.

—¿Tú no vas a comer? —preguntó intentando aplazar otro poco más lo de la carta.

Irene entró en el despacho de Roland. Angolo no sabía si decantarse por las ganas de comer más salmón o por la curiosidad. Al final se impuso esta última y fue tras Irene. Roland sonrió. La curiosidad era una cualidad muy importante para un perro policía.

La carta se quedó en la esquina de la mesa de la cocina mientras terminaban de cenar. Angolo se echó en su cesta cuando comprendió que no

le iban a dar más comida. Roland tenía la esperanza de que Irene se volviera a olvidar de la carta para poder esconderla mientras ponía la lavadora, pero su mujer tenía una memoria prodigiosa.

—Toma —dijo y le dio la carta en cuanto Roland vació el plato.

Roland volvió a sacar la carta. La había leído muchas veces para confirmar que lo entendía todo. De repente la dobló, sirvió en las copas el vino que quedaba y miró a Irene.

—Mejor te cuento lo que pone. Ya conoces a Giovanna, dice las cosas muy… directamente.

Irene bebió y lo miró atenta. Así solían hacerlo: hablaban de todo, de preocupaciones y alegrías, desde hacía mucho. Roland carraspeó.

—Dice que Salvatore ha encontrado trabajo —comenzó.

—Anda, qué bien. No es fácil encontrar trabajo en Nápoles. ¿Pero no tiene solo catorce años?

—Acaba de cumplir quince. Pero no es por eso. Tendría que ir al colegio, pero no quiere.

Se quedó un buen rato callado, absorto en sus pensamientos. Irene esperaba impaciente subiendo y bajando el dedo índice por la base de la copa de vino.

—¿Recuerdas cuando dimos una vuelta con el coche que alquilamos por la zona de Giugliano y Villaricca? —A Irene le cambió la cara y asintió—. ¿Recuerdas que Giovanna la llamó «la tierra de las hogueras» porque los clanes pagan a los niños gitanos para que quemen la basura cuando los vertederos están llenos? Es un dinero que las familias pobres necesitan muchísimo.

Irene asintió de nuevo y bebió más vino. Roland dio un sorbo antes de continuar.

—En esa zona hay más de treinta y nueve vertederos. Muchos con basura peligrosa. La tierra está tan contaminada que es infértil. Eso hace que los propietarios la vendan. ¿Y quién crees que está dispuesto a comprarla? —No esperó respuesta y ni siquiera la miró, sino que bajó la cabeza—. Cuando la mafia la ha comprado, hacen más basureros y así una y otra vez. La tierra contiene, entre otras cosas, cobre, arsénico, mercurio, plomo, níquel. Es basura de la industria química y los hospitales del norte

de Italia, que pagan a la mafia para que se deshaga de ella. ¿Por qué crees que la Toscana está tan limpia?

Como levantó la voz, Angolo subió la cabeza con ambas orejas levantadas. Roland lo miró brevemente y prosiguió.

—La gente que vive allí muere de cáncer, las mujeres abortan o dan a luz a niños con malformaciones. Hace diecisiete años sucedió un episodio con un camionero que llevó a investigar por primera vez a la mafia que controla el negocio de la basura. Sufrió un accidente cuando saltó la tapa de un barril de basura. Los vapores del barril le afectaron a los ojos y le quemaron la piel. Se quedó ciego. Hoy la mayoría de camioneros se niega a hacer esa ruta. Los que la hacen no quieren vaciar el remolque. Exigen que se transporten los barriles hasta el vertedero y evitan acercarse a ellos. Eso lo hacen otros que no son lo bastante mayores para tener carné de conducir, así van acumulando horas de prácticas al volante mientras descargan la basura. Solo tienen entre catorce y dieciséis años.

La voz de Roland se puso ronca. Miró a Irene con lágrimas en los ojos. Una lágrima empezó a bajarle por el puente de la nariz. Irene le tomó la mano y quiso decir algo.

—Salvatore gana dinero con esa clase de trabajos —dijo tras haber recuperado el control de la voz—. Les dan trescientos euros por viaje, van con cargas peligrosísimas y cuantos más vapores inhalan, más cerca están de la muerte.

—¿Cómo ha dado con él la Camorra?

Roland se llevó las manos a la cara y se secó las mejillas.

—Giovanna cree que contactaron con él y con sus colegas en el bar al que suelen ir después del colegio.

—Sí, pero ¿Giovanna no le ha explicado a Salvatore lo peligroso que es? ¿Que acabará muriéndose?

Roland negó desesperado con la cabeza.

—Claro que sí, pero le da igual. Es que se siente aún más importante haciendo un trabajo tan peligroso que nadie, ni siquiera los adultos, quiere hacer. Dice que todos vamos a morir de alguna manera.

Roland se levantó de pronto. Todo aquello era difícil de digerir estando sentado. Fue hacia la ventana, se inclinó sobre la mesa como si le doliera

algo y se quedó contemplando el otro caos, el de la oscuridad. Otro caos. Irene también se levantó, lo rodeó con los brazos y puso la mejilla en su espalda. Roland cerró los ojos.

—¿Qué cojones hago, Irene? Giovanna quiere que la ayude.

—Deberías poder hacer algo —le susurró a su camisa. Él se enderezó y se giró hacia ella.

—¡Pero qué! ¿Qué coño puedo hacer yo?

—Eres su familia, Rolando. Pronto serás el último que quede, al menos de sexo masculino. Claro que acude a ti. La familia se ayuda, ¿no? ¿Pero por qué ha escrito y no ha llamado por teléfono?

—Ha mandado la carta desde un hotel para turistas que recoge el correo de los huéspedes y lo lleva a la oficina. También lleva catorce días de retraso. Sabe Dios lo que ha pasado en este tiempo. Tiene miedo de que la escuchen. «El Sistema» tiene ojos y oídos por todas partes.

—¡No lo llames así!

—¡Así se llaman ellos! ¡El Sistema!

—A eso me refiero —dijo Irene—. ¿Cómo cree la tía Giovanna que puedes ayudar?

Roland hizo un gesto teatral con las manos.

—Seguramente quiere que vaya allí y haga el trabajo de mi padre. Pero no puedo, Irene, ¡es que no puedo! —Angolo ladraba y corría inquieto alrededor de sus pies—. Me pregunta si acogemos a Salvatore un tiempo, para apartarlo de ese ambiente. Espera que le haga entrar en razón. —Sabía que a Irene no le gustaría y era justo esa la discusión que no le apetecía tener—. Está claro que no podemos, pero me lo ha preguntado y espera una respuesta.

Irene se puso en cuclillas al lado de Angolo, que saltó y le dio un lametón en la cara.

—¿Y qué pasa con el colegio? A su edad tiene que ir.

—Pero si lo ha dejado. ¿Qué chico quiere ir al colegio cuando puede ganar trescientos euros por un simple viaje? Eso también es un gran atractivo para un chaval de su edad. Piensa en cuánto saca al día. No hay muchos trabajos tan bien pagados en Nápoles, aunque lleves estudiando muchos años.

Irene bajó al perro con cariño y se levantó de nuevo.

—¿Qué dice él? ¿Quiere venir a Dinamarca?

—Giovanna dice que lo convencerá. Se inventará algo para que no sospeche. Pero no podemos, Irene. Tenemos nuestros trabajos y no podemos…

—¿No crees que es el momento de que hagas algo por la familia, Rolando? Si a Salvatore le pude venir bien quedarse con nosotros un tiempo, ¡pues se queda! Puedo tomarme vacaciones cuando quiera y tus casos de asesinato están resueltos, así que ya se han acabado las jornadas de trabajo eternas. Mañana llamas a Giovanna y se lo dices.

Recogió la mesa y puso la lavadora. Roland cogió la carta y se la llevó al despacho. Angolo fue tras él y se tumbó en el suelo a sus pies mientras leía las otras cartas. Las que había escrito Louise Engtoft. Había muchas. Sería otra larga noche. Fuera, el huracán bramaba.

52

En la mañana del viernes, el viento se había calmado. Parecía imposible que el día anterior hubiese sucedido esa gran escena con la naturaleza vengándose de los humanos. Solo quedaba la basura que el viento había esparcido por las calles, pero la gente con chaleco naranja limpiaba a toda velocidad. Kamilla aparcó en el patio y subió aprisa las escaleras a la redacción.

Britt ya estaba allí. Había logrado recuperarse justo para el fin de semana. No había adelgazado en absoluto, así que no la había contagiado Thygesen. Estaba haciendo café, cuyo olor se extendió por toda la redacción.

—Buenos días —gritó Kamilla mientras se quitaba la chaqueta y el pañuelo—. Anda, ya estás bien.

Britt levantó la vista tras la máquina de café y sonrió.

—Sí, ha sido duro —dijo y se le borró la sonrisa—, pero no me voy a quejar. ¿Tú cómo estás? He oído lo de tu madre…

Kamilla se sentó y encendió el ordenador.

—No estábamos muy unidas, así que no ha sido tan grave —mintió.

Anne entró suspirando y quejándose y colgó la chaqueta.

—¡Menuda mierda! ¡Sabrina Dahl ha desaparecido y su amiga le ha entregado las cartas a Benito!

—¿Qué cartas? —preguntó Britt. Anne se detuvo de repente.

—Vaaaya, alguien ha vuelto a su silla. ¿Ya estás bien? —A Britt le ofendió el tono sarcástico, pero Anne estaba con ganas de pelea y siguió—. Cuando uno descuida su trabajo, no puede estar al tanto de lo que pasa. Necesitaría todo el día para ponerte al tanto, así que tendrás que esperar a la reunión.

Kamilla lo encontró un poco injusto, pero también sabía que decir algo no ayudaría.

—¿Qué pasó ayer que me querías contar? ¿Dónde se te caló el coche? —preguntó para que Britt pudiera escuchar.

Anne encendió el ordenador y se dejó caer en la silla. Se quitó un gorro negro de punto y lo tiró al perchero. Se quedó colgando, pero fue más suerte que precisión. Miró de reojo la oficina vacía de Thygesen y se colocó el pelo.

—¿No se habrá vuelto a poner malo?

—Viene luego —dijo Britt tras la pantalla—. Tenía que ver algo del huracán de anoche.

—Cuéntame, Anne, ¿qué paso ayer?

Anne le habló de su visita a Pernille Lauritzen, del periódico en el que Sabrina había escrito una dirección al lado de la foto que le había hecho Kamilla a Sebastian, de la casa de verano, de que tuvo que quitar la arena que atrapaba las ruedas con las manos (le enseñó los dedos, llenos de ampollas y arañazos) y del cuadernillo de piel de serpiente que encontró en un cajón. Lo puso en la mesa y comenzó a hojearlo cuando entró Thygesen quien, con una alegría sorprendente, dijo «buenos días» y «bienvenida de nuevo» a Britt. Poco después llegaron Nicolaj y Mads Dam. Las tropas estaban reunidas.

—¡Vamos a la reunión! —informó Thygesen. Eso quería decir que había que poner vasos en la mesa y llenar los termos de café. Se alegraba de que Britt hubiera vuelto.

La reunión comenzó con un rapapolvo a Anne por no haber acudido a la rueda de prensa de la Jefatura de Policía. Después hablaron de las consecuencias del huracán: un camión de cerdos que había volcado, con el resultado de varios animales muertos y otros sueltos por la zona, y un poste de la luz derribado que había dejado la península de Djursland sin corriente. Luego llegó el breve comentario acerca de la rueda de prensa. Thygesen volvió a la ausencia de Anne y quiso saber qué había estado haciendo. Ella le volvió a contar todo y sacó el cuaderno.

—Me pregunto si a la policía le interesará esto, si es que Knud Engtoft es el dueño de esa casa —dijo Nicolaj.

—Quizá, pero a cambio ellos tienen algo que queremos: las cartas de la enfermera. La amiga de Sabrina Dahl se las entregó ayer al inspector. Y, además, Sabrina ha desaparecido. Todo apunta a que está con el hijo, Sebastian —explicó Anne.

—¿Qué cojones dices? ¿Por qué no me has informado de algo tan importante? ¿Lo has puesto en portada? —preguntó y buscó con ansia la portada del periódico.

Kamilla miró preocupada a Anne. Hoy tenía ganas de bronca y una pelea seria entre los dos nunca era algo agradable de ver. Pero Anne reunió fuerzas y contestó complaciente:

—Thygesen, no tienes que leer esas cosas en el periódico. Tenemos que hablar de por dónde empezamos. No hay mucho de lo que escribir. En la casa no había pistas sobre Sabrina, así que debió de irse y no sé qué pone en ese cuaderno. —Lo señaló y Thygesen lo hojeó.

—Creo que a lo mejor es suajili, una lengua africana.

Nicolaj se inclinó para mirar.

—Sí, es suajili. Participé en una actividad en África Oriental con la Escuela de Periodismo. Yo hice un reportaje sobre los dialectos del idioma —sonrió orgulloso.

—¿Podrías traducirlo? —preguntó Thygesen y le dio el cuaderno.

Nicolaj se rio y negó con la cabeza.

—No, solo aprendí unas pocas palabras. Las divertidas y las que eran fáciles de recordar. Por ejemplo, *jambo* significa ‘hola’, *Simba*, como el Rey León de Disney, quiere decir ‘león’ y *daktari* es ‘doctor’, no es tan difícil.

Kamilla cogió el cuaderno y echó una ojeada. Nunca había visto suajili escrito y le pareció un galimatías hasta que una palabra le llamó la atención.

—¿Cómo has dicho que se decía «doctor»? —miró a Nicolaj, que repitió la palabra negando ligeramente con la cabeza, como si no fuera tan difícil de recordar.

—*Daktari*.

—¡Está aquí y aquí y…!

Anne le quitó el cuaderno de las manos y se quedó mirándolo.

—¿Dónde?

—¡Ahí! —señaló Kamilla.

—Pone algo de un doctor. ¿Cuál? ¿El doctor Winther o el doctor Vangberg?

—Consigue un intérprete. —Thygesen se levantó y miró el reloj—. Tengo una reunión. Encárgate de esto, Anne. Tenemos que saber más de la tal Sabrina Dahl. Llévate a Nicolaj. ¿Hoy tienes algo, Mads?

Mads Dam no parecía haberse despertado todavía; quizá el huracán no le había dejado dormir en la vieja casa en la que vivía, a las afueras de Rønde.

—Tengo que pasar a limpio una cosa de un partido de balonmano y también unas fotos digitales que hay que retocar. —Miró cansado a Kamilla —. Después me voy al NRGi Park a ver qué pasa con el conflicto en la liga de bádminton y con las jóvenes promesas del equipo de Aarhus.

Thygesen asintió satisfecho.

—¿Y Britt? ¿Tienes algo que hacer ahora que ya te has recuperado de tu enfermedad?

—Sí, tengo que ir a una guardería; hay unos padres que están muy en contra del plan de comidas. Con eso terminaré el artículo.

—¡Genial, al lío!

Thygesen se puso la chaqueta y se fue a toda prisa. Anne y Nicolaj hicieron lo mismo. Mads Dam se sentó medio dormido a terminar su artículo. Kamilla entró en la página web del Registro Civil para ver a quién debía dirigirse después de la oficina de la iglesia. Ahí, con el nombre y la dirección que consiguiera en el registro de la parroquia, la informarían de dónde vivía su padre. Mads le pidió las fotos para el artículo. Tardó solo cinco minutos en tenerlas listas y se las mandó a su ordenador. Poco después, Mads se puso la chaqueta e informó de que se iba al pabellón. Kamilla asintió y le dijo que ella se encargaría de los teléfonos. En cuanto salió por la puerta, llamó al Registro Civil. Obtener una dirección le costaría 62 coronas. Tenía mucho que hacer después del trabajo, así que hoy no haría horas extras.

53

Nicolaj hojeaba con ansia el cuaderno. Anne le recordó que se abrochase el cinturón de seguridad, lo que hizo sin apartar la vista del cuaderno.

—¿Dónde encontramos a un intérprete de suajili? —murmuró.

Anne giró la llave. El motor tardó un poco en arrancar. Se arrepintió de no haberle pedido prestado el Suzuki a Kamilla, pero puede que tuviera que salir a algún encargo. Mads Dam o Thygesen quizá la necesitaran.

—Eso no es lo primero que vamos a hacer —contestó mientras salían del patio marcha atrás.

Le dio con el coche a un cubo de basura caído y los viandantes se giraron a mirar el Lada amarillo. Anne pisó el acelerador a fondo y todo lo que había en Frederiks Allé desapareció. Vio por el retrovisor a una mujer mayor negando con la cabeza y ella le hizo una peineta, pero fue más por divertir a Nicolaj. Por suerte, la mujer no la vio.

—¿Entonces adónde vamos, Jason Watt? —dijo burlón.

—No me compares con él. ¿No va en silla de ruedas?

—¡Sí, y tú acabarás así si no conduces como es debido!

Anne lo miró amenazante, pero bajó la velocidad.

—Vamos a Skæring. Hay algo en esa casa que no pude inspeccionar por culpa del temporal: un cobertizo en la parte de atrás.

A Nicolaj se le iluminaron los ojos.

—¿Crees que Sabrina estará retenida allí?

Anne negó con la cabeza.

—No, no creo en absoluto que Sabrina fuera a esa casa.

—¿No se habrá vuelto a Italia con su marido?

—Lo dudo, pero quién sabe.

Condujeron sin hablar hasta que giraron en Skæring Havvej y continuaron por Strandvangsvej.

—Joder, qué bonito —exclamó Nicolaj y admiró la cala de Kalø Vig. Al otro lado del agua, que parecía fría y gris, Djursland estaba oculta entre la niebla—. ¿De quién crees que es la casa?

—Anoche intenté averiguarlo, pero no encontré nada. Quizá en ese cobertizo haya algo que nos lo revele.

—¿No crees que la policía podría ayudar?

—¡La policía! —Lo miró enfadada— ¿Por qué siempre quieres meter a la policía en nuestro trabajo?

—Porque… porque creía que los reporteros de sucesos trabajaban codo con codo con ellos. ¿Me equivoco?

—¡Del todo! ¡La policía no nos cuenta una mierda a los periodistas y nosotros no les contamos nada a ellos!

—¿Entonces son competencia?

Habían llegado y Anne se bajó del coche sin responder. Seguía doliéndole que Roland Benito se hubiera burlado de ella, ¡pero se iba a enterar!

Por experiencia, no fue hasta la casa, sino que aparcó junto a la carretera. No parecía en absoluto el mismo sitio que el día anterior. El mar estaba en calma y todo respiraba paz. Los pájaros incluso cantaban en las copas de los árboles como si fuera primavera.

—¿A cuánto está? —preguntó Nicolaj después de un buen rato andando.

—Es la casa que está al final de la cuesta —dijo y la señaló.

—¡Esa casucha!

El huracán había arrancado algunas chapas del tejado y había tirado al suelo el cubo de basura, que estaba entre los árboles.

—Está destrozada. Parece que el huracán ha sido fuerte por aquí. Falta un cristal.

—Sí, maldito tiempo —murmuró Anne—. Vamos a subir al cobertizo.

La arena estaba húmeda y costaba subir la cuesta. Estaba todo tan protegido que no vieron daños considerables. Nicolaj se entretuvo mirando por las ventanas de la casa de verano y fue tras Anne corriendo con la lengua fuera. De repente, ella lo vio caerse. Se rio, pues resultaba muy cómico. Sin embargo, Nicolaj no se levantó y Anne empezó a inquietarse.

Con la cuesta, no lo veía. Cuando bajó se lo encontró a gatas, intentando levantar una tapa.

—¿Qué coño haces? —dijo y fue corriendo hacia él. Estuvo a punto de caerse ella también.

—Me he tropezado con esta tapa, no estaba bien puesta, pero creo que hay algo ahí abajo. He oído un ruido.

—Habrá caído una piedra. ¿Te has hecho daño?

—No, no. ¡Ayúdame!

Levantaron la tapa y la quitaron. No había mucha luz abajo, pero Anne había aprendido algo del episodio de la noche anterior.

—Voy al coche a por una linterna —dijo y se fue rápidamente.

Nicolaj intentó ver qué había abajo. Pensó que algo se movía. Quizá no era más que una rata. Olía a mierda, a lo mejor era una cloaca.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

Se oyó un débil chapoteo y algo que parecía una voz también débil.

—¡Hola! —gritó y se puso de pie. Se sintió como un idiota. Si alguien lo viera… Miró a su alrededor, pero no había nadie. La casa estaba desierta. Si Sabrina estaba allí, nadie se habría dado cuenta—. ¿Sabrina, eres tú?

Oyó claramente un sollozo. Sonaba como si alguien estuviera ahogándose. ¿Dónde coño se había metido Anne con la linterna?

—¡Sabrina! ¡Si eres tú, hazme una señal! —Pensó en qué podía hacer si estaba tan débil como para no poder responder—. Si eres tú, tose.

Tardó un poco, pero se oyó una débil tos en la oscuridad y un nuevo chapoteo.

—Quédate quieta, Sabrina. Me llamo Nicolaj y estoy aquí para ayudarte. Aguanta, voy a llamar a la policía.

Sacó el móvil del bolsillo. Casi no lo podía sujetar mientras marcaba el número de la Jefatura. Pidió hablar con el inspector Roland Benito. Después se puso de rodillas y habló con Sabrina. No sabía si ella le oía, pero tenía que saber que seguía allí y que la ayuda estaba en camino. Ojalá no fuera ya demasiado tarde. Sabrina estaba callada.

Vio a Anne llegar corriendo con la linterna.

—¿Qué haces? ¿Hablando con las ratas? —se mofó y se rio exhausta cuando le dio la linterna—. También puede ser un gato arrastrado hasta ahí por el viento.

Nicolaj le quitó la linterna de la mano.

—¡Es Sabrina! —dijo agitado—. Ojalá aguante. He llamado a la policía, espero que lleguen pronto con una ambulancia.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué has llamado a la policía, idiota? ¿Te das cuenta de la historia que tenemos si es ella? ¡Es una gran historia! Para llenar las portadas de los periódicos. Y seremos los primeros. ¡O podíamos haberlo sido! Ahora vendrán todos los periodistas corriendo. ¡Idiota! ¡Pedazo de idiota!

Nicolaj le dio una gran bofetada. Anne se calló de inmediato y se llevó la mano a la mejilla. Hacía mucho que no le pegaban, desde que su padrastro… Se le llenaron los ojos de lágrimas y sintió ira, pero la mirada de Nicolaj la hizo quedarse callada. No sabía que esos ojos verdes pudieran transmitir tanta seriedad.

—¡¿Qué clase de periodista eres?! Si es así como trabaja un periodista, yo no lo soy. ¿Hace mucho que hiciste la carrera? ¿Dónde cojones tienes la humanidad?

No fueron tanto las palabras, sino la manera de decirlas. Se quedó de rodillas a su lado. Las sirenas empezaron a oírse a lo lejos.

Nicolaj iluminó la fosa séptica. Primero vieron un agua del color del óxido y luego una cara. Sabrina mantenía los ojos, la nariz y la boca fuera del agua con gran esfuerzo.

Unos pocos milímetros más de lluvia y no habría salido airosa. De vez en cuando, el rostro desaparecía bajo el agua, pero el instinto de supervivencia la llevaba a asomar la nariz y la boca de modo convulsivo. Cada vez que se movía, el agua le chapoteaba en la nariz. Los ojos, que no parecían humanos, brillaban de pánico.

—¿Cuánto tiempo llevará luchando por su vida de esa manera? —susurró Anne tan bajito que Nicolaj apenas pudo oírla—. ¿Por qué no se lamenta?

—Porque no puede.

De repente empezaron a aparecer policías y el personal de la ambulancia, que los apartaron bruscamente para sacar a Sabrina de la fosa séptica.

54

Cuando Roland recibió la llamada del becario, llevaba toda la mañana intentando dar con Anne Larsen. Primero no le respondieron al teléfono, después solo pudo hablar con la fotógrafa, que no sabía dónde estaba Anne. Cuando la vio con el personal de la ambulancia al lado de una camilla, estuvo a punto de ir hacia ella y zarandearla con fuerza. Por la noche había leído todas las cartas y, si ella sabía algo del contenido, tenía que ponerla en cuarentena. Aunque no proporcionaban mucha información útil, sí mostraban dónde había vivido la enfermera antes de que la matasen. Si es que eso ayudaba. Comenzó a relajarse. Quizá esas cartas no sirvieran para el caso, pero ¿qué sabía ella de la desaparición de Sabrina? Había algo de un periódico y una fotografía. Pero no quería montar una escena aquí, así que, cuando se acercó, se conformó con mirarla mal y no decir nada.

Mikkel Jensen había contactado con Gustav Hjort, que estaba junto a la camilla apretándole la mano a su hija. Conque era ella a quien habían encontrado en la fosa séptica. ¿Qué narices estaba pasando?

Le enseñó la placa a Gustav, a quien no conocía, y le dio la mano.

—Es ella —dijo ahogado por el llanto. Roland asintió.

—¿Tiene una idea de qué hacía aquí con ese temporal?

Gustav Hjort negó con la cabeza y siguió desesperado el intento de la gente de la empresa Falck por reanimar a su hija. Roland se apartó discretamente y le pidió a Mikkel que echase un vistazo a la casa y al cobertizo por si hubiera algo que revelase quién era el dueño. Se dio la vuelta con intención de marcharse, pero Anne se acercó a él.

—Creo que es la casa de verano de Knud Engtoft. O quizá sea del hijo.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque el dormitorio está lleno de esculturas africanas y encontré esto. Si pueden, busquen un intérprete de suajili. —Le dio el cuaderno de

piel de serpiente, pero cuando fue a cogerlo, lo retiró con una mirada que Roland conocía bien.

—De acuerdo; si hay algo dentro, te doy la exclusiva.

Anne le dio el libro y Nicolaj sonrió.

—Así que has estado dentro de la casa. Eso se llama allanamiento —dijo Roland hosco y echó a andar. Anne fue tras él.

—No, porque la tormenta había roto un cristal.

—¡Es allanamiento de todas formas! Pernille Lauritzen me contó algo de un periódico con una foto y una dirección. ¿No crees que va siendo hora de que nos ayudes un poco?

Anne se rindió y le contó todo mientras volvían a la casa, que estaba llena de funcionarios de la policía.

Gustav iba al lado de la camilla de Sabrina, transportada por dos técnicos en emergencias sanitarias. Habían conseguido mantenerla consciente y le pusieron una máscara de oxígeno, pero había que llevarla al hospital lo antes posible.

Mikkel volvió corriendo del cobertizo.

—La puerta estaba atrancada y la hemos reventado. Dentro no hay nada más que trastos: una bicicleta oxidada, sillas viejas, muebles de jardín y cajas de cartón con cartas y papeles.

—Revisadlo todo.

Mikkel asintió y entró con los demás en la casa.

Roland respondió al teléfono, que reprodujo en su bolsillo la melodía de James Bond «007». Era Kim Ansager, que confirmaba que la casa era propiedad de Sebastian Juhl.

—¿Y dónde está ahora? —Roland escuchó con el ceño fruncido—. Emite una orden de búsqueda. ¡Ya!

Colgó y guardó el móvil en el bolsillo. Anne Larsen lo miró con curiosidad, pero no dijo nada.

—¿Sabes adónde se llevan a Sabrina Dahl? —preguntó con cautela.

Roland se detuvo y se giró bruscamente hacia ella.

—Escucha. Bueno, escuchad —se corrigió al ver a Nicolaj justo tras ella —. Nosotros vamos primero. Os quiero lejos del hospital hasta que os dé

permiso para hablar con ella. ¿Estamos? —dijo sin alzar la voz, pero muy serio y con los ojos del color del carbón.

Entró enseguida en su despacho, tal como le había pedido. Le faltaba abordar el caso con algo de intuición femenina. Y a lo mejor también necesitaba verla. Había algo en su mirada y en su sonrisa que lo envanecía. Se sentía atractivo cuando ella lo miraba de esa manera, como hacía ahora junto a la puerta.

—Pasa, Isabella. La periodista se ha dignado a darme más información, así que tenemos más cosas con las que trabajar. Siéntate. Me gustaría oír tu opinión. ¿Quieres tomar un café, agua?

—Un café, por favor.

Se sentó y esperó en silencio mientras Roland servía el café. Él también necesitaba algo caliente después de la visita a esa fría playa.

—¿Era Sabrina Dahl la que estaba en la fosa séptica?

Roland se calentó las manos con el vaso.

—Era ella, sí, pero ¿y si se cayó? ¿Por qué la tapa estaba más o menos colocada en su sitio? Creo que la intención era que se ahogase. Que la encontrasen como a su madre.

—¿Como a su madre? ¿Te refieres a la de Sebastian Juhl?

—Sí, me refiero a él. Es su casa y, según la dirección que Sabrina había escrito en el periódico junto a su foto, habían quedado en verse allí.

Isabella giraba el vaso. Tenía las uñas largas con el borde blanco. Al parecer, eso se llamaba «manicura francesa». Roland se movía inquieto en la silla, pues el modo en que los dedos de Isabella acariciaban el vaso le provocaba una extraña sensación que no le gustaba.

—¿No es normal que hayan contactado en estas circunstancias? Sus madres fallecieron en poco tiempo en la misma ciudad. ¿Cómo murió la de Sabrina?

—Después de una larga enfermedad: cáncer —contestó Roland.

Por suerte, Isabella dejó de acariciar el vaso y cruzó los brazos, pero eso hacía que se le levantase el pecho. Roland apartó la mirada. El sol brillaba y resaltaba toda la porquería que el arenal había dejado en el cristal. Casi no se podía ver lo que había fuera.

—El doctor Vangberg también fue médico de Josefine Hjort. Entre las cartas que trajo Pernille Lauritzen había unos papeles del doctor Winther. Había anotado que Helge Vangberg se hizo cargo del tratamiento en diciembre de 1983. ¿Qué te dice? —preguntó y volvió a mirarla.

—Que todo esto tiene que ver con la familia Hjort. ¿El doctor Winther también está muerto?

—Sí, pero fue muerte natural. Falleció de viejo.

—Madre mía. Pero ¿y la camarera, Annemette Knudsen? Es la única que no encaja.

Roland sonrió cruel.

—Síiii, la verdad es que encaja, según tuvo la amabilidad de contarme Anne Larsen. Era la vieja amiga de Louise en el club nocturno en el que trabajó antes de hacerse enfermera.

Isabella se levantó y se quedó junto a la ventana con el vaso en la mano, de espaldas a Roland.

—Entonces, eso significa que Sebastian Juhl también debió de conocerla, y quizá también al médico. ¿Por qué no nos dijo nada?

—A lo mejor porque no hemos hablado con él tanto como deberíamos —respondió Roland. Se dio cuenta de que había sido un gran error. No habían sido lo bastante minuciosos.

—Quizá se conocieron en África. ¿Lo hemos comprobado? —Se dio la vuelta lo bastante despacio como para que Roland consiguiera mirarla a los ojos.

—Sí, me han dado esa información, pero es justo eso lo que te quería pedir que investigaras. Tenemos que saber cuándo se alojaron allí Helge Vangberg y Sebastian Juhl, y dónde. Si Mikkel se aburre te puede decir adónde tienes que dirigirte. También tenemos que traducir el texto de este cuaderno. Está en suajili y la periodista lo encontró en un cajón de la casa de verano. A lo mejor también esconde información importante.

Le dio el cuaderno, aliviado de que Anne Larsen no hubiera llegado demasiado lejos, lo que, sin duda, era su intención antes de encontrar a Sabrina.

—Odio las serpientes —dijo Isabella y cogió el cuaderno con una expresión de asco en la cara. Sus manos se tocaron y Roland tuvo de nuevo

la sensación de que no había sido por casualidad.

—El bicho está muerto —dijo sonriendo.

—Eso espero —contestó ella y se lo llevó sujeto con dos dedos.

—Isabella… —dijo antes de que llegase a la puerta. Ella se giró de inmediato.

—¿Sí?

—¿Puedes comprobar cómo va la orden de búsqueda de Sebastian?

—Por supuesto. Por ti, lo que sea.

Cerró la puerta sonriendo y Roland esperó que ella no lo hubiera visto ruborizarse.

Cuando se quedó solo, volvió a pensar en el caso sin distracciones. Tenía que recobrar fuerzas. Ella era veinte años más joven que él, por no mencionar que Roland quería a Irene. ¿Pero y si de verdad se pudiera? Solo probarlo una única vez. ¿Cómo sería? Su joven y tersa piel, sus pechos firmes, sus manos, labios y lengua. La sangre le palpitaba en todos los miembros y respiró aliviado cuando sonó el teléfono… hasta que oyó lo que Kurt Olsen tenía que decirle.

55

Anne Larsen estaba de nuevo dando explicaciones en el despacho de Ivan Thygesen. Los demás los podían ver a través de la ventana, pero no oían lo que decían, a pesar de que gritaban mucho. Thygesen tenía la cara roja y de vez en cuando tenía que parar para toser, lo cual lo enfadaba todavía más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kamilla y miró nerviosa a Nicolaj, que sonrió.

—Nada más y nada menos que esto: Anne Larsen, por una vez, se ha comportado como una periodista íntegra y le ha dado información importante a la policía.

Kamilla miró de nuevo a los dos contendientes. Ahora era Anne quien movía la boca. Sorprendentemente, hizo que Thygesen cerrase la suya un momento y Kamilla centró su atención en la pantalla. Después de mediodía tuvo que irse porque Mads le había pedido que fuera al NRGi Park a hacerles fotos a algunos jóvenes talentos del bádminton. Ahora las estaba retocando y dejándolas listas para cuando volviera el periodista deportivo. Antes tenía que tomarse las cervezas del viernes en el bar habitual.

Por suerte, acabaría pronto y podría ir a la iglesia. Llevaba todo el día sin decidirse a contactar con su padre. A favor y en contra, analizaba ventajas e inconvenientes. Si él no sabía de su existencia o no quería saber, ¿cómo reaccionaría ella a semejante rechazo?

Anne salió por fin de la leonera. Kamilla la miró cuando pasó delante de ella y después a Thygesen, que se había puesto a trabajar. Solo se le veía la calva tapada con pelo y la frente rojísima por encima de la pantalla del ordenador. Anne le guiñó un ojo; no parecía afectada por la reprimenda. También se estaba acostumbrando, pero la irascibilidad de Thygesen no era cosa de risa. Nicolaj sonrió a Anne y le enseñó el pulgar. Anne le dio una palmada en el hombro cuando pasó a su lado de camino a la cocina a por

café. Kamilla tuvo la sensación de que había pasado algo entre ellos, pero seguro que Anne no se guardaría el secreto con ella.

—Qué bien que han encontrado a Sabrina. ¿Cómo está? —preguntó.

Incluso Britt, que llevaba de mal humor desde que volvió de la guardería, levantó la vista del teclado.

—No podemos hablar con ella hasta que Roland Benito nos lo diga. Pero espero que se mejore y nos pueda contar quién la tiró a esa fosa séptica. Es un lugar asqueroso. Lo raro es que haya sobrevivido. Le estuvo cayendo agua toda la noche. Fíjate que ayer estuve cerca de ella sin saberlo.

—¿No se ahogó? —preguntó Britt con dudas.

—Pues casi, ¿verdad, Nicolaj?

—Sí, no habría tardado mucho en quedarse sin fuerzas para mantener la cabeza por encima del agua. Al caer se golpeó la espalda y no podía moverse.

—Menos mal que la encontraste. La verdad es que eres el héroe del día —dijo Anne, y brindó con él con el vaso de plástico.

Kamilla le envió las fotos a Mads por correo electrónico, apagó el ordenador y se levantó. Se tomó el último resto frío de café y tiró el vaso a la papelera antes de ponerse la chaqueta.

—¡Son las mil! —murmuró Britt y también se puso a recoger. Anne y Nicolaj aún tenían mucho que hacer. Daba que pensar que los reporteros de sucesos fueran los que más lío tenían de toda la redacción.

—¡Buen finde! —gritó y bajó corriendo las escaleras. Tenía que conducir rápido para llegar a la oficina de la iglesia de Horsens y al Registro Civil antes de que cerraran.

Durante la noche se había caído una teja de la vieja casa de Mejlbyvej. Los árboles no habían dado mucho cobijo, aunque había muchos alrededor del patio. Se llevó la teja al garaje. No pudo ver de dónde se había caído. Tenía que llamar a alguien que supiera de tejados para que le echase un vistazo pronto. Si por un casual su padre supiera… Sonrió al pensarlo, pero ese gesto murió lentamente. En su vida faltaba un hombre. No solo por razones prácticas, había hombres que no sabían de esas cosas. Jan era uno de ellos. No sabía ni clavar una chincheta. ¿Danny? Había arreglado su viejo piso de

Klampenborg y al parecer también había hecho mucho en la oficina de la agencia en Badstuegade.

Se tumbó cansada en el sofá. Se había disipado la tensión. Estaba vacía por dentro y con aún más dudas sobre qué hacer. Ahora sabía quién era su padre. Su *verdadero* padre. En cuanto le dieron la copia del libro, lo miró enseguida. En la firma del padre, junto al nombre de su madre, ponía: «Padre: Mogens Arnskov Aagaard. Nacido en Agger en 1946». Respiró aliviada. No ponía «padre desconocido». Para su sorpresa, la dirección que le dieron en el Registro Civil no estaba muy lejos. Suponía que sería del norte o del oeste de Jutlandia, pero vivía en Bønnerup, en la península de Djursland. Era pescador, lo cual no resultaba una sorpresa. Pero ¿por qué vivía allí? Volvió a mirar los papeles. También vivió en Horsens durante un tiempo y se mudó a finales de 1970, poco después de que su madre se fuera de Agger. ¿Se fueron juntos? ¿La dejó en paz cuando se casó con Henning Holm? Empezó a imaginar cómo habría sido su relación romántica, lo que le dio esperanza y algo de valentía. Si las cosas hubieran sido así, quizá su padre hubiera deseado de verdad una vida con su madre. Quizá supo de su hija y quiso hacer lo único correcto: casarse con la madre de su bebé. Pero ¿por qué no hizo algo más? Seguro que porque Gloria lo rechazó, llena de odio como estaba. Pero él podía haber intentado contactar con su hija. Había sido fácil encontrarlo, de modo que encontrarla a ella habría sido igual de sencillo. Lo mismo era mejor olvidarse de él. Ahora, a pesar de todo, ya sabía quién era y dónde vivía.

Sacó una botella de vino del botellero. Por fin podía abrir el «vino de los viernes», pero ¿habría algo más que celebrar que el fin de semana? Mientras la abría, miró de reojo los papeles y dudó de nuevo de si debía ponerse en contacto con el hombre que, de repente, se había convertido en su padre. ¿No era demasiado tarde para tener padre? ¿No se necesitaba más a un padre cuando uno es pequeño?

Las dos últimas noches las empleó en vaciar el piso de su madre. Sus cosas habían sido testigo de la triste vida que llevó los últimos años. Una solitaria taza en el lavadero, un frigorífico casi vacío, sin cartas escondidas, postales o invitaciones de amigos, conocidos o familia. Estuvo todo el rato con un nudo en el estómago y otro en la garganta. Tuvo que pararse muchas

veces y mirar cosas que le trajeron recuerdos. Cosas que Gloria había escondido. Pero no estaban conectadas a ella. No eran recuerdos comunes. La cruz, que siempre estaba en la pared sobre la cama de la madre, y la Biblia, que tenía su lugar fijo en la mesilla, debajo de la lámpara. Cuando la hojeó, pensativa, de entre las páginas cayó al suelo una fotografía en blanco y negro. El niño era rubio y llevaba un jersey de punto. Estaba en la cubierta de una balandra con una red verde de pescador y barreños a su alrededor. Tendría seis o siete años. ¿Era Gloria quien la había tomado? El niño estaba riéndose. Kamilla notó las lágrimas y se apresuró a terminar con la limpieza. La foto se la guardó en el bolsillo.

Se sentó en el sofá con la copa de vino. Simplemente necesitaba desconectar y controlar los sentimientos. Dio un trago de vino y lo dejó en la boca hasta que empezó a quemarle la lengua, entonces lo tragó. Era un vino fuerte, con un buen retrogusto. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Ahí estuvieron sentados la noche que pasaron juntos unos años atrás. Sintió la mano de Danny deslizándose por su nuca, y sus besos. Podría haber sucedido aquel mismo día, lo recordaba con total claridad. Todos sus movimientos, su tacto y sus palabras, incluso las que no dijo. Se sentó y volvió a beber. Los ojos de Rasmus la miraban por encima del balón de fútbol en la foto de la estantería. Volvió a sentir el odio, que ardía más que el vino. «Te pido perdón, Rasmus —murmuró—, y a mamá, y a Majken, y al anillo que lleva en el dedo».

Echó más vino cuando la copa se vació y vio a Tarzán entrando a hurtadillas por la gatera. Poco después oyó sus garras. «El señor de la casa», pensó con una sonrisilla irónica. Sacó el móvil y se quedó un rato mirándolo. Dio otro trago más para reunir coraje y después marcó el número que aparecía bajo la dirección.

Dio unos cuantos tonos, muchos. Estuvo a punto de colgar con alivio, pero entonces surgió la voz, justo cuando puso el dedo sobre el botón de colgar.

—Alice Arnskov Aagaard —dijo y esperó. De fondo se oía a niños hablando y riendo—. Hola, ¿quién es?

Kamilla colgó. Era una posibilidad en la que no había pensado en absoluto. Por supuesto estaba casado y tenía su propia familia.

56

El fuego crepitaba en la chimenea abierta. Cada vez que tiraba algo, saltaban las ascuas hacia el parachispas. Trasteó con el atizador y siguió alimentando la lumbre. Tenía la caja de cartón en el suelo, entre sus pies, y el movimiento era monótono e indiferente. Estaba hipnotizada, con la mirada fija en las llamas. No miró para nada a las cartas cuando cogió la caja y las tiró a la chimenea de una vez. Desaparecieron sin dejar huella entre el fuego. Notó más que oyó que ella entraba y se sentaba a su lado. Él ni siquiera giró la cabeza ni la miró cuando le acarició el cuello. Olió su perfume y se le encogió aún más el corazón.

—¿Estás seguro de que no hay más? —Él asintió—. Nadie lo ha visto, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—No, estaban todos ocupados con la casa.

—Menos mal que lo oíste. ¿Las has leído?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Ya sé lo que pone. Ya sabes cuánto nos odiaba Elina.

—Pero aun así. ¿No tienes ni un poco de curiosidad, Gustav?

Echó la mano a la caja y quiso coger una carta, pero él le agarró la muñeca y apretó hasta que ella la soltó. Por primera vez desde que volvió del hospital, la miró a los ojos.

—Déjalo, Carola. Dentro de poco todo esto habrá pasado. Tengo que ir a la policía.

—Por supuesto que no tienes que ir, ¿qué tonterías son esas? ¿Cómo está Sabrina?

—Parece que se va a recuperar —dijo y se quedó sentado tirando más cartas a las llamas sin decir nada—. ¿Sabías que Sabrina estaba embarazada?

—¡Embarazada! Dios mío, a Peter le va a dar algo. Justo ahora no quiere tener hijos, tiene su carrera y… puede…

—Lo ha perdido.

Lo dijo con la voz tan débil que ella lo miró sorprendida. Lo agarró del brazo y se apretó contra él mientras le miraba el apagado rostro como si las llamas lo quemasen, pero no eran solo ellas las que hacían brillar sus ojos.

—Es lo mejor para ellos —dijo tranquila—. Tú también lo sabes.

Gustav asintió. Era la última carta. Apartó el brazo de ella, dobló la caja y la tiró a la chimenea. El fuego se reavivó con violencia y se quedaron mirándolo en silencio hasta que se calmó.

—Le he pedido a Johanne que traiga té. ¿Te apetece?

—Sí, cielo —dijo después de darle un beso en la mano.

—Hicimos lo correcto —le susurró al oído.

—¿Sí, Carola? ¿Estás totalmente segura?

—Josefine no habría sobrevivido. A lo mejor habrían pasado unos meses, pero luego… Le hicimos un favor. El mayor favor que se le puede hacer a otra persona.

—Quizá el tratamiento de Ole Winther habría ayudado. No lo sabemos. Hoy es posible curar el cáncer. Quizá justamente con ese tratamiento.

—Ya sabes lo que dijo Helge Vangberg. Fue nuestro médico de familia durante muchos años. Sabe, sabía de lo que hablaba. Fue muy positivo que cambiases al otro. Nunca debes dudarlo.

—Ya, pero la enferm…

—Nos amenazó, Gustav. Fue en defensa propia, no pude hacer nada más. Era ella o nosotros. Teníamos que haber hecho lo mismo con él…

Gustav consideró inútil decir nada más y la detuvo con un gesto de la mano. Se quedó un rato callada y luego preguntó:

—¿Crees que el hijo habrá leído las cartas?

—¿Sebastian? No tengo duda. ¿Por qué si no iba a guardar tanto tiempo las cartas que le mandaba una vieja a su madre?

—Elina no era tan vieja entonces, Gustav —dijo y le sacudió el brazo de manera burlona.

—Ha intentado matar a mi hija.

—¿De verdad crees que fue él? Era un mocoso en aquel entonces. ¿Qué podía tener en contra de Sabrina?

—Venganza, Carola. Creo que todo esto es venganza. Sabrina era la manera de vengarse de mí, de nosotros. El pasado siempre vuelve, no se puede huir de él ni esconderse.

Se levantó y devolvió el atizador al soporte, luego estiró la espalda y la miró a los ojos. Estaba bellísima, sentada junto al fulgor del fuego. El pelo brillaba como la plata y, aunque las arrugas asomaban tras la bronceada piel, no las veía. Era por ella por quien lo había hecho todo. Por ella, a cuyo alrededor había construido su vida. Pero ¿se habría olvidado de su hija en ese proceso? ¿Qué sentiría ella por él? Lo odiaría. Tanto como odiaba a su madrastra… o más aún.

—En cuanto nos tomemos el té me voy a la Jefatura de Policía. ¿No es italiano el que lidera la investigación?

—¡Ya vale, Gustav!

Lo sentó en el banco que había delante de la chimenea. En ese momento entró Johanne con el té. Lo dejó en una mesita a su lado y les deseó buenas noches y un buen finde. Carola le había dado libre. No iban a estar en casa. Carola había reservado un fin de semana para dos en París, pero… Le puso las manos en la cara y le obligó a mirarla a los ojos.

—Escucha, cielo. Ya ha pasado todo. Se acabó. ¡Lo hemos conseguido! Ese repulsivo ser está en la cárcel. No tardarán mucho en encontrar al hijo. ¿Quién va a creer a esos infames delincuentes? ¡Ya nadie nos puede tocar! ¡Y no hemos hecho nada malo!

Gustav estaba avergonzado por sus lágrimas. Era la primera vez que se ponía al descubierto ante ella. Sabía que para ella las lágrimas significaban debilidad.

—Pero el dine…

—He cerrado esa cuenta. Ya no existe y nunca ha existido. Todo ha ido justo como debería. Ahora solo puede ir a mejor.

Gustav no pudo mirarla a los ojos y ocultó la cara en su pecho como un niño que quiere consuelo. Ella le acarició el pelo.

Carola siempre había tenido razón. ¿Por qué no iba a tenerla ahora?

57

Roland no le había dicho nada a nadie sobre cómo avanzaba el caso y no cambió ese proceder a última hora del día. No quería que su equipo trabajase con menos ahínco o que se rindiera. Notaba cómo le afectaba todo aquello. Eso no debía de pasarle a todos. La charla recién concluida con Kurt Olsen y la de después con el jefe de la policía no le habían devuelto los ánimos. Al contrario. Jugaba nervioso con el bolígrafo. La ventana estaba abierta aunque se helaba de frío solo para poder respirar. El cristal estaba tan sucio como el cielo. El viento se había parado, pero con toda seguridad venía un nuevo temporal de lluvia o nieve, quizá otra tormenta. Llevaba una eternidad sin oír la predicción del tiempo.

Al oír tres toques a la puerta, la firma de Kim, se enderezó y adoptó una pose concentrada.

—El intérprete está aquí con el cuaderno —dijo en voz baja.

—¡Qué rápido! Sí, que pase.

Cerró la ventana. Quizá aún había esperanza, por mucho que dijeran Kurt y el jefe. Había algo que no cuadraba. Por eso era tan importante seguir hasta donde pudiera. No tenía mucho tiempo, así que debía trabajar rápido.

El intérprete era un hombre alto con gafas y más barba que Roland, pero prácticamente no se veía sobre la piel casi negra. Colgó en la silla la chaqueta de lana de color camello y le dijo que se llamaba Said Hashi y que era del sur de Somalia. Llevaba viviendo en Dinamarca desde 1992 y había estudiado Informática en la Universidad de Aarhus. Hablaba cuatro idiomas y por eso había trabajado de intérprete mientras estudiaba. Tenía un poco de acento, pero su pronunciación y su gramática eran correctísimas. Se sentó y se arremangó la camisa blanca, que creaba un fuerte contraste con su oscurísima piel. Roland sintió simpatía por él enseguida. Calculó que

tendría unos treinta años. Había oído a Irene decir que muchos somalíes dejaban los estudios antes de tiempo para trabajar y mandar dinero a las familias; eso si no acababan en el paro.

—Es la piel de una *Python sebae*, también llamada pitón de Seba o pitón africana de roca. Bellísima, ¿verdad? —dijo y pasó los dedos por la piel del cuaderno acariciándola. Roland asintió y le ofreció café.

Said abrió el cuaderno y leyó el texto en suajili de la primera página y después lo tradujo.

—*Kila lenye mwanzo halikosi kuwa na mwisho* significa 'todo lo que tiene un principio ha de tener un final'.

Roland miró asombrado a Said, que se llevó el vaso a sus grandes labios. Parecía que estaban remarcados con un lápiz más oscuro que los propios labios.

—¿Qué te dicen esas palabras?

—No mucho. Es un antiguo refrán suajili. Pero aquí hay una palabra interesante — pasó unas páginas hacia adelante y leyó la palabra en suajili —: *usaidifa*. Me he asombrado con esta palabra y lo único que se me ocurre es que sea inventada. No es normal en suajili construir palabras y menos poniendo una u al principio. Cuando se hace esto, la palabra se convierte en un concepto. Un ejemplo es *dogo*, que significa 'pequeño'. Con u delante, *udogo*, significa 'insignificancia'.

Roland carraspeó impaciente. No había pedido una clase de suajili y no tenía mucho tiempo.

—Quieres decir que es una especie de concepto, pero qué significa.

Said Hashi, que aparentemente estaba habituado a tomarse las cosas con tiempo, se quedó pensando un rato y Roland comenzó a temer que su intención fuera la de revisar todo el libro.

—Sí, un concepto, es la única explicación. *Saidia* significa 'ayuda' y *fa*, 'muerte'. *Kufa* significa 'morir', *kifo* y *kifu*, 'muerto' —explicó y pasó las hojas con el pulgar como cuando se barajan unos naipes—. Todas son palabras que aparecen muchas veces en el cuaderno.

—Entonces habla de la muerte —dijo Roland, que no entendía muy bien lo que quería decir.

—La traducción correcta de *usaidifa*, que es una combinación de «ayuda» y «morir», sería «eutanasia».

—¿Eutanasia? —Roland se rascó la nuca—. No tenemos tiempo para revisar todo el cuaderno, pero ¿es eso de lo que trata? ¿Y en qué contexto? —En su cabeza, que no podía ver nada con claridad porque aún le faltaban algunas piezas, el pequeño puzle empezó a coger forma.

—Por supuesto, lo he leído todo y no es necesario que traduzca página por página. Son cuentecillos sueltos. Muchas personas distintas que narran historias de pueblos de Kenia. Pero como es la misma letra, mi suposición es que las han contado en la lengua de cada tribu y las han escrito en suajili. Hablan de un médico que practica la eutanasia. —Volvió a beber lentamente —. Hay que saber algo de África para comprenderlo. La eutanasia no es un concepto que exista en África, como tampoco existe, naturalmente, la muerte. Hay que entenderlo así, ya fallezca una persona por accidente de coche o por enfermedad, se interpreta como que alguien tiene envidia y ha «ordenado» esa muerte, habitualmente con brujería. Incluso los miembros de la familia se pondrían nerviosos si los culparan de «estar detrás de ello». Por lo general, el principal sospechoso sería alguien que recientemente ha tenido suerte o ha progresado. Pero esto es generalizar mucho, claro. — Miró a Roland con ojos fogosos.

—¿Se menciona algún nombre? Por ejemplo, el del médico.

Negó con la cabeza y volvió a hojear el cuaderno rápidamente.

—No, no hay ningún nombre. Solo diferentes enfermedades por cada muerte. Pero si lo que pone es verdad, seguro que un médico danés ha practicado la eutanasia en esas aldeas. ¿De dónde habéis sacado el cuaderno? ¿Alguien que viaja a África?

Roland asintió y el único pensamiento que le vino era que Sebastian había trabajado como voluntario en África con la Cruz Roja y que a Helge Vangberg lo había mandado allí Médicos Sin Fronteras. Este había sido el médico de Josefine Hjort hasta que murió. Extorsión, muertes violentas que parecían venganza. En esa casa había sucedido algo aquel mes de diciembre que seguía dando coletazos veinticinco años después. ¿Pero qué? Suspiró. ¿No podía dar igual ahora? Miró el reloj. Solo faltaba un cuarto de hora para la reunión.

—Me interesan mucho las historias de este cuaderno, porque las ha contado mucha gente hace unos cuantos años. ¿No podría…? —empezó a decir Said.

—Por el momento está relacionado con un par de casos de asesinato, tenemos que quedárnoslo un poco más. Después, ya veremos. Si el dueño lo quiere, tendremos que devolvérselo.

Si encontraban a Sebastian y *si* el cuaderno era suyo.

Said se levantó y se puso la chaqueta.

—Por supuesto. Espero que ayude a aclarar algo importante —expresó sus deseos y le dio la mano para despedirse.

Roland se sentó ausente y hojeó el cuaderno sin parar. ¿Podía ser casualidad? ¿Dos casos que se mezclaban? ¿Quizá tres? ¿O no tenían nada que ver? No consiguió seguir cavilando, pues Kurt Olsen entró sin llamar.

—¿Has cancelado la reunión?

—Desde luego que no. Necesitamos estar al tanto. Todos han trabajado mucho. No se sabe si aparecerá algo.

—Vale, pues vamos yendo. —Se fue y dejó la puerta abierta.

Roland se levantó rendido y fue a la sala de reuniones. Todos estaban esperando. Kurt estudiaba la pizarra de las fotos. Roland no esperaba que dijera nada. Primero quería oír qué había salido de las últimas investigaciones. Kurt se sentó a su lado. Olía a humo de pipa, no era un olor desagradable, simplemente a Roland le daba algo de nostalgia.

—Hay novedades y, tal como están las cosas, esta será nuestra última reunión sobre el caso. Isabella, ¿has averiguado cuándo trabajó el doctor Vangberg para Médicos Sin Fronteras y Sebastian Juhl para la Cruz Roja danesa? Después de haber traducido el cuaderno, tiene gran importancia.

—Fue el mismo año; estuvieron en Kenia, pero no a la vez.

—Kenia. ¿Estás segura de que los dos estuvieron allí?

Tanto Isabella como Mikkel asintieron y así se enteró de que Mikkel la había ayudado a encontrar la información.

—Lo extraño es que a Helge Vangberg lo despidieron de Médicos Sin Fronteras después de que Sebastian Juhl volviera a Dinamarca. Lo echaron porque alguien lo denunció por practicar la eutanasia a pacientes con VIH.

No hemos encontrado el nombre del denunciante, solo que había trabajado para la Cruz Roja —explicó Mikkel.

Roland frunció el ceño. No había que ser el más listo para atar cabos. Incluso Dan Vang parecía haberlo pillado.

—Entonces, ¿se conocían?

—Eso pensamos. O al menos Sebastian Juhl había oído hablar de Helge Vangberg. Si no, no lo habría denunciado.

Roland puso una mano sobre el cuaderno. No había dudas sobre de qué doctor se trataba. Expuso rápidamente las nuevas teorías que se le estaban ocurriendo. Helge Vangberg era un médico que tenía algo que esconder.

—La eutanasia está penada en Dinamarca según la ley penal §237, aunque nadie dudará de que se facilitara en cierta medida —concluyó.

—Muerte asistida —murmuró Henry Leander—. Así se llama a la eutanasia en el lenguaje jurídico, §239. El francés Bernard Kouchner, que es cofundador de Médicos Sin Fronteras y ministro de Relaciones Exteriores y Europeas, lleva muchos años siendo un destacado partidario de la eutanasia y ha reconocido haberle quitado la vida a varios de sus pacientes cuando ejercía como médico. Médicos Sin Fronteras terminó toda colaboración con él, parece que por otros motivos. Es un asunto delicado desde el punto de vista ético, así que, si alguien ha tenido conocimiento de algo como lo que señalas, Roland, con total seguridad ha sido el motivo del chantaje y del asesinato.

—Y la venganza —dijo Julie—. Si Sebastian ha sabido que mataron a su madre o quién lo hizo, puede haber desatado una ola de acciones vengativas contra aquellos que estuvieron detrás o guardaron el secreto. Si de niño reprimió el episodio, puede haber resurgido cuando encontraron a la madre en el pantano. Nadie sabe de lo que fue testigo ese pobre niño. ¿Pero cómo encajan todas las víctimas?

Kurt Olsen, que había estado callado con una expresión airada, interrumpió bruscamente el debate.

—El caso está cerrado. ¡No hay más que hablar! —Hizo una pausa para controlar el ambiente—. Pasara lo que pasara, Knud Engtoft ha confesado ser el autor de los asesinatos.

Roland intentó parecer neutral cuando todos lo miraron con reproche preguntándole «¿tú lo sabías?».

—Podríamos ver si tenemos pruebas concluyentes sobre la mesa. Hay algo raro y solo podemos conjeturar sobre por qué Knud Engtoft asume la culpa de los actos de Sebastian.

—¡El caso está cerrado, Roland! —La voz de Kurt Olsen era firme y decidida—. ¡Solo podemos declarar el caso como cerrado!

—¿Y la cuenta suiza? —preguntó Mikkel.

—También cerrada. He intentado que la Policía Nacional entre en el caso e investigue quién era el titular, pero no pueden invertir tiempo ni recursos en ello cuando tenemos una confesión —Roland suspiró e intentó esconder su desesperación. Con la confesión no había mucho que hacer, y menos sin pruebas fehacientes que la contradijeran.

Cuando los demás salieron, Roland se quedó a solas con Kurt. Recogieron y quitaron las fotos de la pizarra. Ambos estaban en silencio. Roland estaba seguro de que Kurt Olsen pensaba lo mismo que él.

—¿Kurt?

—¿Ajá?

—Has dicho que alguien visitó a Knud Engtoft justo antes de que confesara.

—Sí —dijo Kurt sin mirarlo.

—¿Quién fue?

—Su hijo.

—¿Su hijo? ¿Knud Engtoft tiene un hijo?

—Pues su hijastro —contestó Kurt enfadado—. Sebastian Juhl.

58

El cuchillo atravesó lentamente el agua marrón mientras giraba hasta que él lo perdió de vista. Miró a las mujeres con sus pintorescos vestidos coloridos. Junto al río solo había unos niños y algunas mujeres de la aldea lavando ropa y cogiendo agua. Los niños jugaban a su alrededor sin temor a nada. Las madres tampoco parecían nerviosas a pesar de los peligros que acechaban en los matorrales y en el agua. En la otra orilla había hipopótamos holgazaneando. No como los niños daneses. En Dinamarca, tanto los niños como los padres tenían miedo de todo, ni siquiera se atrevían a dejar que los niños fueran solos al colegio y los llevaban en coche aunque vivieran a pocos metros.

Ninguna mujer lo vio. Les era tan indiferente como los hipopótamos y los cocodrilos que había río arriba. Se tumbó en la toalla a escuchar los sonidos que tanto echaba de menos. Ahora sentía paz. Esa inquietud que siempre lo acompañaba se había esfumado de repente. Nunca se había sentido tan libre y feliz como en ese momento. Los rayos del sol pegaban como solo pegan en África. Ante sus ojos empezaron a pasar frías imágenes del asolamiento que una tormenta de nieve había causado hacía mucho.

La nieve caía a copos de los tejados y la calle parecía un mar blanco de aguas turbulentas. A ambos lados había enormes montones de nieve más altos que él. No veía la casa e intentó centrar sus pensamientos en el tebeo del Pato Donald que le había puesto en la mano el Africano. El Pato Donald era para niños, pero no tenía otra cosa que hacer y estaba empezando a tener mucho frío. ¿Por qué tardaba tanto?

Le molestaba tener que ir, aunque su madre siguiera diciendo que no. Solo quedaban cinco días para Nochebuena; quizá iban a comprarle regalos, pero, cuando el Africano por fin dio permiso, su madre también cedió. De camino tenía que entrar a por algo en una casa y luego podrían ir al centro a

comprar montones de regalos, le dijeron remarcando «montones». Empezó a ilusionarse y ni siquiera protestó cuando su madre le puso el gorro de punto. Lo odiaba porque le picaba.

Primero su madre subió a la casa mientras el Africano esperaba con él en el coche, pero, cuando había pasado casi media hora con el Africano maldiciendo, murmurando un montón de cosas incomprensibles y fumando, lo cual le hacía toser en el asiento trasero, se bajó del coche y se fue sin decirle a dónde iba. Casi parecía que se había olvidado de que estaba con él. Lo vio ir hacia la casa y desaparecer tras el montón de nieve.

Miró el reloj del coche. Ya hacía mucho que se habían ido. ¿Dónde se habían metido? Tiró la revista y se puso las manoplas. Cuando salió del coche, el suelo estaba resbaladizo y estuvo a punto de caerse. Rodeó el montón de nieve y vio la casa. Parecía acogedora en medio del paisaje nevado. En el jardín había un árbol de Navidad con luces y también había luz en dos ventanas. ¿Se habían olvidado por completo de él? Fue hacia la casa y miró por una ventana. No había nadie. Fue a la siguiente y a la siguiente y, de repente, se encontró en el jardín trasero. La nieve estaba pisada y parecía que los niños habían estado jugando con ella. Se fijó en la niña cuando miró por la siguiente ventana. No era demasiado mayor. Estaba durmiendo en su cama con la lamparita encendida y le vio la cara. Tenía rizos morenos. La expresión de su rostro le hizo pensar en un ángel. Era ella a la que había visto jugar con una muñeca un día que entró en la casa a buscar a su madre. Pero no la veía ni a ella ni al Africano. Miró a su alrededor. Ojalá ellos tuvieran un jardín así. Aquí podría hacer guaridas, como en el jardín de Silkeborg. En el sitio donde vivían ahora, no. Pero el Africano había dicho que pronto se mudarían a una casa grande.

Se fijó en algo raro en la nieve. En algunas zonas estaba derretida y roja. Parecía venir de detrás de la fuentecilla. Se deslizó entre los montones de nieve y fue hacia allí. Estaba tirada, totalmente cubierta de nieve. Solo salía una mano, pero la reconoció enseguida. La mano de mamá era algo especial. Llorando, se tiró a su lado y empezó a quitarle nieve, pero cada vez que la cara quedaba libre, se le volvía a cubrir. Lo rojo venía de su cabeza. Recordó la historia del club nocturno e intentó levantarla para zarandearla, pero pesaba mucho y su cuerpo estaba rígido y frío. Oyó gritos

en la casa. Era la voz del Africano. Él tenía que saber qué le había pasado a su madre. Fue corriendo hacia la puerta que daba al jardín trasero. Había trocitos de cristal y pudo mirar a través de él. El Africano estaba delante de un hombre y de una señora con ropa elegante. Tenía un cuchillo en la mano y los estaba amenazando.

—Esto os va a costar más. ¡Mucho más! —gritaba tan alto que se oía desde el jardín. Cogió una pesada bolsa que la mujer le entregó—. ¿Y por qué no se la podíais dar y ya está? ¿Creíais que yo no iba a estar con ella? ¿Creíais que no la iba a cuidar? ¿Creíais que os ibais a librar? —dijo con una voz que sonaba distinta.

Miró la sangre de la alfombra y el horrible rinoceronte de madera que el Africano le había dado a la madre, pero que él sabía que se lo había dado a la señora enferma de la casa. Estaba en medio de un charco de sangre y parecía que era el rinoceronte lo que sangraba. Se dio cuenta de que el Africano sabía qué había pasado con su madre. ¿Pero por qué no llamaba a la policía? ¿Por qué no hacía nada? De repente se giró y fue rápidamente hacia la puerta principal. El hombre y la mujer se quedaron solos. Él la abrazaba y le acariciaba la cabeza. No sabía qué hacer. El hombre miró de pronto a la oscuridad del jardín y él supo instintivamente que tenía que irse. Cuando rodeó la casa corriendo lo más rápido que pudo entre los montones de nieve, vio las luces de un gran coche desaparecer por la calle. El garaje estaba vacío. El Africano les había robado el coche. Fue ahí donde encontró el cuchillo en la nieve, se le debía de haber caído. Estaba temblando, lloró y vomitó en la nieve. Solo era bilis, pues hacía mucho que había comido. Derritió la nieve y formó un círculo amarillo. Igual que la sangre de la madre había derretido y teñido de rojo la nieve del patio trasero. No sabía dónde esconderse ni qué hacer y, cuando cayó en el montón de nieve junto al coche, no se atrevió a levantarse. Como mamá, bajo la nieve, solo quería morirse. Pero tras un rato, tuvo tanto frío que no lo pudo soportar y se metió temblando en el coche. Había una toalla, se la echó por encima hasta que el frío se apoderó de él y dejó de pensar.

El agua le salpicó la cara. Se incorporó con rapidez. La risa del niño lo pilló desprevenido y, cuando se giró, había un pequeño niño *samburu* de unos

seis años con una vasija de barro llena de agua entre las sucias manos. Tenía las piernas grises de barro hasta las rodillas y la ropa era pintoresca, le venía grande y estaba sucia, pero tenía los dientes blanquísimos y los ojos irradiaban alegría. Se sentó en la toalla con la vasija de agua ante sí y lo miró con la esperanza de obtener alguna cosa emocionante del país extranjero del hombre blanco. El niño olía a sudor, igual que él cuando jugaba con su madre en el bosque en su cumpleaños. Sebastian intentó ignorar la aplastante sensación que tenía en el pecho. Sacó el llavero del bolsillo y se lo dio al niño, que lo cogió con admiración y se puso a investigar las llaves, que tintineaban de una manera inspiradora. También estaba la llave de la caravana de su padrastro. Se secó el agua de la cara y observó a los somnolientos hipopótamos. Lo tenía que haber entregado, pero para qué lo querría usar el Africano en la cárcel. Además, pronto moriría de sida. Había recibido su merecido. Nunca olvidaría su asombro por la inesperada visita que le hizo ni el miedo en sus ojos. Por fin se habían cambiado los papeles. Las amenazas funcionaron. Lo mirara por donde lo mirara, solo le esperaba la cárcel o la muerte. Si el Africano no confesaba todos los asesinatos, él desvelaría que sabía lo de la eutanasia y los veinticinco años de extorsión al matrimonio rico de Strandvejen. Ellos también tenían lo que se merecían. Sabrina ya estaría muerta. Era lo único que lo conmovía. Volvió a ver ante sí el rostro que vio por la ventana aquella tarde, parecía un angelito. La intención no era que muriera. Solo quería enseñarle las cartas que guardaba en el cobertizo para que viera lo que habían hecho su padre y su madrastra, pero como la tapa no estaba puesta, todo cayó por su propio peso. No podía ser de otra manera. Era a ellos a quienes había que castigar, no a ella. La había perdonado. No podía haber golpeado más fuerte a la familia Hjort, ahora sentirían lo que tanto tiempo llevaba sintiendo él: inseguridad, desesperación, tristeza.

Sintió un fuerte dolor de cabeza y se llevó las manos a las sienes. El rostro se le contrajo entre espasmos. El niño lo miró y se rio. Creía que estaba haciendo el tonto como solía hacer. Pero bajo la potente luz, los violentos dolores habían empeorado. Empezaron cuando comenzó a recordar. Cuando fue recuperando la memoria poco a poco después de que aquellos dos policías le contasen que la habían encontrado en el pantano.

Todos le hicieron creer que ella lo había abandonado por el Africano. Que lo había entregado a gente extraña que intentaba hacerle recordar algo que no quería. La conversación en la cocina, que oyó cuando estaba sentado en la escalera, volvía a él una y otra vez. La amiga de la madre, la camarera con la voz ronca, lo sabía todo, pero se la podía comprar con dinero. Ella también era culpable con su silencio. Lo podía haber evitado en aquel entonces. Y creía que se había interesado por ella. Resopló y el niño se volvió a reír. Las llaves ya no eran interesantes. Se las volvió a guardar en el bolsillo. Se le fue pasando el dolor lentamente e intentó relajar los músculos faciales. Se quedaron mirando el agua marrón del río. Las pequeñas olas de la corriente submarina jugaban al tú la llevas. Él también había jugado al tú la llevas en el bosque el día de su cumpleaños. Le dieron náuseas. Normalmente le pasaba después de los ataques. O quizá fue al pensar en ella, la camarera. El olor a sangre y el sonido de sus gritos cuando la atrapó en el bosque y le dio la primera cuchillada. La dura resistencia a la hoja del cuchillo. Una sensación de liberación al conseguir que triunfase la justicia. Como los puñetazos en el patio del colegio. Sus ojos irradiando terror en la oscuridad. Igual que el médico cuando se quitó el gorro y desveló su identidad. Sabía que sus ojos eran una copia de los de su madre. Estaba claro que no los había olvidado. ¿A cuánta gente había matado en nombre de la justicia? Desde los desamparados y los enfermos de Kenia… a la madre de Sabrina, hasta que les puso punto final. Nadie cuestionó a un médico corrupto que no se tomaba en serio su oficio. Solo su madre. Su protectora madre, que ahora, por fin, podía descansar en paz.

Un nuevo chorro de agua sobre la cabeza lo devolvió a la realidad. El niño había perdido la paciencia. Tenía una mirada pícara y echó a correr para que fuera tras él. Sebastian se secó el agua de la cara con ambas manos y se echó sobre la toalla mojada, que refrescaba la camiseta sudada. Sonrió. El sol ardía. Estaba bastante bajo. Pronto flamearía la preciosa y naranja puesta de sol en el horizonte detrás de las acacias. Estaba en casa. Ahora por fin estaba en casa.

59

Fue Angolo quien lo despertó. Llevaba mucho tiempo durmiendo y no sabía qué día era. Eran casi las diez y se incorporó tan rápido que tiró al suelo al animal. El perro le ladró enfadado. Pero recordó que era sábado y se volvió a relajar. ¡Sábado! Dentro de una hora se verían con el de la inmobiliaria en la mansión de Skåde. ¿Por qué narices no le había llamado Irene? Ah, sí, ya lo sabía. Pero no se iba a librar tan fácilmente. Se puso los calcetines pese a la ayuda de Angolo, que se los quitaba con la misma rapidez que él se los ponía.

—¡Ya vale, chucho! —le regañó y se arrepintió enseguida cuando lo miró consciente de su culpabilidad. Le dio una palmadita y fue en bata a la cocina a reunirse con Irene—. Se te ha olvidado despertarme. Recuerda que tenemos…

—Sí, sí, lo recuerdo. Pero pensaba que necesitarías dormir, llevas mucho tiempo necesitándolo. Y también tienes que ir por la tarde a buscar a Salvatore.

Salvatore llegaría en avión a Copenhague y haría escala allí antes de coger el vuelo a Aarhus, que es donde Roland había prometido a su tía que lo recogería. La inquietud por la cita le alborotó el estómago. O simplemente le faltaba el desayuno. Pero primero se dio un baño.

Angolo estaba echado en su cesta cuando Roland volvió del baño y se sentó a la mesa. Irene había preparado huevos pasados por agua y olía a pan tostado. Intentó imaginarse a Isabella en ese papel, pero la imagen no cuadraba. Tenía que hablar con ella. No podía imaginar que pudiera pasar algo entre ellos. La diferencia de edad era el primer argumento.

—Bjarne Lund, de la Unidad Canina, se ha pasado por aquí para ver a Angolo.

—¡Un sábado tan temprano! ¿Y qué opina de él?

—Cree que es apto —dijo Irene orgullosa y miró al perro como si fuera un niño que había sacado buenas notas en el colegio. Roland cogió un cruasán y sirvió café para los dos.

—¿No es muy pequeño para que Bjarne lo valore? Solo tiene unos meses.

—Bjarne ha dicho que empiezan muy temprano a entrenar a los cachorros. Ahora Angolo está en lo que llaman «fase de socialización». Es ahora cuando aprenden quién manda.

Roland masticó y se rio.

—Pero si eres tú, Irene. Es *tu* perro.

—Pues yo creo que siempre está pegado a ti. Y como guía canino, tienes que…

—Irene. ¡No voy a ser guía canino!

Irene comió y lo sondeó con la mirada.

—Anoche has vuelto a murmurar en sueños.

A Roland casi se le atraganta el café. Recordaba perfectamente lo que había soñado, pero de ninguna manera era asunto de Irene.

—Estabas murmurando algo de cifras oscuras. ¿No dudarás de si habéis pillado al verdadero asesino?

Roland respiró aliviado. También había soñado eso, pero no lo recordaba.

—Ha confesado —dijo evitando el tema y miró el reloj—. Bueno, tenemos que terminar si no queremos llegar tarde.

Angolo se quedó en el coche mirando por la ventanilla cuando se fueron. Había otros dos coches en el camino de entrada.

—¿No es bonito, Irene? —La tomó de la mano y caminaron como una pareja de recién enamorados hacia la casa. No había sufrido el menor daño durante el huracán y, ahora que hacía sol y ponía de relieve lo bien conservada que estaba, Irene no podía tener mucho que objetar.

—Sí, Rolando, pero también cuesta mucho dinero.

Aun así, le brillaban los ojos de admiración y Roland estaba seguro que todo iba de maravilla hasta que vio a la pareja que estaba con el de la

inmobiliaria en el patio. Quiso soltarle la mano a Irene, pero, en lugar de ello, la apretó.

—¿Qué pasa, Rolando? —preguntó Irene, que también vio a la pareja—. Pero si es Mikkel, ¿no? ¿Cómo no me has dicho que se ha echado novia?

Roland no respondió, sino que saludó de manera formal a Mikkel, que también lo había visto.

—Anda, vosotros también habéis venido a verla —dijo Irene, y le dio la mano.

Mikkel le presentó a su acompañante.

—Esta es mi novia, Isabella Munch.

Isabella tenía el brazo debajo del de Mikkel y sonrió a Roland exactamente de la misma manera que lo hiciera aquel día desde la puerta. A Roland se le agrietó la sonrisa. Le puso el brazo en los hombros a Irene y miró directamente a Isabella.

—Y esta es mi querida esposa, Irene Benito. No sabía que estabais interesados en la casa y muchos menos que fuerais novios.

—Llevamos ya un tiempo. Pero no se lo digas a Kurt Olsen. No le gustan las cosas de parejas ni de novios en el trabajo —dijo Mikkel y se pasó la mano con timidez por el pelo.

Así que esa era la causa del secretismo. Por un momento, Roland tuvo ganas de chivarse, pero Mikkel era uno de sus mejores hombres. Tendría que pagarlo con Isabella, pero tampoco quería perderla, había resultado ser mejor de lo que pensaba.

—¿Vais a casa? ¿Habéis mirado algo? —preguntó esperando que no pareciera que los estaba echando.

—La verdad es que no nos hemos conformado con mirar. Acabamos de comprarla — dijo Mikkel riéndose y le dio una palmada en el hombro al de la inmobiliaria, que asintió.

—Lo siento, Benito, pero hoy era para el que primero llegase. No es tan fácil vender, sobre todo con este tipo de casas, y vosotros no podíais comprar hasta que no vendierais, y en estos tiempos…

Irene le apretó la mano.

—No pasa nada. Tampoco estábamos del todo de acuerdo en comprar ni en vender. Es la casa de mi infancia y siempre nos ha encantado —dijo

Irene.

Roland esbozó una sonrisa forzada, asintió y le dio la mano a Mikkel y a Isabella.

—Enhorabuena por la compra —dijo ligeramente emocionado.

Isabella le sujetó la mano algo más de tiempo de lo que Roland quería y este creyó que le estaba diciendo «perdón» con la mirada.

—Tenemos muchas ganas de mudarnos, podéis venir a visitarnos.

Hasta que no se sentó en el coche para ir al aeropuerto no sintió que se le pasaba el susto. No pudo valorar cuál fue más grande. Quizá ambos fueran castillos en el aire. Cómo pudo creer que la guapa Isabella podría caer rendida ante un vejestorio como él cuando el encantador Mikkel Jensen llevaba trabajando junto a ella desde que empezó. Negó con la cabeza y se alegró de haber ido con Irene a ver esa casa, si no, no se habría dado cuenta de que tenían una relación, lo cual le podría haber puesto en algún dolorosísimo aprieto. Habían sido muy discretos, como Leander y Julie. Quizá sucedían muchas cosas de esas en los lugares de trabajo que solo las partes implicadas conocían. Como el ego roto lo tenía más o menos trabajado, se le vino a la mente de nuevo el caso. No habían encontrado a Sebastian. Había dejado el trabajo y le había alquilado el piso de Klostergade a una pareja. Había abandonado el país, estaba seguro. Seguro que se había ido África y nadie invertiría tiempo ni fuerzas en buscarlo cuando ya tenían una confesión. Las muchas conversaciones entre Kurt Olsen y Knud Engtoft no habían aclarado por qué tenían que morir el médico y la camarera, ni por qué mató a su mujer hacía veinticinco años y la tiró al pantano. Se negó a decirlo. Las cámaras del club nocturno no desvelaron su entrada, tampoco la de Sebastian, pero era fácil evitarlas si no querías que te vieran. Solo los padres de acogida le habían dicho que dejaron a Sebastian en el coche aquella noche de invierno, eso no salía en los informes de entonces. Y Sabrina Dahl, ¿por qué lo encubrió? Dijo que no recordaba nada y tampoco pudo explicar cómo puso la tapa ni por qué estaba junto a la casa de verano. También estaba condicionada por la confesión de Knud Engtoft y seguramente no quería exponer más a Sebastian. Había perdido a su hijo no nacido, quizá eso influía en su

raciocinio. Roland tenía que considerar el caso cerrado, como dijo Kurt Olsen. Así podría murmurar en sueños sobre cifras oscuras. Y no murmurar sobre otras cosas.

Así que se centró en encontrar aparcamiento en el aeropuerto de Aarhus.

El avión tardó un rato en aterrizar. Habría sido estupendo con un cigarrito. En lugar de fumar, masticó y miró los periódicos.

Se topó con el Dagens Nyheder y solo miró la portada. «Médico asesinado practicó eutanasia en África», ponía con letras gruesas sobre una foto de Helge Vangberg que Anne Larsen, aparentemente, había desempolvado de algún sitio. La habían tomado en África, salía al lado de un africano que estaba muriendo de sida. Había sido capaz de darle una vuelta al tema para verlo desde otro ángulo. Con el asesinato ya no había nada que rascar. Seguramente, para la prensa no había nada más aburrido que una confesión.

Miró a la gente que iba a toda prisa con sus maletas para salir o entrar en el país. El mundo global, fronteras abiertas, más autopistas, enlaces, vuelos y trenes más rápidos. Nuevos tipos de asesinos de todo el planeta. Intentó olvidarse del caso y pensar en el nuevo reto que sería ocuparse de un chico de esa edad. Los adolescentes eran difíciles, lo recordaba por sus hijas. Pero seguían viniéndole muchas preguntas acerca del caso. ¿Por qué confesó Knud Engtoft? ¿Qué le había dicho Sebastian? Y las armas homicidas, ¿qué había sido de ellas? Quizá aparecieran algún día. Para Roland, el caso no estaba cerrado. Ese cuchillo y ese rinoceronte de ébano siempre le rondarían la cabeza.

Se sentó en un escalón a esperar a Salvatore.